

Boletín Oficial

OBISPADO DE OURENSE

AÑO CLXXII

Nº 5

MAYO 2009



NUESTRA PORTADA:

TESOROS DEL MUSEO DE LA CATEDRAL DE OURENSE

Arqueta de marfil de El Cairo. Utilizada como relicario pero inicialmente debió servir como caja de pesas de joyero. Sólo existen otras dos en el mundo y es una rareza dentro de las colecciones españolas de eboraria kairota.

Director: MANUEL EMILIO RODRÍGUEZ ÁLVAREZ

Redacción, administración y fotocomposición: OBISPADO DE OURENSE - Área Informática

Teléfono: 988 366 141

Impresión: ARIGRAF

Depósito Legal: OR-13/1958



Boletín Oficial del Obispado de Ourense

Año CLXXII

Mayo 2009

Nº 5

SUMARIO

LA VOZ DEL PRELADO

- Carta de felicitación del Sr. Obispo a los Misioneros Orensanos con motivo de la Solemnidad de Pentecostés... 669
Carta del Sr. Obispo a los diocesanos para el Mes de Junio 673
Actividades del Sr. Obispo 675

IGLESIA DIOCESANA

Vicaría para el Clero

- Festa de San Xoán de Ávila, no Seminario Maior de Ourense. Maio de 2009 679
Conferencia de Mons. Ricardo Blázquez, Obispo de Bilbao, en el marco de las celebraciones
de la fiesta de San Juan de Ávila..... 682
Crónica de la visita de la Virgen de los Milagros a la ciudad de Ourense y Consagración de la
ciudad de Ourense a la Virgen de los Milagros 690

IGLESIA EN ESPAÑA

Conferencia Episcopal Española

- 400 jóvenes de diferentes diócesis españolas acompañan a los jóvenes de Madrid en su
peregrinación a Roma para recoger la Cruz de las Jornadas Mundiales de la Juventud..... 715
Declaración de los obispos de la COMECE ante las elecciones para el Parlamento europeo 716
Mensaje de la Comisión Episcopal de Pastoral Social en la Festividad del Corpus Christi, Día
de la Caridad (14 de junio de 2009)..... 718
Nombramiento episcopal: Mons. D. Salvador Giménez Valls, Obispo de Menorca 723
Mensaje de la Comisión Episcopal de Medios de Comunicación Social con motivo de la
43ª Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales 724
XCII Asamblea Plenaria de la CEE. El matrimonio entre católicos y musulmanes. Orientaciones pastorales .. 728

IGLESIA UNIVERSAL

Santo Padre Benedicto XVI

- Regina Caeli..... 755
Audiencias Generales..... 759
Cartas..... 767
Discursos..... 771
Homilías 782
Mensajes 790
Viaje Apostólico - Visita a las zonas afectadas por el terremoto de los Abruzzos..... 800
Viaje Apostólico - Peregrinación a Tierra Santa (8-15 de mayo de 2009) 805
Santa Sede
Carta del cardenal Prefecto de la Congregación del Clero ante el Año Sacerdotal 878

CRÓNICA DIOCESANA

- Febrero..... 883



LA VOZ DEL PRELADO

MENSAJES**Carta de felicitación del Sr. Obispo a los Misioneros Orensanos
con motivo de la Solemnidad de Pentecostés**

Ourense, 6 de mayo del 2009

“Veo amanecer una nueva época misionera, que llegará a ser un día radiante y rica en frutos, si todos los cristianos y, en particular, los misioneros y las jóvenes Iglesias responden con generosidad y santidad a las solicitudes y desafíos de nuestro tiempo”
(Redemptoris Missio, 92)

Queridos misioneros y misioneras:

Con motivo de la solemnidad de Pentecostés, me dirijo una vez más a vosotros para saludaros con afecto y expresaros mi cercanía, sintiéndoos parte fundamental de esta familia diocesana.

Desde el gozo pascual, proclamamos la Buena Noticia de Jesucristo, el Resucitado, que vive y está en medio de nosotros. La Iglesia, desde que ha nacido en Pentecostés, no ha dejado nunca de anunciar esta gran noticia. Y vosotros, misioneros que habéis salido de esta Iglesia particular de Ourense, qué bien lo habéis entendido y así lo vivís cada día, ahí donde os encontráis.

En el día de hoy, los sacerdotes de la Diócesis hemos festejado a San Juan de Ávila, Patrono del clero secular español. Hubo un grupo de ellos que celebraron sus Bodas de Oro y Plata sacerdotales. También sé de varias religiosas que en el verano

quieren unirse a sus comunidades parroquiales, pues en ellas nacieron un día para el Señor, y desean elevar un cántico de alabanza a Dios, celebrando con los demás feligreses una Eucaristía de Acción de gracias por su consagración.

Hemos de dar gracias a Dios por la vocación recibida y pedir al Espíritu que nos dé fuerzas para llevar a cabo la tarea evangelizadora, siguiendo su mandato: : *“Id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”* (Mt. 28, 19-20).

La Instrucción Pastoral “Actualidad de la misión ad gentes en España” aprobada en Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española en el mes de noviembre pasado afirma “... es el Espíritu quien en Pentecostés infunde en la Iglesia apostólica el coraje de la misión,... abre los caminos a la misión de

la Iglesia y la empuja continuamente a superar todas las barreras y fronteras..." (n. 26).

Queridos misioneros y misioneras, son muchas las oraciones de tantas personas que se dirigen a Dios por cada uno de vosotros. Traigo a mi memoria las hermosas palabras sacadas de la encíclica *Redemptoris Missio* en las que el Siervo de Dios, Juan Pablo II anima a los fieles a rezar y hacer sacrificios por los misioneros, citando expresamente el mensaje de San Pablo, apóstol y misionero, al que hemos recurrido muy especialmente durante este Año Jubilar: *"La oración debe acompañar el camino de los misioneros, para que el anuncio de la Palabra resulte eficaz por medio de la gracia divina. San Pablo, en sus Cartas, pide a menudo a los fieles que recen por él, para que pueda anunciar el Evangelio con confianza y franqueza. A la oración es necesario unir el sacrificio. El valor salvífico de todo sufrimiento, aceptado y ofrecido a Dios con amor, deriva del sacrificio de Cristo, que llama a los miembros de su Cuerpo místico a unirse a sus padecimientos y completarlos en la propia..."* (*Redemptoris Missio*, 78)

Conocemos por la Biblia que el Señor envió el Espíritu Santo a los apóstoles cuando estaban en oración, acompañados de la Virgen María. Siempre la Virgen a nuestro lado, como lo estuvo permanentemente en momentos clave de la vida de su Hijo. La fuerza de María es extraordinaria.

A comienzos de este mes de mayo, hemos recibido una visita muy especial: "la Bendita Imagen de la Virgen de los Milagros llega a la Ciudad de Ourense". Una muchedumbre de personas abarrotaron las calles céntricas de la ciudad y nuestra Catedral no fue capaz de acogerlos a todos. Cada día me reafirmo en la seguridad de que, agarrados a la mano de nuestra Madre, la Virgen, seremos capaces de conquistar más corazones para Jesucristo.

Animados y alentados por la fuerza del Espíritu Santo seguid trabajando con la misma entrega y generosidad, tal como lo venís ya haciendo. No os olvidéis que esta vuestra casa, esta Diócesis, siempre os recibirá con mucha alegría a vuestra vuelta. Por ello, me permito recordaros, por si tenéis pensado venir a descansar en unas merecidas vacaciones, que el sábado, 18 de julio, tendrá lugar el Encuentro de Misioneros. Haced lo posible por estar presentes este día si os encontráis por aquí.

Que la Virgen Madre, Reina de las Misiones, os proteja siempre e interceda por vosotros ante Dios para que Él bendiga todos los trabajos que lleváis a cabo cada día.

Con afecto, os saluda y bendice vuestro Obispo.

+ Luis Quinteiro Fiuza
Obispo de Ourense

**Carta de felicitación do Sr. Bispo ós Misioneiros Ourensáns
con motivo da Solemnidade de Pentecostés**

Ourense, 6 de maio do 2009

“Vexo amencer unha nova época misioneira, que chegará a ser un día radiante e rica en froitos, se tódolos cristiáns e, en particular, os misioneiros e as Igrexas novas responden con xenerosidade e santidade ás solicitacións e desafíos do noso tempo”
(Redemptoris Missio, 92)

Queridos misioneiros e misioneiras: celebrando cos demais fregueses unha Eucaristía de Acción de grazas pola súa consagración.

Con motivo da solemnidade de Pentecostes, diríxome unha vez máis a vós para vos saudar con afecto e vos expresa-la miña proximidade, sentíndovos parte fundamental desta familia diocesana.

Dende o gozo pascual, proclamámola Boa Nova de Xesus Cristo, o Resucitado, que vive e está en medio de nós. A Igrexa, dende que naceu en Pentecostes, non deixou nunca de anunciar esta gran noticia. É vós, misioneiros que saístes desta Igrexa particular de Ourense, que ben o entendestes e así vividelo cada día, alí onde vos atopades.

No día de hoxe, os sacerdotes da Diocese festexamos a San Xoán de Ávila, Padroeiro do clero secular español. Houbo un grupo deles que celebraron as súas Vodas de Ouro e Prata sacerdotais. Tamén sei de varias relixiosas que no verán queren unirse ás súas comunidades parroquiais, pois nelas naceron un día para o Señor, e desexan elevar un cántico de gabanza a Deus,

Temos que dar grazas a Deus pola vocación recibida e pedir ó Espírito que nos dea forzas para levar a cabo a tarefa evanxelizadora, seguindo o seu mandato: : *“Ide e facede discípulos a tódalas nacións, os bautizando no nome do Pai, e do Fillo, e do Espírito Santo; ensinándolles a gardar tódalas cousas que vos mandei; e Eu estarei con vós tódolos días, ata o fin do mundo”* (Mt. 28, 19-20).

A Instrución Pastoral *“Actualidade da misión ad xentes en España”* aprobada en Asemblea Plenaria, a conferencia Episcopal Española, no mes de novembro pasado afirma *“... é o Espírito quen en Pentecostes infunde na Igrexa apostólica a coraxe da misión,... abre os camiños á misión da Igrexa e a empuxa continuamente a superar tódalas barreiras e fronteiras...”* (n. 26).

Queridos misioneiros e misioneiras, son moitas as oracións de tantas persoas que se dirixen a Deus por cada un de vós. Traio á miña memoria as fermosas

palabras sacadas da encíclica *Redemptoris Missio* nas que o Servo de Deus, Xoán Paulo II, anima ós fieis a rezar e facer sacrificios polos misioneiros, citando expresamente o mensaxe de San Paulo, apóstolo e misioneiro, ó que recorreremos moi especialmente durante este Ano Xubilario: *“A oración debe acompañalo camiño dos misioneiros, para que o anuncio da Palabra resulte eficaz por medio da graza divina. San Paulo, nas súas Cartas, pide a miúdo ós fieis que recen por el, para que poida anunciarlo Evanxeo con confianza e franqueza. Á oración é necesario unir o sacrificio. O valor salvífico de todo sufrimento, aceptado e ofrecido a Deus con amor, deriva do sacrificio de Cristo, que chama ós membros do seu Corpo místico a unirse ós seus padecementos e completalos na propia...”* (*Redemptoris Missio*, 78)

Coñecemos pola Biblia que o Señor enviou o Espírito Santo ós apóstolos cando estaban en oración, acompañados da Virxe María. Sempre a Virxe á nosa beira, como o estivo permanentemente en momentos clave da vida do seu Fillo. A forza de María é extraordinaria.

A comezos deste mes de maio recibimos unha visita moi especial: “a Bendita Imaxe da Virxe dos Milagres

chega á Cidade de Ourense”. Unha moitedume de persoas abarrotaron as rúas céntricas da cidade e a nosa Catedral non foi capaz de acollelos a todos. Cada día reafirmome na seguridade de que, agarrados á man da nosa Nai, a Virxe, seremos capaces de conquistar máis corazóns para Xesus Cristo.

Animados e alentados pola forza do Espírito Santo seguíde traballando coa mesma entrega e xenerosidade, tal como o vides xa facendo. Non vos esquezades que esta a vosa casa, esta Diocese, sempre vos recibirá con moita ledicia á vosa volta. Por elo, permíteme lembraros, por se tendes pensado vir a descansar nunhas merecidas vacacións, que o sábado, 18 de xullo, terá lugar o Encontro de Misioneiros. Facede o posible por estar presentes este día se vos atopades por aquí.

Que a Virxe Nai, Raíña das Misións, vos protexa sempre e interceda por vós diante de Deus para que El bendiga todos os traballos que levades a cabo cada día.

Con afecto, saúdavos e bendivos o voso Bispo.

+ Luís Quinteiro Fiuza
Bispo de Ourense

Carta del Sr. Obispo a los diocesanos para el Mes de Junio

Queridos diocesanos:

El 30 de mayo pasado, se cumplieron 90 años de la consagración de España al Sagrado Corazón de Jesús en 1919. Allí estuvieron el rey Alfonso XIII, el Gobierno, el Nuncio Apostólico y la Jerarquía eclesiástica española. Por eso, este año, el 21 de junio, en El Cerro de los Ángeles, en Madrid, tendrá lugar una nueva Consagración, presidida por el Cardenal, D. Antonio M^a. Rouco Varela y demás jerarquía de la Iglesia.

La consagración personal, familiar o parroquial de las personas al Corazón de Jesús es renovación del compromiso bautismal al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Por eso os pido que ese día 21, en la Santa Misa, se proceda a la consagración de nuestras parroquias con esta u otra fórmula:

Señor Jesús, Tú nos has dicho en el Evangelio: “donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos”. Aquí nos tienes reunidos ante Ti a tus hijos, esta comunidad de ---. Nos ha convocado tu amor, Corazón de Cristo Jesús. Somos parte de la Iglesia que nació del agua y la sangre que derramó tu Costado herido por nuestros pecados. Somos el pueblo que rescataron tu amor y tu sangre.

Aquí estamos ante tu querida imagen, para consagrarnos, para corresponder a tu entrega y amor misericordioso, entregándote todo cuanto somos y tenemos.

Tú continúas ofreciéndote por nosotros al Padre desde la Eucaristía que celebra agradecida tu Iglesia. Y nosotros deseamos ofrecernos Contigo. Para hacerlo, necesitamos cambiar nuestro corazón egoísta y duro. Necesitamos un corazón amoroso y humilde como el Tuyo. Un corazón obediente, que esté siempre dispuesto a hacer la voluntad del Padre, cueste lo que cueste.

Esto nos asusta; pero sabemos que podemos, porque recibimos al Espíritu Santo Consolador que Tú nos enviaste, y con tu amor y tu gracia lo podemos todo.

Queremos construir Contigo y desde tu Corazón un mundo nuevo, anticipo de los cielos nuevos y la tierra nueva de tu Reino. Proclamaremos tu Palabra. Tu Cuerpo y tu Sangre nos sostendrán. Viviremos en comunión fraterna y lograremos ser hombres y mujeres libres para amar y servir. Atenderemos, Señor, a los pobres, desnudos, enfermos y presos. Porque son tus hermanos, y por tanto, los nuestros.

Pero “sin Ti nada podemos hacer...”. No permitas, Señor, que nos apartemos o salgamos de tu Corazón, único puerto y refugio seguro frente a los peligros de toda clase que nos amenazan. Que esta comunidad permanezca siempre, como María, tu Santísima Madre, junto a Ti y donde Tú estés, hasta el día que nos recibas, gozoso, en la casa del Padre. “Amén. Ven Señor Jesús” (Ap 22,20).

Con cariño os bendice vuestro obispo:

Luis Quinteiro Fiuza
Obispo de Ourense

Carta do Sr. Bispo ós diocesanos para o Mes de Xuño

Queridos diocesanos:

O 30 de maio, pasado cumpríronse 90 anos da consagración de España ó Sagrado Corazón de Xesús en 1919. Alí estiveron o rei Alfonso XIII, o Goberno, o Nuncio Apostólico e a Xerarquía eclesiástica española. Por iso, este ano, o 21 de xuño no Cerro dos Anxos, en Madrid, terá lugar unha nova Consagración, presidida polo Cardeal, D. Antonio M^a. Rouco Varela e demais xerarquía da Igrexa.

A consagración persoal, familiar ou parroquial das persoas ó Corazón de Xesús, é renovación do compromiso bautismal ó Pai, ó Fillo e ó Espírito Santo. Por iso pídovos que ese día 21, na Santa Misa, se proceda á consagración das nosas parroquias con esta, ou outra, fórmula:

Señor Xesús, Ti dixéchesnos no Evanxeo: “onde dous ou tres están reunidos no meu nome, alí estou Eu en medio deles”. Aquí nos tes reunidos ante Ti ós teus fillos, esta comunidade de [.....]. Convocounos o teu amor, Corazón de Cristo Xesús. Somos parte da Igrexa que naceu da auga e do sangue que derramou o teu Custado ferido polos nosos pecados. Sómo-lo pobo que rescataron o teu amor e o teu sangue.

Aquí estamos ante a túa querida imaxe, para nos consagrar, para corresponder á túa entrega e amor misericordioso, entregándoches todo canto somos e temos.

Ti continúaas ofrecéndote por nós ó Pai dende a Eucaristía que celebra agradecida a túa Igrexa. E nós desexamos ofrendarnos Contigo. Para facelo, precisamos cambia-lo noso corazón egoísta e duro. Precisamos un corazón amoroso e humilde como o Teu. Un corazón obediente, que estea sempre disposto a face-la vontade do Pai, custe o que custe.

Isto asústanos; pero sabemos que podemos, porque recibimos ó Espírito Santo Consolador que Ti nos enviache, e co teu amor e a túa graza podémolo todo.

Queremos construír Contigo e dende o teu Corazón un mundo novo, anticipo dos ceos novos e a terra nova do teu Reino. Proclamaremos-la túa Palabra. O teu Corpo e o teu Sangue sosterannos. Viviremos en comunión fraterna e lograremos ser homes e mulleres libres para amar e servir. Atenderemos, Señor, ós pobres, nus, enfermos e presos. Porque son os teus irmáns, e por tanto, os nosos.

Pero “sen Ti nada podemos facer...”. Non permitas, Señor, que nos afastemos ou saiamos do teu Corazón, único porto e refuxio seguro fronte ós perigos de toda clase que nos ameazan. Que esta comunidade permaneza sempre, como María, a túa Santísima Nai, xunto a Ti e onde Ti esteas, ata o día que nos reciba, gozoso, na casa do Pai. “Amén. Ven Señor Xesús” (Ap 22,20).

Con cariño bendívo-lo voso bispo:

Luís Quinteiro Fiuza
Bispo de Ourense

ACTIVIDADES DEL SR. OBISPO

ABRIL

- Días 24-26: Peregrinación Diocesana a Roma en el bimilenario del nacimiento de San Pablo.
- Día 28: Reunión del Consejo Episcopal.
- Día 29: Preside la Celebración Eucarística en la capilla de las Religiosas Adoratrices del Santísimo Sacramento y de la Caridad y encuentro con los internos y religiosas de la casa.
- Día 30: Preside la Celebración Eucarística de Acción de gracias con motivo del Centenario del nacimiento de M. María del Rosario del Espíritu Santo Lucas Burgo, Fundadora de las Religiosas Esclavas del Santísimo y de la Inmaculada.

MAYO

- Día 1: Santa Visita Pastoral a la parroquia de San José Carballeira y Santa María de Melias en el Arciprestazgo de Ourense Este.
Preside el recibiendo de la visita de la Bendita Imagen de la Virgen de los Milagros a la Ciudad de Ourense. Santo Rosario, Procesión y Celebración Eucarística.
- Día 2: Preside la Celebración Eucarística y saludo de bienvenida que la Ciudad de Pontevedra da a la Bendita Imagen de la xVirgen de los Milagros de Ourense en la Basílica de Santa María.
- Día 3: Preside la Procesión y Celebración Eucarística en la fiesta del Santo Cristo en la Parroquia de San Juan de Laza.
Preside la Celebración Eucarística en la fiesta del Santo Cristo en la S. I. Catedral Basílica de San Martín de Tours.
- Día 6: Solemne Concelebración Eucarística en la fiesta de San Juan de Ávila en la Capilla del Seminario Mayor.
- Día 7: Preside la Celebración Eucarística en el Santuario de Fátima con motivo de la Novena en honor a la Virgen en el día que peregrinan los seminaristas.
- Día 8: Preside la Celebración Eucarística en la Capilla de las Religiosas Siervas de María, Ministras de los enfermos, con motivo de la festividad de la Virgen de la Salud.

- Día 9: Saluda a los integrantes de la Renovación Carismática Católica de Galicia que se reúnen en la V Asamblea Diocesana de Ourense.
Santa Visita Pastoral a la parroquia de Cristo Rey en el Arciprestazgo de Ourense Este.
- Día 10: Santa Visita Pastoral a la parroquia de Cristo Rey en el Arciprestazgo de Ourense Este.
- Día 12: Preside la Ofrenda floral de las madres a la Virgen de Fátima en el Santuario de la ciudad.
- Día 13: Visita el Centro ocupacional donde desarrolla sus actividades la Fundación de Discapacitados Psíquicos da Terra de Celanova.
Preside la Procesión de antorchas en la fiesta de la Virgen de Fátima y Celebración Eucarística en la S. I. Catedral Basílica de San Martín de Tours.
- Día 15: Asiste a la Clausura de los Encuentros Interparroquiales de la ciudad en la Casa de Ejercicios.
- Día 16: Santa Visita Pastoral a la parroquia de Santa Eufemia la Real del Norte (Santo Domingo) en el Arciprestazgo de Ourense Este.
- Día 17: Preside la Celebración Eucarística de Clausura del XIII Encuentro Deportivo Madre Trinidad en la Capilla de las Religiosas Esclavas de la Eucaristía y de la Madre de Dios en Sobrado del Obispo.
Santa Visita Pastoral a la parroquia de Santa Eufemia la Real del Norte (Santo Domingo) en el Arciprestazgo de Ourense Este.
- Día 19: Reunión del Consejo Episcopal.
- Día 20: Asiste a la Reunión de preparación para la Programación del Año Santo Compostelano en la Casa de Ejercicios.
- Día 21: Preside la Celebración Eucarística en la que administra el sacramento de la Confirmación a cien jóvenes en la Parroquia de San Cipriano de O Carballiño.
- Días 22-23: Participa en Sevilla en los Actos de incorporación a la Orden de Caballeros de San Clemente.
- Día 24: Santa Visita Pastoral a la parroquia de Santa Cristina de Vilariño en el Arciprestazgo de Ourense Este.

IGLESIA DIOCESANA

VICARÍA PARA EL CLERO**Festa de San Xoán de Ávila, no Seminario Maior de Ourense**

Maio de 2009

Na nosa Diocese de OURENSE vense celebrando a festa de S. Xoán de Avila, dende hai moitos anos coa asistencia da maior parte dos cregos e por, suposto, dos seminaristas.

Este día está adicado, fundamentalmente, a homenaxear ós compañeiros que, a través de ano, celebran as Vodas de Ouro e Prata.

Pídeselle ós que celebran as Vodas de Ouro que un deles teña unha breve intervención na Eucaristía. Desta vez tocoume a min: **Bruno**.

Cincuenta anos de Sacerdocio, 1959-2009:

Babarro Feijóo, José
 Cougil Gil, Tomás
 Fernández Grande, Miguel
 Fernández Nieves, Lisardo
 Fuentes Blanco, Bruno
 Gómez Alonso, Aníbal
 González Carpintero, Delmiro
 González Colmenero, Baltasar
 González Losada, Antonio
 Lamas Martínez, Manuel
 López Dacal, Jesús
 Méndez Valencia, Juan Antonio
 Rodríguez González, Manuel
 Rodríguez Martínez, José
 Rodríguez Vila, Senén

Salgado López, Luis
 Sánchez Nóvoa, Orlando

Reflexión pronunciada na Eucaristía celebrada na capela do Seminario Maior de Ourense**1. - Oportunidade para DAR GRACIAS:**

“Haste lembrar do camiño polo que o Señor, o teu Deus, te fixo camiñar polo deserto durante estes corenta anos... (Deut. 8, 2)

Hoxe é un día para recordar o noso pasado...uns anos acompañados polo noso Deus.

Un día de ACIÓN DE GRACIAS:

1. 1-Pola nosa vida de Seminario:

-Lembrando ós nosos pais e familiares que nos trouxeron ó Seminario, os nosos párrocos que foron acompañando e axudando a medrar aquel xermolo de vocación: cando nos viñan visitar ó Seminario, nos coidaban nas vacacións, ós que nós estábamos ansiosos de ver entrar nesta capela o Día do Beato Avila.

Hoxe, un día para facer memoria, dunha maneira especial, da nosa vida neste Seminario. Dende o Seminario Menor,

vimos como se ía construíndo, que cando pasamos para aquí, aínda había cousas sen rematar...de tantas horas de estudio, de aqueles anos de Teoloxía onde se afianzou a nosa vocación...desta capela: lugar de horas de oración, de celebracións e sobre todo daquela mañá de inverno: 19-XII-1959 no que recibimos o Sacramento do Orden.

1. 2. -Grazas ós nosos formadores e profesores do Seminario, ás comunidades polas que fomos pasando co noso ministerio, ós grupos e as persoas que nos acolleron e axudaron...

Queremos dicirlle ó Señor co salmista:

*“¿Con que lle ei pagar ó Señor,
todo o ben que me fixo?”
(Salmo 115).*

2. - Un día para pedir PERDON

*“Mais levamos ese tesouro en vasos de barro. E así esa forza tan extraordinaria aparece como forza de Deus, e non nosa”
(II Cor. 4, 7).*

Cinquenta anos son moitos. Hoxe é un día para pedir perdón. Somos sabedores, recoñecemos que o tesouro do ministerio levámolo en vasos de barro, que somos nós. Cinquenta anos de fidelidade pero non de **impecabilidade**.

No seguimento do Señor polo camiño do ministerio, recoñecemos os nosos tro-

pezos, as nosas negacións: cantas veces vivimos como pastores asalariados, deixando de seguilo exemplo do Bo Pastor, que dá a vida gratuitamente polas ovellas.

Sabemos que, nas nosas comunidades, moitas veces en vez de axudar, fomos **atranco**: porque NON fomos bos servidores do Señor e do ministerio que nos encomendou; o noso individualismo; a nosa crítica destrutiva que rachou a fraternidade dentro da familia do presbiterio diocesano; os nosos medos, as nosas cobizas, a nosa falta de ilusión, que puido escandalizala fe nas nosas comunidades e impedir o espallamento do Evanxeo...

Un bo día para pedirlle perdón ó Señor que nos chamou á familia do presbiterio, as nosas comunidades.

*“Lémbtrate, Señor, da túa compaixón e do teu amor, pois existen desde sempre. Dos erros e das culpas da miña mocidade non te lembres: Acórdate de min segundo o teu amor, Señor, pola túa bondade”
(Salmo 25, 6-7)*

3. - Día para REAVIVAR (II Tim. 1, 6) a nosa RESPOSTA ó Señor.

“El “ven y sígueme” de Jesús encuentra su proclamación plena y definitiva en la celebración del Sacramento de su Iglesia... . El sacerdote, da respuesta en la fe a la llamada de Jesús: “vengo y te sigo” . Desde este momento comienza aquella respuesta, que, como opción fundamen-

tal, deberá renovarse y reafirmarse continuamente durante los años de sacerdocio en otras numerosísimas respuestas, enraizadas todas ellas y vivificadas por el SI del Orden sagrado". (PDV. 70).

Cincuenta anos de ministerio, distintas responsabilidades pastorais, convivimos con catro Bispos, compañeiros que deixaron o ministerio, compañeiros que faleceron- para os que temos hoxe un recordo especial- quedamos 17 de 37 que recibimos xuntos o Sacramento do Orden.

Un aniversario que o queremos acoller como unha **gracia**, como unha oportunidade para descubrir a ACTUALIDADE da nosa chamada. Hoxe, o Señor dinos como lle dixo a Nicodemo- aquel home vello e Mestre en Israel:

"tes que nacer de novo"
(Xn. 3, 3)

Temos que nos xubilar de determinadas actividades pastorais pero non de VOCACIONADOS.

Hoxe, o Señor, sae o noso encontro e dinos como lle dixo a Pedro:

"Simón de Xoán, ¿quéresme?"

E cada un de nós, un pouco avergonzados polo noso pasado, pero cheos de ledicia pola confianza que o Señor segue a ter en nós, contestámoslle:

"Señor, ti sabelo todo, ti sabes que te quero"
(Xn. 21, 17).

¿Por qué non vai ser este ano, o día da 2ª chamada do Señor e, polo tanto, a oportunidade de estrear RESPONSA?

A 2ª invitación do Señor, tamén nós lle contestamos, cheos de esperanza:

"Mestre, xa que Ti o dis, botarémosla rede..."
(Lc. 5, 5)

4. - Día para planificalo último **TRAMO da nosa vida:**

"Señor, ti fúchelo o noso agarimo, ó longo das xeracións. Ensínanos a contalos nosos días, para que deprendamos a ser asisados. Danos axiña a fartura da túa misericordia para que a nosa vida teña felicidade e ledicia"
(Salmo 90)

Queremos caer na conta de que estamos na última etapa da nosa vida. Motivo de LEDICIA: porque podemos seguir dando testemuño dos valores do Evanxeo colaborando na evanxelización, tendo moi en conta as nosas posibilidades xa limitadas.

Temos nas mans a oportunidade para reemprendela viaxe máis importante da nosa vida e por iso sentímola chamada a vivilo con plena conciencia e responsabilidade.

O Señor, na nosa ancianidade, quere seguir facendo algo NOVO. Podemos escoitar a Isaías cando di:

*“Ollade que estou facendo algo novo;
xa agroma, ¿non vos dades conta?”
(Is. 43, 19)*

O Señor segue empeñado en rematara obra que comezou a facer en nos. Por iso, CHEOS DE CONFIANZA, facemos nosas as verbas de S. Paulo os Filipenses:

*...”o que encetou en vós a súa obra,
halle de ir dando cabo de aquí ó día de
Cristo Xesús”.
(Fil. 1, 6)*

Collo un parágrafo dun traballo de Dolores Alexandre que titula: *“Como me gustaría envejecer”*:

“El reino de los cielos, podía haber dicho Jesús, se parece a un hombre que, al regresar a su país después de un largo viaje en tierra extranjera, cambia sus monedas por las únicas que, en ade-

lante, le serán válidas”. Pablo no tiene duda sobre cuáles son esas monedas: *“ahora nos quedan la fé, la esperanza y el amor, estas tres. Pero la más grande es el amor”*(I Cor. 13, 13).

Co salmista dicímoslle ó Señor:

*“A Ti, Señor, eu acóllome: Que en-
dexamais me vexa defraudado... Nas
túas mans encomendo a miña vida
“Mais eu teño confianza en ti, Señor,
e digo: Ti é-lo meu Deus. nas túas mans
está o meu porvir...”
(Salmo 31).*

GRACIAS a todos vós por este día que nos estades dedicando.

GRACIAS.

Ourense, 6 de mayo de 2009

Bruno Fuentes Blanco

Conferencia de Mons. Ricardo Blázquez, Obispo de Bilbao, en el marco de las celebraciones de la fiesta de San Juan de Ávila

XII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos.

Una información teológico-pastoral.

Durante tres semanas del mes de octubre -en concreto desde el domingo 5 hasta el domingo 26- ha tenido lugar en Roma la Asamblea del Sínodo de los Obispos que ha tratado sobre *La Palabra de Dios en la vida y la misión de la Iglesia*. Esta Asamblea

es complementaria de la anterior dedicada a la Eucaristía, como sugiere la misma formulación del tema de ambos Sínodos.

La constitución conciliar *Dei Verbum* 21 habla de dos mesas, donde los

fieles cristianos nos alimentamos: La Iglesia “sobre todo en la sagrada liturgia nunca ha cesado de tomar y repartir a sus fieles el pan de vida en la mesa tanto de la Palabra de Dios como del Cuerpo de Cristo”. Esta comparación apareció repetidas veces en el Sínodo, que en la proposición 7 subrayó la importancia de considerar su unidad (cf. Jn 6, 35-58; Lc 24, 13-35) y pidió una reflexión teológica sobre la sacramentalidad de la Palabra de Dios. Así como invocamos la fuerza del Espíritu Santo en la epiclesis consecratoria y en la epiclesis sobre los comulgantes, de modo semejante invocamos el Espíritu Santo para que interiorice y “aposente” la Palabra del Señor en nuestro corazón y en la Iglesia.

La Asamblea Sinodal es una forma relevante de ejercicio de la fraternidad ministerial de los obispos y de la responsabilidad solidaria por todas las Iglesias; es una vía muy estimada por los cristianos ortodoxos, como dijo públicamente el patriarca de Constantinopla, Bartolomé I, acompañado por varios metropolitanos, en la predicación de vísperas el día 18 de octubre a los participantes en el Sínodo, en el marco incomparable de la capilla Sixtina. Consideró con gratitud la invitación como un signo del Espíritu en el camino de la plena comunión de las Iglesias. El Sínodo de los Obispos como institución de la Iglesia católica surgió en el marco conciliar, erigido por el papa Pablo VI y recogido en el decreto *Christus Dominus* 5.

El Sínodo, en su acontecer y experiencia, une el principio sinodal y el principio primacial de la Iglesia, sin que ninguno de los principios sea forzado en la relación. Frente a esquematismos eclesiológicos que integran con dificultad teórica primado y sinodalidad, la experiencia reiterada del Sínodo muestra que ambos principios actúan en convergencia y reforzamiento mutuo. ¿No es el primado del obispo de Roma fundamento de unidad de todos los obispos? ¿Hay unidad sin centro de comunión? Si comparamos la trayectoria de la Iglesia católica con las Iglesias ortodoxas advertimos que la falta de comunión plena entre todas, se resiente también de la comunión difícil entre éstas. Ha sido reiterada la expresión de que en la Palabra de Dios estamos unidos los cristianos y es al mismo tiempo un camino que debemos recorrer juntos para alcanzar la plena unidad visible. La Sagrada Escritura es lugar de encuentro de los cristianos; escucharla juntos hace crecer la comunión.

A través de los representantes de las Conferencias Episcopales está presente y actúa la Iglesia una y universal, la misma en las variadas situaciones históricas de Iglesias locales, ritos litúrgicos, pueblos, culturas y continentes. El lejano y medio Oriente y el Occidente europeo y americano; el centro de la Iglesia católica y todas sus periferias; desde Canadá hasta Argentina y desde la Federación Rusa hasta África del Sur. Es un gozo profundo y una inmensa satisfacción compartir, en la comunión de las Iglesias, la misma fe, la misma ca-

ridad pastoral, la solicitud por la Iglesia universal, el mismo encargo misionero y la solidaridad por la humanidad, particularmente por los pobres y los que sufren. El Papa, que estaba presente cuando lo permitían sus trabajos, ha participado en las reuniones presidiendo, escuchando e interviniendo. Su presencia era saludada con cariño, y era escuchado con respeto, con afecto y con particular atención. Recordemos aquellas palabras del salmo ¡“quam bonum et quam iucundum habitare fratres in unum”! Aunque se tenga muchas experiencias de comunión eclesial, honda y elocuente, es realmente una vivencia inagotable y siempre gratificante la participación en la Asamblea sinodal. Esta experiencia desborda lo que se puede contar y escribir; y no se resume en los documentos preparados.

Nada puede sustituir la lectura reposada del *Mensaje* y las *Proposiciones* hechos públicos al terminar la Asamblea. Al Papa se entregan las *Proposiciones* en latín, respondiendo de esta forma los padres sinodales al asesoramiento cualificado que su convocatoria implica. Al Santo Padre, se remiten las intervenciones habidas a lo largo del recorrido del Sínodo: *Lineamenta Instrumentum laboris*, *Relatio ante et post disceptationem* del Relator general; la aportación particular de cada padre sinodal y participantes; los resúmenes del trabajo en los *Circuli minores*; y sobre todo las *Propositiones*, en este caso son SS. En italiano se han entregado a las mass-media. En la última proposición titulada *Maria, Mater*

Dei et Mater fidei, se recogen diversas referencias a la Virgen tan importantes como bellas, emitidas en las sesiones sinodales. El Papa verá la conveniencia de publicar una Exhortación apostólica postsinodal, para lo cual puede ayudar el Consejo permanente del Sínodo, constituido por quince personas, de las cuales doce elegidas por la Asamblea y tres designadas por el Papa.

El Mensaje es una pieza preciosa. Ha sabido armonizar una amplia información sobre los temas tratados, un desarrollo suficiente de los principales, un hermoso estilo literario y una sugerente utilización de los símbolos. Emite una imagen atractiva del trabajo del Sínodo. Tiene cuatro partes tituladas así: “*La voz de la Palabra: la Revelación*”, “*El rostro de la Palabra: Jesucristo*”, “*La casa de la Palabra: La Iglesia*” y “*Los caminos de la Palabra: La misión*”. Ofrece materiales para diversas reuniones de lectura en grupos.

La Asamblea del Sínodo, recientemente concluido, es muy rica en ideas, informaciones, sugerencias pastorales, convivencia y encuentros personales, intervenciones de sus miembros, celebraciones litúrgicas que han jalonado su itinerario. Ha constituido un acontecimiento inolvidable para los participantes y confiamos que sea muy fecundo en la vida y la misión de la Iglesia. Esta es la aspiración: ¡Que la Palabra de Dios sea leída, escuchada, recibida en la fe, compartida, celebrada, encarnada en la vida, transmitida en la misión, anunciada a

los cuatro vientos! ¡Que a la mesa de la Palabra, bien surtida, nos acerquemos todos para nutrirnos abundantemente! ¡Que todos los fieles cristianos tengan amplio acceso a la Sagrada Escritura!

Tanto en los diálogos como en los documentos, hay aspectos teológicos, espirituales, pastorales; se han tratado cuestiones metodológicas, culturales, académicas, organizativas. El amplio tema de la Palabra de Dios posee muchas perspectivas y afecta a todas las Iglesias del mundo. A continuación, señalo algunos aspectos, remitiendo a la lectura de las Proposiciones, que nada puede suplir.

En primer lugar, ¿qué entendemos por *Palabra de Dios*? Aunque llame la atención, con frecuencia lo supuesto y más habitual en la comunicación oral o escrita requiere ahondamiento. Palabra de Dios es ante todo Jesucristo en persona, el Verbo de Dios encarnado. Él es la Palabra de Dios creadora, reveladora y salvífica. Puede ser escuchada, vista y tocada la Palabra de vida (cf. Jn 1, 1-3). Esto constituye ya una preciosa indicación espiritual y pastoral. ¡Vayamos nosotros y encaminemos a otros al encuentro personal con el Señor! Él es la clave de lectura de la Sagrada Escritura. La Palabra de Dios se ha revelado a lo largo de la historia y es atestiguada y está consignada por escrito en el Antiguo y Nuevo Testamento. La Sagrada Escritura es testimonio permanente, insustituible y autorizado de la Palabra de Dios. Es la segunda acepción de Palabra de Dios. Pero la Palabra de Dios

desborda y trasciende la sagrada Escritura; el cristianismo no es religión de libro sino de la Palabra viva de Dios. «Las Sagradas Escrituras son el “testimonio” en forma escrita de la Palabra divina, son el memorial canónico, histórico y literario que atestigua el evento de la Palabra creadora y salvadora. Por tanto, la Palabra de Dios precede y excede la Biblia, si bien está “inspirada por Dios” y contiene la Palabra divina eficaz (cf. 2 Tim 3, 16)» (*Mensaje* del Sínodo, 3). Esta relación entre Palabra de Dios y Sagrada Escritura debe prevenir ante el fundamentalismo. La Palabra de Dios ha sido confiada a la Iglesia, que vive de ella, la custodia y la ofrece a la humanidad en su predicación, sacramentos y testimonio de vida. Ésta sería su tercera acepción. Los materiales previos al Sínodo hablaron de una sinfonía de voces en que resonaba la Palabra de Dios. Jesús es plenitud y mediador de la revelación; antes de su venida Dios habló parcial e intermitentemente; pero en Cristo nos ha hablado para siempre y enteramente. Lo anterior es como eco anticipado de su voz y la Iglesia la hace resonar escuchándola sin cesar.

Hay tres proposiciones, muy importantes, que tratan sobre la *exégesis* y en general el estudio y lectura de la Sagrada Escritura (nn. 25-27). La sagrada Escritura es patrimonio de la humanidad; es un libro, o mejor una colección de libros, de una inmensa riqueza cultural y espiritual, que leen no sólo los cristianos; por ejemplo, en Japón es muy leída. La Palabra de Dios está conteni-

da en la Sagrada Escritura que introducimos solemnemente en la asamblea litúrgica, la mostramos con respeto y la colocamos en lugar preferente en la celebración y fuera de la celebración.

Hay dos componentes o dos niveles en la exégesis cristiana de la Sagrada Escritura. Es legítimo y necesario el método histórico-crítico, ya que la Palabra de Dios se ha hecho carne, se ha insertado en la historia y en la cultura de un pueblo, de unos pueblos. Pero es también insustituible la componente teológica de la exégesis, ya que la Sagrada Escritura debe ser interpretada con la ayuda del Espíritu Santo que guió en su escritura. Aquí se recordó a *Dei Verbum 12* y los criterios que enseña para interpretar la Escritura: Unidad de la Escritura, Tradición viva de la Iglesia y analogía de la fe. En general se reiteró la necesidad de un esfuerzo nuevo de recepción de la constitución conciliar, un documento laborioso en su itinerario y relevante en su significación. La Escritura es libro de la Iglesia, en cuyo interior nació y fue acogida (cf. Nuevo Testamento), debe ser leída y entendida. Esta íntima y recíproca relación de Escritura e Iglesia, Iglesia y Escritura debe ser una convicción honda y operativa en la exégesis. La Escritura es don del Señor a la Iglesia, y a su vez la Iglesia debe escuchar, obedecer, anunciar la Palabra de Dios contenida en la Escritura. “Sólo donde los dos niveles metodológicos, el histórico-crítico y el teológico, son observados, se puede hablar de una exégesis

teológica, una exégesis adecuada a este libro” (Benedicto XVI, 14 de octubre en el aula sinodal). La exégesis católica debe, consiguientemente, desarrollar su trabajo con responsabilidad ante la ciencia y con responsabilidad ante la Iglesia y sus hermanos en la fe. Por esto, su tarea es más compleja, delicada y preciosa.

En conexión con lo dicho se comprende que la Escritura es como el “alma” de la teología, de la espiritualidad y de la pastoral. Donde la exégesis no es teología, no puede ser la Escritura alma de la teología. De aquí han derivado apelaciones del Sínodo a cuidar la formación de los candidatos al ministerio sacerdotal y a la vida consagrada, a los sacerdotes y religiosos, a los laicos en la vida y misión de la Iglesia. Se debe acercar la Biblia a las familias, a cada cristiano, a los jóvenes ... Preocupa a los obispos de diversas latitudes el fenómeno de las “sectas” o movimientos religiosos modernos, que utilizan mucho la Sagrada Escritura y a veces la instrumentalizan por la vía del fundamentalismo o de promesas “interesadas” de predicadores no siempre movidos por el servicio del Evangelio. Las sectas que pueden ser un acoso nos desafían sobre el celo evangelizador. En todo caso sin fe, sintonía espiritual, ánimo, convicción y entusiasmo no se transmite adecuadamente la verdad consignada en la Escritura por nuestra salvación. La Palabra viva de Dios aguarda mensajeros con fe viva y corazón palpitante. No sólo se debe tener

en cuenta en la acción pastoral la secularización que se hace notar en Iglesias antes no tocadas, sino también el hambre de Dios y de su Palabra (cf. *Amós* 8, 14). ¿Vamos al encuentro de los que buscan sentido y espiritualidad?

Hay una proposición, la número 22, que trata sobre *Palabra de Dios y lectura orante*. Muchos sinodales en el aula y en los círculos menores, o grupos de trabajo por lenguas, han insistido en la *lectio divina*, que es tradicional en el monacato y es muy actual según diversos procedimientos, personas y grupos. Al final; después de muchas intervenciones, la proposición ha optado por la expresión “lectura orante” de la Palabra de Dios. El Sínodo ha pedido que se tenga en cuenta esta lectura en los itinerarios de formación cristiana y apostólica; que se inicie a orar con la Escritura según las formas más aptas por lugares y grupos; que desemboque la lectura en el compromiso de la caridad. En la misma proposición se pide que se “conecte profundamente la lectura orante con el ejemplo de María”. En cuatro verbos resumió un anglicano la relación de María con la Palabra de Dios: “Fiat”, “magnificat”, “conservabat” y “stabat” junto a la cruz de Jesús. María dijo sí a Dios y mantuvo pacientemente el sí también en el Calvario. El Sínodo, a la vista de la difusión de la lectura orante de la Palabra de Dios y de sus frutos, anima a los responsables de la acción pastoral de la Iglesia a multiplicar los esfuerzos en esta dirección.

La *homilía* ocupa un puesto destacado en el ministerio de la Palabra; sobre ella incidieron bastantes intervenciones de padres sinodales, que se han reflejado en la proposición 16. También traté yo sobre la homilía. Todos sabemos las características fundamentales de la misma: Actualiza en el marco celebrativo la Palabra de Dios proclamada en las lecturas, practica una especie de vaivén de la vida a la celebración y de la celebración a la vida de los participantes, introduce en el misterio que se celebra, etc. Debe poseer aliento kerigmático y ser doctrinalmente sólida para transmitir la enseñanza de la Iglesia, para fortalecer la fe y llamar a la conversión. Expresó el Sínodo el deseo de que sea preparada en un ambiente de oración, y que el que preside la celebración se haga al menos tres preguntas: ¿Qué dicen las lecturas que van a ser proclamadas? ¿Qué me dicen a mí personalmente? ¿Qué debo decir a la comunidad en su situación concreta? El predicador, aunque parezca paradójico, debe ser el primer destinatario, ya que no predica sólo a otros y por supuesto no contra otros. Tiene la homilía como referentes el discurso de Jesús en la sinagoga de Nazaret (cf. Lc 4, 21) y el pasaje del encuentro con los discípulos de Emaús (cf. Lc 24, 25 ss).

Los aspectos que he puesto de relieve son sin duda importantes en el trabajo del Sínodo, pero hay otros muchos que merecen la pena ser considerados detenidamente. Por ello, remito a la lectura completa de las Proposiciones, que ya tenemos por diversos cauces a nuestra disposición.

Diferentes efemérides han tenido lugar a lo largo de la Asamblea sinodal que han enriquecido las actividades del Sínodo. La apertura fue en la basílica de San Pablo “fuori le mura”, coincidiendo con el bimilenario del nacimiento del Apóstol por antonomasia. Trabajos realizados últimamente han descubrieron la urna donde se hallan los restos de San Pablo, protegidos por una caja grande de ladrillos para evitar que las crecidas del Tíber los arrastraran o que fueran asaltados y robados. San Pablo tiene, dentro de los autores del Nuevo Testamento, la más profunda teología sobre la Palabra de Dios.

El día 10 de octubre se cumplieron los cincuenta años de la muerte de Pío XII, un gran papa, que en los caminos de la Providencia divina le tocó dirigir la Iglesia católica desde el comienzo de la segunda guerra mundial. Benedicto XVI citó en la homilía unas palabras de la entonces ministro de Asuntos Exteriores del Estado de Israel, Golda Meir, que manifestó, con ocasión de la muerte, la gratitud al papa por la ayuda que prestó a los judíos en los años terribles del holocausto. Benedicto XVI, sin entrar en polémicas contra voces que continúan acusando al papa por su silencio, dijo que su discreción había sido la forma más adecuada de salvar al mayor número posible y de evitar males mayores.

El día 11, aniversario de la inauguración del Concilio Vaticano II, fiesta de la Divina Maternidad de Nuestra

Señora, según el calendario litúrgico anterior, y de la Virgen de Begoña es la memoria litúrgica del Bto. Juan XXIII, que nos visitó en 1954, siendo patriarca de Venecia, comió, acompañado por Mons. Angel Morta, rector de la Casa de Espiritualidad, su secretario y los sacerdotes Sebastián Laboa y José Ignacio Tellechea, descansó en una habitación contigua al lugar que ocupamos nosotros ahora en la presente sesión del Consejo Presbiteral. Iba camino de Santiago de Compostela en el Año Santo Jacobeo, al cual había sido invitado por el card. Fernando Quiroga. Pues bien, ese día presidió en la basílica de San Pedro, junto a su tumba, una celebración eucarística el actual patriarca de Venecia, card. Angelo Scola. Angelo Roncalli fue elegido papa el día 28 de octubre, sucediendo a Pío XII.

El día 16 se cumplieron los treinta años de la elección de Juan Pablo II; un papa magno no sólo por los largos años de pontificado sino también por el magisterio, acontecimientos relevantes, gestos e influencia en la Iglesia y en el mundo. Fue recordada la fecha de su elección con un film reciente, de origen polaco, (autor Przenajowski Häuser) proyectado en la sala de audiencias Nervi. Evoca muy bien el largo y fecundo pontificado del Papa, como él dijo “venido de lejos”. Hubo aplausos cuando el card. J. Ratzinger saludó al nuevo Papa Wojtyla y cuando el viernes santo último le ofreció Ratzinger a Juan Pablo II la cruz para

su adoración, ya que no pudo presidir la celebración. Ya he hecho alusión a la alocución en las vísperas, presididas por el papa, Benedicto XVI, y por el patriarca de Constantinopla Bartolomé I, el día 18. Igualmente hay que recordar la intervención que tuvo el gran rabino de Haifa en el aula sinodal, uno de los primeros días de la Asamblea. Con satisfacción y gratitud oímos todos cómo tratan, leen y escuchan los judíos, en la sinagoga y en la familia, la Sagrada Escritura. En una proposición (n. 52), se afirma que la comprensión hebrea de la Biblia puede ayudar a los cristianos a la inteligencia de las Escrituras; (por ejemplo el rabino J. Neusner es citado por Benedicto XVI en el libro sobre Jesús de Nazaret)

Hubo intervenciones que fueron espontáneamente seguidas de un aplauso de los oyentes: Las de los llamados delegados fraternos y la del rabino; participó como invitado especial y fue muy aplaudido también el nuevo prior de Taizé, Hno. Alois, que ha sucedido al Hno. Roger. Cuando hablaban los obispos procedentes de Iglesias que sufren tribulaciones particulares, son perseguidas o incluso padecen el martirio, como el representante de los cristianos de Irak, patriarca de Babilonia de los caldeos Emmanuel II Delly, o de la India, eran recibidas por un aplauso como signo de apoyo, de gratitud por su testimonio del Señor, de comunión con sus pruebas, de ánimo en la esperanza. El día que intervino el patriarca

de Bagdad se hizo un silencio singular, fue escuchado conmovidamente y suscitó un aplauso largo y unánime. El día 24 de octubre, se hizo público un comunicado leído antes en el Sínodo, con el título “Cristo es nuestra paz” (Ef 2, 14), dirigido a la comunidad internacional, donde se alude expresamente a Tierra Santa, el Líbano, Irak y la India, presentando la grave situación de los cristianos perseguidos y forzados a salir de sus casas. Es firmado el escrito por el Secretario de Estado, Prefecto de la Congregación para las Iglesias Orientales, Presidentes delegados, y Secretario General del Sínodo, y de los Patriarcas, Arzobispos y representantes de las Iglesias en esos países del Medio Oriente. Hay lugares donde actualmente los cristianos sufren persecución por el testimonio de Jesús. Tampoco en este Sínodo pudieron participar los obispos de la China continental, cuya ausencia se lamentó.

Concluyo ya. Estamos convencidos de que esta Asamblea contribuirá eficazmente a la recepción más honda de la constitución *Dei Verbum*, ayudará a los exegetas católicos en su importante trabajo, impulsará la lectura orante de la Sagrada Escritura personalmente y en grupos, enriquecerá con el aliento bíblico la teología, la espiritualidad y la acción pastoral.

Ourense, 6 de mayo de 2009

Mos. Ricardo Blázquez
Obispo de Bilbao

Crónica de la visita de la Virgen de los Milagros a la ciudad de Ourense y Consagración de la ciudad de Ourense a la Virgen de los Milagros

1. CARTA DEL SEÑOR OBISPO, INVITANDO A PARTICIPAR EN EL EVENTO:

*“Ante la Visita de la Bendita Imagen de la Virgen de los Milagros
a nuestra Ciudad de Ourense”.*

Muy estimados hermanos:

Con inmenso gozo quiero comunicaros una gran noticia: “el día 1 de maio viene a visitar nuestra ciudad la Bendita Imagen de Nuestra Señora de los Milagros de Baños de Molgas”.

Como a vosotros, también a mi me embarga una profunda emoción. ¡Cuántas veces nos ha acogido en su Santuario de los Milagros a todos los ourensanos! Ella ha guiado con amor materno nuestros trabajos pastorales; Ella ha acogido nuestras súplicas personales, familiares y eclesiales; Ella ha sido estímulo en nuestras convivencias, en nuestros ejercicios espirituales, en nuestras peregrinaciones; Ella ha sonreído en nuestras bodas, celebradas bajo su amparo. Cada año, en la romería de septiembre, bendice nuestra diócesis con miles de gracias; cada fin de semana, cada domingo, nos escucha en confidencia y es nuestra portavoz ante Cristo su Hijo.

Como Padre y Pastor quiero pedir os un favor muy especial a los sacerdotes, a los religiosos, a los seminaristas, a todos los agentes de pastoral: “sed generosos en recibir y en acoger a la Madre de Dios en la ciudad de Ourense”. ¡Cread el ambiente propicio en vuestras parroquias y en vuestras comunidades religiosas para que una muy digna representación de todas ellas se hagan presentes en la Plaza Mayor y en las calles por las que va a transcurrir la procesión! Hace ahora 55 años que la Virgen de los Milagros visitó nuestra ciudad (17 de Octubre de 1954). ¡Que hoy como ayer Ourense sepa responder con su presencia y oración a tan celestial visita!

Porque sé que queréis a la Virgen de los Milagros, confío en vuestra repuesta de hijos. Por su intercesión pido al Señor que bendiga vuestras familias, vuestros hogares y a nuestra ciudad; que acoja vuestras súplicas y que nos alcance la gracia de ser fieles transmisores de la fe en Cristo, nuestro Salvador.

Ourense, 13 de abril de 2009.

Firmado: Luís Quinteiro Fiuza, Obispo de Ourense.

2. ORGANIZA LA VICARÍA DE PASTORAL

Comisión para la preparación del recibimiento y acogida a la bendita imagen de la Virgen de los Milagros:

- D. José Pérez Domínguez, Vicario de Pastoral
- D. Serafín Marqués Gil, presidente del Excmo Cabildo de la Catedral de Ourense.
- D. Miguel Ángel González García, canónigo archivero de la Catedral.
- D. José Antonio Gil Sousa, Director del I. T. Divino Maestro y miembro de la Vicaría de Pastoral.
- D. Francisco Pernas de Dios, párroco de las Caldas y miembro de la Vicaría de Pastoral.
- P. José Manuel Villar Suárez, Superior de la comunidad de la misión de los Milagros y Rector del Santuario.
- D. Tomás Cougil Gil, Vicario Judicial y párroco de la Santísima Trinidad.
- D. Celso Rodríguez Lourido, párroco de Nuestra Señora de Fátima.
- D. Manuel Mera Martínez, párroco de Santa Eufemia la Real del Centro.
- D. José Iglesias Iglesias, párroco de Santo Domingo.
- D. Luís Rodríguez Álvarez, párroco de San Pío X.
- D. Lisardo Ramos Sandiás, párroco de Santa Teresita del Veintiuno.

3. HOJA DE RUTA

Fecha: día 1 de mayo, viernes, a las 16:30.

Lema: “*María portadora de vida*”

Llegada a la calle de la Cruz Roja:

- 16:00: llegada de la imagen de la Virgen de los Milagros a la plaza del Obispado.
- 16:20: calle Progreso, entrando para entrar en la calle Cruz Roja.
- **Real Banda de Gaitas hasta la Plaza Mayor: antiguo himno de Galicia.**
- 16:20: repique de campanas en todas las parroquias de la ciudad.

Calle Cruz Roja y Jardillos Padre Feijóo:

- 16:30: recepción y acogida de la Bendita Imagen en la Plaza Mayor de Ourense. Recepción y acogida en la plaza Mayor de Ourense: Sr. Obispo, Cabildo, Autoridades....

- Canción mariana popular.
- **Entrega de la Imagen a la ciudad de Ourense por parte del Sr. Rector del Santuario de los Milagros.**
- Lectura del Santo Evangelio según San Lucas: 1, 26 – 38: la Anunciación
- Lectura del Santo Evangelio según San Lucas: 1, 39 – 56: Visitación de María a su Prima Santa Isabel.
- **Recibimiento y acogida de la Bendita Imagen por parte del Sr. Vicario de Pastoral de Ourense.**
- **Real Bande de Gaitas: Ave María Schubert.**
- Canción mariana popular.
- **16:45: Ejercicio del Santo Rosario en la Plaza Mayor de Ourense, contemplando los misterios dolorosos:**
 - 1er Misterio: lectura bíblica y comentario. Parroquia de la Santísima Trinidad. Intención: por los niños y la vida.
 - 2º Misterio: lectura bíblica y comentario. Parroquia de Santo Domingo. Intención: los jóvenes y las vocaciones.
- En procesión hacia Santa Eufemia por Lamas Carvajal.

Parroquia de Santa Eufemia:

- 17:15: Delante de la Iglesia de Santa Eufemia y desde la escalinata:
 - 3er Misterio: lectura bíblica y comentario. Parroquia de Santa Eufemia. Intención: las familias.
 - 4º Misterio: lectura bíblica y comentario. Parroquia de San Pío X. Intención: enfermos y ancianos.
- En procesión por plaza Santa Eufemia y Juan de Austria.

Atrio de la Catedral:

- 17:45: Desde el atrio de la Catedral
 - 5º Misterio: lectura bíblica y comentario. Parroquia de las Caldas. Intención compromiso socio – caritativo de los cristianos.
 - Letanías a Nuestra Señora: Parroquia de Santa Teresita del Veintiuno. Intenciones: inmigrantes.

S. I. Catedral de Ourense:

- 18:10: Entrada en la Catedral
 - Canto del himno de la Virgen de los Milagros.
 - Santa Misa.

- **Consagración de la Ciudad a la Virgen de los Milagros: Sr. Obispo.**
- Veneración de la Bendita Imagen

4. PROGRAMACIÓN MÁS DETALLADA

Progreso y Cruz Roja:

- Cruz Procesional y ciriales.
- Estandartes de las parroquias
- Estandartes Cofradías.
- Estandartes Fátima: misterios gloriosos
- Real Banda de la Excm. Diputación de Ourense
- Carroza de la Virgen
- Sacerdotes y diácono que presiden la procesión: resvestidos de Capa Pluvial y Dalmáticas.
- A las 16:30 hacen su entrada en la plaza Mayor de Ourense.

Jardinillos Padre Feijóo y Cruz Roja:

- Situación del Sr. Obispo, sacerdotes, seminaristas y autoridades civiles y militares: en la escalinata del Excmo. Ayuntamiento.
- Fieles todos en la plaza Mayor, dejando un margen desde Lamas Carvajal hacia Dtr. Marañón para la entrada de la Virgen con los acompañantes.
- Recepción Oficial y Acogida de la Virgen con la celebración de la Palabra: siguiendo el guión ya confeccionado.
- Seguidamente, y debajo de la arcada principal, comentarista, director del canto, y personal para el rezo de los dos misterios del Rosario.
- Al finalizar el primer misterio del Rosario se pone en marcha la procesión hacia Lamas Carvajal.
- Organización de la procesión hacia Santa Eufemia: Cruz, ciriales, estandartes, carroza, seminaristas, sacerdotes, Sr. Obispo, Autoridades...
- Si hay mucha gente, aconsejar cruzar por las tres calles que llevan a la Plaza de Santa Eufemia: con la Virgen por Lamas Carvajal, Por la calle de la Plaza de Arcedianos y por la calle de las Tiendas.

Fachada de Santa Eufemia:

- Megafonía instalada.
- Personal del tercer y cuarto misterio del Santo Rosario.

- Al finalizar al cuarto misterio se organiza la procesión hacia Juan de Austria.
- Personal del quinto misterio y letanías del Rosario: siempre desde la escalinata de Santa Eufemia.
- Comentarista y director del canto (pasar de la Plaza Mayor a Santa Eufemia durante el rezo del 2º Misterio).

Entrada en la Catedral:

- S. I. Catedral abierta a las 16:00 horas para recoger Cruz Procesional y Ciriales.
- Repique de campanas a las 16:20 h. en unión con todas las parroquias de la ciudad.
- Presencia o representación del Cabildo de la S. I. Catedral en la Plaza Mayor.
- La bendita imagen de los Milagros por la puerta Norte de la Catedral (rampa colocada).
- Todas las puertas abiertas para facilitar el acceso y salida del personal.
- Comentarista para recibir a la Virgen y director de Canto.
- Salida de la Catedral a las 20:00 horas hacia la parroquia de la Milagrosa.

5. COLABORACIÓN NECESARIA

- **Coordinadores:** D. José Antonio Gil Sousa y D. Francisco Pernas de Dios.
- **Portadores de la Carroza:** miembros de las Comunidades Neocatecumenales de Ourense. Responsable: párroco de Santo Domingo.
- **Portadores de la Cruz Procesional y Ciriales:** parroquia de la Santísima Trinidad (a recoger en la catedral) y Seminaristas. Responsable: párroco de la Santísima Trinidad.
- **Comentador y Director del canto:** D. José Pérez Domínguez, D. Celso Rodríguez Lourido y Sor Lidia
- **Misterios del Rosario:** cada parroquia se organiza lo mejor posible: director del misterio, lectores, comentaristas, canto adecuado, canto de alguna avemaría (a tenor del tiempo: diez minutos por misterio).
- **Párrocos de la ciudad, acompañados de sus feligreses:** acogida a la Virgen de los Milagros.

- **Señores Arciprestes y Señores Delegados Episcopales:** deben estar presentes en tal solemne acto mariano.
- **¡Tomadlo con mucho cariño y amor a la Virgen María! Preparad a vuestros feligreses para que se unan al acontecimiento: acogida de la bendita imagen de los Milagros. Os enviaremos lo antes posible Carteles, invitando al acto mariano.**
- **Motivos:** Primer día del mes de Mayo, mes de María. Novena del Santo Cristo. Próxima novena de Fátima, de María Auxiliadora, de María, salud de los enfermos, del Corazón Eucarístico. Año jubilar de San Pablo.

6. A TENER EN CUENTA: COMUNICADO DE LA VICARÍA DE PASTORAL

Ante la visita de la Bendita Imagen de la Virgen de los Milagros a la ciudad de Ourense

Rogamos a los Señores Párrocos de la Capital que:

1. Hagan presente a su comunidad portando algún estandarte mariano de la parroquia (la procesión se organiza a las 16:00 horas en la Alameda).
2. En los días anteriores al 1 de mayo animen a sus feligreses a tomar parte en el recibimiento y acogida a la Virgen de los Milagros en la Plaza Mayor de Ourense (a las 16:30 de la tarde).
3. Inviten a sus feligreses a acompañar a la Santísima Virgen con el rezo del Santo Rosario desde la Plaza Mayor hasta la S. I. Catedral.
4. Hagan repicar las campanas parroquiales a partir de las 16:20 hasta las 16:30 de la tarde, coincidiendo con la llegada de la Bendita Imagen de la Virgen a la Ciudad de Ourense.
5. Los Señores párrocos y sacerdotes de la ciudad se unan al feliz acontecimiento, acompañando a sus feligreses, rezando y cantando a la Madre de Dios.

Dado en Ourense, a 16 de abril de 2009.

7. RECIBIMIENTO Y ACOGIDA

Historia del acontecimiento:

- Hace 55 años: 17 de Octubre de 1954.
- Con ocasión del año mariano: centenario de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción de María.
- Concentración de las benditas imágenes más veneradas en la diócesis de Ourense:
 - Milagros (Baños de Molgas).
 - Reza (Ourense).
 - Gozos (Perrero de Aguiar).
 - Merteira (Pereiro de Aguiar).
 - Viso (Lobería).
 - Cristal (Celanova).
 - Maravillas (Merca).
 - Milagros de Couso de Salas (Muiños).
 - Saleta de Cea.
 - Remedios de Verín.
 - Sínza (Rairíz de Veiga).
 - Guía (Gomesende)
 - Arcos de Carballiño.
 - Carmen de Ginzo.
 - Arnoya.
- De nuevo la Virgen de los Milagros quiere vernos.

Devotos de la Virgen de los Milagros:

- De los cuatro puntos cardinales de la diócesis de Ourense.
- Romeros en septiembre.
- Devotos de fin de semana: sábados y domingos.
- Devotos de cada día, que, en silencio, acuden a rezar a la Virgen de los Milagros.

Peregrinos que llegan a pie al Monte Medo:

- Todos los días de la novena.
- En el día de la juventud.
- Desde Ourense y alrededores.

La Virgen viene a vernos:

- Viene a nuestra ciudad: la encuentra muy cambiada desde aquellos tiempos y para bien.
- Viene a nuestras casas: las encuentra muy remozadas y modernas.

- Viene a nuestras familias: un poco ajadas, un poco cansadas y desanimadas, un poco rotas y con necesidad de soldar muchas cicatrices.
- Viene a nuestro corazón: que necesita un cambio de rumbo hacia Cristo.

Nos trae un mensaje:

- “Haced lo que Jesús os diga”: no tengáis miedo de seguir a Cristo.
- Virgen de los Milagros, portadora de Vida, madre de Dios y Madre nuestra. Ruega por nosotros.
- Para acoger la Vida tenemos necesidad de conversión, de confesión, de comunión... Por María llegar a Jesús.

¿Cómo recibir y acoger a la bendita imagen de la Virgen de los Remedios en la Plaza Mayor?

- Retengamos las emociones, los sentimientos.
- Guardemos silencio.
- Contemplemos a María avanzando serena al son de la música de la Real Banda.
- Saquemos nuestros pañuelos y, en silencio, hagamos de la Plaza Mayor un mar de pañuelos.
- Es la Virgen de los Milagros que viene a vernos, ya está en nuestra casa.
- Mirémosla. Ellas nos mira.
- Cómo se entiende la Madre y sus hijos, con mirada de complicidad.
- Participemos activa, consciente y fructuosamente en la celebración de la Palabra de Dios y en el rezo del Santo Rosario.

8. ENTREGA DE LA IMAGEN DE LA VIRGEN A LA CIUDAD DE OURENSE

P. José Manuel Villar Suárez, C. M.

Querido Sr. Vicario de Pastoral, hermanos y hermanas que representáis a las autoridades civiles y religiosas, fieles de Ourense... ***hoy se cumple este evangelio que acabamos de escuchar.*** Si en aquellos días María se puso en camino y fue a prisa a la montaña, a un pueblo de Judea. Hoy a través de su imagen milagrosa se ha puesto en camino, a toda prisa y ha bajado de la montaña, del monte medo, hasta la ciudad de Ourense.

Desde el día en que Jesucristo en la cruz la convirtió en la Madre de todos sus discípulos no ha dejado de recorrer los caminos de la historia, de ir a toda

prisa hasta sus fieles y devotos. De escalar las montañas del orgullo de hombres y mujeres que desprecian o ignoran la fe. Y de bajar a valles, a veces profundos y lóbregos, donde se encuentran postrados otros muchos hombres y mujeres que sufren.

Y si entonces subió a la montaña portando en su seno a Jesús, la luz de mundo que se irradiaba a través del brillo de sus ojos y de la caridad de su corazón, hoy a través de su imagen milagrosa, llega como “*portadora de la vida*” acompañando a su Hijo Jesucristo y nos da a todos un único consejo: “*Haced lo que el os diga*”.

La presencia de esta imagen bendita de Cristo y de su Madre servirá al Espíritu Santo para recordarnos que nos vamos por la vida “*dejados de la mano de Dios*”. Que los que dicen que todo esto es *folclore, o cultura, superstición o viejos cultos matriarcales revestidos de cristianismo*...no han sabido reconocer que desde el Calvario, **la Virgen María no ha dejado de caminar por la historia** desde que Jesús llegó a su vida. Y desde el día que llegó trajo con él la cruz. Una espada empezó enseguida a travesar su corazón al comprobar como las fuerzas del mal se oponían al pequeño Príncipe de la paz. Y la lanza que atravesó el costado del Rey de Reyes se llevo consigo parte de su corazón. Fue ésta la ocasión para abrir su corazón junto con el de su Hijo a todos los hombres. Y cuando le tocó pasar por la muerte, se entregó a ella con la misma fe en el Padre que su Hijo, por eso entro en la gloria, asunta al Cielo, para ser coronada de felicidad y de caridad. No sólo no se desentendía del encargo de su Hijo, sino que ahora podía junto a él, llegar a todos los rincones de la humanidad, interceder y preocuparse de todos y hacer sentir su presencia maternal. Sobre todo a través de sus imágenes e imágenes tan singulares como ésta. Esta imagen de María, esta imagen de nuestra Señora de los Milagros ha querido Dios que destile gracias y milagros para aquellos que invoquen a María, la Madre del Salvador, con verdadera y fervorosa fe.

Ourensanos, acoged en esta noble ciudad la imagen de nuestra *Señora del Medo que os entrego en la persona del Sr. Vicario*. Y al acoger esta imagen milagrosa de María y de su Hijo, invocad a la Virgen del cielo. Pedid milagros de fe para poder llenaros, como santa Isabel del Espíritu Santo. Y, sobre todo, recibid la Eucaristía, que es el mayor de los milagros que lleva la Virgen junto con la Iglesia a los hombres. Si a Isabel le contagio la alegría del fruto de su vientre al abrazarla, que nos contagie a nosotros la alegría de **re-descubrir a Jesús siempre con nosotros**, oculto bajo el blanco pan de los altares y de los sagrarios. Y que la **caridad de su corazón** sea el otro milagro que nos conceda en esta visita. La caridad para estar al lado de los que tienen la vida amenazada. La caridad para hacer que la vida de los que nos rodean sea más humana y feliz. Y la caridad para que la vida de los cristianos sea más caritativa.

9. SALUDO Y BIENVENIDA A LA VIRGEN DE LOS MILAGROS EN LOS JARDINILLOS DEL PADRE FEIJÓO

José Pérez Domínguez
Vicario de Pastoral

Virgen Bendita de los Milagros: sed bienvenida a nuestra ciudad, a nuestras casas, a nuestras familias, a nuestro corazón. P. Superior de la comunidad de la misión de los Milagros y Rector del Santuario, muchas gracias por el precioso don que en esta tarde nos hacéis al traernos la Bendita imagen de la Virgen del monte Medo.

Se cumplen ahora cincuenta y cinco años de tu venida a Ourense, con ocasión del Año Mariano, conmemorando el centenario de la proclamación del dogma de tu Inmaculada Concepción. Se concentraron en la Alameda tus benditas imágenes más veneradas por los ourensanos. Aconteció en el 17 de octubre del año 1954.

Como ayer también hoy, el pasaje del Evangelio, que narra tu visita a Santa Isabel, se nos hace cercano. Tú nos visitas a nosotros. Hace dos mil años que llevaste la Salvación a la casa de tu Prima, Virgen Santa María: “apenas llegó a mis oídos la voz de tu saludo, saltó de gozo el niño en mi seno”. Hoy los ourensanos, como Isabel en aquel tiempo, te bendecemos, Madre de Dios, y reconocemos que nos desborda la emoción: “Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno; y ¿de dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí?”.

Virgen de los Milagros, sé bienvenida a nuestras casas, sé bienvenida a nuestra ciudad, entra en nuestros corazones abiertos de par en par y llévanos de la mano a tu hijo, Jesucristo, el Salvador. Que como Santa Isabel también nosotros podamos experimentar la Salvación, la Vida que tú nos traes: “en cuanto oyó Isabel el saludo de María, saltó de gozo el niño en su seno, e Isabel quedó llena de Espíritu Santo”.

En esta tarde, queremos mirar al Monte Medo de Baños de Molgas y agradecer la acogida que nos das en tu santuario. A lo largo de todo el año, en los fines de semana, en los domingos, en la romería de septiembre, como nuestras madres, con la puerta de casa siempre abierta y la lumbre encendida, nos aguardas con cariño; contigo, Madre, recobramos la esperanza para después volver contentos a nuestras casas. Una y otra vez nos invitas a meditar y a dirigir nuestra mirada al Dios misericordioso con las palabras, que tú mismo usaste en el

Magnificat: “Acogió a Israel, su siervo, acordándose de la misericordia -como había anunciado a nuestros padres - en favor de Abraham y de su linaje por los siglos”.

¡Madre de los Milagros, tú conoces muchos secretos de nuestra vida personal, familiar y eclesial! Tú guías nuestros pasos en la acción pastoral diocesana; bajo tu amparo nos sentimos seguros cuando rezamos, al hacer retiro o ejercicios espirituales; las parejas de novios, que se unen en matrimonio, alcanzan seguridad al sentir sobre ellas tu cómplice mirada de bendición y afecto; a veces, malhumorados, nos quejamos por los avatares de la vida, no siempre alegres y positivos; pero tú, Madre, encuentras siempre el mimo maternal que nos devuelve el ánimo, la ilusión, las ganas de vivir. Y contigo queremos exclamar: “Engrandece mi alma al Señor y mi espíritu se alegra en Dios mi salvador porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava”.

Ahora, que estás en nuestra casa, Madre de los Milagros, queremos pedirte: por los niños (que es lo mejor que tenemos), por los jóvenes (que son la esperanza de la Iglesia y de la sociedad), por las familias (fuente de vida y amor), por los ancianos y los enfermos (los preferidos de la Iglesia), por las vocaciones sacerdotales y a la vida consagrada. Madre, tú que fuiste forastera en Egipto, ayúdanos a acoger a nuestros hermanos inmigrantes con la dignidad que se merecen; en tiempo de penuria económica, ayúdanos a ser solidarios en la pobreza y en la abundancia. Virgen de los Milagros, te pedimos una bendición especial para nuestro Obispo y para sus sacerdotes. Nos vamos haciendo mayores, pero contamos con un grupo de jóvenes sacerdotes, que nos empujan y alientan en el camino de la nueva evangelización. A ti, que eres portadora de la Vida, queremos pedir tu ayuda para construir una civilización de la Vida y del Amor, y nunca una cultura de la muerte y del odio. Virgen de los Milagros, llévanos a Jesús y que nunca olvidemos tu consejo: “haced lo que Él os diga”. Con el Magnificat, te aclamamos: “desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada, porque ha hecho en mi favor maravillas el Poderoso, Santo es su nombre y su misericordia alcanza de generación en generación a los que le temen”. Permítenos, Madre del monte Medo, recibirte con los versos de tu himno:

**Oh Virgen, de los Milagros,
de Ourense joya preciosa,
intercede por nosotros, Virgen Santa,
Virgen Santa Milagrosa.**

Amén.

10. CONSAGRACIÓN DE LA CIUDAD DE OURENSE A LA VIRGEN DE LOS MILAGROS

*Excmo. Sr. D. Luis Quinteiro Fiuza,
Obispo de Ourense*

Santísima Madre de los Milagros de Ourense:

«¡Mujer, aquí tienes a tus hijos!» Estamos aquí, ante ti,
para confiar a tus cuidados maternos
a esta ciudad de Ourense, a la Iglesia y al mundo entero.

Ruega por nosotros a tu querido Hijo,
para que nos dé con abundancia el Espíritu Santo,
el Espíritu de verdad que es fuente de vida.

Acógelo por nosotros y con nosotros,
como en la primera comunidad de Jerusalén,
reunida en torno a ti el día de Pentecostés (cf. Hch 1, 14).

Que el Espíritu abra los corazones a la justicia y al amor,
guíe a todos los que vivimos en esta ciudad
hacia una comprensión recíproca
y hacia un firme deseo de paz.

Te encomendamos a todas las personas de esta ciudad de Ourense,
comenzando por los más débiles:
a los niños que aún no han visto la luz
y a los que han nacido en medio de la pobreza
y el sufrimiento;
a los jóvenes en busca de sentido,
a las personas que no tienen trabajo
y a las que padecen hambre o enfermedad.

Te encomendamos a las familias rotas,
a los ancianos que carecen de asistencia
y a cuantos están solos y sin esperanza.

Oh Madre, que conoces los sufrimientos
y las esperanzas de esta ciudad de Ourense,

ayuda a tus hijos en las pruebas cotidianas
que la vida reserva a cada uno
y haz que, por el esfuerzo de todos,
las tinieblas no prevalezcan sobre la luz.

A ti, aurora de la salvación, confiamos
nuestro camino en estos tiempos difíciles,
para que bajo tu guía
todos los hombres descubran a Cristo,
luz del mundo y único Salvador,
que reina con el Padre y el Espíritu Santo
por los siglos de los siglos. Amén

Ourense, 1 – V – 2009.

11. CARTA DE AGRADECIMIENTO DEL RECTOR DEL SANTUARIO Y SUPERIOR D ELA COMUNIDAD

“EL Señor ha estado grande con nsotros y estamos alegres” (Sal. 125)

Queridos amigos:

Después del maravilloso acontecimiento de la peregrinación de la Bendita Imagen de Nuestra Señora de los Milagros a la ciudad de Ourense, en nombre propio - como Rector del Santuario - y en nombre de la Comunidad de Misioneros Paúles que aquí intentamos vivir con intensidad nuestra vocación evangelizadora, queremos haceros llegar nuestro más afectuoso saludo y el reconocimiento por vuestra magnífica disposición, la labor y colaboración recibida tanto en la preparación como en la “puesta en marcha” de este acontecimiento que nos atrevemos a calificar de gracia para nuestra Diócesis.

Inesperada, pero providencialmente, la venerada y milagrosa imagen de la Santísima Virgen del monte Medo ha visitado la ciudad de Ourense. La emoción nos ha embargado a todos estos días y sobre todo esperamos’ que sean muchas las bendiciones que podamos alcanzar del Señor por intercesión de la Virgen con esta visita. No podemos más que dar gracias a Dios y dar gracias a nuestra Madre.

Pero, a la vez, quiero dar las gracias a tantas personas que se han volcado, que os habéis volcado, en este acontecimiento de fe, en todos y cada uno de los

momentos. En primer lugar la excelente acogida del Sr. Obispo, del Sr. Vicario de Pastoral y sus colaboradores más inmediatos; del Cabildo de la Santa Iglesia Catedral; de las parroquias de la ciudad especialmente las que han colaborado con verdadero empeño en que todo estuviese bien dispuesto: santa Eufemia, santo Domingo, Nuestra Señora de Fátima, Santísima Trinidad, Santa Teresita, San Pío X, Santiago das Caldas ... Gracias a todos vosotros hermanos sacerdotes porque no habéis ahorrado ni esfuerzos ni medios para que la Señora pudiese contar con el mejor recibimiento; gracias a nuestro Seminario Mayor: al Sr. Rector, Formador, Director Espiritual y a cada uno de los Seminaristas; gracias a todos (religiosos, religiosas, grupos apostólicos, laicos) que os habéis esmerado en la organización, en el trato con los medios de comunicación, relaciones institucionales, preparativos, adornos florales, traslados, procesión, celebraciones litúrgicas, etc.

Gracias, también, a la colaboración prestada por parte de la Subdelegación del Gobierno, de la Excma. Diputación Provincial, del Consistorio Municipal, de la Policía Local así como a la Real Banda de Gaitas.

Y gracias a todos los que, desde la discreción y el bien hacer, habéis estado ahí ...

Que el Señor Jesús por intercesión de su Madre, Nuestra Señora de Los Milagros, os lo pague, colmándoos de bendiciones.

*José Manuel Villar Suárez,
Rector del Santuario y Superior de la Comunidad*

Os Milagros, 4 de mayo de 2009

12. CARTAS DE AGRADECIMIENTO DEL OBISPADO

- a la Subdelegación del gobierno,
- al Excmo. Sr. Alcalde,
- al Ilmo. Sr. Presidente de la Diputación Provincial,
- al Excmo. Cabildo Catedral,
- al Sr. Rector del Seminario Mayor.
- al Sr. Director de la Real Banda de Gaitas de la Excma. Diputación.
- al Sr. Rector del Santuario y Superior de la comunidad de los Milagros.

13. RESUMEN DE LA PRENSA ESCRITA:

PÁGINA WEB DEL OBISPADO

Todo Ourense con la Virgen de los Milagros

6 de mayo de 2009

Prensa / Obispado de Ourense

Miles de fieles devotos de la Virgen de los Milagros salieron el día 1 de mayo a recibirla y acompañarla en la visita de la bendita imagen a la ciudad de Ourense.

La parroquia basílica Santa María la Mayor de Pontevedra que celebra su milenario como parroquia, y que por su especial devoción a la Virgen de los Milagros del Monte Medo solicitó la presencia de la imagen de la Virgen en esta efemérides que celebran. De este modo, al pasar al imagen de Nuestra Señora de Los Milagros por Ourense, por primera vez en 55 años, los ourensanos que acuden todos los días del año, y de forma especial durante la novena, a compartir sus problemas, sus alegrías y sus ilusiones con la Madre, no podrían dejar de recibirla como se merece, ahora que era ella la que venía a verles.

A pesar del calor, miles de personas de todas las edades, muchos de ellos acompañando a algún familiar enfermo, esperaban ya desde antes de las cuatro de la tarde en los jardines Padre Feijóo, donde se encontraba ya el Obispo de nuestra Diócesis, el cabildo catedralicio y otras autoridades. Minutos después de que repicasen las campanas de la ciudad salía la imagen de la Virgen de Los Milagros del Obispado, acompañada por la Real Banda de Gaitas de la Diputación, pasando por la calle Progreso y entrando en los jardinillos donde esperaban los fieles en medio de aplausos.

Una alfombra de pañuelos blancos daba muestra después de la emoción contenida de quienes recibían esta tarde a la Virgen del Monte Medo, que la acompañarían con el rezo del Santo Rosario dirigido por distintas parroquias de la ciudad por Lamas Carvajal y Santa Eufemia, hasta la Catedral, completamente llena de fieles, donde se celebraría la Santa Misa y donde el Obispo de Nuestra Diócesis realizaba la consagración de la ciudad de Ourense a Nuestra Señora de Los Milagros.

La imagen de la Virgen de Los Milagros pasó la noche en la iglesia de la Milagrosa, en el barrio de Cruz Alta, que estuvo abierta para la Adoración Nocturna

de los fieles que quisieron acompañar a la Madre también durante su noche en la ciudad, antes de que el sábado partiese hacia Pontevedra.

FARO DE OURENSE: SÁBADO, 2 DE MAYO DE 2009, P. 7.

La imagen de la Virgen de los Milagros visita la ciudad después de medio siglo

La figura llegó a Ourense dentro de su viaje a Pontevedra para participar en el milenario de Santa María La Mayor. , Miles de fieles la recibieron en la calle agitando pañuelos y con gritos de “guapa” y “Viva la Virgen”

Miles de fieles aprovecharon el puente festivo para recibir a la Virgen de los Milagros en la primera visita que esta imagen mariana hizo a la ciudad desde hace 50 años, culminando así el recorrido inverso que realizan cada mes de septiembre sus devotos para venerar a esta imagen en el santuario de los Milagros de Baños de Molgas.

La imagen mariana hizo escala ayer en la ciudad de Ourense con motivo de su viaje en a Pontevedra para participar en los actos de celebración del milenario de Santa María La Mayor.

A gritos de “guapa”, “preciosa”, besos y aplausos de sus fieles, movidos por una fe inquebrantable que no precisa de milagros constatados para afianzarse, los ourensanos recibieron a la imagen mariana, que llegó a las cuatro y media de la tarde a los Jardinillos de Padre Feijóo en un vehículo especialmente adaptado para la ocasión.

Allí le esperaba el obispo de la Diócesis, Luis Quinteiro Fiuza, el cabildo catedralicio y otras autoridades y se procedió, por parte del rector del Santuario de los Milagros, a la entrega simbólica de la imagen mariana de la ciudad en una de cuyas iglesias pasó la noche antes de partir rumbo a Pontevedra, todo ello bajo los sonos del Ave María de Schuber interpretados por la Real Banda de Gaitas.

Ahí comenzó el ejercicio del Santo Rosario, que continuaron luego los fieles delante de la Iglesia de Santa Eufemia. La comitiva, con la imagen rodeada de fieles portando pendones de diferentes cofradías marianas de la ciudad, llegó a la catedral acompañada nuevamente por los sonos de las gaitas de la Real Banda de la Diputación, y una vez en la seo catedralicia se celebró la santa misa oficiada por el obispo.

En pocas ocasiones las amplias naves catedralicias estuvieron a rebosar de fieles, dispuestos a venerar la imagen de la advocación mariana que concita mayor

fervor popular, junto con la de la Virgen de Fátima, que se venera en el barrio de O Couto.

Hacía ya medio siglo que la imagen no abandonaba su peana en el santuario de Baños de Molgas para bajar a Ourense y entre el público algunas fieles de mediana edad, como Julia Páramo, recordaban haber estado ya, siendo niñas, en esa primera visita hace medio siglo. “Ya entonces había mucha gente esperando a nuestra Virgen más querida, pero tal vez sean más hoy todavía, pues hace cincuenta años la población de la ciudad era más reducida”, explica.

Julia esperaba con sus nietas que tienen en la actualidad la misma edad que ella cuando acudió a la primera visita de la imagen mariana a Ourense, el regreso de la Virgen que provocó en su llegada un aletear de pañuelos blancos, imitando lo que hacen los propios fieles cuando acuden a la procesión que se celebra cada 8 de septiembre en el santuario de Baños de Molgas.

La imagen de la Virgen de Los Milagros pasó la noche en la iglesia de la Milagrosa, en el barrio de Cruz Alta, por ser su “tocaya ourensana, iglesia que estuvo abierta para que los fieles pudieran acudir a ejercer el rito cristiano de Adoración Nocturna.

Hoy la imagen partirá hacia Pontevedra después de iluminar con su visita a Ourense ese envidiable milagro que es la fe.

¿QUÉ MILAGRO DE LA VIRGEN LE IMPRESIONÓ MÁS?

JULIA PÁRAMO Vecina de Ourense

“Había un camarín en el santuario con muletas de personas curadas”.

Julia tiene una fe inquebrantable en la Virgen de Los Milagros y no precisa haber visto hechos sobrenaturales protagonizados por ella para tener fe, pero sí recuerda “que había un camarín en su santuario con fotos y muletas de personas curadas”.

CONCEPCIÓN BÓVEDA. Vecina de Ourense

“No le conozco ningún milagro concreto, pero creo en la Virgen”.

Su veneración por la Virgen de Los Milagros es tal que cuando su hijo tenía 6 años lo llevó a pie los 40 kilómetros hasta el Monte Medo, "para que me lo bendijera; no le conozco ningún milagro concreto a esta Virgen pero creo en ella".

AURORA RODRÍGUEZ. Vecina de Ourense

"Para creer en la Virgen no es necesario haber visto sus milagros "

Aurora reconoce que es mujer de fe, "aunque contraria á vincular la fe con la peregrinación de gentes descalzas o sufriendo". Reconoce que Virgen hay sólo una con muchas advocaciones; y para creer en ella no hace falta ver sus milagros".

LA REGIÓN: 2 DE MAYO DE 2009, P. 1.

A la Virgen rogando: y con la pancarta reivindicando

Ourense vivió ayer dos acontecimientos multitudinarios de, muy distinto signo. Por la mañana, los sindicatos congregaban a cientos de personas en las manifestaciones del Primero de Mayo, en esta ocasión marcadas por la crisis. Por la tarde, la visita de la Virgen de los Milagros a la ciudad también atrajo a un buen número de ourensanos.

LA REGIÓN: 2 DE MAYO DE 2009, P. 10.

Pañuelos y gaitas reciben a la Virgen

Cientos de fieles acompañaron a Nuestra Señora de los Milagros, que visitó la ciudad tras 55 años

Una nube de pañuelos agitados por cientos de devotos recibió ayer en los jardines del Padre Feijóo a la imagen de la Virgen de los *Milagros*, procedente del santuario de Baños de Molgas. Es la segunda *vez* que la talla visita la ciudad.

Cientos de manos con pañuelos blancos dieron ayer en los jardines del Padre feijóo la bienvenida a la talla de la virgen de los Milagros a la ciudad, procedente

de su santuario en el Monte Medo, en Baños de Molgas. Era la segunda vez que la imagen venía a Ourense, después su primera visita hace-ahora 55 años. Y esta ocasión para compartir un viaje -junto a otras imágenes marianas- hacia los actos de conmemoración del milenario de la Basílica de Santa María la Mayor, en Pontevedra:

A las cuatro y veinte de la tarde, todas las campanas de las Iglesias del Casco Histórico anunciaban su llegada, precedida de pendones azules y también de la música de la Real Banda de Gaitas, que quiso sumarse así a la bienvenida que cientos de devotos ofrecieron a la Virgen, conocida antiguamente como la Virgen del Medo que “es la que más altares tiene/ pues no / hay ningún ourensano/ que en su pecho no la lleve”, tal y como dice la tradición. Tras este acto, la comitiva se dirigió hacia la iglesia de Santa Eufemia, camino de la Catedral. Aquí, los feligreses entonaron un himno mariano en su honor, para concluir con una misa oficiada por el obispo de la Diócesis, Luis Quinteiro Fiuza, en un acto en el que consagró la ciudad a la Virgen, que extendió a los cientos de fieles que abarrotaron el templo.

Viaje a Pontevedra

El recorrido de Nuestra Señora de los Milagros -que comenzó en *la Alameda*- concluyó con su llegada a la iglesia de la Milagrosa, en la que los padres paules se sumaron también a los actos religiosos con la celebración de una vigilia.

Para hoy, está previsto que la talla de la Virgen siga expuesta en la Milagrosa para todos los fieles que quieran verla antes de su viaje a Pontevedra, a donde viajará “para asistir al milenario de la basílica pontevedresa.

“Sed generosos en recibir a la Madre de Dios”

“Sed generosos en recibir y en acoger a la madre de Dios en la ciudad”. Ésta fue la petición que el obispo de la Diócesis, Luis Quinteiro Fiuza, hizo a los ourensanos, sacerdotes y seminaristas ante la visita de la Virgen de los Milagros, medio siglo después de que la imagen visitara por primera vez la ciudad de As Burgas, coincidiendo con una preparación catequética para consagrar a los feligreses al Inmaculado Corazón de María.

Quinteiro Fiuza, que presidió ayer los actos religiosos para dar la bienvenida a la Virgen desde su Santuario en Baños de Molgas, pidió a todos los presentes que confíen en ella, pues “sé que queréis a la Virgen de los Milagros, confío en

vuestra respuesta de hijos”. Además de decir que “también a mí me embarga una profunda emoción”, alabó su figura: “Ella ha guiado con amor materno nuestros trabajos pastorales; ella ha acogido nuestras súplicas personales y familiares y eclesiales; ella ha sonreído en nuestras bodas, celebradas bajo su amparo”.

El obispo de la Diócesis echó también la vista atrás para recordar la primera vez que la imagen pisó Ourense, un 17 de octubre de 1955. “Hace ahora 55 años que la Virgen de los Milagros visitó nuestra ciudad. ¡Que hoy como ayer Ourense sepa responder con su presencia y oración a tan celestial visita!, evocó Quintero Fiuza.

LA REGIÓN: 28 DE MAYO DE 2009

La Virgen de los Milagros

Francisca Castro

El viernes día 1 de mayo, la Virgen de los Milagros nos devolvió la visita en Ourense que tantas veces le hemos hecho en su casa, su Santuario, por lo menos una vez al año, en el Monte Medo en Baños de Molgas. Hacía ya 50 años que la Virgen no visitaba nuestra ciudad. Fue de gran emoción oír sonar las campanas de las iglesias del Casco Histórico, como antaño. Volvimos a ser niños. Su llegada la anunció también la Real Banda de Gaitas de la Diputación. Después de unas oraciones y cantos, comenzó el rezo del Santo Rosario, y caminando por Santa Eufemia hacia la Catedral, para decir misa nuestro obispo, Luis Quintero Fiuza (que dicen se va, y lo siento mucho, aunque vaya para una ciudad mayor). Fue una tarde de emoción completa, con el himno mariano en honor de nuestra celestial visita, acogida con fe y amor por cientos de ciudadanos emocionados, y cantándole con toda devoción familias enteras, no dejando en casa ni a los bebés. Nuestro obispo, en la catedral, consagró la ciudad a la Virgen y lo hizo extensivo a todos los fieles del templo, que estaba abarrotado. Tanto se habla de ‘pobreza espiritual’, que choca ver lo que se ha visto, y alegría enormemente. Con un sol de justicia, que no impidió que cantidad de gente se volcase para hacerle compañía, ya que ella como portadora de vida se lo merecía. Y nos alegra el corazón. Su recorrido comenzó en la Alameda y concluyó en la parroquia de la Milagrosa, con los padres paúles, y de allí siguió hacia Pontevedra. Se vivió una gran riqueza espiritual y es de celebrar. Contamos con cantidad de clases de pan para alimentar el cuerpo, todo el mundo lo disfruta. Sin embargo, para el

alma, el espíritu, sólo hay uno, el Cuerpo de Cristo, sin sucedáneos, el auténtico, el Salvador de vida, el pan eucarístico. A pesar de las ocupaciones diarias y del caos que pulula por desgracia entre muchas familias, unió por encima de todo el amor a la Virgen de los Milagros, que lo ha unido todo con un pleno, llegando a Dios a través de su madre. Para mayor satisfacción de las multitudes, la Real Banda de Gaitas de la Diputación nos deleitó en el Padre Feijóo con el Ave María de Schubert. Una tarde maravillosa. Fue emocionante verla tan cerca, con su Niño Dios en brazos, rodeados de tanta gente, que ni el sol que nos achicharraba hacía desistir a nadie. Encanta que la Iglesia promueva estos eventos que elevan el alma; porque llena y alegra por dentro y por fuera. En estos momentos tan difíciles para casi todo el mundo, es cuando más se necesita a la madre de Dios, para que ayude a abrir esa puerta o esa ventana, ya que a una madre no se le debe negar nada, y llegaremos a El por medio de su madre. No es que nos acordemos de santa Marta cuando truena, no. Porque santa Marta tiene tren, pero no tiene tranvía -algo le falta- y es cierto, que la santa colabora, pero la Virgen más, está pendiente de todo. Hasta en las bodas de Canaán le dijo a Jesús que les faltaba el vino. Hay que convencerse que los que hablan de la pérdida de la fe, de que no hay creyentes, es pura verborrea. Allí se vio que la gente oraba, cantaba y no perdía de vista a la Virgen, como pidiéndole amparo. Se le ofreció un rosario, que es un ramo o corona de rosas, con sus lisonjas tan merecidas. Después de la Santa Misa, se recibió el pan de vida, para el alma. El pan de cada día, se convierte en algo sacramental cuando las viandas se preparan con amor y devoción, compartiéndolo amorosamente con los demás. El cuerpo ya lo vamos alimentando, si no es de marisco, de sopas de ajo, que dan menos trabajo; porque no se pelan ni cascan, aparte de que gastan mucha menos 'pasta'. Que nos sigan regalando momentos así...

LA VOZ DE GALICIA EN OURENSE: VIERNES, 1 DE MAYO DE 2009, L3.

La Tenencia de Alcaldía obvió avisar al Obispado de que la peregrinación coincidía con un evento gastronómico

Una feria del Concello obliga a variar la recepción a la Virgen de los Milagros.

Una feria gastronómica organizada por la Tenencia de Alcaldía ha obligado al Obispado de Ourense a modificar la recepción prevista a la Virgen de los Milagros y que reunirá a cientos de fieles mañana, sábado, en un peregrinar por

la capital. La intención inicial del Obispado era realizar una procesión por el casco viejo con parada final en la plaza Maior. Sin embargo, la instalación de los expositores de la Festa dos Maios, que se prolongará hasta el domingo, les ha obligado a cambiar de opinión y trasladar la recepción de la plaza Maior a los jardines de padre Feijoo.

El origen del cambio de planes del Obispado de Ourense está en la falta de comunicación de la Tenencia de Alcaldía, que obvió avisar a la institución religiosa de la feria gastronómica que ocupará la plaza Maior durante el fin de semana «Nosotros presentamos la súplica para utilizar la plaza Maior el 10 de abril y no nos comunicaron nada de que iba a estar ocupada», indicó el vicario de Pastoral, José Pérez Domínguez.

Ante la ausencia de comunicación oficial por parte del área nacionalista del Concello, el Obispado optó a primera hora de ayer por modificar sus planes al ver que «estaban colocando tenderetes en la plaza Maior y que iba a estar ocupada durante todo el fin de semana».

La comunicación de la institución religiosa llegó poco después de la presentación de la Festa dos Maios en la plaza Maior. En ella, y a preguntas de los periodistas, la concejala de Turismo, Ana Garza, desconocía todavía esta decisión y aseguraba que no habría ningún problema para realizar la recepción donde estaba prevista: «Non hai problema, porque a peregrinaxe chega ás catro e media; e a esa hora non haberá moita xente na praza Maior».

LA VOZ DE GALICIA EN OURENSE: SÁBADO 2 DE MAYO DE 2009, L1.

Centenares de devotos recibieron a la imagen que desde ayer se halla en Ourense, camino de Pontevedra

La Virxe dos Milagros, en la capital

En la ceremonia catedralicia el obispo Luis Quinteiro hizo la Consagración de la ciudad a la Virgen

Jesús Manuel García

OURENSE. Centenares de ourensanos acudieron a recibir la imagen de la

Virxe dos Milagres, que por segunda vez en 55 años volvió a la ciudad, esta vez de paso hacia Pontevedra. A media tarde, un gentío esperaba, con el obispo y el cabildo, en la calle Cruz Vermella. «A Virxe vén visitar ás nosas familias, á nosa cidade, máis bonita», decía el vicario de pastoral, José Pérez, quien recibió la imagen por parte del rector del santuario del monte Medo.

A las 16. 30 horas llegaba la carroza con la imagen venerada, precedida de la Real Banda de gaitas y acompañada por los seminaristas. Le cantaron el himno a esta advocación mariana «de Ourense joya preciosa ... », aplaudieron y hasta hubo un mar de pañuelos blancos. Y emoción con mucho calor. Sonaron las campanas y había once estandartes de varias comunidades parroquiales. Allí se leyó el pasaje evangélico de la Visita de María a su prima Isabel: «Acoged esta imagen milagrosa de María, invocadla como madre del cielo. Pedidle milagros de fe», dijo José Manuel Villar, rector de Os Milagros.

Acto seguido comenzó el rezo del Rosario en procesión hacia la catedral. En el primer templo diocesano, repleto de fieles, se celebró una misa solemne. Hubo que hacerle sitio a la carroza, que entró en el templo con un aplauso general y el atronador sonido del órgano dibujando una tocata de Bach. En esta ceremonia, el obispo, Luis Quinteiro, hizo la consagración de la ciudad a la Virxe dos Milagres, que hoy estará en la parroquia de los paúles para seguir hacia Pontevedra en la tarde.



IGLESIA EN ESPAÑA

IGLESIA EN ESPAÑA

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

400 jóvenes de diferentes diócesis españolas acompañan a los jóvenes de Madrid en su peregrinación a Roma para recoger la Cruz de las Jornadas Mundiales de la Juventud

Más de 5000 jóvenes españoles participarán en la Santa Misa del Domingo de Ramos, en la Plaza de San Pedro

Una delegación de la Conferencia Episcopal Española (CEE) estará presente este fin de semana en Roma para acompañar a los jóvenes de la diócesis de Madrid que recogerán el testigo de Sydney 2008. En 2011, tal y como anunciara el Santo Padre, la Jornada Mundial de la Juventud tendrá lugar en Madrid.

El próximo domingo, siguiendo la tradición, los jóvenes recogerán la Cruz de las jornadas. En total, más de 5000 jóvenes españoles se darán cita en Roma. Junto a los de la diócesis de Madrid y los 400 que viajan de otras diócesis, con la delegación de la CEE, estará presente un buen número de jóvenes españoles residentes en Roma, pertenecientes a movimientos y diferentes realidades eclesiales.

Asimismo, durante estos días, del 3 al 5 de abril, el Pontificio Conse-

jo para los Laicos ha organizado en Roma un encuentro de los responsables de la pastoral juvenil de todo el mundo, con el objetivo de preparar la Jornada Mundial de la Juventud que se celebrará en Madrid. En el encuentro participarán, entre otros, el Arzobispo de Madrid y Presidente de la CEE, Cardenal Antonio María Rouco Varela, los Obispos auxiliares de Madrid, Mons. D. César Franco y Mons. D. Juan Antonio Martínez Camino, Secretario General de la CEE; el Obispo de Palencia y responsable del Departamento de Juventud de la CEE, Mons. D. José Ignacio Munilla Aguirre, y el director del Secretariado de ese Departamento, el sacerdote Javier Igea López-Fando.

La Jornada Mundial de la Juventud 2011 será organizada por la diócesis de Madrid, en colaboración especial con la Conferencia Episcopal Española para todo lo relativo al desarrollo de la Jornada en el resto de las diócesis españolas.

Ante las elecciones europeas

Declaración de los obispos de la COMECE ante las elecciones para el Parlamento europeo de 4-7 de junio de 2009

Las elecciones europeas: Una oportunidad para construir una Europa mejor

Por encargo del Comité Ejecutivo, la Secretaría General de la Conferencia Episcopal Española (CEE) hace pública la siguiente Nota:

El domingo 7 de junio tendrán lugar, en España, las elecciones al Parlamento Europeo. Con el fin de responder a quienes demandan alguna orientación de los Obispos ante esta convocatoria, difundimos, en versión española, la Declaración de la Comisión de los Episcopados de la Comunidad Europea (COMECE), publicada el pasado 20 de marzo bajo el título: “Construir una mejor casa europea”.

La lectura de esta Declaración será, sin duda, una buena ayuda para actuar responsablemente en el ejercicio del derecho al voto y en el cumplimiento de la obligación de acudir a las urnas.

Construir una mejor casa europea

Después de 64 años de desarrollo pacífico, y a los 20 años de la caída del Telón de acero, que puso término a la división del continente, el proceso de integración europea merece ser apreciado, a pesar de algunas lagunas. Por este motivo, los Obispos de la COMECE apoyamos y pro-

movemos la Unión Europea como proyecto de esperanza para todos los ciudadanos.

Incluso en este tiempo de incertidumbres debidas a la crisis financiera y económica, la Unión Europea ha demostrado que es una casa segura que se esfuerza por preservar la estabilidad y la solidaridad entre sus miembros. Hoy, en 2009, la Unión Europea tiene la capacidad y los medios para responder a los retos más urgentes y apremiantes de nuestro tiempo.

Participando en la elección del Parlamento Europeo, todos los ciudadanos tienen la posibilidad de contribuir al desarrollo y a la mejora de la Unión Europea.

La participación en las elecciones: un derecho y una responsabilidad

La Iglesia católica ha apoyado desde el principio el proyecto de integración europea y continúa apoyándolo hoy. Todo cristiano tiene, no solamente el derecho, sino también la responsabilidad de comprometerse activamente en este proyecto ejerciendo su derecho de voto.

La participación de los cristianos es esencial para redescubrir el “alma de Europa” que es vital para responder

a las necesidades fundamentales de la persona humana y para el servicio del bien común.

El Parlamento Europeo, a través de sus poderes y sus competencias (que serán todavía reforzadas cuando concluya el proceso de ratificación del Tratado de Lisboa), debe contribuir a responder a estas aspiraciones y objetivos.

Lo que esperan los cristianos del Parlamento Europeo

Los principios fundamentales de toda sociedad son la dignidad humana, la promoción del bien común. Por este motivo, estos principios deben encontrarse en el corazón mismo de todas las políticas de la Unión Europea.

Teniendo en cuenta el importante papel desempeñado por el Parlamento Europeo, esperamos de sus miembros que participen y contribuyan activamente en lo siguiente:

Respetar la vida humana de la concepción a la muerte natural, como parte integrante de las legislaciones, programas y políticas de la Unión Europea en su conjunto.

Apoyar a la familia fundada sobre el matrimonio, -entendido como la unión entre un hombre y una mujer- como unidad básica de la sociedad.

Promover los derechos sociales de los trabajadores procurándoles

condiciones de trabajo respetuosas de su salud, de su seguridad y de su dignidad.

Promover una gobernabilidad económica fundada en valores éticos dirigida a un desarrollo humano duradero, en el seno de la Unión Europea y a nivel mundial.

Promover la justicia en las relaciones de la Unión Europea con los países en vías de desarrollo mediante una asistencia financiera y unas relaciones innovadoras.

Demostrar la solidaridad mediante la elaboración de políticas de ayuda para con los más débiles y más necesitados en nuestra sociedad (en particular, los discapacitados, los que demandan asilo, los inmigrantes).

Proteger la Creación mediante la lucha contra el cambio climático y animando a tener un estilo de vida basado en la moderación.

Promover la paz en el mundo mediante una política exterior de la Unión Europea coordinada y coherente.

Iluminados y guiados por la enseñanza de Cristo, los cristianos están dispuestos y deseosos de contribuir a la satisfacción de estas aspiraciones, en el espíritu de la declaración de Su Santidad el Papa Juan Pablo II: *“La inspiración cristiana puede transformar la integración política, cultural*

y económica en una convivencia en la su propia casa” (Ecclesia in Europa, cual todos los europeos se sientan en 121).

Bruselas, 20 de marzo 2009

- +Adrianus van Luyn SBD, Presidente, Obispo de Róterdam (Holanda)
- +Reinhard Marx, Vice-Presidente, Arzobispo de Munich y Freising (Alemania)
- +Gianni Ambrosio, Obispo de Piacenza-Bobbio (Italia)
- +Virgil Bercea, Obispo de Oradea Mare/Gran Varadito (Rumanía)
- +Ferenc Cserhàti, Obispo auxiliar de Esztergom-Budapest (Hungría)
- +Jozef De Kesel, obispo auxiliar de Bruselas (Bélgica)
- +Nikólaos Fóscolos, Arzobispo de Atenas (Grecia)
- +Fernand Franck, Arzobispo de Luxemburgo (Luxemburgo)
- +Adolfo González Montes, Obispo de Almería (España)
- +Mario Grech, Obispo de Gozo (Malta)
- +Antón Justs, Obispo de Jēglava (Letonia)
- +Egon Kapellari, obispo de Graz-Seckau (Austria)
- +William Kenney, obispo auxiliar de Birmingham (Inglaterra y Gales)
- +Czeslaw Kozon, obispo de Copenhague (Escandinavia)
- +Christian Kratz, obispo auxiliar de Estrasburgo (Francia)
- +Vaclav Maly, obispo auxiliar de Praga (República Checa)
- +Peter a. Moran, obispo de Aberdeen (Escocia)
- +Rimantas Norvila, obispo de Vilkauskis (Lituania)
- +Christo Proykov, Exarca Apostólico de Sofía (Bulgaria)
- +Frantisek Rabek, obispo de las Fuerzas Armadas (Eslovaquia)
- +José Amandio Tomás, obispo coadjutor de Vila Real (Portugal)
- +Noel Treanor, Obispo de Down and Connor (Irlanda).

Mensaje de la Comisión Episcopal de Pastoral Social en la Festividad del Corpus Christi, Día de la Caridad (14 de junio de 2009)

He visto la aflicción de mi pueblo, he escuchado su clamor

Madrid, 20 de mayo de 2009

Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de

nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay

verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón”¹.

En la solemnidad del *Corpus Christi*, celebramos el misterio del Cuerpo de Cristo entregado y de su Sangre derramada para la vida del mundo. En esta festividad, la Iglesia en España celebra el *Día de la Caridad*. Hay una relación esencial entre Eucaristía y caridad. La celebración de la Eucaristía tiene implicaciones sociales. “Cada celebración eucarística actualiza sacramentalmente el don de la propia vida que Jesús ha hecho en la Cruz por nosotros y por el mundo entero. Al mismo tiempo, en la Eucaristía Jesús nos hace testigos de la compasión de Dios por cada hermano y hermana. Nace así, en torno al Misterio eucarístico, el servicio de la caridad para con el prójimo...”² y damos testimonio de la caridad con los más necesitados, como misión esencial de la Iglesia: “El amor al prójimo enraizado en el amor a Dios es ante todo una tarea para cada fiel, pero lo es también para toda la comunidad eclesial, y esto en todas sus dimensiones: desde la comunidad local a la Iglesia particular, hasta abarcar a la Iglesia universal en su totalidad”³.

Los síntomas que percibimos y sufrimos

Desde que estalló la crisis financiera, un número creciente de hombres y mujeres afectados por la situación social y económica está llamando a las puertas de nuestras Cáritas, de las

parroquias, congregaciones religiosas y otras instituciones eclesiales. En ellos hemos escuchado el clamor de las víctimas y hemos podido descubrir los nuevos rostros de la pobreza. Ellos nos hacen experimentar como propios los sentimientos de nuestro Dios cuando dice ante su pueblo oprimido por el Faraón y sufriente bajo los despiadados capataces que controlan su suerte: “*He visto la opresión de mi pueblo en Egipto, he oído sus quejas contra los opresores, me he fijado en sus sufrimientos*” (Ex 3, 7).

Hemos percibido, también, otra pobreza, en este caso espiritual, que subyace entre las crisis materiales, de la economía y el trabajo. Es la pobreza de valores y actitudes que se manifiesta y extiende en diversos ámbitos y a través de algunos medios de comunicación. Junto a ello, no podemos olvidar la crisis educativa que se hace presente también en el seno de la familia.

Conocemos los sufrimientos que está ocasionando la crisis en nuestro pueblo. Una crisis que afecta a sectores cada día más amplios y cercanos, que no remite en intensidad y está aumentando los índices de pobreza. Así lo ponen de relieve los datos socioeconómicos y los sucesivos informes presentados por Cáritas Española.

Los alarmantes índices de desempleo, el creciente número de pequeñas empresas en quiebra y de trabajadores

a los que se les acaba el subsidio de desempleo, las dificultades de las familias para pagar sus hipotecas y otras deudas, y los desequilibrios emocionales y relacionales que eso genera, nos hacen sentir el dolor humano en toda su crudeza y descubrir que estamos ante una grave crisis que no parece coyuntural, que está siendo de largo recorrido, y que no sólo afecta a personas sino que cuestiona, también, las estructuras mismas del vigente modelo social y económico.

El observatorio que mantiene Cáritas nos hace constatar que, en estos primeros meses del año 2009, se ha producido un notable aumento de demandas de ayuda en relación al año anterior. Pero no sólo constatamos un aumento en el número y en la diversidad de las demandas, sino que se están produciendo cambios significativos en los rostros de la pobreza.

Entre ellos, junto a los más vulnerables, como padres o madres que se han quedado solos con hijos a su cargo, personas mayores, familias inmigrantes reagrupadas y en paro, y desempleados sin protección social, aparecen familias y personas saturadas por las deudas que, seducidas por quienes les ofrecieron dinero fácil, pasaron del consumo por encima de las posibilidades a carecer de lo necesario y a solicitar a Cáritas ayuda para necesidades básicas de vivienda, acceso al empleo, alimentación, ayuda psicológica y para la educación de sus hijos.

La crisis habita en lo profundo

Recientemente Benedicto XVI sostuvo, ante una cumbre de representantes internacionales, que “las crisis financieras se desencadenan cuando -en parte debido a la falta de una conducta ética correcta- los que trabajan en el sector económico pierden la confianza en su modo de funcionamiento y en sus sistemas financieros”. “Sin embargo, las finanzas, el comercio y los sistemas de producción son creaciones humanas contingentes que, en caso de que se conviertan en objetos de fe ciega, llevan dentro de sí las raíces de su propio fracaso”.⁴

Reducir la crisis a su dimensión financiera y económica puede ser una falsedad y conducirnos a un peligroso engaño puesto que detrás de la crisis financiera hay otras más hondas que la generan.

Esta crisis pone en evidencia una profunda quiebra antropológica y una crisis de valores morales. La dignidad del ser humano es el valor que ha entrado en crisis cuando no es la persona el centro de la vida social, económica, empresarial; cuando el dinero se convierte en fin en sí mismo y no en un medio al servicio de la persona y del desarrollo social.

En el origen de la crisis actual todos parecen reconocer que otra de sus causas es la falta de “transparencia”, de “responsabilidad” y de “confian-

za". Se ha perdido la confianza en las grandes instituciones económicas y financieras y en los sistemas que las regulan, debido a la irresponsabilidad y avaricia de algunos, a la vanidosa competitividad. Transparencia, responsabilidad y confianza no son elementos económicos o financieros, sino actitudes éticas, lo cual quiere decir que cerraremos en falso la crisis si no estamos dispuestos a afrontar la crisis ética que la sustenta.

No podemos subestimar la crisis ni reducirla a una cuestión de ingeniería financiera. Detrás asoma el fracaso de esta sociedad del bienestar y de un modelo de desarrollo que, como ha puesto de manifiesto el VI Informe FOESSA, no ha logrado reducir las desigualdades ni disminuir la pobreza en los últimos quince años a pesar de ser años de gran desarrollo económico⁵.

Respondamos con espíritu de comunión y participación

Si la hondura de la crisis ha puesto de manifiesto muchas miserias personales, sociales y éticas, también es necesario reconocer que está siendo oportunidad para promover otro modelo social y económico más humano y justo, y para despertar ejemplares respuestas de solidaridad. Es admirable la generosidad que se está generando entre amigos y en el seno de las familias para afrontar los efectos de la crisis. Son miles los voluntarios que están dando lo mejor de sí mismos intentan-

do responder a los sectores más afectados y vulnerables; como, también, es digno de ser reconocido el esfuerzo sincero de muchos hombres y mujeres del ámbito de la cultura, de la economía y la política por aportar respuestas concretas a la crisis.

Esta situación y la ramificación espiritual de las causas nos llama a todos a tomar conciencia no sólo de la responsabilidad de la comunicación cristiana de bienes, sino también de la necesidad de la conversión personal y comunitaria, de la revisión de las motivaciones y estilos que rigen en nuestras instituciones.

Estamos en un momento privilegiado para promover la comunión y la participación de todos, como nos propone Cáritas en este Día de la Caridad en su campaña «*una sociedad con valores es una sociedad con futuro*»⁶.

La comunión nos permite adquirir plena conciencia de nuestra identidad y de nuestra interdependencia, y nos enseña a "dar espacio" al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros (cf. *Ga 6,2*) y rechazando las tentaciones egoístas que engendran competitividad, desconfianza y envidias⁷. Dejarse interpelar por la comunión «conlleva despertar de la indiferencia, salir del propio círculo de intereses e involucrarse personalmente en lograr una mayor justicia en la distribución de bienes; y un mayor respeto a la dignidad y derechos de las personas más pobres y excluidas»⁸.

La participación, además de involucrarnos personal y comunitariamente de forma activa en todos los ámbitos sociales donde se pueden aportar ideas y acciones para mejorar y transformar la sociedad, supone también integrar a quienes habitualmente ignoramos por su realidad de marginación o exclusión.

La Eucaristía, sacramento de comunión y fuente de participación

Esta invitación a fundamentar nuestra convivencia en los valores de la comunión y participación adquiere particular relevancia y consistencia en la fiesta del Corpus Christi que estamos celebrando. La Eucaristía es sacramento de comunión, pues como dice san Pablo, cuantos comemos del mismo pan formamos un solo cuerpo⁹. Y porque formamos un solo cuerpo en el Señor, todos estamos llamados a contribuir al bien común desde nuestras capacidades y responsabilidades, compartiendo también los bienes para que ningún hermano pase necesidad¹⁰.

Lo expresa con toda claridad Benedicto XVI: *«La mística del sacramento tiene un carácter social, porque en la comunión sacramental yo quedo unido al Señor como todos los demás que comulgan (...). La unión con Cristo es al mismo tiempo unión con todos los demás a los que él se entrega»*¹¹.

Desde la esperanza que despiertan en nosotros la presencia viva del Señor y el compromiso serio de tantos hombres y mujeres en favor de los que sufren, nos animamos a decir que si hay algo positivo en esta crisis es la oportunidad de rectificar y sentar las bases de la convivencia en valores sólidos capaces de construir un orden económico y social más transparente y justo. Aprovechemos el momento y pidamos al Señor en este “Día de la Caridad” que nos ayude a conseguirlo.

Oración.

Señor, Jesús, cuerpo entregado y sangre derramada para la vida de los hombres. Te pedimos por cuantos sufren los efectos materiales, morales y espirituales de la crisis que estamos viviendo. Que cuantos celebramos hoy la memoria de tu vida entregada en el sacramento de la Eucaristía tengamos ojos abiertos para ver la aflicción de los que sufren, oídos atentos para escuchar su clamor y un corazón sensible para compartir en el amor sus sufrimientos y esperanzas. Ayúdanos a ser valientes y creativos para regenerar nuestras vidas y los espacios sociales y económicos en los que vivimos. Que pongamos lo mejor de nuestras capacidades y nuestros bienes a disposición de los hermanos con verdadero espíritu de comunión y participación, de responsabilidad y servicio.

Amén.

Los Obispos de la Comisión Episcopal de Pastoral Social

NOTAS:

- 1 CONCILIO VATICANO II. Constitución Pastoral *Gaudium et spes*, 1.
- 2 BENEDICTO XVI, Exhortación Apostólica *Sacramentum caritatis*, n. 88.
- 3 BENEDICTO XVI, Encíclica *Deus caritas est*, 20
- 4 Intercambio de cartas entre Benedicto XVI y el Primer Ministro británico Gordon Brown sobre el G20 (1 de abril de 2009).
- 5 Cf FUNDACIÓN FOESSA, VI *Informe sobre exclusión y desarrollo social en España 2008*. Capítulo 2, Cáritas Española Editores, Madrid, 2008, pags. 127-155. En el Resumen del mismo informe, pag. 5.
- 6 CARITAS, Campaña institucional 2008-2010. Guía de Campaña “Una sociedad con valores es una sociedad con futuro”, Madrid, 2008, pags 3-6.
- 7 Cf JUAN PABLO II, *Tertio millennio adveniente*, n 43; PONTIFICIO CONSEJO JUSTICIA Y PAZ, *Compendio de la doctrina social de la Iglesia*, nn 164,391, 392.
- 8 CARITAS, o.c., 5.
- 9 Cf 1Cor 10, 14-22.
- 10 Cf 1Cor 11,18-22.
- 11 BENEDICTO XVI, Encíclica *Deus caritas est*, n 14.

NOMBRAMIENTO EPISCOPAL

Mons. D. Salvador Giménez Valls ha sido nombrado Obispo de Menorca .

Es obispo auxiliar de Valencia desde el año 2005 y Administrador Apostólico de Menorca desde Septiembre de 2008

La Nunciatura Apostólica en España ha comunicado que el, jueves 21 de mayo, la Santa Sede ha hecho público que el Papa Benedicto XVI ha nombrado Obispo de Menorca a Mons. D. Salvador Giménez Valls, quien estaba al frente de esta sede como Administrador Apostólico desde el 26 de septiembre de 2008. Mons. Giménez Valls es Obispo auxiliar de Valencia desde el año 2005. La sede de Menorca estaba vacante tras el traslado de Mons. D. Joan Piris Frígola a la diócesis de LLeida, de donde tomó posesión el 21 de septiembre de 2008. Ese mismo día se hacía público el nombramiento de Mons. Giménez Valls como Administrador Apostólico de Menorca.

Mons. Giménez Valls nació el 31 de mayo de 1948 en Muro de Alcoy, provincia de Alicante y archidiócesis de Valencia. En 1960 ingresó en el Seminario

Metropolitano de Valencia para cursar los estudios eclesiásticos. Es Bachiller en Teología por la Universidad Pontificia de Salamanca. Fue ordenado sacerdote el 9 de junio de 1973. Es licenciado en Filosofía y Letras, con especialización en Historia, por la Universidad Literaria de Valencia.

Inició su ministerio sacerdotal como párroco de Santiago Apóstol de Alborache, de 1973 a 1977, cuando fue nombrado director del Colegio “Claret” en Xátiva, cargo que desarrolló hasta 1980. Este año fue nombrado Rector del Seminario Menor, en Moncada, donde permaneció hasta 1982. Desde 1982 hasta 1989 fue Jefe de Estudios de la Escuela Universitaria de Magisterio “Edetania”. Desde 1989 a 1996 fue párroco de San Mauro y San Francisco en Alcoy (Alicante) y Arcipreste del Arciprestazgo Virgen de los Lirios y San Jorge en Alcoy (Alicante) entre 1993 y 1996. Desde este último año y hasta su nombramiento episcopal fue Vicario Episcopal de la Vicaría II Valencia Centro y Suroeste. Además, entre 1987 y 1989, fue director de la Sección de Enseñanza Religiosa, dentro del Secretariado de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis de la CEE, y fue miembro del Colegio de Consultores entre 1994 y 2001.

El 11 de mayo de 2005 se hacía público su nombramiento como Obispo Auxiliar de Valencia. Recibió la ordenación episcopal el 2 de julio del mismo año. En la Conferencia Episcopal Española es miembro de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis.

Mensaje de la Comisión Episcopal de Medios de Comunicación Social con motivo de la 43ª Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales

Medios de Comunicación para la solidaridad

24 de mayo de 2009

El Santo Padre, Benedicto XVI, ha querido dedicar la 43ª Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales que se celebra el 24 de mayo de 2009, festividad de la Ascensión del Señor, a reflexionar sobre *Nuevas Tecnologías, nuevas relaciones. Por una cultura de res-*

peto, diálogo y amistad. Con este lema elegido, el Santo Padre sitúa en primer plano cuestiones importantes desde el punto de vista ético y moral que se refieren al modelo de comunicación que propician las nuevas tecnologías, destacando por un lado sus innegables valores positivos para las relaciones humanas y el desarrollo personal, social y

cultural; y, por otro, advirtiendo sobre los peligros y daños que conlleva el uso inadecuado de estas mismas tecnologías que tanto han transformado la vida de la sociedad actual y con las que con tanta naturalidad conviven los jóvenes.

1. Adecuado uso de las nuevas tecnologías

Es a ellos precisamente a quienes dirige especialmente su mensaje el Santo Padre pues los jóvenes, a los que llama “generación digital”, son los que más usan estos nuevos medios tanto para sus relaciones personales y de amistad, como para la comprensión del mundo que les rodea y la manifestación libre de las propias ideas e intereses, estableciendo auténticas redes sociales por las que transitan asiduamente dedicando gran parte de su tiempo y ocio, hasta el punto de haberse producido en ellos una nueva pertenencia y ciudadanía en el mundo digital.

El Papa señala que estas nuevas tecnologías encierran grandes posibilidades de desarrollo y son un gran cauce abierto a la maravillosa capacidad humana de relacionarse con los demás, “reflejo de nuestra participación en el amor comunicativo y unificador de Dios, que quiere hacer de toda la humanidad un sola familia”, pero a la vez nos advierte, refiriéndose al uso de Internet, que “sería una pena que nuestro deseo de establecer y desarrollar las amistades ‘on line’ fuera en deterioro de nuestra disponibilidad para la fami-

lia, los vecinos y quienes encontramos en nuestra realidad cotidiana, en el lugar de trabajo, en la escuela o en el tiempo libre”.

No podemos, por tanto, renunciar a la auténtica relación que propicia la verdadera amistad y el encuentro con los otros por un sustitutivo “virtual” que anulara o supiera la comunicación y las relaciones humanas personales y directas, sino más bien, hemos de empeñarnos en una verdadera misión evangelizadora en este *nuevo mundo* digital a fin de lograr en él una cultura del respeto, el diálogo y la amistad, que el Cristianismo refuerza y trasciende por el misterio redentor de Cristo, que nos ha mostrado la mayor prueba de amor entregando su vida por nosotros (cf. Jn 15,13) y nos ha encomendado la tarea de imitar su amor en la entrega generosa a los demás (cf. Jn 15,17).

Los cristianos, con la aportación de la sabiduría moral del Evangelio y la ayuda de la doctrina de la Iglesia, hemos de preservar siempre la dignidad de la persona humana y el bien común ante los cambios axiológicos o de valores que inevitablemente comporta la actual revolución tecnológica.

2. Responsabilidad de los padres

A estos cambios, sobre todo en lo que afecta a los más jóvenes, han de estar atentos los padres y educadores con una adecuada formación moral que acompañe el uso de las nuevas tecnologías,

en especial Internet, y los medios de comunicación en general, a fin de que éstos sean beneficiosos para la persona y la sociedad y propicien la búsqueda de la verdad, el bien y la belleza, sin dejarse engañar “por quienes tan sólo van en busca de consumidores en un mercado de posibilidades indiferenciadas, donde la elección misma se presenta como el bien, la novedad se confunde con la belleza y la experiencia subjetiva suplanta a la verdad” (Benedicto XVI).

Los padres han de estar vigilantes y propiciar un adecuado clima de familia y amistad en el hogar, para que estos auténticos fraudes de las relaciones humanas a los que hemos hecho referencia no afecten a los jóvenes, de manera especial a los más indefensos psíquicamente como son los adolescentes, provocando en ellos, en no pocas ocasiones, traumas afectivos y emocionales que condicionarán dolorosamente su futuro. El ciberespacio no puede ser un terreno franco exento de la debida responsabilidad ética y moral ni del cuidado y vigilancia de los padres y educadores, así como de la acción protectora de las Autoridades, obligadas por nuestra Constitución (Cf. Art. 20, 4) a defender a los menores de los contenidos perniciosos e inadecuados.

3. Mejor aprovechamiento eclesial de Internet

Por lo que se refiere al provechoso uso de las nuevas tecnologías en Internet, también la Iglesia, tanto en el

ámbito de la Conferencia Episcopal, como en las diócesis y demás niveles comunitarios, está llamada a sacar partido de sus enormes potencialidades para la misión evangelizadora y su propia acción comunicativa, como ha reconocido recientemente el Santo Padre (Cf. *Carta de Benedicto XVI a los Obispos*. 10.3.2009), a fin de interactuar eficazmente en la Red, dando adecuada y pronta respuesta a las demandas de correcta información y enseñanza. Por otro lado, en todo esto no hemos de olvidar nunca que la predicación del Evangelio siempre lleva consigo la contradicción que provoca la Cruz (Cf. 1Cor 1, 17-18), también en la Sociedad de la Información.

Siguiendo las indicaciones que el Santo Padre da a los jóvenes en su mensaje de esta Jornada, “para exhortarlos a llevar al mundo digital el testimonio de su fe”, y evangelizar así a sus compañeros en “el continente digital”, pensamos que en este sentido se le presenta a la Iglesia en España una gran oportunidad de cara a la preparación de la Jornada Mundial de la Juventud del 2011 que tendrá lugar en Madrid y en la que están gozosamente implicadas las diócesis españolas.

4. Potenciar en la crisis el sentido social de los medios

La mirada al futuro y al mundo digital no nos exime, sobre todo en los tiempos de crisis económica que padecemos, y que afecta especialmente a los grupos

sociales más pobres y desfavorecidos, de reclamar el aporte que los medios de comunicación social pueden y deben hacer a favor de una sociedad más justa y solidaria para salir de esta dramática situación económica, convirtiéndose con su gran influencia en la sociedad en lugar de encuentro y promoción de una cultura de la solidaridad siempre necesaria, pero más en estos momentos.

Para este noble objetivo los medios de comunicación han de promover iniciativas de ayuda a los más afectados por la crisis, y denunciar la corrupción y el enriquecimiento fraudulento, fomentando en la sociedad actitudes de superación, laboriosidad, sobriedad y generosidad con los más pobres, así como la difusión de opiniones y proyectos tendentes al aprovechamiento de los recursos, a la buena gestión, a la generación de empleo digno y al mantenimiento de los logros y coberturas sociales propias de un Estado democrático consolidado.

Todo ello contribuirá, sin duda, a reconciliar a los medios de comunicación con su genuino papel social de servicio al bien común y a la ciudadanía que los justifica y legitima, pues en esta noble tarea se han empeñado siempre los medios de comunicación cuando las circunstancias dramáticas y difíciles de la sociedad lo han requerido.

Así lo reconocía con gratitud el inolvidable Siervo de Dios, Juan Pablo II, cuando afirmaba que “cada día, los medios de comunicación social embar-

gan nuestros ojos y nuestro corazón, haciéndonos comprender las llamadas angustiosas y urgentes de millones de hermanos nuestros menos afortunados, perjudicados por algún desastre, natural o de origen humano; son hermanos que están hambrientos, heridos en su cuerpo o en su espíritu, enfermos, desposeídos, refugiados, marginados, desprovistos de toda ayuda; ellos levantan los brazos hacia nosotros, cristianos, que queremos vivir el Evangelio y el grande y único mandamiento del Amor.” (*Mensaje para la Cuaresma de 1986*). Dios bendiga todos los esfuerzos que los medios, y quienes en ellos trabajan, realizan a favor de la solidaridad entre las personas y los pueblos.

El sentido de justicia y de solidaridad nos obliga, sin menoscabo de la debida atención a todos los desempleados, a dirigir nuestra mirada en esta Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales a los más de 5.000 periodistas, sobre todo jóvenes, en paro en estos momentos en España, según datos de las asociaciones profesionales, para los que pedimos una pronta y adecuada solución a su situación. Por esta intención rezamos especialmente en este día, así como por los comunicadores que en diversas partes del mundo han muerto o sufren persecución y limitación de su libertad en el ejercicio de su profesión periodística.

5. Más presencia de Dios en los medios

Por último, queremos seguir animando a los comunicadores cristianos a conti-

nuar empeñados en el logro de un mayor espacio para los medios en la Iglesia y un mayor espacio para Dios en los medios comunicación, en un tiempo secularizado como el nuestro, en el que, como certamente ha señalado el Papa, “la prioridad que está por encima de todas es hacer presente a Dios en este mundo y abrir a los hombres el acceso a Dios... porque en amplias zonas de la tierra la fe está en peligro de apagarse como una llama que no encuentra ya su alimento” (*Carta de Benedicto XVI a los Obispos*. 10.3.2009).

Contribuir a esta misión evangelizadora es algo apasionante y esperanza-

dor, ya que, como concluye el citado mensaje papal para esta Jornada, hay motivos para ello, pues “el corazón humano anhela un mundo en el que reine el amor, donde los bienes sean compartidos, donde se edifique la unidad, donde la libertad encuentre su propio sentido en la verdad y donde la identidad de cada uno se logre en una comunión respetuosa. La fe puede dar respuesta a estas aspiraciones: ¡sed sus mensajeros! El Papa está junto a vosotros con su oración y con su bendición”.

Y con él también nosotros.

Joan Piris, *Obispo de Lleida y Presidente*

Antonio Montero, *Arzobispo emérito de Mérida-Badajoz*

Joan-Enric Vives, *Obispo de Urgell*

Raúl Berzosa, *Obispo-Administrador Diocesano de Oviedo*

Sebastià Taltavull, *Obispo auxiliar de Barcelona*

XCII Asamblea Plenaria de la CEE

El matrimonio entre católicos y musulmanes

Orientaciones pastorales

Primera Parte

Matrimonio católico y matrimonio musulmán

Contexto pastoral e identidad religiosa

I. Situación y contexto pastoral

II. El matrimonio católico

III. El matrimonio en la religión y la cultura musulmanas

Segunda Parte

Orientaciones sobre el matrimonio entre católicos y musulmanes

I. Discernimiento y preparación

II. Celebración

III. Acompañamiento pastoral

Apéndices

1. La Shahâda o profesión de fe musulmana
2. Declaración de ambos cónyuges

El presente documento, titulado El matrimonio entre católicos y musulmanes, fue aprobado por la XCII Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española, celebrada del 24 al 28 de noviembre de 2008. Como el subtítulo indica, contiene unas orientaciones pastorales sobre la realidad y el alcance religioso y social del matrimonio contraído por los fieles católicos con un cónyuge musulmán. Con estas orientaciones los Obispos españoles desean prestar una ayuda actualizada a los párrocos, sacerdotes y diáconos con cura pastoral, así como a los mismos contrayentes.

Primera Parte

Matrimonio católico y matrimonio musulmán

Contexto pastoral e identidad religiosa

I. Situación y contexto pastoral

1. Los matrimonios entre cónyuge católico y musulmán han adquirido particular relevancia en España durante los últimos cuarenta años: la pluralidad religiosa actualmente existente en nuestra sociedad, los estudiantes musulmanes que vienen a nuestras universidades, el aumento de la inmigración magrebí atraída por el despegue económico e industrial son factores a tener en cuenta en nuestro contexto pastoral. Hay que añadir, además, la población musulmana que reside en España por motivos profesionales, diplomáticos y otros.

2. El número total de musulmanes en España, sin contar la población musulmana en Melilla y Ceuta, puede estimarse actualmente en torno al millón. Este número de musulmanes, en su gran mayoría hombres pero con un aumento progresivo de mujeres, en edad núbil y con la libertad de relaciones que les otorga el vivir lejos de su patria y del rígido marco de la sociedad musulmana, especialmente en lo que a relaciones hombre-mujer se refiere, así como los cambios operados en la sociedad española, han ocasionado diversos casos de matrimonios entre cristianos y musulmanes¹. Una primera característica a subrayar en estos matrimonios es que en la mayor parte de los casos el cónyuge musulmán es varón, lo cual es explicable teniendo en cuenta que el derecho musulmán y la praxis consideran el matrimonio de la mujer musulmana con varón no musulmán como nulo a todos los efectos. En segundo lugar, con frecuencia el matrimonio

entre católicos y musulmanes suele ir acompañado de una promoción social de una de las partes, aunque sea con distintos matices. El cónyuge musulmán de la pareja accede, por su parte, a la posibilidad de adquirir la nacionalidad española y a las ventajas que ello comporta. No es ya infrecuente el caso de musulmanas que contraen matrimonio -no siempre en la Iglesia- con varones españoles católicos de estatus medio: empleados, profesionales, etc. Y, en tercer lugar, existe una experiencia generalizada en que con dichos matrimonios se abre para los dos cónyuges una vida de dificultades.

3. Son pocos los contrayentes que cuentan con un conocimiento adecuado acerca de lo que semejante unión lleva consigo en cuanto a compromisos recíprocos y dificultades específicas. Importantes diferencias de costumbres, tradiciones, culturas y creencias pueden convertirse en fuente de problemas para los futuros esposos. Estas dificultades se acentúan extraordinariamente si el matrimonio acaba instalándose en alguna sociedad musulmana, especialmente para la mujer. Ésta encontrará habitualmente en dicha sociedad una presión e influencia familiar y social de mucho mayor peso, e incluso determinante². Esta presión familiar de los ambientes musulmanes puede incluso inducir en la actitud y la conducta del varón musulmán hacia la esposa cristiana de graves consecuencias para ella, para el matrimonio y los hijos. En consecuencia, y aunque siempre es posible que

el mutuo amor y respeto supere tantas diferencias, la experiencia y el parecer de los especialistas en el tema demuestran que tales matrimonios comportan especiales riesgos y, por ello, exigen una especial preparación.

4. La experiencia de los últimos años en diversos países de cultura cristiana occidental aconseja, en general, no promover estos matrimonios -opinión que es compartida asimismo por autoridades musulmanas de relevancia- habida cuenta de las siguientes cuestiones: la fragilidad de tales uniones, los problemas específicos que se presentan al cónyuge católico para la vivencia de su fe en contextos culturales o familiares musulmanes, la delicadísima cuestión de la educación religiosa de los hijos, la diversa concepción de la institución matrimonial en cuanto a deberes y derechos recíprocos de ambos cónyuges, el diferente punto de vista respecto del papel de la mujer en la familia y en la sociedad, así como del ejercicio de la patria potestad, diversos asuntos de patrimonio y herencia o las posibles interferencias familiares. Ante la complejidad de estas uniones, es muy importante mantener una actitud clara y prudente para con estos matrimonios. Es cierto que se dan matrimonios de este tipo adornados de una gran honra humana y espiritual, con capacidad para salvaguardar la identidad de los cónyuges. Pero estos casos no deben ocultar la distancia en la concepción antropológica, cultural y religiosa que ambos cónyuges llevan consigo.

5. A pesar de las cautelas, estas orientaciones pretenden, ante todo, promover en los responsables de la pastoral matrimonial una actitud que no sea de rechazo, sino de acogida y de sincero acompañamiento, de honda misericordia y de ayuda constante.

Esta actitud no debe pasar por alto el deber de informar con verdad y respeto sobre la complejidad de los dos mundos implicados en dichos matrimonios, con sus respectivas visiones del amor, de la convivencia y del propio matrimonio en sí, al igual que sobre la situación jurídica que imponen a estos matrimonios los códigos legales de los países en los que rige el derecho musulmán (fiqh) -con diversa amplitud e intensidad-, con objeto de que ambos cónyuges a tiempo puedan conocer suficientemente la nueva realidad hacia la que se encaminan y las dificultades específicas que habrán de afrontar.

II. El matrimonio católico

6. Según la doctrina de la Iglesia católica, la alianza matrimonial por la que el varón y la mujer constituyen entre sí un consorcio para toda la vida, ordenado por su propia índole natural al bien de los cónyuges y a la generación y educación de los hijos, es, ante todo, una institución querida por Dios Creador y tutelada por su Ley. Es acorde a la voluntad divina y a la naturaleza humana creada el hecho de que se establezca una relación estable, de honda comunión y exclusivo amor, entre un

varón y una mujer. Por su inserción en el orden de la creación, el matrimonio goza de una dignidad natural. Llamados a unirse en una alianza de amor que hace de ellos «una sola carne»³, dicha unión dimana de la condición del ser humano como «imagen de Dios»⁴. Jesucristo ha confirmado⁵ la especial vocación con la que el Creador llama al esposo y la esposa a colaborar con él en la prolongación y continuidad de la existencia humana, así como a edificar la familia mediante el recíproco amor y mutua complementariedad. Los dos primeros capítulos del Génesis explicitan no solamente la creación sexuada de los seres humanos sino además la unidad y complementariedad mutua del varón y de la mujer. Esta finalidad de la unión matrimonial se encuentra bella y profundamente testimoniada por la exclamación de Adán: «Ésta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne»⁶. Los profetas recibieron esta exclamación y honraron el matrimonio en el que vieron una expresión simbólica de la «alianza» como experiencia nupcial entre Dios y el pueblo de Israel⁷.

7. Para los católicos, la naturaleza original del matrimonio entre un varón y una mujer ha sido elevada por el don de la gracia sacramental. No obstante, el matrimonio natural, dado el caso de que uno o ambos contrayentes no hayan recibido el bautismo, mantiene el valor del consentimiento, que compromete toda la vida de los esposos a un amor indisoluble, a la fidelidad sin condiciones y a la acogida de los hijos.

Aun en el caso de que el matrimonio entre cónyuges católico y musulmán no llegara a expresar la dignidad sacramental, puede constituir para ambos cónyuges una oportunidad de verdadero crecimiento espiritual. Esta es la razón que justifica la concesión de la dispensa del impedimento de disparidad de culto en aquellos casos en los que el Ordinario tenga garantía de que no existe un peligro inmediato e insuperable que amenace los valores sobrenaturales en el cónyuge católico. Entre ellos, de modo principal, la fe, la vida de la gracia, la fidelidad a las exigencias de su conciencia religiosa. Es asimismo obligado que el Ordinario tenga certeza de que el cónyuge musulmán no rechaza los fines y propiedades esenciales del matrimonio, así como que no esté vinculado por un matrimonio válido. Este reconocimiento del derecho natural de todo ser humano a contraer matrimonio es tutelado también por la ley canónica cuando se trata de personas que no participan de la fe católica. Sin embargo, esto no significa que la dispensa del impedimento de disparidad de cultos se reduzca a una mera regularización de una previa situación de hecho de la pareja. Por el contrario, dicha dispensa requiere un proceso acompañado de medios específicamente pastorales, con la finalidad de ayudar a comprender al contrayente católico la importancia de los valores humanos y sobrenaturales que deberá considerar y defender en el momento de su decisión. De este modo, la celebración matrimonial podrá ser para los

esposos un signo de gracia, fuente de valores y llamada al compromiso. En la celebración nupcial los esposos piden a Dios que se haga presente en su vida, fortalezca la promesa de recíproca fidelidad y les auxilie en la mutua total entrega, en la medida de la capacidad de conciencia y elección de fe de cada uno.

8. El matrimonio tiene como propiedades esenciales la unidad y la indisolubilidad. Estas propiedades alcanzan una especial firmeza por el carácter de sacramento que tiene siempre el matrimonio entre bautizados⁸. Los cónyuges están llamados a complementarse, con la finalidad orientada a la generación y educación de los hijos. Por ello, *ambos cónyuges tienen igual obligación y derecho respecto a todo aquello que pertenece al consorcio de la vida conyugal*⁹. Un requisito indispensable para la validez del matrimonio es la libre manifestación del consentimiento matrimonial por parte de ambos cónyuges. Esto implica que no hay matrimonio válido si cada uno de los contrayentes no ha elegido y aceptado libremente a su cónyuge, pero no significa que la Iglesia admita cualquier matrimonio para sus fieles.

9. La diferencia de fe y de contexto social y jurídico entre los países de cultura cristiana y musulmana puede crear serios problemas para la convivencia del matrimonio y para la plenitud de la vida conyugal, así como para el ejercicio del derecho y el cumplimiento del deber de educar cristianamente a

los hijos. La Iglesia, en consecuencia, establece impedimentos para los matrimonios de disparidad por las dificultades que casi siempre comportan para la plena e íntima comunión entre los cónyuges. Cuando la Iglesia exige al cónyuge católico la promesa de hacer cuanto le sea posible para que todos los hijos sean bautizados y educados en la religión católica, es consciente de la dificultad del cumplimiento de esta promesa, contrapuesta no sólo a las obligaciones religiosas del musulmán practicante, sino también, cuando la parte musulmana es el varón, a las disposiciones jurídicas que, en el derecho musulmán, obligan al hijo a seguir la religión del padre.

III. El matrimonio en la religión y la cultura musulmanas

10. En la religión musulmana, el matrimonio tiene un significado y valor religioso como realidad querida por Dios. El Corán transmite una imagen positiva del matrimonio, en la cual están contenidas las dos finalidades esenciales que la tradición cristiana le atribuye: el valor de la procreación de la especie humana y la instauración de una comunidad de paz, respeto, afecto y misericordia entre los esposos.

11. La concepción musulmana del matrimonio toma en consideración, e incluso asume, la sexualidad humana, que ha hecho de ella una pieza clave de su obra creadora. Considera igualmente los excesos a los que puede conducir

este componente constitucional del ser humano, reducido a su nivel instintivo. Entre otros, al desequilibrio personal, al caos de la sociedad humana y a la destrucción de los valores que constituyen la dignidad del ser humano. Por esta razón, la religión musulmana pretendió desde su origen educar la sexualidad de los creyentes, sobre todo, teniendo en cuenta el tipo de relación existente entre el varón y la mujer en la sociedad pre-islámica de Arabia. La religión y cultura musulmanas han buscado hacer de la mujer la compañera del hombre, invocando los profundos sentimientos de la solidaridad humana y de la equidad basados en la unidad de origen en Dios de ambos sexos¹⁰, fundamento de la comunidad original y de la identidad de la aventura espiritual que conlleva el matrimonio. La religión musulmana pretendía de este modo promover un nuevo orden fundado en Dios, creador de la naturaleza humana y organizador de la vida conyugal en todas sus dimensiones.

12. Varón y mujer tienen las mismas obligaciones morales y religiosas¹¹, idéntica responsabilidad ante Dios, y un mismo destino y recompensa escatológica¹². El Corán rechaza con igual vehemencia las ofensas a un creyente o una creyente musulmanes¹³. La mujer en cuanto madre tiene el mismo derecho a ser respetada y cuidada por los hijos que el padre¹⁴; y, como esposa, tiene derecho a defenderse si es acusada injustamente¹⁵. Sin embargo, la revalorización que el texto coránico hace de

la mujer con relación a la cultura de la Arabia pre-islámica no llegó a proclamar la total igualdad de dignidad entre el varón y la mujer. De hecho, los hombres están un grado por encima de ellas¹⁶, y los hombres tienen autoridad sobre las mujeres en virtud de la preferencia que Dios ha dado a unos más que a otros¹⁷. En virtud de este «don» de Dios, las mujeres son consideradas por el hombre como «un campo labrado» al que el varón puede «ir» como quiera¹⁸. Es al varón a quien corresponde casarse con las mujeres que le gusten, «dos, tres o cuatro»¹⁹, texto que legitima la poligamia -poliginia- si bien impone al varón el deber de un trato equitativo. El varón puede disolver el matrimonio unilateralmente mediante el repudio, institución reconocida en el texto coránico²⁰. Los hijos son un don de Dios al varón a través de la mujer, sobre todo los hijos varones; por esto su dominio sobre ellos es absoluto²¹. Las mujeres tienen reconocida la herencia, pero en cuantía máxima de la mitad de lo correspondiente a un varón²². Uno de los textos que más llama la atención en el Corán y que sigue siendo hoy piedra de tropiezo y de divergencia entre diversas corrientes musulmanas es el que se refiere al castigo que el esposo puede infligir a la esposa, golpeándola²³, que es la traducción en el derecho musulmán de la raíz *daraba*, aunque los modernistas se basan en la polisemia del árabe para negar esta traducción.

13. Algunos códigos de derecho musulmán permiten al padre casar a

la hija virgen sin consentimiento de ésta, considerándose el silencio como aquiescencia, pero no así a la mujer no virgen, de la que requiere su explícito consentimiento tras llegar a la pubertad. El derecho *hanbalí*, vigente en Arabia Saudí, permite el matrimonio con tal que la mujer no virgen haya cumplido los nueve años y dé su consentimiento. Además, ha de intervenir siempre el padre o el tutor matrimonial (*walí*). Sólo el derecho *hanafí* permite que la mujer contrate su propio matrimonio siempre que sea ella misma la administradora de sus propios bienes²⁴. Exige el derecho musulmán además la entrega de la dote²⁵, la cual pertenece enteramente a la mujer en compensación de la entrega que ella hace de sí misma a su marido, y le permite una independencia y libertad económica desconocida en la sociedad de su tiempo. Finalmente, el Corán introduce una novedad respecto de la sociedad árabe pre-islámica: esa unión entre hombre y mujer es un contrato. El derecho islámico tradicional contempla el matrimonio como un contrato establecido por la ley religiosa basada en el texto coránico.

14. El contrato matrimonial, de carácter privado bilateral entre musulmanes, suele ir acompañado de una ceremonia de carácter religioso, aunque en sí no requiere ninguna ceremonia pública. Para que sea válido, tiene que haberse acordado por mutuo consentimiento de los contrayentes, con las salvedades establecidas, quienes a su

vez deben ser personas capacitadas para ello, y ha de pactarse en presencia de dos testigos, aunque no adquiere fuerza contractual apremiante para la esposa si la mitad de la dote no le ha sido entregada antes de la boda. Como tal contrato, puede romperse, según los términos del Corán²⁶ bien unilateralmente por parte del marido (repudio: talâq) o a petición de la mujer por medio del padre -en algunos códigos- y con consentimiento del marido (jul'). Sin embargo, la mujer no puede repudiar al marido. El árabe moderno usa el término talâq para referirse al divorcio en el sentido actual común a la mentalidad occidental civil, de tal modo que mutallaqat se traduce como 'divorciada' y no 'repudiada', y mutallaq por 'divorciado'. Esta convención moderna no se ajusta al sentido del término coránico.

15. La lectura del texto coránico y la posterior codificación jurídica clásica quedó acabada en el siglo X y fijada para la posteridad. Con el transcurso del tiempo no han faltado pensadores y juristas que han realizado un nuevo esfuerzo hermenéutico (iytihâd) con objeto de desbloquear la situación de la mujer en la sociedad musulmana, no sin graves resistencias por parte de amplios sectores que se proclaman defensores de la pureza más originaria de la religión y cultura musulmanas. Sus esfuerzos, sin embargo, han dado frutos muy apreciables en defensa de los derechos de la mujer, desde una lectura contextual del texto coránico. Un número creciente de Estados musulma-

nes han incluido en el ordenamiento jurídico leyes (qanûn) tendentes a convertir el matrimonio en un contrato público, estableciendo condiciones respecto a la edad de los contrayentes, a la dote y a ciertas cláusulas particulares añadidas al contrato. Una de dichas cláusulas puede ser la interdicción de que el marido tome otras esposas en régimen de poligamia. El Corán vino a limitar el número a cuatro esposas²⁷, a condición de que el marido sea equitativo con ellas y sus respectivos hijos, cosa que el texto coránico juzga imposible²⁸. Algunos Estados musulmanes han puesto severas condiciones legales a la poligamia o la han prohibido a todos los efectos.

16. La familia es la célula elemental de la sociedad musulmana. Se trata de una familia de tipo patriarcal, dirigida por un cabeza de familia que reúne en torno a sí a los hijos casados y parientes, aunque en las ciudades modernas se va imponiendo la noción de familia reducida a padres e hijos. Al niño nacido se le considera bueno por naturaleza y musulmán. Los padres le ponen un nombre, muchas veces tomado del fundador de la religión o de su entorno. La circuncisión es práctica general. Se insiste mucho en el respeto debido a los padres. Se sugiere en el Corán una oración por los padres ancianos²⁹. El deber de fidelidad y obediencia a los padres sólo cesa en el caso de que éstos quisieran alejar a sus hijos de la fe musulmana. El matrimonio es considerado como la situación normal del varón y la mujer

adultos. La idea del celibato es extraña al pensamiento musulmán, aunque se contempla con respeto la virginidad de María, el nacimiento virginal de Jesús y el hecho de que ni Juan Bautista ni Jesús tomaran esposa. Antes del matrimonio se prescribe la continencia. La sociedad es más permisiva con el varón que con la mujer, especialmente si es joven, y se le exige que llegue virgen al matrimonio. El matrimonio no es posible hasta el grado de primos hermanos. Antes de las legislaciones modernas no existía una edad mínima, por lo que los matrimonios se concertaban siendo menores los cónyuges, que formaban una pareja real aunque la consumación del matrimonio tuviese lugar posteriormente. Actualmente, como se ha indicado, la mayoría de los Estados han promulgado leyes al respecto. El adulterio está prohibido y castigado, siempre que la acusación sea sostenida por cuatro testigos varones o haya confesión propia. Los códigos de derecho suelen prescribir un castigo que consiste en 100 latigazos a cada uno de los adúlteros e imposición de un cónyuge adúltero o pagano en caso de nuevo matrimonio siguiendo una *aleyá*³⁰ que, en opinión mayoritaria, abolió otra anterior que prescribía un castigo más duro³¹. En algunos países donde rige la ley religiosa (*sharí'a*) y el derecho tradicional (*fiqh*) en toda su amplitud, las adúlteras pueden ser condenadas a la lapidación, siendo este caso ya residual.

17. Hay acuerdo en que el texto coránico supone un avance en la proclamación de una cierta igualdad de ori-

gen y destino del varón y de la mujer, y un incentivo para la convivencia de los esposos basada en el amor y la misericordia³². Se han ido añadiendo, en el transcurso de los siglos y por motivos muy diversos, toda una serie de disposiciones jurídicas no siempre acordes con la letra ni con el espíritu coránico, y ello en varios sentidos. En la práctica las disposiciones jurídicas establecen que, ni en sus derechos ni en sus deberes, la condición de la mujer musulmana sea igual a la del hombre. Hay que reconocer, por otra parte, que en las legislaciones modernas más despegadas del derecho musulmán tradicional, la situación de la mujer en el matrimonio y en la sociedad en general ha mejorado notablemente, llegándose en algunos países a la práctica equiparación entre el varón y la mujer, salvado el peso inercial de las tradiciones locales. Por la repercusión que tienen los matrimonios de disparidad subrayamos algunas de estas disposiciones:

1. Se continúa manteniendo en los modernos códigos civiles, con algunas excepciones, la poligamia, aunque sometiéndola a ciertas condiciones.

2. El hijo siempre tiene que seguir la religión del padre cuando éste es musulmán, y debe ser educado en esta religión sin tener en cuenta el derecho de la madre no musulmana.

3. Igualmente continúa vigente la norma según la cual sólo se hereda

entre personas de la misma religión; por consiguiente, en el caso de un matrimonio de disparidad, la mujer cristiana no hereda del marido musulmán, ni éste de aquélla. Por la misma razón tampoco heredan de la madre cristiana los hijos, ya que éstos deben ser necesariamente musulmanes.

4. Si se disuelve el matrimonio, la esposa musulmana o cristiana podrá beneficiarse del derecho de guarda de los hijos menores, pero sólo en la medida de que eso no dañe la educación musulmana de los hijos, y durante un tiempo limitado. Pasada la edad fijada según el derecho musulmán del lugar, los hijos son devueltos a su padre o, si ha fallecido, a la familia de éste, pero no a su madre.

5. Con todo, el esposo musulmán viene obligado a respetar la práctica de su religión a su esposa cristiana. La religión y cultura musulmanas no admiten la libertad de conciencia ni la libertad religiosa tal como la entienden la Declaración Universal de los Derechos Humanos y la Iglesia católica.

Segunda Parte

Orientaciones sobre el matrimonio entre católicos y musulmanes

18. La Iglesia católica mantiene una actitud de estima hacia los musulmanes, que adoran al único Dios y a cuyos

designios ocultos procuran someterse con toda el alma³³. Por su parte, es lógico que los católicos esperen que los musulmanes conozcan de forma objetiva y respeten su fe. Otros elementos importantes a tener en cuenta son la reciprocidad, el diálogo interreligioso con los musulmanes, y la experiencia que pueden aportar las Iglesias orientales católicas sobre los matrimonios entre católicos y musulmanes, así como los contactos de la Iglesia católica con los gobiernos musulmanes³⁴. Todos los que intervienen en la preparación de estos matrimonios, sean católicos o musulmanes, deben conocer bien la doctrina y las normas que sobre el matrimonio dispar ofrecen sus respectivas religiones. Las orientaciones que aquí se proponen pueden servir como guía para la reflexión personal, el discernimiento, la preparación, la celebración y el posterior acompañamiento de estos matrimonios y de su vida familiar.

19. Quienes tienen encargo pastoral, al encontrarse ante casos de católicos que expresan su deseo de contraer matrimonio con un cónyuge musulmán, necesitan adoptar una actitud de conocimiento y estima hacia los musulmanes que les libere de prejuicios y tópicos y les lleve a respetar y descubrir la posible acción del Espíritu, las semillas del Verbo y destellos de la Verdad sobre las personas y algunos elementos morales, espirituales y humanos³⁵. Necesitarán, asimismo, un conocimiento lo más completo posible del derecho matrimonial musulmán en general, y

de los diferentes Códigos civiles modernos vigentes en países musulmanes, así como de las realidades sociológicas del país de origen de la parte musulmana.

20. El contrayente católico suele tener por lo general un completo desconocimiento de las cuestiones jurídicas relativas a la herencia, custodia de los hijos, comunidad de bienes, divorcio, repudio, así como de que los hijos que nazcan de tal unión serán musulmanes según el derecho musulmán; lo que hará difícil que, especialmente la mujer cristiana, tenga la posibilidad de compartir la propia fe con sus hijos. No es extraño que tenga vagos conocimientos sobre las condiciones sociológicas en que tendrá que vivir, especialmente si el matrimonio se instala en un país musulmán. También es importante que sepa que la concepción del amor entre el varón y la mujer no tiene ni la misma forma ni la misma expresión en las sociedades musulmanas que en las occidentales de raíces cristianas. Otra dificultad a tener en cuenta por el contrayente católico es la representada por la segregación entre varones y mujeres que la religión y cultura musulmanas imponen en amplios sectores de la vida pública y privada.

21. El contrayente musulmán, pese a su esfuerzo de adaptación a la lengua y cultura españolas, habitualmente seguirá pensando en función de sus categorías religiosas y socio-culturales, lo cual implica el riesgo de que se sienta

desorientado ante la concepción de la familia en el ambiente cristiano occidental, y de que no alcance a comprender en toda su amplitud la sensibilidad y las reacciones de su pareja y entorno. Por otra parte, habituado a la acogida, a la hospitalidad tradicional y a las numerosas visitas a la familia y a los allegados, tan frecuentes en su propio entorno social, difícilmente aceptará las actitudes de reserva, de aprecio de la intimidad o de aparente distanciamiento que en este ambiente se dan, corriendo el riesgo de interpretarlo como desprecio hacia los propios parientes. En algunos casos, además, puede no ser bien aceptado por la familia del contrayente católico, produciéndose en él un sentimiento de aislamiento e inseguridad que le incitará tal vez a precipitar el regreso a su país, en el cual hallará la seguridad y sentimiento de identidad que le proporciona la integración en su propio mundo familiar.

22. El éxito de estos matrimonios exige una seria preparación, y cuando se realiza con las debidas garantías puede ser ocasión de una real profundización en la dimensión religiosa personal. La solución negativa sería eludir esta tarea refugiándose en la indiferencia. Este encuentro entre los esposos puede ser fuente de una mayor exigencia, que invita a volverse juntos hacia lo esencial, Dios, que les ha llamado a la vida y al amor y tiene para sus vidas un misterioso designio de gracia y salvación. El matrimonio de disparidad, además, confiere al encuentro entre católicos y

musulmanes otra dimensión diferente a la de los encuentros entre expertos, pues se enraíza en plena realidad humana a través de la vida cotidiana. Estos matrimonios pueden constituir un signo de reconciliación posible entre los pueblos, las razas y las religiones.

I. Discernimiento y preparación

23. La Iglesia católica desaconseja el matrimonio de aquellos contrayentes que no pertenecen a la misma comunidad de fe³⁶. Quienes tienen la responsabilidad pastoral en relación a este tipo de matrimonios, deben cerciorarse de la libertad de cada uno de los contrayentes, así como de su consciente afrontamiento de una empresa de tal relevancia. Es aconsejable que el párroco reciba y escuche al contrayente católico. Si el contrayente musulmán lo desea, se le debe facilitar asimismo el encuentro personal y por separado con el párroco. Los encuentros posteriores, en caso de que el proceso siga adelante, pueden celebrarse conjuntamente. Es conveniente que en cada diócesis se disponga de un sacerdote experto que pueda ayudar y colaborar con los párrocos en la tarea del discernimiento, preparación y acompañamiento de estas parejas.

24. Para garantizar unas mejores condiciones de discernimiento y realización de la convivencia matrimonial, se puede aconsejar que antes de su matrimonio el contrayente católico procure pasar un cierto tiempo en el país

de su futura familia política, incluso aunque después resida en España. Además de aportar una experiencia real, es también un gesto de respeto hacia los lazos de solidaridad familiar que en las sociedades musulmanas se han mantenido vigentes. Psicológicamente puede ayudar a suavizar o reducir la oposición familiar. Si el matrimonio pretende residir en un país mayoritariamente musulmán, el contrayente católico, para poder insertarse en la vida social, deberá aprender la lengua del país, pues de lo contrario será considerado como un extranjero.

25. Aunque guardando estrechos lazos con sus familias, tendrán cuidado de conservar la independencia e intimidad que necesitan. Es muy importante que, para sentirse libres frente a la presión familiar y social (que en la sociedad musulmana tiene especial influencia), los esposos sean independientes laboral y económicamente. De este modo no se verán obligados a convivir con una de las dos familias. Estas cuestiones no se deben dejar al azar, sino que deben ser objeto de clarificación, para que no se conviertan en motivo de desavenencia.

26. Infórmese cuidadosamente a los futuros cónyuges sobre el estatuto jurídico del matrimonio dispar, de las normas del derecho musulmán tradicional, de las leyes vigentes en sus países respectivos. Se les debe aconsejar que eviten el aislamiento y, si viven en una sociedad musulmana, apresúrese el

contrayente católico a tomar contacto con la parroquia más cercana o con algún grupo cristiano. En este sentido, sería de gran utilidad que el sacerdote experto de la diócesis, si sabe que el matrimonio debe partir a un país musulmán, anuncie su llegada a la Iglesia local para que pueda ser convenientemente acogido.

27. Algunas cuestiones concretas no deberían dejarse de lado en el diálogo con los contrayentes. Se proponen las siguientes en orden a un discernimiento:

1. Con relación a la fe y la religión

- Reflexión acerca de la fe personal y práctica de la religión de cada uno en el contexto del proyecto matrimonial.
- Consideración del conocimiento real que cada uno tiene acerca de la religión del otro y del diálogo sobre sus respectivas religiones.
- Grado de disposición de cada uno para acompañar a su cónyuge en las celebraciones significativas de su tradición religiosa.

2. Con relación a la tradición cultural

- Grado de conocimiento que cada uno tiene del país del otro, de su cultura y tradiciones.
- Reflexión acerca de la lengua de comunicación entre ambos y la posibili-

dad de aprender cada uno la lengua del otro, lo que puede ayudar a evitar malos entendidos y posibles conflictos.

3. Con relación a la familia de procedencia

- Reacción de los padres, hermanos, familia cercana, amigos y comunidad hacia su proyecto de matrimonio.
- Información acerca de las expectativas que las respectivas familias tienen del otro cónyuge.

4. Con relación a la familia que quieren formar

- Decisión sobre el lugar de residencia.
- Reflexión sobre los hijos y su número, la fidelidad mutua, el matrimonio monógamo, la poligamia, los bienes patrimoniales y económicos de la futura familia.
- Decisión sobre el bautismo y la educación católica que piensan proporcionar a los hijos.

5. Con relación a los aspectos de carácter jurídico

- En el caso de residir en país de mayoría musulmana, es conveniente garantizar el derecho de herencia del cónyuge cristiano.
- También es muy importante que dialoguen acerca de si, en caso ne-

cesario, el cónyuge cristiano podrá obtener la custodia de los hijos.

- Incluso se les puede sugerir la consulta a un experto que les ayude a garantizar jurídicamente la tutela del cónyuge más débil, en el caso de que la legislación común no lo contemple ordinariamente.

28. Antes de la celebración del matrimonio canónico, los contrayentes católico y musulmán han de prepararse mediante un cursillo adecuado, en el que no han de faltar las informaciones sobre la igual dignidad del varón y la mujer, la estabilidad del matrimonio, los derechos humanos y el ejercicio de la libertad religiosa. Es muy importante que no falte la información sobre el derecho musulmán, y particularmente el del propio país. El cursillo preparatorio debe ofrecerlo o procurarlo la parroquia de residencia del contrayente católico. De esta forma los novios valorarán positivamente el esfuerzo que la Iglesia católica hace para no omitir esta necesaria preparación.

29. Con el fin de lograr una progresiva preparación y no precipitar indebidamente el matrimonio canónico, los contrayentes católico y musulmán pueden formalizar su compromiso mediante el matrimonio civil, que algunas Conferencias Episcopales toleran como praxis pastoral³⁷, haciéndoles saber que están obligados posteriormente a la forma canónica del matrimonio. Habrán de presentar la documenta-

ción preceptuada por el Código civil español³⁸. Con este compromiso civil se pretende evitar los posibles casos de matrimonio de prueba o, conforme a algunas tradiciones musulmanas aludidas, el llamado matrimonio de placer, así como la utilización del matrimonio para la adquisición de la nacionalidad española o la legalidad laboral.

30. La preparación al matrimonio canónico requiere expediente previo³⁹. Debe aportarse toda la documentación civil de ambos contrayentes, así como la documentación eclesíastica del contrayente católico. Si algún documento hubiera de solicitarse del país de origen del contrayente no español, deberá ser acompañado con la traducción al español debidamente autenticada.

31. El matrimonio canónico entre contrayentes católico y musulmán está afectado por el impedimento de disparidad de cultos⁴⁰, por lo que es inválido si no se obtiene la preceptiva dispensa del Ordinario del lugar. Los contrayentes deben comprender que un impedimento quiere indicar una dificultad objetiva sobre su proyectado matrimonio, y que dependerá del compromiso de ambos. La dispensa del impedimento ha de solicitarla el contrayente católico a su Ordinario de lugar, y su concesión se hace depender del cumplimiento de determinadas condiciones que el Derecho canónico exige al matrimonio mixto⁴¹, y que extiende con mayor motivo al matrimonio dispar⁴². Se trata de tres condiciones simultáneas:

1.^a Una declaración del contrayente católico (estar dispuesto a evitar la pérdida de la fe y hacer todo lo posible por bautizar y educar a los hijos en la Iglesia católica).

2.^a Una información que el contrayente católico ha de hacer al contrayente musulmán sobre las dos promesas anteriores.

3.^a Una instrucción sobre los fines y propiedades esenciales del matrimonio que ninguno de los dos puede excluir.

32. Las declaraciones y promesas no deben enunciarse de forma genérica, sino especificarse por escrito: el respeto a la práctica del culto católico de acuerdo con el derecho fundamental a la libertad religiosa; la decisión del bautismo y educación católica de los hijos; así como la exclusión de la poligamia, el matrimonio de placer⁴³, el repudio o el divorcio. Conviene que estas declaraciones y promesas tengan valor incluso legal ante las dificultades adversas que puedan surgir en la vida matrimonial.

II. Celebración

33. Teniendo en cuenta las diversas e incluso divergentes ópticas que sobre el matrimonio ofrecen el cristianismo y el islam, de acuerdo con el Evangelio y el Corán, es lógico que la celebración del matrimonio difiera de la que se emplea cuando ambos contrayentes son

católicos, e incluso de la que se emplea cuando un contrayente es cristiano no católico. En este último caso ambos contrayentes son cristianos, y existe entre ellos una comunión eclesial plena si ambos son católicos; o gradualmente diversa, si uno de ellos es católico y el otro no. En el caso de que uno de los contrayentes sea musulmán, no sucede lo mismo y, por tanto, no se trata de una celebración discriminatoria sino consecuente con la fe cristiana y respetuosa con el derecho a la libertad religiosa que merece toda persona.

34. La observancia de la forma canónica de la celebración del matrimonio entre católicos y musulmanes es condición necesaria para su validez. Dicha forma requiere el consentimiento matrimonial manifestado de forma pública y libre ante el ministro competente de la Iglesia católica y dos testigos, sean o no católicos. «Si hay graves dificultades para observar la forma canónica, el Ordinario del lugar de la parte católica tiene derecho a dispensar de ella en cada caso, pero consultando al Ordinario del lugar en que se celebra el matrimonio y permaneciendo para la validez la exigencia de alguna forma pública de celebración; compete a la Conferencia Episcopal establecer normas para que dicha dispensa se conceda con unidad de criterio»⁴⁴. Una vez concedida la dispensa de la forma canónica, el matrimonio entre contrayentes católico y musulmán es consiguientemente canónico, porque se ha celebrado conforme al derecho de la Iglesia católica; de no

mediar dicha dispensa, sería un matrimonio no canónico y no reconocido por la Iglesia católica.

35. Cuando el matrimonio se contraiga con la forma canónica se celebrará de acuerdo con el Ritual del Matrimonio, que contiene la «Celebración del Matrimonio entre parte católica y parte catecúmena o no cristiana». No está prevista la celebración de la Eucaristía ni su administración, puesto que se trata de un sacramento cristiano que supone el bautismo. Tampoco el contrayente católico, por respeto a la parte musulmana, puede recibir la Eucaristía en la celebración matrimonial, ni es oportuno hacer uso del presbiterio y menos aún del altar. El matrimonio entre una parte católica y otra no bautizada podrá celebrarse en una iglesia o en otro lugar conveniente⁴⁵.

36. En la celebración entre cónyuges católico y musulmán la proclamación de la Palabra de Dios orienta la reflexión del ministro católico y precede al consentimiento y bendición matrimoniales. No está permitido en una celebración católica la lectura del Corán, ni puede un lector católico leer textos coránicos ni un lector musulmán leer textos bíblicos o evangélicos. Podría, sin embargo, permitirse la intervención de un dirigente musulmán o de otra persona musulmana al final de la celebración, a juicio del Ordinario del lugar.

37. El derecho de la Iglesia católica prohíbe que antes o después de la

celebración canónica se realice otra celebración religiosa del matrimonio, o que se repita el consentimiento matrimonial, o que presidan la ceremonia el ministro católico y el dirigente musulmán conjuntamente⁴⁶. La confusión derivada de esta forma de proceder podría afectar a la validez del consentimiento al no saber ante quién se emite, se ofenderían los sentimientos religiosos de los participantes, y atentaría contra la libertad religiosa que merecen tanto la comunidad católica como la musulmana. Pero no está prohibida al cónyuge católico su participación en la «fiesta del matrimonio» propia de las culturas musulmanas, siempre que no se den en ella hechos o manifestaciones contrarios a la fe católica.

38. El matrimonio celebrado conforme a la forma canónica será registrado en el libro de matrimonios de la parte católica. De este registro, se pasará nota marginal al libro de bautismos correspondiente⁴⁷. Asimismo se inscribirá la eventual dispensa de la forma canónica⁴⁸. De acuerdo con la normativa civil española, se notificará la celebración del matrimonio al Registro civil⁴⁹.

III. Acompañamiento pastoral

39. El apoyo pastoral que la Iglesia ofrece a este tipo de matrimonios no puede limitarse a los momentos previos de la acogida, el discernimiento, preparación y celebración, sino que debe tener, en cuanto sea posible, una

continuidad a lo largo del desarrollo de la vida matrimonial y familiar. Es muy importante que los responsables de la cura pastoral se preocupen de estar informados acerca de la libertad del cónyuge católico para practicar su religión y tomar parte en la vida de la comunidad católica. El Derecho de la Iglesia católica establece lo siguiente: «Los Ordinarios del lugar y los demás pastores de almas deben cuidar que no falte al cónyuge católico y a los hijos nacidos del matrimonio la asistencia espiritual para cumplir sus obligaciones, y han de ayudar a los cónyuges a fomentar la unidad de su vida conyugal y familiar»⁵⁰. Asimismo, los párrocos y responsables deben procurar en lo posible realizar la visita pastoral a los domicilios de estas familias y seguir el proceso de la educación religiosa de los hijos y la posibilidad de que estos recibieran los sacramentos.

40. Si el matrimonio se establece en país europeo, el derecho occidental de raíces cristianas ofrece un ámbito de clarificación para el desarrollo de las distintas opciones tomadas por los cónyuges. Si deciden instalarse en un país mayoritariamente musulmán, la parte católica puede comenzar a experimentar diferentes dificultades en relación con el desarrollo cotidiano de la vida conyugal, la educación de los hijos, el ejercicio de la autoridad sobre los mismos, así como la normativa del derecho musulmán en la resolución de conflictos, o la aceptación social y codificación jurídica del matrimonio polígamo

como posibilidad para el esposo musulmán. De ahí, como ya se ha indicado, el papel importante que pueden desempeñar las comunidades católicas minoritarias en estos países, que deben estar informadas de la presencia de estos matrimonios en su ámbito pastoral.

41. En la educación de los hijos de estos matrimonios merece particular atención el respeto a la religión de ambos cónyuges, acentuando aquellos valores comunes, así como el sentido trascendente de la vida y su dimensión espiritual. Se han de inculcar la práctica de la oración como necesario diálogo de la criatura al Creador, la caridad y preocupación por los más necesitados, el fomento de la convivencia familiar y su apertura a la vida social. Asimismo, los padres han de conceder ante sus hijos la importancia moral de la fidelidad y el respeto a la propia conciencia religiosa de cada uno de ellos. No deben olvidar los padres ayudar a sus hijos a discernir y valorar las diferencias confesionales que los separan y el distinto código moral que inspira la conducta de cristianos y musulmanes, dando la importancia requerida a aquello en lo que coinciden; en especial, lo que se refiere a la dignidad de la persona humana, del varón y la mujer, el derecho a la libertad de conciencia y especialmente religiosa. Se ha de evitar en cualquier caso el peligro de un cierto indiferentismo o relativismo religioso, que no deja de ser una sombra que puede cernirse sobre estas familias con ánimo de eliminar tensiones familiares.

42. Los matrimonios dispares, que habrán de verificar el cumplimiento de las obligaciones que posibilitaron su unión, nos pueden enseñar que es posible la convivencia sin ahogar ninguna personalidad y serán una ocasión práctica para el ejercicio de un verdadero diálogo interreligioso. La parte católica no olvidará su vinculación cristiana mediante la oración, la lectura de la Biblia, el estudio del Catecismo de la Iglesia Católica, y de aquellos documentos referidos a la persona humana, a la familia y a la sociedad⁵¹.

43. Teniendo en cuenta que el diálogo interreligioso promueve la verdad y la sinceridad entre los creyentes de distintas religiones⁵², en el curso de su ejercicio habría que propiciar el acercamiento y profundización a importantes temas que afectan a católicos y musulmanes: la dignidad de la persona humana, la igualdad de la mujer, el proceso hacia una sociedad más justa y participativa, el desarrollo y aplicación práctica de los derechos humanos, el ejercicio de la libertad religiosa, la erradicación de la violencia y la contribución a la paz del mundo, así como otras cuestiones de carácter moral. El conocimiento de la religión del otro cónyuge es conveniente que se haga partiendo de los textos sagrados, lo que puede convertirse en una ocasión de mutuo enriquecimiento espiritual, evitando los riesgos de deslizar hacia el indiferentismo religioso.

44. Las dificultades que lleva consigo el matrimonio constituido por contra-

yentes católico y musulmán ya fueron advertidas por ambos cónyuges cuando fueron madurando su proyecto. Para mantener y consolidar la estabilidad matrimonial son medios muy oportunos la reflexión y el diálogo sobre los compromisos matrimoniales. A este objeto, puede ser útil, cuando el caso lo requiera, la mediación de alguna persona experta y sabia, aceptada por ambos esposos, que pueda ofrecerles su experiencia, comprensión y apoyo en los momentos más delicados.

45. El recurso a los tribunales civiles en caso de conflicto es legítimo, cuando los derechos de un cónyuge o los de los hijos fueren negados. En algunos países de mayoría musulmana, en muchas de las cuestiones referidas al matrimonio, la familia, los hijos y la herencia, se aplica el derecho musulmán de modo estricto. En tales casos, el recurso de la parte católica puede interponerse ante un tribunal civil si fuere preciso.

46. El recurso a los tribunales de la Iglesia católica sólo es legítimo cuando hay dudas fundadas acerca del consentimiento matrimonial, así como de sus posibles vicios o defectos en el momento de la celebración. Por ello, «cualquier persona, esté o no bautizada, puede demandar en juicio»⁵³. Es indiferente que la parte actora sea católica o musulmana.

47. La petición del bautismo en la Iglesia católica por parte del cónyuge musulmán es un asunto que requiere

especial prudencia y preparación, teniendo en cuenta tanto la creencia musulmana como las posibles consecuencias que se puedan derivar⁵⁴. La decisión ha de ser tomada en conciencia, y debe estar apoyada por el cónyuge católico e incluso por los hijos. Debe diferirse el bautismo si se prevén graves inconvenientes para los miembros de la familia o para la Iglesia católica.

48. Para concluir, los católicos han de tener en cuenta que han de estar dispuestos a llevar a cabo una correcta relación con personas de religión musulmana. Esta disposición ha de contar con ideas claras y con confianza en el designio universal de salvación de Dios para con toda la humanidad⁵⁵. A ello han querido contribuir las presentes Orientaciones, dirigidas a los responsables de la pastoral de aquellos fieles católicos que expresan su deseo e intención de contraer matrimonio con personas de confesión musulmana.

Madrid, 28 de noviembre de 2008

Apéndices

1. La *shahâda* o profesión de fe musulmana

1. Cuando un varón católico tiene intención de casarse con una mujer musulmana hay que tener en cuenta que este caso está expresamente prohibido por la ley islámica, la cual sólo permite el matrimonio de un varón musulmán con una mujer judía o

cristiana⁵⁶. Una mujer musulmana no puede casarse con un politeísta⁵⁷ ni con un no creyente⁵⁸: a los efectos jurídicos del matrimonio los cristianos son considerados en estas categorías.

2. Puede ocurrir, al plantearse de hecho un matrimonio de estas características, que la embajada o consulado del país de origen de la mujer musulmana no tramite los documentos que conceden efectos civiles al matrimonio hasta que no tenga constancia de que el cónyuge católico haya pronunciado la «*shahâda*» o profesión de fe musulmana. Esta documentación no la solicita la mujer que aspira al matrimonio sino normalmente el padre o un tutor legal (*walî*); en algunos países se acepta la solicitud de la madre o un pariente musulmán mayor de edad.

3. Para superar esta dificultad, el cónyuge católico podría verse requerido a firmar un documento testimoniando haber pronunciado dicha profesión de fe musulmana, creyendo que está cumplimentando un mero trámite burocrático. Se debe advertir que en tal caso se trata de un acto de apostasía de la fe católica y de verdadera adhesión a la religión musulmana.

4. *Shahâda* significa «testimonio» y consiste en una fórmula de las conocidas en fenomenología de la religión como «confesiones de fe»: «*Lâ ilâha illâ Allâh wa Muhammad rasûl Allâh*» («No hay dios sino Dios, y Mahoma es el enviado de Dios»). Pronunciada

en árabe o firmada simplemente ante dos testigos musulmanes es suficiente para probar la conversión a la religión musulmana, así como de aceptación de los deberes y derechos en el interior de la comunidad musulmana (umma).

5. Los párrocos o sacerdotes especialmente encargados de la cura pastoral de matrimonios de este tipo deben informar al contrayente católico el significado real de la *shahâda*, poniendo especial énfasis en que no se trata de un mero trámite burocrático, sino de un abandono formal de la fe católica⁵⁹. Por ello, la persona católica que hubiere realizado tal acto de profesión, está obligada a retractarse de ella formalmente antes del matrimonio; en caso de rehusar la retractación, tras haber sido advertida de las graves consecuencias de la apostasía, debe ser orientada hacia un matrimonio civil. El Ordinario del lugar debe ser informado de tales casos si se dieran y tomar la última decisión al respecto.

6. Para evitar, en la medida de lo posible, las consecuencias negativas en el orden de la fe para el cónyuge católico, el Ordinario del lugar podría evaluar la posibilidad de recurrir a un previo matrimonio civil, previendo que quizás de este modo no se pongan obstáculos por parte de las embajadas y consulados para emitir la documentación de la mujer. Posteriormente se podría pensar en una celebración canónica. De celebrarse el matrimonio acogiéndose a la legislación civil vigente, sin el consenso de la representación diplomática co-

rrespondiente, el matrimonio tendría validez solamente en España y en aquellos países con los que exista acuerdo al respecto. De trasladarse la pareja al país de origen de la mujer, en muchos casos deberá afrontar delicados problemas tanto ante la familia de ella como ante las autoridades del país.

2. Declaraciones de ambos cónyuges⁶⁰

Declaración de intención del cónyuge musulmán

En el momento en que yo N., ante Dios, me comprometo tomando como esposo/a a N., declaro que soy musulmán/musulmana.

Dios me ha conducido hacia él/ella y con él/ella deseo construir una comunidad de vida y amor fundando una familia.

Para mí, fidelidad significa que, durante toda nuestra vida, nos deberemos el uno al otro en el amor, por lo que renunciaremos a toda relación fuera del matrimonio.

Para mí, casarme con N., cristiano/a, significa que deseo compartir con él/ella el compromiso de no quebrantar nuestro matrimonio por motivo alguno. Y que sólo la muerte podrá romper este vínculo.

Informado/a de las obligaciones de mi esposo/a referentes a las exigencias

del matrimonio para los cristianos, me comprometo a respetar su fe y su práctica religiosa.

Acepto tener hijos y compartir con N. la preocupación por su educación religiosa y humana. Les enseñaré a respetar los valores cristianos. Y respetaré sus decisiones cuando sean capaces de tomarlas libremente y con plena conciencia.

Fecha y firma

Declaración de intención del cónyuge católico

En el día de mi matrimonio, comprometiéndome con Dios en presencia de la Iglesia, deseo, con plena libertad, crear con N. una verdadera comunidad de vida y amor, tal como la entiende la Iglesia católica en fidelidad a Jesucristo.

Deseo mediante este compromiso recíproco establecer entre nosotros un vínculo sagrado que nada, durante nuestra vida, podrá quebrantar.

Me comprometo a hacer todo lo posible para que nuestro amor crezca en una fidelidad total y exclusiva, y a ser para mi esposo/a una ayuda verdadera.

Acepto los hijos que puedan nacer de nuestra unión.

Estoy decidido/a a permanecer fiel a mi bautismo en la Iglesia católica y a esforzarme por dar testimonio de mi fe en mi vida diaria; me comprometo, en cuanto de mí dependa, a hacer cuanto me sea posible para que mis hijos reciban la fe católica. Les enseñaré asimismo el respeto hacia los valores de la religión musulmana.

Respetaré la libertad de conciencia de mi futuro/a esposo/a.

Tengo confianza en que Dios bendecirá nuestra unión y que, con su ayuda, esta será para nuestros hijos, familias y amigos un lugar de mutua comprensión entre católicos y musulmanes.

Fecha y firma

NOTAS:

- 1 En 2005 se celebraron en España 27 matrimonios canónicos con cónyuge musulmán, de los que 7 eran mujeres. Hay que tener en cuenta que en España son posibles dos formas de matrimonio no canónico: el contraído en forma civil (cf. *Código Civil*, arts. 49 y 51), y el contraído en forma musulmana (cf. *Acuerdo de cooperación entre el Estado Español con la Comisión Islámica de España*, de 10 de noviembre de 1992. art. 7)
- 2 Cf. PONTIFICIO CONSEJO PARA EMIGRANTES E ITINERANTES, Instrucción pastoral *Erga migrantes* (3-5-2004) n. 67, en AAS 96 (2004) 762-822.
- 3 Gn 2, 24.
- 4 Gn 1, 27.

- 5 Mt 19, 4-5
- 6 Gn 2, 23.
- 7 Cf. Os 2, 19; Is 54, 4ss; Ez 16, 7s
- 8 *Código de Derecho Canónico* (CIC) 1055.1 y 1056; *Código de los Cánones de las Iglesias Orientales* (CCEO) 776.1 y 3.
- 9 Cf. CIC 1135; CCEO 777.
- 10 Cf. *Corán* 4, 1; 39, 6; 53, 45. Las citas se hacen según la versión de J. CORTÉS, *El Corán* (Herder, Barcelona 1995) que sigue la numeración de la llamada edición «Vulgata de El Cairo» de 1923. En adelante, el Corán se citará «C».
- 11 Cf. C 33, 35.
- 12 Cf. C 40, 40. 13 Cf. C 33, 58.
- 13 Cf. 33, 58
- 14 Cf. C 17, 24-29; 29, 8; 31, 14.
- 15 Cf. C 24, 8.
- 16 Cf. C 2, 228.
- 17 Cf. C 4, 24.
- 18 Cf. C 2, 223.
- 19 Cf. C 4,3.
- 20 Cf. 2, 226-242; 4, 4. 128-129
- 21 Cf. 16, 72.
- 22 Cf. C 4, 12. 176.
- 23 Cf. C 4, 34.
- 24 Cf. por ejemplo: IBN ABÎ ZAYD AL-QAYRAWÂNÎ, *Risâla fi-l-Fiqh (Compendio de Derecho Islámico)*, cap. 32.
- 25 C 4, 24 refiere la retribución debida a la mujer desposada en matrimonio temporal de placer (mut'a) que prohibió el derecho sunní pero lo sigue permitiendo el shí'í. C 5, 5 se ocupa de la dote. Las referencias más concretas y directas se encuentran en C 2, 229230.236-237, ubicadas en el contexto del repudio por parte del varón. Establecen la posibilidad de que la mujer o su representante devuelvan toda o parte de la dote en caso de repudio o como modo de adquirir la mujer su libertad. Esta separación de iniciativa de la mujer -jul'- debe ser pedida por el padre de ella según el derecho shâfi'i, los otros códigos lo niegan, pero la mujer puede pedir al marido que la repudie compensándola con la dote o más. Los códigos de derecho suelen establecer que la mujer repudiada «antes de ser gozada» pueda retener la mitad de la dote, excepto si renuncia a ella y no es virgen; en caso de serlo la capacidad de renunciar corresponde al padre, tutor o amo en caso de ser esclava. C 4, 4 también establece la dote, pero aconseja al esposo disfrutar de una parte si la esposa renuncia a ella «gustosamente». C 4, 25 establece la dote para las esclavas tomadas en matrimonio con permiso del amo. En todo caso, los códigos de derecho establecen que sin dote (sadâq) no hay matrimonio.
- 26 Cf. C 2, 229.
- 27 Cf. C 4, 3. El número de nueve esposas con que contaba Mahoma en sus últimos años es considerado por el texto coránico un privilegio concedido por Dios, según C 33, 50: «Es un privilegio tuyo, no de los otros creyentes».

- 28 Cf. C 4, 129.
- 29 Cf. C 17, 23-24.
- 30 Cf. C 24, 2.
- 31 Cf. C 4, 15.
- 32 Cf. C 30, 21. El contenido del texto es más amplio, pues antes de hablar del afecto y la bondad que Dios suscita entre los esposos, se expresa así: «Y entre sus signos está el haberos creado esposas nacidas entre vosotros, para que os sirvan de quietud».
- 33 Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Lumen gentium* sobre la Iglesia, 16; Declaración *Nostra aetate* sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas, 3.
- 34 Cf. JUAN PABLO II, Exhortación apostólica postsinodal *Ecclesia in Asia* (6-11-1999), 27, en AAS 92 (2000) 449-528.
- 35 Cf. CONCILIO VATICANO II, Declaración *Nostra aetate* sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas, 2b.
- 36 Cf. PONTIFICIO CONSEJO PARA LA PROMOCIÓN DE LA UNIDAD DE LOS CRISTIANOS, «Directorio para la aplicación de los principios y normas sobre el ecumenismo» (25-3-1993), n. 144, en AAS 85 (1993) 1039-1119; PONTIFICIO CONSEJO PARA EMIGRANTES E ITINERANTES, Instrucción pastoral *Erga migrantes*, n. 63.
- 37 Cf. CONFERENCIA EPISCOPAL ITALIANA, *I matrimoni tra cattolici e musulmani in Italia* (9-4-2005) n. 21; SECRETARIADO PARA LAS RELACIONES CON EL ISLAM. CONFERENCIA EPISCOPAL FRANCESA, *Les mariages islamo-chrétiens* (mayo 2004), ficha 1, n. 5.
- 38 «Quienes desean contraer matrimonio acreditarán previamente, en expediente tramitado conforme a la legislación del Registro Civil, que reúnen los requisitos de capacidad establecidos en este Código»: *Código Civil español*, art. 56. La Dirección General del Registro y del Notariado ha publicado un modelo de expediente, en el que se harán constar los datos extraídos de la certificación de nacimiento, empadronamiento y nacionalidad.
- 39 Cf. CIC 1066-1067; CCEO 784.
- 40 Cf. CIC 1086; CCEO 803.1.
- 41 Cf. CIC 1125; CCEO 814.
- 42 Cf. CIC 1086.2.
- 43 El llamado matrimonio temporal de placer, contemplado en la tradición musulmana *chífta*, no puede ser considerado verdadero matrimonio para la Iglesia católica, porque los fines y propiedades esenciales del matrimonio no pueden ser excluidos por ninguno de los dos contrayentes (CIC 1125,3º; CCEO 814,3º).
- 44 CIC 1127.2; el CCEO (c.835) menciona que «la dispensa de la forma de celebración del matrimonio establecida por el derecho se reserva a la Sede Apostólica o al Patriarca, que no la concederán si no es por causa gravísima».
- 45 Cf. CIC 1118.3.
- 46 Cf. CIC 1127.3; CCEO 839.
- 47 Cf. CIC 1121.1 y 1122.1-2.
- 48 Cf. CIC 1121.3; CCEO 841.1.
- 49 Cf. Código Civil, arts. 60 y 63.
- 50 Cf. CIC 1128; CCEO 816.

- 51 Cf. *Carta de los derechos de la familia* (22 de octubre de 1983); PONTIFICIO CONSEJO «JUSTICIA Y PAZ», *Compendio de Doctrina Social de la Iglesia* (2 de abril de 2004).
- 52 Cf. PONTIFICIO CONSEJO PARA EL DIÁLOGO INTERRELIGIOSO Y CONGREGACIÓN PARA LA EVANGELIZACIÓN DE LOS PUEBLOS, *Instrucción Diálogo y anuncio* (19-3-1991), en AAS 84 (1992) 414-446; CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Declaración *Dominus Iesus* sobre la unicidad y la universalidad salvífica de Jesucristo y de la Iglesia (6-8-2000), nn. 2 y 22, en AAS 92 (2000) 742-765.
- 53 CIC 1476; CCEO 1134
- 54 Cf. Instrucción *Erga migrantes*, n. 68.
- 55 Cf. JUAN PABLO II, Exhortación apostólica postsinodal *Ecclesia in Europa* (28-6-2003) n. 57, en AAS 95 (2003) 649-719.
- 56 C 5, 5: «Y a las mujeres creyentes y honestas y las honestas del pueblo que, antes que vosotros, había recibido la Escritura (kitáb), si les dais la dote tomándolas en matrimonio, no fornicando ni tomándolas como amantes».
- 57 C 2, 221: «No caséis con asociadores (musrikún) hasta que estos crean».
- 58 C 60, 10: «Si de verdad comprobáis que son creyentes, no las devolváis a los infieles: ni ellas son lícitas para ellos ni ellos lo son para ellas».
- 59 «Si se presenta el caso de transcripción del matrimonio en el consulado del estado de origen islámico, la parte católica tendrá que abstenerse de pronunciar o firmar documentos que contengan la shahada (profesión de creencia musulmana)»: Instrucción *Erga migrantes*, n. 68.
- 60 Textos extraídos de: SECRETARIADO PARA LAS RELACIONES CON EL ISLAM. CONFERENCIA EPISCOPAL FRANCESA, *Les Mariages Islamo-Chrétiens*. Dossier para la acogida de las parejas islamo-cristianas que solicitan el matrimonio por la Iglesia católica, 4.ª edición (mayo de 2004).



IGLESIA UNIVERSAL

IGLESIA UNIVERSAL

SANTO PADRE, BENEDICTO XVI

REGINA CAELI

Domingo 26 de abril de 2009

Queridos hermanos y hermanas:

Mientras estamos a punto de concluir esta solemne celebración, deseo dirigiros un saludo cordial a todos vosotros, que habéis querido venir personalmente a rendir homenaje a los nuevos santos. Expreso ante todo mi agradecimiento a la delegación del Gobierno italiano y a las demás autoridades civiles, en particular a los alcaldes y a los prefectos de las ciudades de los cuatro paisanos suyos elevados hoy al honor de los altares.

Saludo a la delegación de la Orden de Malta. Con gran afecto doy las gracias a los numerosos peregrinos provenientes de muchas partes de Italia. Deseo que esta peregrinación, vivida en el signo de la santidad y confirmada por la gracia del Año paulino, ayude a cada uno a “correr” con más alegría y más impulso hacia “la meta” final, hacia “el premio que Dios nos llama a recibir en el cielo en Cristo Jesús” (cf. *Flp* 3, 13-14).

En este contexto, me complace mencionar también la Jornada de la Universidad católica del Sagrado Corazón, que se celebra hoy. A cincuenta

años de la muerte de su fundador, el padre Agostino Gemelli, deseo que la Universidad católica sea siempre fiel a sus principios inspiradores para seguir ofreciendo una buena formación a las generaciones jóvenes.

Dirijo mi saludo con gratitud y afecto a la delegación oficial de Portugal y a los obispos que han venido para la canonización de fray Nuno de Santa María, al igual que a todos sus compatriotas, que conservan en el corazón el testimonio del “santo condestable”: así lo llamaban ya los pobres de su tiempo, viendo el sentido de compasión y el desapego de quien dio sus bienes a los más necesitados. De este modo, nos dejó una noble lección de renuncia y generosidad, sin las cuales sería imposible llegar a la igualdad fraterna característica de una sociedad moderna, que reconoce y trata a todos como miembros de una misma y única familia humana. Saludo en particular a los carmelitas, de los que un día se prendió la mirada y el corazón de este militar creyente, que vio en ellos el hábito de la santísima Virgen, que después él mismo vistió. A la vez que deseo la abundancia de los dones del cielo a todos los peregrinos y devotos de san Nuno, les dirijo esta exhortación: “Considerando el final de su vida, imitad su fe” (*Hb* 13, 7).

Saludo a los peregrinos de lengua inglesa presentes hoy aquí, en particular a los que han venido a Roma para asistir a la canonización de los nuevos santos. Que por su intercesión todos os llenéis de la alegría en el Señor resucitado, y con valentía deis testimonio de él en vuestra vida. Invoco abundantes bendiciones divinas sobre vosotros, sobre vuestras familias y vuestros seres queridos.

Me alegra saludar a los peregrinos de lengua francesa. La Resurrección del Señor ha llenado de luz nuestro corazón. Que el ejemplo de los nuevos santos canonizados hoy nos impulse a no tener miedo de ir a nuestros hermanos y hermanas para transmitir la Palabra de vida en el mundo entero. Que estos santos sean, juntamente con la Virgen María, guías y apoyos en vuestra vida diaria. A ejemplo de los discípulos de Emaús, sed testigos de Cristo resucitado. Que Dios os bendiga.

Dirijo un afectuoso saludo a los peregrinos de lengua alemana. Los nuevos santos nos ayudan en la consideración de la obra salvífica de Cristo: Nuno Álvares Pereira nos muestra al Niño divino en brazos de la Virgen, su madre; Arcángel Tadini nos lleva a la Sagrada Familia de Nazaret; Bernardo Tolomei nos recuerda el acontecimiento del monte de los Olivos; Gertrudis Comensoli contempla el misterio de la Eucaristía; Catalina Volpicelli nos señala el Sagrado Co-

razón de Jesús, en el que se puede ver el amor infinito de Dios. Estos santos nos quieren acercar a Dios y también al hombre. Que el Señor os bendiga y os acompañe a lo largo de vuestro camino.

Saludo con afecto a los fieles de lengua española presentes en esta celebración. Que Cristo, buen Pastor, afiance en nosotros la alegría por haber recobrado, a través de su resurrección, nuestra adopción filial y nos llene de esperanza en nuestro caminar hacia la vida eterna. Confiamos esta intención a la protección maternal de la santísima Virgen María y a la intercesión de los cinco nuevos santos, que hoy he propuesto a la veneración de la Iglesia universal. ¡Feliz Pascua y feliz domingo!

Saludo cordialmente a los polacos. Bajo el patrocinio de la Obra bíblica dedicada a Juan Pablo II, la Iglesia en Polonia celebra hoy por primera vez el Domingo y la Semana bíblica. Bendigo de corazón a todos los que profundizan en la Palabra de Dios. Por intercesión de los nuevos santos, imploro para todos el don de la sabiduría divina. Os deseo un feliz domingo y abundantes frutos de esta Semana especial.

A la Virgen María, que guardó plenamente la Palabra de Dios, hasta el punto de que su amor fue perfecto en ella (cf. *1 Jn* 2, 5), elevemos ahora nuestra plegaria filial. *Regina caeli...*

Domingo 3 de mayo de 2009*Queridos hermanos y hermanas:*

Llego con retraso porque acaba de concluir, en la basílica de San Pedro, la celebración eucarística durante la cual he consagrado a diecinueve nuevos sacerdotes de la diócesis de Roma. Nos alegramos de ello. Para este feliz acontecimiento he elegido una vez más este domingo, el cuarto de Pascua, pues se caracteriza por el evangelio del buen Pastor (cf. *Jn* 10, 1-18) y por eso ofrece un marco particularmente adecuado.

Por este mismo motivo, se celebra hoy la Jornada mundial de oración por las vocaciones. En mi Mensaje anual para esta circunstancia, invité a reflexionar sobre el tema: “La confianza en la iniciativa de Dios y la respuesta humana”. En efecto, la confianza en el Señor, que llama continuamente a todos a la santidad, y a algunos en particular a una consagración especial, se expresa precisamente en la oración. Tanto personalmente como en comunidad, debemos rezar mucho por las vocaciones, para que la grandeza y la belleza del amor de Dios impulsen a muchos a seguir a Cristo por el camino del sacerdocio y de la vida consagrada.

Asimismo, es necesario rezar para que haya también numerosos esposos santos, capaces de indicar a sus hijos, sobre todo con el ejemplo, los horizontes elevados a los cuales tender con su libertad. Los santos y las santas que la

Iglesia propone a la veneración de todos los fieles testimonian el fruto maduro de este encuentro entre la llamada divina y la respuesta humana. Encomendemos a su intercesión celestial nuestra oración por las vocaciones.

Hay otra intención por la cual hoy os invito a rezar: el viaje que realizaré a Tierra Santa, si Dios quiere, del próximo viernes 8 de mayo al viernes 15. Siguiendo los pasos de mis venerados predecesores, Pablo VI y Juan Pablo II, peregrinaré a los principales santos lugares de nuestra fe. Con mi visita me propongo confirmar y animar a los cristianos de Tierra Santa, que deben afrontar diariamente muchas dificultades. Como Sucesor del apóstol san Pedro, les haré sentir mi cercanía y el apoyo de todo el cuerpo de la Iglesia.

Además, seré peregrino de paz, en nombre del único Dios, que es Padre de todos. Testimoniaré el compromiso de la Iglesia católica en favor de cuantos se esfuerzan por practicar el diálogo y la reconciliación, para llegar a una paz estable y duradera en la justicia y el respeto recíproco. Por último, este viaje no podrá menos de tener una notable importancia ecuménica e interreligiosa. Desde este punto de vista, Jerusalén es la ciudad símbolo por excelencia: en ella murió Cristo para reunir a todos los hijos de Dios dispersos (cf. *Jn* 11, 52).

Dirigiéndonos ahora a la Virgen María, invoquémosla como Madre del buen Pastor para que vele sobre los nue-

vos presbíteros de la diócesis de Roma y para que en todo el mundo florezcan numerosas y santas vocaciones de especial consagración al reino de Dios.

A todos deseo un feliz domingo y un mes de mayo en compañía espiritual de María santísima.

Domingo 17 de mayo de 2009

Queridos hermanos y hermanas:

Antes de ayer volví de Tierra Santa. Tengo la intención de hablaros más ampliamente de esta peregrinación el miércoles próximo, durante la audiencia general. Ahora, quiero sobre todo dar gracias al Señor, que me concedió realizar este viaje apostólico tan importante. También doy las gracias a todos los que prestaron su colaboración: al patriarca latino y a los pastores de la Iglesia en Jordania, en Israel y en los Territorios palestinos, a los franciscanos de la Custodia de Tierra Santa, a las autoridades civiles de Jordania, de Israel y de los Territorios palestinos, a los organizadores y a las fuerzas del orden. Doy las gracias a los sacerdotes, a los religiosos y a los fieles que me acogieron con tanto afecto y a todos los que me acompañaron y apoyaron con su oración. Gracias a todos desde lo más hondo de mi corazón.

Esta peregrinación a los santos lugares fue también una visita pastoral a

los fieles que viven allí, un servicio a la unidad de los cristianos, al diálogo con los judíos y los musulmanes, y a la construcción de la paz. La Tierra Santa, símbolo del amor de Dios a su pueblo y a toda la humanidad, también es símbolo de la libertad y de la paz que Dios quiere para todos sus hijos. Pero, de hecho, la historia de ayer y de hoy muestra que precisamente esta Tierra se ha convertido también en símbolo de lo contrario, es decir, de divisiones y de conflictos interminables entre hermanos. ¿Cómo es posible esto? Es justo que este interrogante interpele nuestro corazón, aunque sabemos que Dios tiene un designio misterioso sobre esa Tierra, adonde —como escribe san Juan— “envió a su Hijo como víctima de propiciación por nuestros pecados” (1 Jn 4, 10).

La Tierra Santa ha sido llamada un “quinto Evangelio”, porque allí podemos ver, más aún, palpar la realidad de la historia que Dios ha realizado con los hombres. Comenzando por los lugares de la vida de Abraham hasta los lugares de la vida de Jesús, desde la Encarnación hasta el sepulcro vacío, signo de su resurrección. Sí, Dios ha entrado en esta tierra, ha actuado con nosotros en este mundo. Pero aquí podemos decir aún más: la Tierra Santa, por su misma historia, puede considerarse un microcosmos que resume en sí el camino fatigoso de Dios con la humanidad. Un camino que, con el pecado, implica también la cruz; y, con la abundancia del amor divino, también siempre la

alegría del Espíritu Santo, la Resurrección ya iniciada; es un camino entre los valles de nuestro sufrimiento hacia el reino de Dios, reino que no es de este mundo, pero que vive en este mundo y debe penetrarlo con su fuerza de justicia y de paz.

La historia de la salvación comienza con la elección de un hombre, Abraham, y de un pueblo, Israel, pero su intención es la universalidad, la salvación de todos los pueblos. La historia de la salvación está marcada siempre por esta mezcla de particularidad y universalidad. En la primera lectura de hoy vemos bien este nexo: san Pedro, al ver en la casa de Cornelio la fe de los paganos y su deseo de Dios, dice: “Está claro que Dios no hace distinciones: acepta al que lo teme y practica la justicia, sea de la nación que sea” (*Hch* 10, 34-35). El objetivo más profundo de todo diálogo interreligioso es temer a Dios y practicar la justicia, aprender esto y abrir así el mundo al reino de Dios.

No puedo concluir esta oración mariana sin dirigir mi pensamiento a Sri Lanka, para asegurar mi afecto y mi cercanía espiritual a los civiles que se encuentran en la zona de los combates, en el norte del país. Se trata de miles de niños, mujeres y ancianos a los que la guerra ha quitado años de vida y de esperanza. Al respecto, deseo dirigir una vez más una apremiante invitación a los beligerantes para que faciliten su evacuación y, con este fin, uno mi voz a la del Consejo de seguridad de las Naciones Unidas, que hace algunos días pidió garantías para su incolumidad y seguridad.

Asimismo, pido a las instituciones humanitarias, incluidas las católicas, que hagan todo lo posible para salir al paso de las urgentes necesidades alimentarias y médicas de los prófugos. Encomiendo este querido país a la protección materna de la Virgen santa de Madhu, amada y venerada por todos los habitantes de Sri Lanka, y elevo mis oraciones al Señor para que apresure el día de la reconciliación y de la paz.

AUDIENCIAS GENERALES

Miércoles, 6 de mayo de 2009

San Juan Damasceno

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy quiero hablar de san Juan Damasceno, un personaje destacado en

la historia de la teología bizantina, un gran doctor en la historia de la Iglesia universal. Es, sobre todo, un testigo ocular del paso de la cultura griega y siríaca, compartida por la parte oriental del Imperio bizantino, a la cultura del islam, que se abrió espacio con sus

conquistas militares en el territorio reconocido habitualmente como Oriente Medio o Próximo. Juan, nacido en una familia cristiana rica, aún joven asumió el cargo -quizá ocupado también por su padre- de responsable económico del califato. Sin embargo, muy pronto, insatisfecho de la vida de la corte, escogió la vocación monástica, entrando en el monasterio de San Sabas, situado cerca de Jerusalén. Era alrededor del año 700. Sin alejarse nunca del monasterio, se dedicó con todas sus fuerzas a la ascesis y a la actividad literaria, aunque no desdeñó la actividad pastoral, de la que dan testimonio sobre todo sus numerosas *Homilias*. Su memoria litúrgica se celebra el 4 de diciembre. El Papa León XIII lo proclamó doctor de la Iglesia universal en 1890.

En Oriente se recuerdan de él sobre todo los tres *Discursos contra quienes calumnian las imágenes santas*, que fueron condenados, después de su muerte, por el concilio iconoclasta de Hieria (754). Sin embargo, estos discursos fueron también el motivo principal de su rehabilitación y canonización por parte de los Padres ortodoxos convocados al segundo concilio de Nicea (787), séptimo ecuménico. En estos textos se pueden encontrar los primeros intentos teológicos importantes de legitimación de la veneración de las imágenes sagradas, uniéndolas al misterio de la encarnación del Hijo de Dios en el seno de la Virgen María.

San Juan Damasceno fue, además, uno de los primeros en distinguir, en

el culto público y privado de los cristianos, entre la adoración (*latreia*) y la veneración (*proskynesis*): la primera sólo puede dirigirse a Dios, sumamente espiritual; la segunda, en cambio, puede utilizar una imagen para dirigirse a aquél que es representado en esa imagen. Obviamente, el santo no puede en ningún caso ser identificado con la materia de la que está compuesta la imagen. Esta distinción se reveló en seguida muy importante para responder de modo cristiano a aquéllos que pretendían como universal y perenne la observancia de la severa prohibición del Antiguo Testamento de utilizar las imágenes en el culto. Ésta era la gran discusión también en el mundo islámico, que acepta esta tradición judía de la exclusión total de imágenes en el culto. En cambio los cristianos, en este contexto, han discutido sobre el problema y han encontrado la justificación para la veneración de las imágenes.

San Juan Damasceno escribe: “En otros tiempos Dios no había sido representado nunca en una imagen, al ser incorpóreo y no tener rostro. Pero dado que ahora Dios ha sido visto en la carne y ha vivido entre los hombres, yo represento lo que es visible en Dios. Yo no venero la materia, sino al creador de la materia, que se hizo materia por mí y se dignó habitar en la materia y realizar mi salvación a través de la materia. Por ello, nunca cesaré de venerar la materia a través de la cual me ha llegado la salvación. Pero de ningún modo la venero como si fuera Dios. ¿Cómo podría ser

Dios aquello que ha recibido la existencia a partir del no ser? (...) Yo venero y respeto también todo el resto de la materia que me ha procurado la salvación, en cuanto que está llena de energías y de gracias santas. ¿No es materia el madero de la cruz tres veces bendita? (...) ¿Y no son materia la tinta y el libro santísimo de los Evangelios? ¿No es materia el altar salvífico que nos proporciona el pan de vida? (...) Y antes que nada, ¿no son materia la carne y la sangre de mi Señor? O se debe suprimir el carácter sagrado de todo esto, o se debe conceder a la tradición de la Iglesia la veneración de las imágenes de Dios y la de los amigos de Dios que son santificados por el nombre que llevan, y que por esta razón habita en ellos la gracia del Espíritu Santo. Por tanto, no se ofenda a la materia, la cual no es despreciable, porque nada de lo que Dios ha hecho es despreciable” (*Contra imaginum calumniatores*, I, 16, ed. Kotter, pp. 89-90).

Vemos que, a causa de la encarnación, la materia aparece como divinizada, es considerada morada de Dios. Se trata de una nueva visión del mundo y de las realidades materiales. Dios se ha hecho carne y la carne se ha convertido realmente en morada de Dios, cuya gloria resplandece en el rostro humano de Cristo. Por consiguiente, las invitaciones del Doctor oriental siguen siendo de gran actualidad, teniendo en cuenta la grandísima dignidad que la materia recibió en la Encarnación, pues por la fe pudo convertirse en signo y sacramento eficaz del encuentro del hombre con Dios.

Así pues, san Juan Damasceno es testigo privilegiado del culto de las imágenes, que ha sido uno de los aspectos característicos de la teología y de la espiritualidad oriental hasta hoy. Sin embargo, es una forma de culto que pertenece simplemente a la fe cristiana, a la fe en el Dios que se hizo carne y se hizo visible. La doctrina de san Juan Damasceno se inserta así en la tradición de la Iglesia universal, cuya doctrina sacramental prevé que elementos materiales tomados de la naturaleza puedan ser instrumentos de la gracia en virtud de la invocación (*epiclesis*) del Espíritu Santo, acompañada por la confesión de la fe verdadera.

En unión con estas ideas de fondo san Juan Damasceno pone también la veneración de las reliquias de los santos, basándose en la convicción de que los santos cristianos, al haber sido hechos partícipes de la resurrección de Cristo, no pueden ser considerados simplemente “muertos”. Enumerando, por ejemplo, aquellos cuyas reliquias o imágenes son dignas de veneración, san Juan precisa en su tercer discurso en defensa de las imágenes: “Ante todo (veneramos) a aquellos en quienes ha habitado Dios, el único santo, que mora en los santos (cf. *Is 57, 15*), como la santa Madre de Dios y todos los santos. Estos son los que, en la medida de lo posible, se han hecho semejantes a Dios con su voluntad y por la inhabitación y la ayuda de Dios, son llamados realmente dioses (cf. *Sal 82, 6*), no por naturaleza, sino por contingencia,

como el hierro al rojo vivo es llamado fuego, no por naturaleza sino por contingencia y por participación del fuego. De hecho dice: “Seréis santos, porque yo soy santo” (*Lv 19, 2*)” (III, 33, col. 1352A).

Por eso, después de una serie de referencias de este tipo, san Juan Damasceno, podía deducir serenamente: “Dios, que es bueno y superior a toda bondad, no se contentó con la contemplación de sí mismo, sino que quiso que hubiera seres beneficiados por él que pudieran llegar a ser partícipes de su bondad; por ello, creó de la nada todas las cosas, visibles e invisibles, incluido el hombre, realidad visible e invisible. Y lo creó pensándolo y realizándolo como un ser capaz de pensamiento (*ennoema ergon*) enriquecido por la palabra (*logo[i] sympleroumenon*) y orientado hacia el espíritu (*pneumati teleiounenon*)” (II, 2: PG 94, col. 865A). Y para aclarar aún más su pensamiento, añade: “Es necesario asombrarse (*thaumazein*) de todas las obras de la providencia (*tes pronoias erga*), alabarlas todas y aceptarlas todas, superando la tentación de señalar en ellas aspectos que a muchos parecen injustos o inicuos (*adika*); admitiendo, en cambio, que el proyecto de Dios (*pronoia*) va más allá de la capacidad de conocer y comprender (*agnoston kai akatalepton*) del hombre, mientras que, por el contrario, sólo él conoce nuestros pensamientos, nuestras acciones e incluso nuestro futuro” (II, 29: PG 94, col. 964C). Por lo demás, ya Platón decía que toda filosofía comienza con el

asombro: también nuestra fe comienza con el asombro ante la creación, ante la belleza de Dios que se hace visible.

El optimismo de la contemplación natural (*physikè theoria*), de ver en la creación visible lo bueno, lo bello y lo verdadero, este optimismo cristiano no es un optimismo ingenuo: tiene en cuenta la herida infligida a la naturaleza humana por una libertad de elección querida por Dios y utilizada mal por el hombre, con todas las consecuencias de disonancia generalizada que han derivado de ella. De ahí la exigencia, percibida claramente por el teólogo de Damasco, de que la naturaleza en la que se refleja la bondad y la belleza de Dios, heridas por nuestra culpa, “fuese reforzada y renovada” por la venida del Hijo de Dios en la carne, después de que de muchas formas y en diversas ocasiones Dios mismo hubiera intentado demostrar que había creado al hombre no sólo para que tuviera el “ser”, sino también el “bienestar” (cf. *La fede ortodossa*, II, 1: PG 94, col. 981).

Con asombro apasionado, san Juan explica: “Era necesario que la naturaleza fuese reforzada y renovada, y que se indicara y enseñara concretamente el camino de la virtud (*didachthenai aretes hodòn*), que aleja de la corrupción y lleva a la vida eterna. (...) Así apareció en el horizonte de la historia el gran mar del amor de Dios por el hombre (*philanthropias pelagos*)”. Es una hermosa afirmación. Vemos, por una parte, la belleza de la creación; y,

por otra, la destrucción causada por la culpa humana. Pero vemos en el Hijo de Dios, que desciende para renovar la naturaleza, el mar del amor de Dios por el hombre. San Juan Damasceno prosigue: “Él mismo, el Creador y Señor, luchó por su criatura trasmitiéndole con el ejemplo su enseñanza. (...) Así, el Hijo de Dios, aun subsistiendo en la forma de Dios, descendió de los cielos y bajó (...) hasta sus siervos (...), realizando la cosa más nueva de todas, la única cosa verdaderamente nueva bajo el sol, a través de la cual se manifestó de hecho el poder infinito de Dios” (III, 1: PG 94, col. 981C984B).

Podemos imaginar el consuelo y la alegría que difundían en el corazón de los fieles estas palabras llenas de imágenes tan fascinantes. También nosotros las escuchamos hoy, compartiendo los mismos sentimientos de los cristianos de entonces: Dios quiere morar en nosotros, quiere renovar la naturaleza también a través de nuestra conversión, quiere hacernos partícipes de su divinidad. Que el Señor nos ayude a hacer que estas palabras sean sustancia de nuestra vida.

Miércoles, 20 de mayo de 2009

El viaje apostólico a Tierra Santa

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy voy a hablar del viaje apostólico que realicé del 8 al 15 de mayo a Tie-

rra Santa, y por el que no dejo de dar gracias al Señor, pues se ha revelado un gran don para el Sucesor de Pedro y para toda la Iglesia. Deseo expresar de nuevo mi profundo agradecimiento a Su Beatitud el patriarca Fouad Twal, a los obispos de los diferentes ritos, a los sacerdotes y a los franciscanos de la Custodia de Tierra Santa. Doy las gracias al rey y a la reina de Jordania, al presidente de Israel y al presidente de la Autoridad nacional palestina, con sus respectivos gobiernos, a todas las autoridades y a cuantos han colaborado de diferentes maneras en la preparación y en el éxito de la visita.

Se trató, ante todo, de una peregrinación; más aún, de la peregrinación por excelencia a los manantiales de la fe y, al mismo tiempo, de una visita pastoral a la Iglesia que vive en Tierra Santa: una comunidad de singular importancia, pues representa una presencia viva en los lugares donde tuvo su origen.

La primera etapa, del 8 al 11 de mayo por la mañana, fue Jordania, en cuyo territorio se encuentran dos santos lugares principales: el monte Nebo, desde el cual Moisés contempló la Tierra prometida y donde murió sin entrar en ella; y Betania “al otro lado del Jordán”, donde, según el cuarto Evangelio, al inicio, bautizaba san Juan. El memorial de Moisés en el monte Nebo es un lugar de fuerte significado simbólico: habla de nuestra condición de peregrinos entre un “ya” y un “todavía

no”, entre una promesa tan grande y hermosa que nos sostiene en el camino y un cumplimento que nos supera, y que supera también este mundo.

La Iglesia vive en sí misma esta “ín-dole escatológica” y “peregrina”: ya está unida a Cristo, su esposo, pero la fiesta de bodas por ahora sólo se pre-gusta, en espera de su vuelta gloriosa al final de los tiempos (cf. *Lumen gentium*, 48-50). En Betania, tuve la alegría de bendecir las primeras piedras de dos iglesias que se edificarán en el lugar donde san Juan bautizaba. Este hecho es signo de la apertura y del respeto del reino hachemita por la libertad religiosa y la tradición cristiana, y esto merece gran aprecio. Manifesté este justo reconocimiento, unido al profundo respeto por la comunidad musulmana, a los jefes religiosos, al Cuerpo diplomático y a los rectores de las universidades, reunidos en la mezquita Al-Hussein bin-Talal, que mandó construir el rey Abadálá II en memoria de su padre, el famoso rey Hussein, quien acogió al Papa Pablo VI en su histórica peregrinación de 1964. ¡Cuán importante es que los cristianos y los musulmanes convivan pacíficamente respetándose los unos a los otros! Gracias a Dios y al compromiso de los gobernantes, esto sucede en Jordania. Por eso, he rezado para que sea así también en otros lugares, pensando sobre todo en los cristianos que viven una situación difícil en el vecino Irak.

En Jordania, vive una importante comunidad cristiana, que ha crecido

con los refugiados palestinos e iraquíes. Se trata de una presencia significativa y apreciada en la sociedad, entre otras cosas por sus obras educativas y de asistencia, atentas a la persona independientemente de su pertenencia étnica o religiosa. Un magnífico ejemplo es el centro de rehabilitación *Regina pacis* en Ammán, que acoge a numerosas personas discapacitadas. Al visitarlo, llevé una palabra de esperanza, pero también la recibí yo, como testimonio avalado por el sufrimiento y la comunión humana.

Además, como signo del compromiso de la Iglesia en el ámbito de la cultura, bendije la primera piedra de la Universidad de Madaba, del Patriarcado latino de Jerusalén. Experimenté una gran alegría al dar inicio a esta nueva institución científica y cultural, porque manifiesta de modo tangible que la Iglesia promueve la búsqueda de la verdad y del bien común, y ofrece un espacio abierto y de calidad a cuantos quieren dedicarse a esa búsqueda, premisa indispensable para un diálogo verdadero y fructuoso entre civilizaciones.

También en Ammán, se realizaron dos solemnes celebraciones litúrgicas: las Vísperas en la catedral greco-melquita de San Jorge, y la santa misa en el Estadio internacional, que nos permitieron gustar juntos la belleza de encontrarse como pueblo de Dios peregrino, con la riqueza de sus diferentes tradiciones y unido en la única fe.

Al dejar Jordania, al final de la mañana del lunes 11, me dirigí a Israel donde, desde mi llegada, me presenté como peregrino de fe en la Tierra donde Jesús nació, vivió, murió y resucitó, y, al mismo tiempo, como peregrino de paz para implorar de Dios que, en el lugar donde él quiso hacerse hombre, todos los hombres vivan como hijos suyos, es decir, como hermanos. Naturalmente, este segundo aspecto de mi viaje se puso de relieve en los encuentros con las autoridades civiles: en la visita al presidente israelí y al presidente de la Autoridad palestina. En esa Tierra bendecida por Dios, a veces parece imposible salir de la espiral de la violencia. Pero nada es imposible para Dios y para cuantos confían en él. Por esto, la fe en el único Dios, justo y misericordioso, que es el recurso más valioso de esos pueblos, debe liberar toda su carga de respeto, de reconciliación y colaboración. Expresé ese auspicio tanto al visitar al gran muftí y a los líderes de la comunidad islámica de Jerusalén, como al Gran Rabinado de Israel, y también durante el encuentro con las organizaciones comprometidas en el diálogo interreligioso, y, luego, en la reunión con los líderes religiosos de Galilea.

Jerusalén es la encrucijada de las tres grandes religiones monoteístas, y su nombre mismo, “ciudad de la paz”, expresa el designio de Dios sobre la humanidad: hacer de ella una gran familia. Este designio, anunciado a Abraham, se realizó plenamente en Jesucristo, al que san Pablo llama “nuestra

paz”, pues con la fuerza de su Sacrificio derribó el muro de la enemistad (cf. *Ef* 2, 14). Por tanto, todos los creyentes deben renunciar a los prejuicios y a la voluntad de dominio, y practicar concordes el mandamiento fundamental: amar a Dios con todo su ser y amar al prójimo como a nosotros mismos.

Esto es lo que los judíos, los cristianos y los musulmanes están llamados a testimoniar, para honrar con los hechos al Dios al que rezan con los labios. Y es exactamente lo que llevaba en el corazón, en oración, al visitar en Jerusalén el Muro occidental, o Muro de las Lamentaciones, y la Cúpula de la Roca, lugares simbólicos respectivamente del judaísmo y del islam. Un momento de intenso recogimiento fue, además, la visita al Mausoleo de *Yad Vashem*, erigido en Jerusalén en honor de las víctimas del Holocausto. Allí rezamos en silencio y meditamos en el misterio del “nombre”: toda persona humana es sagrada, y su nombre está escrito en el corazón del Dios eterno. No se debe olvidar jamás la tremenda tragedia del Holocausto. Al contrario, es necesario que esté siempre en nuestra memoria como advertencia universal al respeto sagrado de la vida humana, que tiene siempre un valor infinito.

Como ya he mencionado, mi viaje tenía como objetivo prioritario la visita a las comunidades católicas de Tierra Santa y eso se realizó en varios momentos también en Jerusalén, en Belén y Nazaret. En el Cenáculo, con el

pensamiento puesto en Cristo que lava los pies a los Apóstoles e instituye la Eucaristía, así como en el don del Espíritu Santo a la Iglesia el día de Pentecostés, me encontré, entre otros, con el custodio de Tierra Santa y medité sobre nuestra vocación a ser uno, a formar un solo cuerpo y un solo espíritu, a transformar el mundo con el mismo poder del amor. Ciertamente, esta llamada experimenta en Tierra Santa dificultades particulares, por ello, con el corazón de Cristo, repetí a mis hermanos obispos sus mismas palabras: “No temas, pequeño rebaño, porque a vuestro Padre le ha parecido bien daros a vosotros el Reino” (Lc 12, 32). Luego saludé brevemente a las religiosas y los religiosos de vida contemplativa, dándoles las gracias por el servicio que prestan, con su oración, a la Iglesia y a la causa de la paz.

Momentos culminantes de comunión con los fieles católicos fueron sobre todo las celebraciones eucarísticas. En el Valle de Josafat, en Jerusalén, meditamos en la resurrección de Cristo como fuerza de esperanza y de paz para esa ciudad y para el mundo entero. En Belén, en los Territorios palestinos, celebramos la misa ante la basílica de la Natividad con la participación de fieles procedentes de Gaza, a los que tuve la alegría de consolar personalmente, asegurándoles mi cercanía particular.

Belén, el lugar donde resonó el canto celestial de paz para todos los hombres, es símbolo de la distancia que nos

sigue separando del cumplimiento de aquel anuncio: precariedad, aislamiento, incertidumbre, pobreza. Todo ello ha impulsado a numerosos cristianos a marcharse lejos. Pero la Iglesia sigue su camino, sostenida por la fuerza de la fe y atestiguando su amor con obras concretas de servicio a los hermanos, como el Hospital infantil de Cáritas de Belén, apoyado por las diócesis de Alemania y Suiza, y la acción humanitaria en los campos de refugiados. En el que visité, aseguré a las familias recogidas allí la cercanía y el aliento de la Iglesia universal, invitando a todos a buscar la paz con métodos no violentos, siguiendo el ejemplo de san Francisco de Asís.

La tercera y última misa con el pueblo la celebré el jueves pasado en Nazaret, ciudad de la Sagrada Familia. Rezamos por todas las familias, para que se redescubran la belleza del matrimonio y de la vida familiar, el valor de la espiritualidad doméstica y de la educación, la atención a los niños, que tienen derecho a crecer en paz y serenidad. Además, en la basílica de la Anunciación, juntamente con todos los pastores, las personas consagradas, los movimientos eclesiales y los laicos comprometidos de Galilea, cantamos nuestra fe en el poder creador y transformador de Dios. Donde el Verbo se encarnó en el seno de la Virgen María brota un manantial inagotable de esperanza y de alegría, que no deja de animar el corazón de la Iglesia, peregrina en la historia.

Mi peregrinación concluyó el viernes pasado con la visita al Santo Sepulcro y con dos importantes encuentros ecuménicos en Jerusalén: en el Patriarcado greco-ortodoxo, donde se hallaban reunidas todas las representaciones eclesiales de Tierra Santa y, por último, en la Iglesia patriarcal armenia apostólica.

Me complace recapitular todo el itinerario que pude realizar precisamente con el signo de la resurrección de Cristo: a pesar de las vicisitudes que, a lo largo de los siglos han marcado los santos lugares, y a pesar de las guerras, las destrucciones y desgraciadamente también los conflictos entre

los cristianos, la Iglesia ha proseguido su misión, impulsada por el Espíritu del Señor resucitado. Está en camino hacia la unidad plena para que el mundo crea en el amor de Dios y experimente la alegría de su paz. De rodillas en el Calvario y en el Sepulcro de Jesús, invoqué la fuerza del amor que brota del misterio pascual, la única fuerza capaz de renovar a los hombres y de orientar hacia su fin la historia y el cosmos. Os pido también a vosotros que recéis por este objetivo, mientras nos preparamos para la fiesta de la Ascensión, que en el Vaticano celebraremos mañana. Gracias por vuestra atención.

CARTAS

Carta del Papa, Benedicto XVI, con ocasión del IX Centenario de la muerte de San Anselmo

Al señor cardenal, Giacomo Biffi, Enviado especial a las celebraciones del IX centenario de la muerte de san Anselmo

Con ocasión de las celebraciones en las que usted, venerado hermano, participará como mi legado en la ilustre ciudad de Aosta para el IX centenario de la muerte de san Anselmo, que tuvo lugar en Canterbury el 21 de abril de 1109, me complace encomendarle un mensaje especial, en el que deseo subrayar los aspectos destacados de este

gran monje, teólogo y pastor de almas, cuya obra ha dejado una huella profunda en la historia de la Iglesia.

Este aniversario constituye una oportunidad, que no se debe desaprovechar, para renovar el recuerdo de una de las figuras más luminosas de la tradición de la Iglesia e incluso de la historia del pensamiento occidental europeo. La ejemplar experiencia monástica de san Anselmo, su método original al considerar el misterio cristiano, su sutil doctrina teológica y filosófica, su enseñanza sobre el valor inviolable de la conciencia y sobre la libertad como adhesión responsable a la verdad

y al bien, su apasionada obra de pastor de almas, dedicado con todas sus fuerzas a la promoción de la “libertad de la Iglesia”, nunca han dejado de suscitar en el pasado el más vivo interés, que el recuerdo de su muerte está felizmente volviendo a encender y favoreciendo de diversos modos y en muchos lugares.

En esta memoria del “Doctor magnífico” -como se suele llamar a san Anselmo- no puede menos de destacar de modo particular la Iglesia de Aosta, en la que nació y que con razón se complace en considerarlo su hijo más ilustre. Aunque salió de Aosta en su juventud, siguió llevando en su memoria y en su corazón un conjunto de recuerdos que afloraron siempre en su conciencia en los momentos más importantes de su vida. Entre estos recuerdos, ciertamente ocupaban un lugar particular la imagen dulcísima de su madre y la majestuosa de los montes de su valle, con sus cumbres altísimas y perennemente cubiertas de nieve, en las que veía reflejada, como un símbolo fascinante y sugestivo, la sublimidad de Dios.

Anselmo -“un muchacho que creció entre las montañas”, como lo define su biógrafo Eadmero (*Vita Sancti Anselmi*, I, 2)- considera que Dios es aquello de lo cual no es posible pensar en algo más grande: quizás en esta intuición influyó la mirada que dirigía desde su infancia a aquellas cumbres inaccesibles. Ya de niño, creía que para encontrar a Dios era necesario “subir a la cumbre de la montaña” (*ib.*). De

hecho, cada vez tomaba mayor conciencia de que Dios se encuentra a una altura inaccesible, situada más allá de las metas que el hombre puede alcanzar, puesto que Dios está más allá de lo que se puede pensar. Por eso, el viaje en busca de Dios, al menos en esta tierra, no terminará nunca; será siempre pensamiento y anhelo, procedimiento riguroso del intelecto y petición implorante del corazón.

El intenso afán de saber y la innata propensión a la claridad y, al rigor lógico, impulsaron a san Anselmo a las *scholae* de su tiempo. Por eso, se dirigió al monasterio de Bec, donde pudo satisfacer su inclinación a la dialéctica, y sobre todo se despertó en él la vocación claustral. Detenerse en los años de la vida monástica de san Anselmo significa encontrar a un religioso fiel, “constantemente ocupado sólo en Dios y en las disciplinas celestes” -como escribe su biógrafo- hasta el punto de que alcanzó “tal altura en la especulación divina, que fue capaz de penetrar por la senda abierta por Dios y, después de haber penetrado por ella, de explicar las cuestiones más oscuras, antes insolubles, sobre la divinidad de Dios y nuestra fe, y de probar con razones claras que lo que afirmaba pertenecía a la doctrina católica segura” (*ib.*, I, 7).

Con estas palabras, su biógrafo explica el método teológico de san Anselmo, cuyo pensamiento se encendía e iluminaba en la oración. Él mismo, en una de sus obras más famosas, confesó

que la inteligencia de la fe es acercarse a la visión, a la que todos anhelamos y de la que esperamos gozar al final de nuestra peregrinación terrena: “*Quoniam inter fidem et speciem intellectum quem in hac vita capimus esse medium intelligo: quanto aliquis ad illum proficit, tanto eum propinquare speciei, ad quam omnes anhelamus, existimo*” (*Cur Deus homo, Commendatio*).

El Santo aspiraba a alcanzar la visión de los nexos lógicos que existían en el interior del misterio, a percibir la “claridad de la verdad” y, por ello, a captar la evidencia de las “razones necesarias”, que subyacen en lo más profundo del misterio. Un intento ciertamente audaz, cuyo éxito siguen analizando los que estudian a san Anselmo. En realidad, su búsqueda del “intelecto” (*intellectus*) situado entre la “fe” (*fides*) y la “visión” (*species*) proviene, como fuente, de la misma fe y está sostenida por la confianza en la razón, mediante la cual la fe en cierta medida se ilumina.

El propósito de san Anselmo es claro: “elear la mente a la contemplación de Dios” (*Proslogion*, Proemio). En cualquier caso, siguen siendo programáticas para toda investigación teológica sus palabras: “No intento, Señor, penetrar en tu profundidad, porque de ninguna manera puedo comparar con ella mi intelecto; pero deseo comprender, aunque sea imperfectamente, tu verdad, que mi corazón cree y ama. Porque no busco comprender para creer, sino que creo para comprender

-Non quaero intelligere ut credam, sed credo ut intelligam-” (*Proslogion*, 1).

En san Anselmo, prior y abad de Bec, descubrimos algunas características que definen ulteriormente su perfil personal. En él impresiona, ante todo, el carisma de maestro experto de vida espiritual, que conoce y explica sabiamente las sendas de la perfección monástica. Al mismo tiempo, fascina su genialidad educativa, que se manifiesta en el método del discernimiento -él lo llamaba *via discretionis* (*Ep.* 61)- que, en cierto modo, es el estilo de toda su vida, un estilo en que se aúnan la misericordia y la firmeza. Por último, es peculiar la capacidad que demuestra al iniciar a los discípulos en la experiencia de la auténtica oración: en particular, sus *Orationes sive Meditationes*, muy solicitadas y utilizadas, contribuyeron a convertir a numerosas personas de su tiempo en “almas orantes”; del mismo modo, sus demás obras se han revelado como un precioso coeficiente para hacer de la Edad Media una época “pensante” y, podemos añadir, “concienzuda”.

Se diría que el Anselmo más auténtico se encuentra en Bec, donde vivió treinta y tres años, y donde fue muy apreciado. Gracias a la maduración adquirida en ese ambiente de reflexión y oración, pudo declarar, incluso en medio de las sucesivas tribulaciones episcopales: “No conservaré en el corazón rencor alguno contra nadie” (*Ep.* 321).

La nostalgia del monasterio lo acompañó durante el resto de su vida. Lo confesó él mismo cuando se vio obligado a dejar el monasterio, con vivísimo dolor suyo y de sus monjes, para asumir el ministerio episcopal para el que no se sentía adecuado: “Es notorio a muchos -escribió al Papa Urbano II- que cuando fui nombrado obispo en Inglaterra, me vi obligado a aceptar, pues yo era reacio y contrario, y que expuse las razones de naturaleza, edad, debilidad e ignorancia que se oponían a este cargo y que rechazan y detestan absolutamente los compromisos seculares, que no puedo desempeñar sin poner en peligro la salvación de mi alma” (*Ep.* 206).

A sus monjes les dijo en confianza: “He vivido durante treinta y tres años como monje -tres años sin cargos, quince como prior y otros tantos como abad- de manera que todos los buenos que me han conocido me querían, ciertamente no por mérito mío sino por la gracia de Dios, y me querían más los que me conocían más íntimamente y con mayor familiaridad” (*Ep.* 156). Y añadía: “Habéis venido muchos a Bec... Por muchos de vosotros sentía un afecto tan tierno y delicado que cada uno podía tener la impresión de que a nadie amaba de igual modo” (*ib.*).

Al ser nombrado arzobispo de Canterbury y comenzar así su camino más doloroso, se manifestaron muy claramente su “amor a la verdad” (*Ep.* 327), su rectitud, su rigurosa fidelidad

a la conciencia, su “libertad episcopal” (*Ep.* 206), su “honradez episcopal” (*Ep.* 314), su trabajo incansable por librar a la Iglesia de los condicionantes temporales y de las servidumbres de cálculos incompatibles con su naturaleza espiritual.

Al respecto, son ejemplares sus palabras al rey Enrique: “Respondo que ni en el bautismo ni en ninguna otra ordenación mía he prometido observar la ley o la costumbre de vuestro padre o del arzobispo Lanfranco, sino la ley de Dios y de todas las órdenes recibidas” (*Ep.* 319). Para san Anselmo, primado de la Iglesia de Inglaterra, vale el principio: “Soy cristiano, soy monje, soy obispo; por tanto, quiero ser fiel a todos, según la deuda que tengo con cada uno” (*Ep.* 314). Desde este punto de vista, no duda en afirmar: “Prefiero estar en desacuerdo con los hombres, antes que, por estar de acuerdo con ellos, estar en desacuerdo con Dios” (*Ep.* 314). Precisamente por eso se siente dispuesto incluso al sacrificio supremo: “No tengo miedo de derramar mi sangre; no temo ninguna herida en el cuerpo ni la pérdida de los bienes” (*Ep.* 311).

Por todas estas razones, se comprende por qué san Anselmo conserva aún una gran actualidad y una fuerte fascinación, y cuán provechoso es volver a leer y publicar sus escritos, así como meditar sobre su vida. Por eso, me ha alegrado saber que Aosta, con motivo del IX centenario de su muerte, se

está distinguiendo por un conjunto de oportunas e inteligentes iniciativas -especialmente con la esmerada edición de sus obras- intentando hacer que se conozcan y amen las enseñanzas y los ejemplos de este ilustre hijo suyo.

Le encomiendo a usted, venerado hermano, la tarea de llevar a los fieles de esa antigua y querida ciudad de Aosta la exhortación a mirar con admiración y afecto a este gran conciudadano suyo, cuya luz sigue brillando en toda la Iglesia, de modo especial donde se han cultivado el amor a las verdades de la fe y el gusto por su pro-

fundización mediante la razón. De hecho, la fe y la razón -*fides et ratio*- se encuentran admirablemente unidas en san Anselmo.

Con estos sentimientos, a través de usted, venerado hermano, envío de corazón al obispo, monseñor Giuseppe Anfossi, al clero, a los religiosos y a los fieles de Aosta y a cuantos participen en las celebraciones en honor del “Doctor magnífico”, una bendición apostólica especial, prenda de abundantes favores celestiales.

Vaticano, 15 de abril de 2009

DISCURSOS

Discurso del Papa, Benedicto XVI, a los participantes en la Asamblea Plenaria de la Pontificia Comisión Bíblica

Sala de los Papas. Jueves, 23 de abril de 2009

Señor cardenal; excelencia; queridos miembros de la Pontificia Comisión Bíblica:

Me alegra acogeros una vez más al término de vuestra asamblea plenaria anual. Agradezco al señor cardenal William Levada sus palabras de saludo y la concisa exposición del tema que ha sido objeto de atenta

reflexión durante vuestra reunión. Os habéis reunido nuevamente para profundizar un tema muy importante: la inspiración y la verdad de la Biblia. Se trata de un tema que no sólo concierne a la teología, sino también a la Iglesia misma, pues la vida y la misión de la Iglesia se fundan necesariamente en la Palabra de Dios, la cual es alma de la teología y, al mismo tiempo, inspiradora de toda la vida cristiana. Además, el tema que habéis afrontado responde a una preocupación que llevo dentro de mi corazón, ya que la interpretación de la Sagrada Escritura es de importancia capital para la fe cristiana y para la vida de la Iglesia.

Como usted, señor presidente, ya ha recordado, en la encíclica *Providentissimus Deus* el Papa, León XIII, ofrecía a los exegetas católicos nuevos estímulos y nuevas directrices en el tema de la inspiración, la verdad y la hermenéutica bíblica. Más tarde Pío XII en su encíclica *Divino afflante Spiritu* recogía y completaba las enseñanzas anteriores, exhortando a los exegetas católicos a llegar a soluciones que estuvieran en pleno acuerdo con la doctrina de la Iglesia, teniendo debidamente en cuenta las aportaciones positivas de los nuevos métodos de interpretación desarrollados hasta entonces.

El vivo impulso que dieron estos dos Pontífices a los estudios bíblicos, como usted ha dicho también, encontró plena confirmación y fue ulteriormente desarrollado en el concilio Vaticano II, de modo que toda la Iglesia se ha beneficiado y sigue beneficiándose. En particular, la constitución conciliar *Dei Verbum* sigue iluminando hoy la obra de los exegetas católicos, invitando a pastores y fieles a alimentarse más asiduamente en la mesa de la Palabra de Dios. Al respecto, el Concilio recuerda ante todo, que Dios es el Autor de la Sagrada Escritura: “La revelación que la Sagrada Escritura contiene y ofrece fue puesta por escrito bajo la inspiración del Espíritu Santo. La santa madre Iglesia, fiel a la fe de los Apóstoles, reconoce que todos los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento, con todas sus partes, son sagrados y canónicos, en cuanto que, escritos por inspiración del

Espíritu Santo, tienen a Dios como autor, y como tales han sido confiados a la Iglesia” (*Dei Verbum*, 11). Dado que todo lo que afirman los autores inspirados o hagiógrafos debe considerarse afirmado por el Espíritu Santo, Autor invisible y trascendente, en consecuencia se debe declarar que “los libros sagrados enseñan sólidamente, fielmente y sin error la verdad que Dios hizo consignar en dichos libros para nuestra salvación” (*ib.*).

Del planteamiento correcto del concepto de inspiración divina y verdad de la Sagrada Escritura, derivan algunas normas que atañen directamente a su interpretación. La misma constitución *Dei Verbum*, tras haber afirmado que Dios es el autor de la Biblia, nos recuerda que en la Sagrada Escritura Dios habla al hombre a la manera humana. Y esta sinergia divino-humana es muy importante. Dios habla realmente para los hombres de modo humano. Por tanto, para una recta interpretación de la Sagrada Escritura, es necesario investigar con atención qué quisieron afirmar verdaderamente los hagiógrafos y qué quiso manifestar Dios mediante palabras humanas. “La Palabra de Dios, expresada en lenguas humanas, se hace semejante al lenguaje humano, como la Palabra del eterno Padre, asumiendo nuestra débil condición humana, se hizo semejante a los hombres” (*ib.*, 13).

Estas indicaciones, muy necesarias para una correcta interpretación de ca-

rácter histórico-literario como primera dimensión de toda exégesis, requieren además un nexo con las premisas de la doctrina sobre la inspiración y la verdad de la Sagrada Escritura. En efecto, dado que la Escritura está inspirada, hay un principio supremo de recta interpretación sin el cual los escritos sagrados quedarían como letra muerta, sólo del pasado: “La Escritura se ha de leer e interpretar con el mismo Espíritu con que fue escrita” (*ib.*, 12).

Al respecto, el concilio Vaticano II indica tres criterios siempre válidos para una interpretación de la Sagrada Escritura conforme al Espíritu que la inspiró. Ante todo, es necesario prestar gran atención al contenido y a la unidad de toda la Escritura: sólo en su unidad es Escritura. En efecto, aunque los libros que la componen sean diferentes, la Sagrada Escritura es una en virtud de la unidad del plan de Dios, cuyo centro y corazón es Cristo Jesús (cf. *Lc* 24, 25-27, 44-46). En segundo lugar es preciso leer la Escritura en el contexto de la tradición viva de toda la Iglesia. Según un dicho de Orígenes, “*Sacra Scriptura principalius est in corde Ecclesiae quam in materialibus instrumentis scripta*”, es decir, “la Sagrada Escritura está escrita en el corazón de la Iglesia antes que en instrumentos materiales”. En efecto, la Iglesia lleva en su Tradición la memoria viva de la Palabra de Dios y es el Espíritu Santo quien le da la interpretación de ella según su sentido espiritual (cf. Orígenes, *Homiliae in Leviticum*, 5, 5). Como

tercer criterio es necesario prestar atención a la analogía de la fe, es decir, a la cohesión de las verdades de fe entre sí y con el plan conjunto de la Revelación y la plenitud de la economía divina contenida en ella.

Los investigadores que estudian con diferentes métodos la Sagrada Escritura tienen la tarea de contribuir, según los principios mencionados, a la comprensión más profunda y a la exposición del sentido de la Sagrada Escritura. El estudio científico de los textos sagrados es importante, pero por sí sólo no es suficiente, pues sólo respetaría la dimensión humana. Para respetar la coherencia de la fe de la Iglesia, el exegeta católico debe estar atento a percibir la Palabra de Dios en esos textos, dentro de la misma fe de la Iglesia. Si falta este imprescindible punto de referencia, la investigación exegética quedaría incompleta, perdiendo de vista su finalidad principal, con el peligro de reducirse a una lectura meramente literaria, en la que el verdadero Autor, Dios, ya no aparece. Además, la interpretación de las Sagradas Escrituras no puede ser sólo un esfuerzo científico individual, sino que siempre debe confrontarse, integrarse y autenticarse por la tradición viva de la Iglesia. Esta norma es decisiva para precisar la relación correcta y recíproca entre exégesis y magisterio de la Iglesia.

El exegeta católico no se siente sólo miembro de la comunidad científica, sino también y sobre todo miembro de

la comunidad de los creyentes de todos los tiempos. En realidad, estos textos no han sido entregados sólo a los investigadores o a la comunidad científica “para satisfacer su curiosidad y o para ofrecerles temas de estudio y de investigación” (*Divino afflante Spiritu: Enchiridion Biblicum* 566). Los textos inspirados por Dios han sido encomendados en primer lugar a la comunidad de los creyentes, a la Iglesia de Cristo, para alimentar la vida de fe y para guiar la vida de caridad. El respeto de esta finalidad condiciona la validez y la eficacia de la hermenéutica bíblica. La encíclica *Providentissimus Deus* recordó esta verdad fundamental y observó que, en vez de obstaculizar la investigación científica, el respeto de este dato favorece su auténtico progreso. Una hermenéutica de la fe corresponde más a la realidad de este texto que una hermenéutica racionalista, que no conoce a Dios.

Ser fieles a la Iglesia significa, de hecho, insertarse en la corriente de la gran Tradición que, bajo la guía del Magisterio, ha reconocido los escritos canónicos como Palabra dirigida por Dios a su pueblo y nunca ha dejado de meditarlos y de descubrir sus inagotables riquezas. El concilio Vaticano II lo reafirmó con gran claridad: “Todo lo que concierne a la interpretación de la Escritura queda sometido al juicio definitivo de la Iglesia, que recibió de Dios el encargo y el oficio de conservar e interpretar la Palabra de Dios” (*Dei Verbum*, 12). Como nos recuerda la

citada constitución dogmática, existe una unidad inseparable entre Sagrada Escritura y Tradición, pues ambas proceden de una misma fuente: “La Sagrada Tradición y la Sagrada Escritura están estrechamente unidas y complementadas; manan de la misma fuente, se unen en un mismo caudal, corren hacia el mismo fin. La Sagrada Escritura es la Palabra de Dios, en cuanto escrita por inspiración del Espíritu Santo. La Sagrada Tradición recibe la Palabra de Dios, encomendada por Cristo Señor y por el Espíritu Santo a los Apóstoles, y la transmite íntegra a los sucesores, para que estos, iluminados por el Espíritu de la verdad, la conserven, la expongan y la difundan fielmente en su predicación. Por eso, la Iglesia no saca exclusivamente de la Escritura la certeza de todo lo revelado. Por eso, se han de recibir y respetar con el mismo espíritu de devoción y reverencia” (*Dei Verbum*, 9).

Como sabemos, la frase “con el mismo espíritu de devoción y reverencia” *-pari pietatis affectu ac reverentia-* fue creada por san Basilio, y después fue recogida por el Decreto de Graciano, a través del cual entró en el concilio de Trento y después en el Vaticano II. Expresa precisamente esta interpenetración entre Escritura y Tradición. Sólo el contexto eclesial permite que la Sagrada Escritura se entienda como auténtica Palabra de Dios, que se convierte en guía, norma y regla para la vida de la Iglesia y el crecimiento espiritual de los creyentes. Esto, como ya he

dicho, de ninguna manera impide una interpretación seria, científica, pero además abre el acceso a las dimensiones ulteriores de Cristo, inaccesibles a un análisis sólo literario, que es incapaz de acoger en sí el sentido global que a lo largo de los siglos ha guiado a la Tradición de todo el pueblo de Dios.

Queridos miembros de la Pontificia Comisión Bíblica, deseo concluir mi discurso manifestándoos a todos mi agradecimiento personal y mi aliento. Os doy las gracias cordialmente por el arduo trabajo que realizáis al servicio de la Palabra de Dios y de la Iglesia, mediante la investigación, la enseñanza y la publicación de vuestros estudios. A esto añado mi estímulo para el camino que todavía queda por recorrer. En un mundo, en el que la investigación científica asume una importancia cada vez mayor en numerosos campos, es indispensable que la ciencia exegética se sitúe en un nivel adecuado. Es uno de los aspectos de la inculturación de la fe que forma parte de la misión de la Iglesia, en sintonía con la acogida del misterio de la Encarnación.

Queridos hermanos y hermanas, el Señor Jesucristo, Verbo de Dios encarnado y divino Maestro que abrió el espíritu de sus discípulos a la comprensión de las Escrituras (cf. *Lc* 24, 45), os guíe y os sostenga en vuestras reflexiones. Que la Virgen María, modelo de docilidad y obediencia a la Palabra de Dios, os enseñe a acoger cada vez mejor la riqueza inagotable de la

Sagrada Escritura, no sólo a través de la investigación intelectual, sino también en vuestra vida de creyentes, para que vuestro trabajo y vuestra actividad puedan contribuir a que brille cada vez más ante los fieles la luz de la Sagrada Escritura. Al mismo tiempo que os aseguro el apoyo de mi oración en vuestro empeño, os imparto de corazón, como prenda de los favores divinos, la bendición apostólica.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a un grupo de profesores de religión
en escuelas italianas***

*Sala Pablo VI. Sábado, 25 de abril
de 2009*

Queridos hermanos y hermanas:

Para mí es un verdadero placer encontrarme con vosotros y compartir algunas reflexiones sobre vuestra importante presencia en el panorama escolar y cultural italiano, así como en el seno de la comunidad cristiana. Saludo a todos con afecto, comenzando por el cardenal Angelo Bagnasco, presidente de la Conferencia episcopal italiana, a quien doy las gracias por las corteses palabras que me ha dirigido, presentándome esta numerosa y viva asamblea. Asimismo dirijo un saludo cordial a todas las autoridades presentes.

La enseñanza de la religión católica forma parte de la historia de la escuela en Italia, y el profesor de religión constituye

una figura muy importante en el claustro de profesores. Es significativo que numerosos muchachos se mantengan en contacto con él también después de los cursos. Además, el elevadísimo número de quienes escogen esta materia es signo del valor insustituible que reviste en el itinerario de formación y un índice de los altos niveles de calidad que ha alcanzado.

En un mensaje reciente, la presidencia de la Conferencia episcopal italiana ha afirmado que “la enseñanza de la religión católica favorece la reflexión sobre el sentido profundo de la existencia, ayudando a encontrar, más allá de los múltiples conocimientos, un sentido unitario y una intuición global. Esto es posible porque esa enseñanza pone en el centro a la persona humana y su inviolable dignidad, dejándose iluminar por la experiencia única de Jesús de Nazaret, cuya identidad trata de investigar, pues desde hace dos mil años no deja de interrogar a los hombres”.

Poner en el centro al hombre creado a imagen de Dios (cf. *Gn* 1, 27) es, de hecho, lo que caracteriza diariamente vuestro trabajo, en unidad de objetivos con los demás educadores y profesores. Con motivo de la Asamblea eclesial de Verona, en octubre de 2006, yo mismo abordé la “cuestión fundamental y decisiva” de la educación, indicando la exigencia de “ensanchar los espacios de nuestra racionalidad, volver a abrirla a las grandes cuestiones de la verdad y del bien, conjugar entre sí la teología, la filosofía y las ciencias, respetando plenamente sus

métodos propios y su recíproca autonomía, pero siendo también conscientes de su unidad intrínseca” (*Discurso del 19 de octubre de 2006: L’Osservatore Romano*, edición en lengua española, 27 de octubre de 2006, p. 9). En efecto, la dimensión religiosa, es intrínseca al hecho cultural, contribuye a la formación global de la persona y permite transformar el conocimiento en sabiduría de vida.

Vuestro servicio, queridos amigos, se sitúa precisamente en este fundamental cruce de caminos, en el que -sin invasiones impropias y sin confusión de papeles- se encuentran la búsqueda universal de la verdad y el testimonio bimilenario que dan los creyentes a la luz de la fe, así como las extraordinarias cumbres del conocimiento y del arte, conquistadas por el espíritu humano y la fecundidad del mensaje cristiano, tan arraigado en la cultura y la vida del pueblo italiano.

Con la plena y reconocida dignidad escolar de vuestra enseñanza, contribuí, por una parte, a dar un alma a la escuela y, por otra, a asegurar a la fe cristiana plena ciudadanía en los lugares de la educación y de la cultura en general. Así pues, gracias a la enseñanza de la religión católica, la escuela y la sociedad se enriquecen con verdaderos laboratorios de cultura y de humanidad, en los cuales, descifrando la aportación significativa del cristianismo, se capacita a la persona para descubrir el bien y para crecer en la responsabilidad; para buscar el intercambio, afinar el sentido crítico y aprovechar los

dones del pasado a fin de comprender mejor el presente y proyectarse conscientemente hacia el futuro.

La cita de hoy se enmarca también en el contexto del Año paulino. El Apóstol de los gentiles sigue ejerciendo una gran fascinación en todos nosotros: en él reconocemos al discípulo humilde y fiel, al valiente heraldo, al genial mediador de la Revelación. Os invito a aspirar a estas características para alimentar vuestra identidad de educadores y de testigos en el mundo de la escuela. San Pablo, en la primera *carta a los Tesalonicenses (1 Ts 4, 9)*, define a los creyentes con la hermosa expresión *qeod|daktoi*, es decir, “instruidos por Dios”, que tienen a Dios por maestro. En esta palabra encontramos el secreto de la educación, como recuerda también san Agustín: “Nosotros, los que hablamos, y vosotros, los que escucháis, reconozcámonos como fieles discípulos de un único Maestro” (*Serm.* 23, 2).

Además, en la enseñanza paulina, la formación religiosa no está separada de la formación humana. Las últimas cartas de su epistolario, las que se llaman “pastorales”, están llenas de significativas referencias a la vida social y civil que los discípulos de Cristo deben tener muy en cuenta. San Pablo es un verdadero “maestro” que se preocupa tanto de la salvación de la persona educada en una mentalidad de fe, como de su formación humana y civil, para que el discípulo de Cristo pueda desarrollar plenamente una personalidad libre,

una vivencia humana “completa y bien preparada”, que se manifiesta también en una atención por la cultura, la profesionalidad y la competencia en los diferentes campos del saber para beneficio de todos.

Por tanto, la dimensión religiosa no es una superestructura, sino que forma parte de la persona, ya desde la infancia; es apertura fundamental a los demás y al misterio que preside toda relación y todo encuentro entre los seres humanos. La dimensión religiosa hace al hombre más hombre. Que vuestra enseñanza, sea siempre capaz, como la de san Pablo, de abrir a vuestros alumnos a esta dimensión de libertad y de pleno aprecio del hombre redimido por Cristo tal como está en el proyecto de Dios, poniendo así en práctica una verdadera caridad intelectual con numerosos muchachos y con sus familias.

Ciertamente uno de los aspectos principales de vuestra labor de enseñanza es la comunicación de la verdad y de la belleza de la Palabra de Dios, y el conocimiento de la Biblia es un elemento esencial del programa de enseñanza de la religión católica. Hay un vínculo que une la enseñanza de la religión en la escuela y la profundización existencial de la fe, como sucede en las parroquias y en las diferentes realidades eclesiales. Ese vínculo está constituido por la persona misma del profesor de religión católica; además de vuestro deber de contar con la competencia humana, cultural y pedagógica propia de todo maestro,

tenéis la vocación de dejar traslucir que el Dios del que habláis en las aulas de clase constituye la referencia esencial de vuestra vida. Vuestra presencia, lejos de ser una interferencia o una limitación de la libertad, es un valioso ejemplo del espíritu positivo de laicidad que permite promover una convivencia civil constructiva, fundada en el respeto recíproco y en el diálogo leal, valores que un país siempre necesita.

Como sugieren las palabras del apóstol san Pablo, que conforman el título de vuestra cita, os deseo a todos que el Señor os dé la alegría de no avergonzaros nunca de su Evangelio, la gracia de vivirlo y el anhelo de compartir y cultivar la novedad que brota de él para la vida del mundo. Con estos sentimientos, os bendigo a vosotros, a vuestras familias, así como a todos los estudiantes y profesores con quienes os encontráis cada día en esa comunidad de personas y de vida que es la escuela.

Alocución del Papa, Benedicto XVI, a los miembros de la Fundación Papal

Sala Clementina. Sábado, 2 de mayo de 2009.

Querido cardenal Keeler; queridos hermanos en el episcopado; queridos hermanos y hermanas en Cristo:

Para mí es un gran placer tener la oportunidad de saludaros una vez más

a vosotros, miembros de la Fundación Papal, con ocasión de vuestra visita anual a Roma. En este Año paulino, os acojo con las palabras del Apóstol de los gentiles: “A vosotros gracia y paz de parte de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo” (*Rm 1, 7*).

San Pablo nos recuerda que toda la humanidad anhela la gracia de la paz de Dios. El mundo actual tiene realmente necesidad de su paz, especialmente mientras afronta las tragedias de la guerra, la división, la pobreza y la desesperación. Dentro de pocos días, tendré el privilegio de visitar Tierra Santa. Iré como peregrino de paz. Como sabéis bien, durante más de sesenta años esa región -la tierra donde tuvo lugar el nacimiento, la muerte y la resurrección de nuestro Señor, un lugar sagrado para las tres grandes religiones monoteístas del mundo- se ha visto atormentada por la violencia y la injusticia. Eso ha llevado a un clima general de desconfianza, incertidumbre y miedo, a menudo enfrentando vecinos contra vecinos, hermanos contra hermanos. Mientras me preparo para este significativo viaje, os pido de modo especial que os unáis a mí en la oración por todos los pueblos de Tierra Santa y de la región, a fin de que reciban los dones de la reconciliación, la esperanza y la paz.

Este año, nuestro encuentro tiene lugar en un tiempo en que el mundo entero atraviesa una situación económica muy preocupante. En momentos

como éstos es fuerte la tentación de ignorar a los que no tienen voz y pensar sólo en nuestras propias dificultades. Sin embargo, como cristianos somos conscientes de que, especialmente cuando los tiempos son difíciles, debemos esforzarnos más para asegurar que se escuche el mensaje consolador de nuestro Señor.

En vez de encerrarnos en nosotros mismos, debemos seguir siendo faros de esperanza, fortaleza y apoyo para los demás, especialmente para los que no tienen a nadie que se ocupe de ellos o que les ayude. Por eso, me alegra que estéis aquí hoy. Vosotros sois ejemplos de buenos cristianos, hombres y mujeres, que siguen afrontando con valentía y confianza los desafíos que se nos plantean. En efecto, la Fundación Papal misma, a través de la gran generosidad de numerosas personas, permite prestar una valiosa ayuda en nombre de Cristo y de su Iglesia. Os agradezco mucho vuestro sacrificio y vuestra dedicación: con vuestro apoyo, el mensaje pascual de alegría, esperanza, reconciliación y paz se proclama con mayor amplitud.

Encomendándoos a todos a la amorosa intercesión de la santísima Virgen María, que está siempre entre nosotros como nuestra Madre, la Madre de la esperanza (cf. *Spe salvi*, 50), de corazón os imparto mi bendición apostólica a vosotros y a vuestras familias como prenda de alegría y paz en el Salvador resucitado.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a los miembros de la Academia
Pontificia de Ciencias Sociales***

*Sala del Consistorio. Lunes, 4 de mayo
de 2009*

*Queridos hermanos en el episcopado
y en el sacerdocio; distinguidos señores y
señoras:*

Mientras os halláis reunidos en la decimoquinta sesión plenaria de la Academia pontificia de ciencias sociales, me alegra tener esta ocasión para encontrarme con vosotros y alentaros en vuestra misión de exponer y promover la doctrina social de la Iglesia en las áreas del derecho, la economía, la política y las demás ciencias sociales. Agradeciendo a la profesora Mary Ann Glendon sus amables palabras de saludo, os aseguro mis oraciones para que el fruto de vuestras deliberaciones siga atestiguando la validez duradera de la doctrina social católica en un mundo que cambia rápidamente.

Después de estudiar el trabajo, la democracia, la globalización, la solidaridad y la subsidiariedad en relación con la doctrina social de la Iglesia, vuestra Academia ha decidido volver a la cuestión central de la dignidad de la persona humana y de los derechos humanos, un punto de encuentro entre la doctrina de la Iglesia y la sociedad contemporánea.

Las grandes religiones y filosofías del mundo han iluminado diversos

aspectos de estos derechos humanos, que están expresados concisamente en “la regla de oro” que encontramos en el Evangelio: “Lo que queráis que os hagan los hombres, hacédselo también vosotros a ellos” (*Lc* 6, 31; cf. *Mt* 7, 12). La Iglesia ha afirmado siempre que los derechos fundamentales, más allá de las diferentes formas en que han sido formulados y de los diferentes grados de importancia que hayan tenido en los diversos contextos culturales, deben ser sostenidos y reconocidos universalmente porque son inherentes a la naturaleza misma del hombre, que ha sido creado a imagen y semejanza de Dios.

Si todos los seres humanos han sido creados a imagen y semejanza de Dios, en consecuencia comparten una naturaleza común que los une y que exige respeto universal. La Iglesia, asimilando la doctrina de Cristo, considera a la persona “lo más digno de la naturaleza” (santo Tomás de Aquino, *De potentia*, 9, 3) y enseña que el orden ético y político que regula las relaciones entre las personas tiene su origen en la estructura misma del ser humano. El descubrimiento de América y el consiguiente debate antropológico en la Europa de los siglos XVI y XVII llevaron a una mayor conciencia de los derechos humanos en cuanto tales y de su universalidad (*ius gentium*).

La época moderna ayudó a forjar la idea de que el mensaje de Cristo, al proclamar que Dios ama a todo hombre y a toda mujer, y que todo ser humano

está llamado a amar a Dios libremente, demuestra que cada uno, independientemente de su condición social y cultural, por naturaleza merece libertad. Al mismo tiempo, debemos recordar siempre que “la libertad necesita ser liberada. Cristo es su libertador” (*Veritatis splendor*, 86).

A mediados del siglo pasado, tras el gran sufrimiento causado por las dos terribles guerras mundiales y por los indecibles crímenes perpetrados por las ideologías totalitarias, la comunidad internacional adoptó un nuevo sistema de derecho internacional basado en los derechos humanos. En esto, parece haber actuado en conformidad con el mensaje de mi predecesor, Benedicto XV, que invitó a los beligerantes de la primera guerra mundial a “transformar la fuerza material de las armas en la fuerza moral de la ley” (“Exhortación a los gobernantes de las naciones en guerra”, 1 de agosto de 1917).

Los derechos humanos se han convertido en punto de referencia de un *ethos* universal compartido, al menos a nivel de aspiración, por la mayor parte de la humanidad. Estos derechos han sido ratificados prácticamente por todos los Estados del mundo. El concilio Vaticano II, en la declaración *Dignitatis humanae*, así como mis predecesores, Pablo VI y Juan Pablo II, reafirmaron con vigor que el derecho a la vida y el derecho a la libertad de conciencia y de religión han de ocupar el centro de los derechos que brotan de la naturaleza humana misma.

Estrictamente hablando, estos derechos humanos no son verdades de fe, aunque pueden descubrirse, y de hecho adquieren plena luz, en el mensaje de Cristo que “manifiesta plenamente el hombre al propio hombre” (*Gaudium et spes*, 22). Estos derechos reciben una confirmación ulterior desde la fe. Con todo, es evidente que los hombres y las mujeres, viviendo y actuando en el mundo físico como seres espirituales, perciben la presencia penetrante de un *logos* que les permite distinguir no sólo entre lo verdadero y lo falso, sino también entre el bien y el mal, entre lo mejor y lo peor, entre la justicia y la injusticia.

Esta capacidad de discernir, esta actuación radical, permite a toda persona descubrir la “ley natural”, que no es sino una participación en la ley eterna: “*unde... lex naturalis nihil aliud est quam participatio legis aeternae in rationali creatura*” (santo Tomás de Aquino, *Summa Theologiae* I-II, 91, 2). La ley natural es una guía universal que todos pueden reconocer y sobre esta base todos pueden comprenderse y amarse recíprocamente. Por tanto, los derechos humanos, en última instancia, están enraizados en una participación de Dios, que ha creado a toda persona humana con inteligencia y libertad. Si se ignora esta sólida base ética y política, los derechos humanos se debilitan, pues quedan privados de su fundamento.

La acción de la Iglesia en la promoción de los derechos humanos se apoya, por consiguiente, en la reflexión racio-

nal, de modo que estos derechos se pueden presentar a toda persona de buena voluntad, independientemente de su afiliación religiosa. Sin embargo, como he observado en mis encíclicas, por una parte, la razón humana debe ser constantemente purificada por la fe, porque corre siempre el peligro de cierta ceguera ética causada por las pasiones desordenadas y por el pecado; y, por otra, dado que cada generación y cada persona debe volver a apropiarse de los derechos humanos y la libertad humana -que procede por elecciones libres- siempre es frágil, la persona humana necesita la esperanza incondicional y el amor, que sólo pueden encontrarse en Dios y que llevan a participar en la justicia y la generosidad de Dios a los demás (cf. *Deus caritas est*, 18, y *Spe salvi*, 24).

Esta perspectiva dirige la atención hacia uno de los problemas sociales más graves de las últimas décadas, como es la conciencia creciente -que ha surgido en parte con la globalización y con la actual crisis económica- de un flagrante contraste entre la *atribución* equitativa de derechos y el *acceso* desigual a los medios para lograr esos derechos. Para los cristianos que pedimos regularmente a Dios: “Danos hoy nuestro pan de cada día”, es una tragedia vergonzosa que la quinta parte de la humanidad pase aún hambre. Para garantizar un adecuado abastecimiento de alimentos y la protección de recursos vitales como el agua y la energía, todos los líderes internacionales deben colaborar, mostrándose disponibles a

trabajar de buena fe, respetando la ley natural y promoviendo la solidaridad y la subsidiariedad con las regiones y los pueblos más necesitados del planeta, como la estrategia más eficaz para eliminar las desigualdades sociales entre países y sociedades, y para aumentar la seguridad global.

Queridos amigos, queridos académicos, a la vez que os exhorto a que en vuestras investigaciones y deliberaciones seáis testigos creíbles y coherentes de la defensa y de la promoción de estos derechos humanos no negociables que se fundan en la ley divina, os imparto de corazón mi bendición apostólica.

HOMILÍAS

Homilía del Papa, Benedicto XVI, en la Misa de Canonización de los Beatos: Arcángel Tadini (1846-1912), ***Bernardo Tolomei*** (1272-1348), ***Nuno de Santa María Álvares Pereira*** (1360-1431), ***Gertrudis Comensoli*** (1847-1903), ***Catalina Volpicelli*** (1839-1894)

Plaza de San Pedro. Domingo, 26 de abril de 2009

Queridos hermanos y hermanas:

En este tercer domingo del tiempo pascual, la liturgia pone una vez más en el centro de nuestra atención el misterio de Cristo resucitado. Victorioso sobre el mal y sobre la muerte, el Autor de la vida, que se inmoló como víctima de expiación por nuestros pecados, “no cesa de ofrecerse por nosotros, de interceder por todos; inmolado, ya no vuelve a morir; sacrificado, vive para siempre” (*Prefacio pascual*, III). De-

jemos que nos inunde interiormente el resplandor pascual que irradia este gran misterio y, con el salmo responsorial, imploremos: “Haz brillar sobre nosotros el resplandor de tu rostro”.

La luz del rostro de Cristo resucitado resplandece hoy sobre nosotros particularmente a través de los rasgos evangélicos de los cinco beatos que en esta celebración son inscritos en el catálogo de los santos: Arcángel Tadini, Bernardo Tolomei, Nuno de Santa María Álvares Pereira, Gertrudis Comensoli y Catalina Volpicelli. De buen grado me uno al homenaje que les rinden los peregrinos de varias naciones aquí reunidos, a los que dirijo un cordial saludo. Las diversas vicisitudes humanas y espirituales de estos nuevos santos nos muestran la renovación profunda que realiza en el corazón del hombre el misterio de la resurrección de Cristo; misterio fundamental que orienta y guía toda la historia de

la salvación. Por tanto, con razón, la Iglesia nos invita siempre, y de modo especial en este tiempo pascual, a dirigir nuestra mirada a Cristo resucitado, realmente presente en el sacramento de la Eucaristía.

En la página evangélica, san Lucas refiere una de las apariciones de Jesús resucitado (cf. *Lc* 24, 35-48). Precisamente al inicio del pasaje, el evangelista comenta que los dos discípulos de Emaús, habiendo vuelto de prisa a Jerusalén, contaron a los Once cómo lo habían reconocido “al partir el pan” (*Lc* 24, 35). Y, mientras estaban contando la extraordinaria experiencia de su encuentro con el Señor, él “se presentó en medio de ellos” (v. 36). A causa de esta repentina aparición, los Apóstoles se atemorizaron y asustaron hasta tal punto que Jesús, para tranquilizarlos y vencer cualquier titubeo y duda, les pidió que lo tocaran -no era un fantasma, sino un hombre de carne y hueso-, y después les pidió algo para comer.

Una vez más, como había sucedido con los dos discípulos de Emaús, Cristo resucitado se manifiesta a los discípulos en la mesa, mientras come con los suyos, ayudándoles a comprender las Escrituras y a releer los acontecimientos de la salvación a la luz de la Pascua. Les dice: “Es necesario que se cumpla todo lo escrito en la ley de Moisés y en los profetas y salmos acerca de mí” (v. 44). Y los invita a mirar al futuro: “En su nombre se predicará la conversión y el perdón de los pecados a todos los pueblos” (v. 47).

Toda comunidad revive esta misma experiencia en la celebración eucarística, especialmente en la dominical. La Eucaristía, lugar privilegiado en el que la Iglesia reconoce “al autor de la vida” (cf. *Hch* 3, 15), es “la fracción del pan”, como se llama en los Hechos de los Apóstoles. En ella, mediante la fe, entramos en comunión con Cristo, que es “sacerdote, víctima y altar” (cf. *Prefacio pascual* v) y está en medio de nosotros. En torno a él, nos reunimos para recordar sus palabras y los acontecimientos contenidos en la Escritura; revivimos su pasión, muerte y resurrección. Al celebrar la Eucaristía, comulgamos a Cristo, víctima de expiación, y de él recibimos perdón y vida.

¿Qué sería de nuestra vida de cristianos sin la Eucaristía? La Eucaristía es la herencia perpetua y viva que nos dejó el Señor en el sacramento de su Cuerpo y su Sangre, en el que debemos reflexionar y profundizar constantemente para que, como afirmó el venerado Papa, Pablo VI, pueda “imprimir su inagotable eficacia en todos los días de nuestra vida mortal” (*Insegnamenti*, V, 1967, p. 779). Los santos a los que hoy veneramos, alimentados con el Pan eucarístico, cumplieron su misión de amor evangélico en los diversos campos en los que actuaron con sus carismas peculiares. Pasaba largas horas en oración ante la Eucaristía san Arcángel Tadini, quien, teniendo siempre en cuenta en su ministerio pastoral a la persona humana en su totalidad, ayudaba a sus parroquianos a crecer

humana y espiritualmente. Este santo sacerdote, este santo párroco, hombre totalmente de Dios, dispuesto en toda circunstancia a dejarse guiar por el Espíritu Santo, al mismo tiempo, estaba atento a descubrir las necesidades del momento y a encontrarles remedio. Con este fin, puso en marcha muchas iniciativas concretas y valientes, como la organización de la “Sociedad obrera católica de socorro mutuo”, la construcción de la hilandería y de la casa de acogida para las obreras, y la fundación, en 1900, de la “congregación de las Religiosas Obreras de la Santa Casa de Nazaret”, con la finalidad de evangelizar el mundo del trabajo compartiendo la fatiga, siguiendo el ejemplo de la Sagrada Familia de Nazaret.

¡Qué profética fue la intuición carismática de don Tadini y qué actual sigue siendo su ejemplo también hoy, en una época de grave crisis económica! Él nos recuerda que sólo cultivando una constante y profunda relación con el Señor, especialmente en el sacramento de la Eucaristía, podemos ser capaces de llevar después el fermento del Evangelio a las diversas actividades laborales y a todos los ámbitos de nuestra sociedad.

También en san Bernardo Tolomei, iniciador de un singular movimiento monástico benedictino, destaca el amor a la oración y al trabajo manual. Vivió una existencia eucarística, dedicada totalmente a la contemplación, que se traducía en servicio humilde al

prójimo. Por su singular espíritu de humildad y de acogida fraterna, los monjes lo reeligieron abad durante veintisiete años consecutivos, hasta su muerte. Además, para garantizar el futuro de su obra, obtuvo de Clemente VI, el 21 de enero de 1344, la aprobación pontificia de la nueva congregación benedictina, llamada de “Santa María de Monte Oliveto”.

Con ocasión de la gran epidemia de peste de 1348, dejó la soledad de Monte Oliveto para ir al monasterio de San Benito en Porta Tufi, en Siena, a fin de asistir a sus monjes contagiados por la enfermedad, y él mismo murió víctima del contagio, como auténtico mártir de la caridad. El ejemplo de este santo nos invita a traducir nuestra fe en una vida dedicada a Dios en la oración y entregada al servicio del prójimo con el impulso de una caridad dispuesta incluso al sacrificio supremo.

“Sabedlo: el Señor hizo milagros en mi favor, y el Señor me escuchará cuando lo invoque” (*Sal 4, 4*). Estas palabras del Salmo responsorial expresan el secreto de la vida del bienaventurado Nuno de Santa María, héroe y santo de Portugal. Los setenta años de su vida se enmarcan en la segunda mitad del siglo XIV y la primera del siglo XV, cuando esa nación consolidó su independencia de Castilla y se extendió después a los océanos -no sin un designio particular de Dios-, abriendo nuevas rutas para favorecer la llegada del Evangelio de Cristo hasta los confines de la tierra.

San Nuno se sintió instrumento de este designio superior y se enroló en la *militia Christi*, o sea, en el servicio de testimonio que todo cristiano está llamado a dar en el mundo. Sus características fueron una intensa vida de oración y una confianza absoluta en el auxilio divino. Aunque era un óptimo militar y un gran jefe, nunca permitió que sus dotes personales se sobrepujasen a la acción suprema que venía de Dios.

San Nuno se esforzaba por no poner obstáculos a la acción de Dios en su vida, imitando a la Virgen, de la que era muy devoto y a la que atribuía públicamente sus victorias. En el caso de su vida, se retiró al convento del Carmen, que él mismo había mandado construir. Me siento feliz de señalar a toda la Iglesia esta figura ejemplar, especialmente por una vida de fe y de oración en contextos aparentemente poco favorables a ella, lo cual prueba que en cualquier situación, incluso de carácter militar y bélico, es posible actuar y realizar los valores y los principios de la vida cristiana, sobre todo si esta se pone al servicio del bien común y de la gloria de Dios.

Santa Gertrudis Comensoli sintió desde la niñez una atracción particular por Jesús presente en la Eucaristía. Adorar a Cristo Eucaristía se convirtió en el fin principal de su vida; casi podríamos decir que fue la condición habitual de su existencia. Ante la Eucaristía santa Gertrudis comprendió su

vocación y su misión en la Iglesia: dedicarse sin reservas a la acción apostólica y misionera, especialmente en favor de la juventud. Así, nació, por obediencia al Papa León XIII, su instituto, para traducir la “caridad contemplada” en Cristo Eucaristía en “caridad vivida” dedicándose al prójimo necesitado.

En una sociedad desorientada y a menudo herida, como la nuestra, a una juventud como la de nuestros tiempos, que busca valores y un sentido para su existencia, santa Gertrudis indica como punto firme de referencia al Dios que en la Eucaristía se ha hecho nuestro compañero de viaje. Nos recuerda que “la adoración debe prevalecer sobre todas las obras de caridad”, porque del amor a Cristo muerto y resucitado, realmente presente en el sacramento de la Eucaristía, brota la caridad evangélica que nos impulsa a considerar hermanos a todos los hombres.

También fue testigo del amor divino Catalina Volpicelli, que se esforzó por “ser de Cristo, para llevar a Cristo” a cuantos encontró en Nápoles a fines del siglo XIX, en un tiempo de crisis espiritual y social. También para ella el secreto fue la Eucaristía. A sus primeras colaboradoras les recomendaba cultivar una intensa vida espiritual en la oración y, sobre todo, el contacto vital con Jesús Eucaristía. Ésta es también hoy la condición para proseguir la obra y la misión que inició y dejó como legado a las “Esclavas del Sagrado Corazón”.

Para ser auténticas educadoras en la fe, deseosas de transmitir a las nuevas generaciones los valores de la cultura cristiana -solía repetir-, es indispensable liberar a Dios de las prisiones en las que lo han confinado los hombres. Sólo en el Corazón de Cristo la humanidad puede encontrar su “morada estable”. Santa Catalina muestra a sus hijas espirituales, y a todos nosotros, el camino exigente de una conversión que cambie radicalmente el corazón y se traduzca en acciones coherentes con el Evangelio. Así es posible poner las bases para construir una sociedad abierta a la justicia y a la solidaridad, superando el desequilibrio económico y cultural que sigue existiendo en gran parte de nuestro planeta.

Queridos hermanos y hermanas, demos gracias al Señor por el don de la santidad, que hoy resplandece en la Iglesia con singular belleza en Arcángel Tadini, Bernardo Tolomei, Nuno de Santa María Álvares Pereira, Gertrudis Comensoli y Catalina Volpicelli. Dejémonos atraer por sus ejemplos, dejémonos guiar por sus enseñanzas, para que también nuestra existencia se convierta en un canto de alabanza a Dios, a ejemplo de Jesús, adorado con fe en el misterio eucarístico y servido con generosidad en nuestro prójimo. Que nos obtenga cumplir esta misión evangélica la intercesión materna de María, Reina de los santos, y de estos nuevos cinco luminosos ejemplos de santidad, que hoy veneramos con alegría. Amén.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
en la Misa de Ordenación
Sacerdotal de diecinueve diáconos
de la Diócesis de Roma, en la
Jornada Mundial de Oración por
las Vocaciones***

*Basilica de San Pedro. IV Domingo de
Pascua, 3 de mayo de 2009*

Queridos hermanos y hermanas:

Según una hermosa tradición, el domingo “del Buen Pastor” el Obispo de Roma se reúne con su presbiterio para la ordenación de nuevos sacerdotes de la diócesis. Cada vez es un gran don de Dios; es su gracia. Por tanto, despertemos en nosotros un profundo sentimiento de fe y agradecimiento al vivir esta celebración. En este clima, me complace saludar al cardenal vicario Agostino Vallini, a los obispos auxiliares, a los demás hermanos en el episcopado y en el sacerdocio y, con especial afecto, a vosotros, queridos diáconos candidatos al presbiterado, juntamente con vuestros familiares y amigos.

La Palabra de Dios que hemos escuchado nos ofrece abundantes sugerencias para la meditación: consideraré algunas, para que pueda proyectar una luz indeleble sobre el camino de vuestra vida y sobre vuestro ministerio.

“Jesús es la piedra; (...) no se nos ha dado otro nombre que pueda salvarnos” (*Hch* 4, 11-12). En el pasaje de los *Hechos de los Apóstoles* -la primera

lectura-, impresiona y hace reflexionar esta singular “homonimia” entre Pedro y Jesús: Pedro, que recibió su nuevo nombre de Jesús mismo, afirma que él, Jesús, es “la piedra”. En efecto, la única roca verdadera es Jesús. El único nombre que salva es el suyo. El apóstol, y por tanto el sacerdote, recibe su propio “nombre”, es decir, su propia identidad, de Cristo. Todo lo que hace, lo hace en su nombre. Su “yo” es totalmente relativo al “yo” de Jesús. En nombre de Cristo, y desde luego no en su propio nombre, el apóstol puede realizar gestos de curación de los hermanos, puede ayudar a los “enfermos” a levantarse y volver a caminar (cf. *Hch* 4, 10).

En el caso de Pedro, el milagro que acaba de realizar manifiesta esto de modo evidente. Y también la referencia a lo que dice el Salmo es esencial: “La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular” (*Sal* 117, 22). Jesús fue “desechado”, pero el Padre lo prefirió y lo puso como cimiento del templo de la Nueva Alianza. Así, el apóstol, como el sacerdote, experimenta a su vez la cruz, y sólo a través de ella llega a ser verdaderamente útil para la construcción de la Iglesia. Dios quiere construir su Iglesia con personas que, siguiendo a Jesús, ponen toda su confianza en Dios, como dice el mismo Salmo: “Mejor es refugiarse en el Señor que fiarse de los hombres; mejor es refugiarse en el Señor que fiarse de los jefes” (*Sal* 117, 8-9).

Al discípulo, le toca la misma suerte del Maestro, que, en última instancia, es la suerte inscrita en la voluntad misma de Dios Padre. Jesús lo confesó al final de su vida, en la gran oración llamada “sacerdotal”: “Padre justo, el mundo no te ha conocido, pero yo te he conocido” (*Jn* 17, 25). También lo había afirmado antes: “Nadie conoce al Padre sino el Hijo” (*Mt* 11, 27). Jesús experimentó sobre sí el rechazo de Dios por parte del mundo, la incompreensión, la indiferencia, la desfiguración del rostro de Dios. Y Jesús pasó el “testigo” a los discípulos: “Yo -dice también en su oración al Padre- les he dado a conocer tu nombre y se lo seguiré dando a conocer, para que el amor con que tú me has amado esté en ellos y yo en ellos” (*Jn* 17, 26).

Por eso, el discípulo, y especialmente el apóstol, experimenta la misma alegría de Jesús al conocer el nombre y el rostro del Padre; y comparte también su mismo dolor al ver que Dios no es conocido, que su amor no es correspondido. Por una parte, exclamamos con alegría, como san Juan en su primera *carta*: “Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!”; y, por otra, constatamos con amargura: “El mundo no nos conoce porque no lo conoció a él” (*1 Jn* 3, 1). Es verdad, y nosotros, los sacerdotes, lo experimentamos: el “mundo” -en la acepción que tiene este término en san Juan- no comprende al cristiano, no comprende a los ministros del Evangelio. En parte porque

de hecho no conoce a Dios, y en parte porque no quiere conocerlo. El mundo no quiere conocer a Dios, para que no lo perturbe su voluntad, y por eso no quiere escuchar a sus ministros; eso podría ponerlo en crisis.

Aquí es necesario prestar atención a una realidad de hecho: este “mundo”, interpretado en sentido evangélico, asecha también a la Iglesia, contagiando a sus miembros e incluso a los ministros ordenados. Bajo la palabra “mundo” san Juan indica y quiere aclarar una mentalidad, una manera de pensar y de vivir que puede contaminar incluso a la Iglesia, y de hecho la contamina; por eso requiere vigilancia y purificación constantes. Hasta que Dios no se manifieste plenamente, sus hijos no serán plenamente “semejantes a él” (1 Jn 3, 2). Estamos “en” el mundo y corremos el riesgo de ser también “del” mundo, mundo en el sentido de esta mentalidad. Y, de hecho, a veces lo somos. Por eso Jesús, al final, no rogó por el mundo -también aquí en ese sentido-, sino por sus discípulos, para que el Padre los protegiera del maligno y fueran libres y diferentes del mundo, aun viviendo en el mundo (cf. Jn 17, 9.15). En aquel momento, al final de la última Cena, Jesús elevó al Padre la oración de consagración por los Apóstoles y por todos los sacerdotes de todos los tiempos, cuando dijo: “Conságralos en la verdad” (Jn 17, 17). Y añadió: “Por ellos me consagro yo, para que ellos también sean consagrados en la verdad” (Jn 17, 19).

Ya comenté estas palabras de Jesús en la homilía de la Misa Crismal, el pasado Jueves santo. Hoy me remito a esa reflexión, haciendo referencia al evangelio del buen pastor, donde Jesús declara: “Yo doy mi vida por las ovejas” (Jn 10, 15.17.18).

Ser sacerdote en la Iglesia significa entrar en esta entrega de Cristo, mediante el sacramento del Orden, y entrar con todo su ser. Jesús dio la vida por todos, pero de modo particular se consagró por aquéllos que el Padre le había dado, para que fueran consagrados en la verdad, es decir, en él, y pudieran hablar y actuar en su nombre, representarlo, prolongar sus gestos salvíficos: partir el Pan de la vida y perdonar los pecados. Así, el buen Pastor dio su vida por todas las ovejas, pero la dio y la da de modo especial a aquéllas que él mismo, “con afecto de predilección”, ha llamado y llama a seguirlo por el camino del servicio pastoral.

Además, Jesús rogó de manera singular por Simón Pedro, y se sacrificó por él, porque un día, a orillas del lago Tiberíades, debía decirle: “Apacienta mis ovejas” (Jn 21, 16-17). De modo análogo, todo sacerdote es destinatario de una oración personal de Cristo, y de su mismo sacrificio, y sólo en cuanto tal está habilitado para colaborar con él en el apacentamiento de la grey, que compete de modo total y exclusivo al Señor.

Aquí quiero tocar un punto que me interesa de manera particular: la ora-

ción y su relación con el servicio. Hemos visto que ser ordenado sacerdote significa entrar de modo sacramental y existencial en la oración de Cristo por los “suyos”. De ahí deriva para nosotros, los presbíteros, una vocación particular a la oración, en sentido fuertemente cristocéntrico: estamos llamados a “permanecer” en Cristo -como suele repetir el evangelista san Juan (cf. *Jn* 1, 35-39; 15, 4-10)-, y este permanecer en Cristo se realiza de modo especial en la oración. Nuestro ministerio está totalmente vinculado a este “permanecer” que equivale a orar, y de él deriva su eficacia.

Desde esta perspectiva, debemos pensar en las diversas formas de oración de un sacerdote, ante todo en la santa misa diaria. La celebración eucarística es el acto de oración más grande y más elevado, y constituye el centro y la fuente de la que reciben su “savía” también las otras formas: la liturgia de las Horas, la adoración eucarística, la *lectio divina*, el santo rosario y la meditación. Todas estas formas de oración, que tienen su centro en la Eucaristía, hacen que en la jornada del sacerdote, y en toda su vida, se realicen las palabras de Jesús: “Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas y las mías me conocen a mí, como me conoce el Padre y yo conozco a mi Padre y doy mi vida por las ovejas” (*Jn* 10, 14-15).

En efecto, este “conocer” y “ser conocido” en Cristo, y mediante él en la santísima Trinidad, es la realidad más

verdadera y más profunda de la oración. El sacerdote que ora mucho, y que ora bien, se va desprendiendo progresivamente de sí mismo y se une cada vez más a Jesús, buen Pastor y Servidor de los hermanos. Al igual que él, también el sacerdote “da su vida” por las ovejas que le han sido encomendadas. Nadie se la quita: él mismo la da, en unión con Cristo Señor, que tiene el poder de dar su vida y el poder de recuperarla no sólo para sí, sino también para sus amigos, unidos a él por el sacramento del Orden. Así, la misma vida de Cristo, Cordero y Pastor, se comunica a toda la grey mediante los ministros consagrados.

Queridos diáconos, que el Espíritu Santo grave esta divina Palabra, que he comentado brevemente, en vuestro corazón, para que dé frutos abundantes y duraderos. Lo pedimos por intercesión de los apóstoles san Pedro y san Pablo, así como de san Juan María Vianney, el cura de Ars, bajo cuyo patrocinio he puesto el próximo Año sacerdotal. Os lo obtenga la Madre del buen Pastor, María santísima. En todas las circunstancias de vuestra vida contempladla a ella, estrella de vuestro sacerdocio. Como a los sirvientes en las bodas de Caná, también a vosotros María os repite: “Haced lo que él os diga” (*Jn* 2, 5). Siguiendo el ejemplo de la Virgen, sed siempre hombres de oración y de servicio, para llegar a ser, en el ejercicio fiel de vuestro ministerio, sacerdotes santos según el corazón de Dios.

MENSAJES

***Mensaje del Papa, Benedicto XVI,
a los participantes en el Curso de
Penitenciaría Apostólica sobre el
Fuero Interno***

*Al venerado hermano Señor cardenal,
James Francis Stafford, Penitenciario
mayor*

De buen grado, también este año, me dirijo con afecto a usted, señor cardenal, y a los queridos participantes en el curso sobre el fuero interno, organizado por la Penitenciaría apostólica y que ha llegado ya a su XX edición. Saludo a todos con afecto, comenzando por usted, venerado hermano. Extiendo mi saludo y agradecimiento al regente, al personal de la Penitenciaría, a los organizadores de este encuentro, así como a los religiosos de diversas Órdenes que administran el sacramento de la Penitencia en las basílicas papales de Roma.

Esta benemérita iniciativa pastoral vuestra, que atrae cada vez más interés y atención, como lo atestigua el número de cuantos participan en ella, constituye un seminario singular de actualización pastoral, cuyos resultados no confluirán, como en las Actas de otros congresos, sólo en una publicación específica, sino que se convertirán en materiales útiles a los participantes para proporcionar respuestas adecuadas a cuantos encuentren durante la administración del sacramento de la

Penitencia. En nuestro tiempo, una de las prioridades pastorales es sin duda formar rectamente la conciencia de los creyentes porque por desgracia, como he reafirmado en otras ocasiones, en la medida en que se pierde el sentido del pecado, aumentan los sentimientos de culpa, que se quisiera eliminar con remedios paliativos insuficientes. A la formación de las conciencias contribuyen múltiples y valiosos instrumentos espirituales y pastorales que es preciso valorar cada vez más; entre ellos, hoy me limito a señalar brevemente la catequesis, la predicación, la homilía, la dirección espiritual, el sacramento de la Reconciliación y la celebración de la Eucaristía.

Ante todo, la catequesis. Como todos los sacramentos, también el de la Penitencia requiere una catequesis previa y una catequesis mistagógica para profundizar el sacramento “*per ritus et preces*”, como lo subraya bien la constitución sobre la liturgia *Sacrosanctum Concilium* del Vaticano II (cf. n. 48). Una catequesis adecuada da una contribución concreta a la educación de las conciencias estimulándolas a percibir cada vez mejor el sentido del pecado, hoy en parte apañado o, peor, oscurecido por un modo de pensar y de vivir “*etsi Deus non daretur*”, según la conocida expresión de Grocio, que ha vuelto a tener gran actualidad y que denota un relativismo cerrado al verdadero sentido de la vida.

Además de la catequesis, hace falta un sabio uso de la predicación, que en la historia de la Iglesia ha asumido formas diversas según la mentalidad y las necesidades pastorales de los fieles. También hoy, en nuestras comunidades se practican estilos diversos de comunicación que utilizan cada vez más los medios telemáticos modernos que están a nuestra disposición. En efecto, los actuales medios de comunicación, aunque por una parte constituyen un desafío que se ha de afrontar, por otra, brindan oportunidades providenciales para anunciar de modo nuevo y más cercano a las sensibilidades contemporáneas la perenne e inmutable Palabra de verdad que el divino Maestro ha confiado a su Iglesia.

La homilía, que, con la reforma promovida por el concilio Vaticano II, ha recuperado su papel “sacramental” dentro del único acto de culto constituido por la liturgia de la Palabra y la de la Eucaristía (cf. *Sacrosanctum Concilium*, 56), es sin duda la forma de predicación más generalizada, con la que cada domingo se educa la conciencia de millones de fieles. En el reciente Sínodo de los obispos, dedicado precisamente a la Palabra de Dios en la Iglesia, varios padres sinodales insistieron oportunamente en el valor y la importancia de la homilía, que es preciso adaptar a la mentalidad contemporánea.

También la “dirección espiritual” contribuye a formar las conciencias. Hoy más que nunca se necesitan

“maestros de espíritu” sabios y santos: un importante servicio eclesial, para el que sin duda hace falta una vitalidad interior que debe implorarse como don del Espíritu Santo mediante una oración intensa y prolongada y una preparación específica que es necesario adquirir con esmero. Además, todo sacerdote está llamado a administrar la misericordia divina en el sacramento de la Penitencia, mediante el cual perdona los pecados en nombre de Cristo y ayuda al penitente a recorrer el camino exigente de la santidad con conciencia recta e informada. Para poder desempeñar ese ministerio indispensable, todo presbítero debe alimentar su propia vida espiritual y cuidar la actualización teológica y pastoral permanente.

Por último, la conciencia del creyente se afina cada vez más gracias a una devota y consciente participación en la santa misa, que es el sacrificio de Cristo para el perdón de los pecados. Cada vez que el sacerdote celebra la Eucaristía, en la Plegaria eucarística recuerda que la Sangre de Cristo fue derramada para el perdón de nuestros pecados, por lo cual, en la participación sacramental en el memorial del sacrificio de la cruz, se realiza el encuentro pleno de la misericordia del Padre con cada uno de nosotros.

Exhorto a los participantes en el curso a atesorar lo que han aprendido sobre el sacramento de la Penitencia. En los diversos ámbitos donde les toque vivir y trabajar, han de procurar mantener

siempre viva en sí mismos la conciencia de que deben ser “ministros” dignos de la misericordia divina y educadores responsables de las conciencias. Han de inspirarse en el ejemplo de los santos confesores y maestros espirituales, entre los cuales quiero recordar en particular al cura de Ars, san Juan María Vianney, de cuya muerte precisamente este año recordamos el 150° aniversario. De él se ha escrito que “durante más de cuarenta años gobernó de modo admirable la parroquia a él confiada... con la predicación asidua, la oración y una vida de penitencia. Cada día, en la catequesis que impartía a niños y adultos, en la Reconciliación que administraba a los penitentes y en las obras impregnadas de la caridad ardiente que extraía de la sagrada Eucaristía como de una fuente, avanzó hasta tal punto que difundió en todas partes su consejo y acercó sabiamente a muchos a Dios” (*Martirologio*, 4 de agosto). He aquí un modelo al que mirar y un protector al que invocar cada día.

Por último, que vele sobre el ministerio sacerdotal de cada uno la Virgen María, a la que en el tiempo de Cuaresma invocamos y honramos como “discípula del Señor” y “Madre de reconciliación”. Con estos sentimientos, a la vez que exhorto a cada uno a dedicarse con empeño al ministerio de las confesiones y de la dirección espiritual, le imparto de corazón mi bendición a usted, venerado hermano, a los presentes en el curso y a sus seres queridos.

Vaticano, 12 de marzo de 2009

***Mensaje del Papa, Benedicto XVI,
a los participantes en una
Conferencia Internacional
sobre el tema: “Vida, familia y
desarrollo: el papel de la mujer
en la promoción de los Derechos
Humanos” (Vaticano, 20-21 de
marzo 2009)***

*A mi venerable hermano Cardenal,
Renato Raffaele Martino*

Me complace enviarle un cordial saludo a usted y a todos los que participan en la Conferencia internacional sobre el tema “Vida, familia y desarrollo: el papel de la mujer en la promoción de los derechos humanos”. Esta Conferencia patrocinada por el Consejo pontificio Justicia y paz, con la cooperación de la Alianza mundial de mujeres en favor de la vida y la familia, la Unión mundial de organizaciones femeninas católicas y otras asociaciones, es un ejemplo de respuesta a la invitación de mi predecesor el Papa, Juan Pablo II, a un “nuevo feminismo” capaz de transformar la cultura, impregnándola de un respeto decidido a la vida (cf. *Evangelium vitae*, 98-99).

Cada día percibimos nuevas amenazas contra la vida, especialmente en sus fases más vulnerables. Aunque la justicia exige que sean denunciadas como violación de los derechos humanos, también deben suscitar una respuesta positiva y concreta. El reconocimiento y el aprecio del

plan de Dios para las mujeres en la transmisión de la vida y en la educación de los hijos es un paso constructivo en esa dirección. Además, dada la notable influencia de las mujeres en la sociedad, es necesario animarlas a aprovechar la oportunidad de defender la dignidad de la vida mediante su compromiso en la educación y su participación en la vida política y civil. En efecto, al haber sido dotadas por el Creador con una “capacidad única de acogida del otro”, las mujeres desempeñan un papel crucial en la promoción de los derechos humanos, porque sin su voz se vería debilitado el tejido social (cf. Congregación para la doctrina de la fe, *Carta a los obispos de la Iglesia católica sobre la colaboración del hombre y la mujer en la Iglesia y en el mundo*, n. 13).

Al reflexionar sobre el papel de la mujer en la promoción de los derechos humanos, os invito a recordar una tarea sobre la que he llamado la atención en muchas ocasiones, a saber, la de corregir la idea errónea según la cual el cristianismo sería solamente un conjunto de mandamientos y prohibiciones. El Evangelio es un mensaje de alegría que anima a hombres y mujeres a gozar del amor conyugal; lejos de reprimirlo, la fe y la moral cristianas lo hacen sano, fuerte y verdaderamente libre. Éste es el significado exacto de los diez Mandamientos: no son una serie de “no”, sino un gran “sí” al amor y a la vida (cf. *Discurso a*

los participantes en la Asamblea eclesial de la diócesis de Roma, 5 de junio de 2006).

Espero sinceramente que vuestros debates de los próximos dos días se traduzcan en iniciativas concretas para salvaguardar el papel indispensable de la familia en el desarrollo integral de la persona humana y de toda la sociedad. El genio de la mujer para movilizar y organizar, la dota de la habilidad y las motivaciones necesarias para desarrollar redes en continua expansión para el intercambio de experiencias y la generación de nuevas ideas. Los logros de la Alianza mundial de mujeres en favor de la vida y la familia, y de la Unión mundial de organizaciones femeninas católicas, son un magnífico ejemplo de esto, y animo a sus miembros a perseverar en su generoso servicio a la sociedad. Ojalá que el radio de vuestra influencia siga creciendo a nivel regional, nacional e internacional para la promoción de los derechos humanos basados en el sólido fundamento del matrimonio y la familia.

Formulo una vez más mis mejores deseos de éxito para esa Conferencia y ofrezco mis oraciones para que las organizaciones participantes continúen su misión. Invocando la intercesión de María, “la figura y la más perfecta realización de la Iglesia” (*Catecismo de la Iglesia católica*, n. 507), os imparto de corazón mi bendición apostólica.

***Mensaje del Papa, Benedicto XVI,
con ocasión del funeral de las
víctimas del terremoto en los
Abruzos***

Al amadísimo arzobispo, Giuseppe Molinari y a todos vosotros amadísimos hermanos y hermanas en el Señor

En estas horas dramáticas, en las que una terrible tragedia ha asolado esa tierra, me siento espiritualmente presente en medio de vosotros para compartir vuestra angustia, implorar a Dios el descanso eterno para las víctimas, la pronta recuperación para los heridos, y para todos la valentía de seguir esperando sin caer en el desconsuelo. He pedido a mi secretario de Estado que fuera a presidir esta celebración litúrgica extraordinaria, en la que la comunidad cristiana se congregará en torno a sus difuntos para darles su última despedida. Le encomiendo a él, y a mi secretario particular, la tarea de transmitir personalmente la expresión de mi conmovida participación en el luto de cuantos lloran a sus seres queridos muertos en el terremoto.

En momentos como éstos, es fuente de luz y de esperanza la fe que, precisamente en estos días, nos habla del sufrimiento del Hijo de Dios que se hizo hombre por nosotros: que su pasión, su muerte y su resurrección sean para todos manantial de consuelo y abran el corazón de cada uno a la contemplación de la vida en la que “no habrá ya muerte ni llanto, ni gritos ni fatigas,

porque el mundo viejo ha pasado” (Ap 21, 4).

Estoy seguro de que, con el compromiso de todos, se pueden afrontar las necesidades más urgentes. La violencia del seísmo ha creado situaciones de notable dificultad. He seguido el desarrollo del devastador fenómeno telúrico de la primera sacudida del terremoto, que se sintió también en el Vaticano, y he constatado con agrado que se ha manifestado una creciente ola de solidaridad, gracias a la cual se han organizado las primeras ayudas, con vistas a una acción cada vez más eficaz tanto del Estado como de las instituciones eclesiales, así como de particulares.

La Santa Sede quiere colaborar, juntamente con las parroquias, los institutos religiosos y las asociaciones laicales. Éste es el momento del compromiso, en sintonía con los organismos del Estado, que ya están trabajando de forma laudable. Sólo la solidaridad puede permitir superar pruebas tan dolorosas.

Encomiendo a la santísima Virgen a las personas y las familias implicadas en esta tragedia y, por su intercesión materna, pido al Señor que enjague todas las lágrimas y alivie todas las heridas, a la vez que envíe a cada uno una especial y consoladora bendición apostólica.

Vaticano, 9 de abril de 2009

***Mensaje del Papa, Benedicto XVI,
a la Asamblea General de las OMP
reunida en Roma***

“Estoy muy contento, Señor Cardenal, de hacer llegar mi cordial saludo a Ud. y a los Directores Nacionales de las Obras Misionales Pontificias, reunidos en Roma con ocasión de la Asamblea General del Consejo Superior, que en su amplia representatividad quiere manifestar concretamente “el aspecto universal y comunitario de la misión” (cfr. Estatuto de las OMP, art. 36).

Deseo expresar, sobre todo, mi vivo agradecimiento por la obra preciosa desarrollada para el sostenimiento de las Iglesias particulares en su empeño de anunciar a Cristo a todas las naciones, para que caminen a su luz. Toda la Iglesia, de hecho, es consciente de que para poder llevar a cabo con eficacia tal servicio misionero es necesario que los Pastores y los responsables de la grey de Cristo, junto con aquéllos que están llamados directamente a la actividad misionera, no dejen de beber de la fuente del agua viva, que es Cristo.

El secreto de una evangelización verdadera y eficaz está en el anhelo hacia la santidad. La Iglesia y el mundo tienen una necesidad extrema de testigos que sean creíbles por el amor a Dios y la santidad vivida. Es la contemplación del rostro de Cristo la que hace surgir la pasión incontenible de proclamarlo y darlo a los demás y capacita para reconocerlo presente en el rostro de los

pobres y los marginados. Sólo si se es conducido por el Espíritu, es posible experimentar la profundidad del amor de Cristo, del que surge la fecundidad de la misión y el testimonio, que debe llenar la Iglesia y el mundo del buen olor de Cristo (cfr 2 Cor 2,14-15). Oración, contemplación, imitación de Cristo constituyen el alma de toda actividad apostólica, las únicas que permiten al apóstol -como escribía en la Encíclica *Deus caritas est-* beber de “aquella primera fuente que es Jesucristo, de cuyo corazón traspasado surge el amor de Dios” (n. 7). Aquí está la metodología perenne de la actividad misionera. A cada cristiano se le pide ser testigo creíble de este amor de Dios para hacer emerger la fascinación por el Evangelio, hacer conocer y amar a la Iglesia y contribuir a la dilatación del Reino de Dios. El verdadero misionero es el santo, y el mundo espera misioneros santos.

El deber de anunciar a Cristo a todos los pueblos representa ciertamente un enorme compromiso, que sobrepasa las posibilidades humanas. Nosotros, sin embargo, sabemos que quien evangeliza es Cristo y su Espíritu. Nosotros somos solamente sus colaboradores, conscientes de que seremos anunciadores eficaces sólo si sabemos doblar las rodillas en oración y tener las manos levantadas al cielo: en una palabra, si sabemos dejarnos permear por el amor de Dios “recibido en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado” (Rom 5,5).

Gracias a Dios, en todas las Iglesias del mundo está presente y viva tal exigencia de santidad. Por eso, sobre todo las Iglesias jóvenes piden ser ayudadas en la formación de los presbíteros, de los religiosos, de las religiosas y de los seminaristas por medio de personal cualificado e indispensables contribuciones económicas. Particularmente precioso, a este respecto, es el papel llevado a cabo por las Obras Misionales Pontificias, que en la Urbe dan soporte financiero a los Colegios Pontificios y están igualmente empeñadas en la formación de los candidatos al presbiterado y a la vida consagrada en las Iglesias de misión, en la construcción y manutención de las estructuras formativas y en el sostenimiento del personal dedicado a la formación.

Auguro que el especial Año Sacerdotal, que yo mismo inauguraré el próximo 19 de junio, contribuirá a hacer percibir cada vez más la importancia del papel y de la misión del sacerdote en la Iglesia y en la sociedad contemporánea. Estoy seguro, además, de que las Obras Misionales Pontificias continuarán prestando su valiosa contribución para que los presbíteros y las personas de vida consagrada sean, cada vez más, pastores y misioneros según el corazón de Dios.

Con tales sentimientos y deseos, mientras invoco la celestial intercesión de la Bienaventurada Virgen María, Estrella de la Evangelización, le impartido de corazón, venerado Hermano, una

Bendición Apostólica especial, que con afecto extiende a los Directores Nacionales y a todos los que colaboran en el precioso trabajo de animación, formación y cooperación misionera”.

Mensaje del Papa, Benedicto XVI, en la XLIII Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales

“Nuevas tecnologías, nuevas relaciones.

Promover una cultura de respeto, de diálogo y de amistad”

Solemnidad de la Ascensión del Señor, 24 de mayo 2009

Queridos hermanos y hermanas:

Ante la proximidad de la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales, me es grato dirigirme a vosotros para exponeros algunas de mis reflexiones sobre el tema elegido este año: *Nuevas tecnologías, nuevas relaciones. Promover una cultura de respeto, diálogo y amistad.* En efecto, las nuevas tecnologías digitales están provocando hondas transformaciones en los modelos de comunicación y en las relaciones humanas. Estos cambios resaltan aún más entre los jóvenes que han crecido en estrecho contacto con estas nuevas técnicas de comunicación y que, por tanto, se sienten a gusto en el mundo digital, que resulta sin embargo menos familiar a muchos de nosotros, adul-

tos, que hemos debido empezar a entenderlo y apreciar las oportunidades que ofrece para la comunicación. En el mensaje de este año, pienso particularmente en quienes forman parte de la llamada generación digital. Quisiera compartir con ellos algunas ideas sobre el extraordinario potencial de las nuevas tecnologías, cuando se usan para favorecer la comprensión y la solidaridad humana. Estas tecnologías son un verdadero don para la humanidad y por ello, debemos hacer que sus ventajas se pongan al servicio de todos los seres humanos y de todas las comunidades, sobre todo de los más necesitados y vulnerables.

El fácil acceso a teléfonos móviles y computadoras, unido a la dimensión global y a la presencia capilar de Internet, han multiplicado los medios para enviar instantáneamente palabras e imágenes a grandes distancias y hasta los lugares más remotos del mundo. Esta posibilidad era impensable para las precedentes generaciones. Los jóvenes especialmente se han dado cuenta del enorme potencial de los nuevos medios para facilitar la conexión, la comunicación y la comprensión entre las personas y las comunidades, y los utilizan para estar en contacto con sus amigos, para encontrar nuevas amistades, para crear comunidades y redes, para buscar información y noticias, para compartir sus ideas y opiniones. De esta nueva cultura de comunicación, se derivan muchos beneficios: las familias pueden permanecer en contacto aunque

sus miembros estén muy lejos unos de otros; los estudiantes e investigadores tienen acceso más fácil e inmediato a documentos, fuentes y descubrimientos científicos, y pueden así trabajar en equipo desde diversos lugares; además, la naturaleza interactiva de los nuevos medios facilita formas más dinámicas de aprendizaje y de comunicación que contribuyen al progreso social.

Aunque nos asombra la velocidad con que han evolucionado las nuevas tecnologías en cuanto a su fiabilidad y eficiencia, no debería sorprendernos su popularidad entre los usuarios, pues esta responde al deseo fundamental de las personas de entrar en relación unas con otras. Este anhelo de comunicación y amistad tiene su raíz en nuestra propia naturaleza humana y no puede comprenderse adecuadamente sólo como una respuesta a las innovaciones tecnológicas. A la luz del mensaje bíblico, ha de entenderse como reflejo de nuestra participación en el amor comunicativo y unificador de Dios, que quiere hacer de toda la humanidad una sola familia. Cuando sentimos la necesidad de acercarnos a otras personas, cuando deseamos conocerlas mejor y darnos a conocer, estamos respondiendo a la llamada divina, una llamada que está grabada en nuestra naturaleza de seres creados a imagen y semejanza de Dios, el Dios de la comunicación y de la comunión.

El deseo de estar en contacto y el instinto de comunicación, que pare-

cen darse por descontados en la cultura contemporánea, son en el fondo manifestaciones modernas de la tendencia fundamental y constante del ser humano a ir más allá de sí mismo para entrar en relación con los demás. En realidad, cuando nos abrimos a los demás, realizamos una de nuestras más profundas aspiraciones y nos hacemos más plenamente humanos. En efecto, amar es aquello para lo que hemos sido concebidos por el Creador. Naturalmente, no hablo de relaciones pasajeras y superficiales; hablo del verdadero amor, que es el centro de la enseñanza moral de Jesús: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas”, y “amarás a tu prójimo como a ti mismo” (cf. *Mc* 12, 30-31). Con esta luz, al reflexionar sobre el significado de las nuevas tecnologías, es importante considerar no sólo su indudable capacidad de favorecer el contacto entre las personas, sino también la calidad de los contenidos que se deben poner en circulación. Deseo animar a todas las personas de buena voluntad, y que trabajan en el mundo emergente de la comunicación digital, para que se comprometan a promover una cultura de respeto, diálogo y amistad.

Por lo tanto, quienes se ocupan del sector de la producción y difusión de contenidos de los nuevos medios han de comprometerse a respetar la dignidad y el valor de la persona humana. Si las nuevas tecnologías deben servir para el bien de los individuos y de la

sociedad, quienes las usan deben evitar compartir palabras e imágenes degradantes para el ser humano, y excluir por tanto lo que alimenta el odio y la intolerancia, envilece la belleza y la intimidad de la sexualidad humana, o lo que explota a los débiles e indefensos.

Las nuevas tecnologías han abierto también caminos para el diálogo entre personas de diversos países, culturas y religiones. El nuevo espacio digital, llamado ciberespacio, permite encontrarse y conocer los valores y tradiciones de otros. Sin embargo, para que esos encuentros den fruto, se requieren formas honestas y correctas de expresión, además de una escucha atenta y respetuosa. El diálogo debe estar basado en una búsqueda sincera y recíproca de la verdad, para potenciar el desarrollo en la comprensión y la tolerancia. La vida no es una simple sucesión de hechos y experiencias; es más bien la búsqueda de la verdad, del bien, de la belleza. A dichos fines se encaminan nuestras decisiones y el ejercicio de nuestra libertad, y en ellos —la verdad, el bien y la belleza— encontramos felicidad y alegría. No hay que dejarse engañar por quienes tan solo van en busca de consumidores en un mercado de posibilidades indiferenciadas, donde la elección misma se presenta como el bien, la novedad se confunde con la belleza y la experiencia subjetiva suplanta a la verdad.

El concepto de amistad ha tenido un nuevo auge en el vocabulario de las

redes sociales digitales que han surgido en los últimos años. Este concepto es una de las más nobles conquistas de la cultura humana. En nuestras amistades, y a través de ellas, crecemos y nos desarrollamos como seres humanos. Precisamente por eso, siempre se ha considerado la verdadera amistad como una de las riquezas más grandes que puede tener el ser humano. Por tanto, se ha de tener cuidado de no banalizar el concepto y la experiencia de la amistad. Sería una pena que nuestro deseo de establecer y desarrollar las amistades *on line* fuera en deterioro de nuestra disponibilidad para la familia, los vecinos y quienes encontramos en nuestra realidad cotidiana, en el lugar de trabajo, en la escuela o en el tiempo libre. En efecto, cuando el deseo de conexión virtual se convierte en obsesivo, la consecuencia es que la persona se aísla, interrumpiendo su interacción social real. Esto termina por alterar también los ritmos de reposo, de silencio y de reflexión necesarios para un sano desarrollo humano.

La amistad es un gran bien para las personas, pero se vaciaría de sentido si fuese considerado como un fin en sí mismo. Los amigos deben sostenerse y animarse mutuamente para desarrollar sus capacidades y talentos, y para poner estos al servicio de la comunidad humana. En este contexto es alentador ver surgir nuevas redes digitales que tratan de promover la solidaridad humana, la paz y la justicia, los derechos humanos, el respeto por la vida y el bien de la

creación. Estas redes pueden facilitar formas de cooperación entre pueblos de diversos contextos geográficos y culturales, permitiéndoles profundizar en la humanidad común y en el sentido de corresponsabilidad para el bien de todos. Pero se ha de procurar que el mundo digital en el que se crean esas redes sea realmente accesible a todos. Sería un grave daño para el futuro de la humanidad si los nuevos instrumentos de comunicación, que permiten compartir saber e información de modo más veloz y eficaz, no fueran accesibles a quienes ya están social y económicamente marginados, o si contribuyeran tan sólo a acrecentar la distancia que separa a los pobres de las nuevas redes que se desarrollan al servicio de la información y la socialización humana.

Quisiera concluir este mensaje dirigiéndome de manera especial a los jóvenes católicos, para exhortarlos a llevar al mundo digital el testimonio de su fe. Amigos, sentíos comprometidos a sembrar en la cultura de este nuevo ambiente comunicativo e informativo los valores sobre los que se apoya vuestra vida. En los primeros tiempos de la Iglesia, los apóstoles y sus discípulos llevaron la Buena Noticia de Jesús al mundo grecorromano. Así como entonces la evangelización, para dar fruto, tuvo necesidad de una atenta comprensión de la cultura y de las costumbres de aquellos pueblos paganos, con el fin de tocar su mente y su corazón, así también ahora el anuncio de Cristo en el mundo de las nuevas

tecnologías requiere conocer estas en profundidad para usarlas después de manera adecuada. A vosotros, jóvenes, que casi espontáneamente os sentís en sintonía con estos nuevos medios de comunicación, os corresponde de manera particular la tarea de evangelizar este “continente digital”. Hacedos cargo con entusiasmo del anuncio del Evangelio a vuestros coetáneos. Vosotros conocéis sus temores y sus esperanzas, sus entusiasmos y sus desilusiones. El don más valioso que les podéis ofrecer es compartir con ellos la “buena noticia” de un Dios que se hizo hombre,

padeció, murió y resucitó para salvar a la humanidad. El corazón humano anhela un mundo en el que reine el amor, donde los bienes sean compartidos, donde se edifique la unidad, donde la libertad encuentre su propio sentido en la verdad y donde la identidad de cada uno se logre en una comunión respetuosa. La fe puede dar respuesta a estas aspiraciones: ¡Sed sus mensajeros! El Papa está junto a vosotros con su oración y con su bendición.

Vaticano, 24 de enero 2009, *Fiesta de San Francisco de Sales*.

VIAJES APOSTÓLICOS

VISITA A LAS ZONAS AFECTADAS POR EL TERREMOTO DE LOS ABRUZOS

Palabras del Papa, Benedicto XVI, a los damnificados por el terremoto, en el Campamento de Onna

Martes, 29 de abril de 2009

Queridos amigos:

He venido en persona a vuestra tierra espléndida y herida, que está viviendo días de gran dolor y precariedad, para expresaros del modo más directo mi cordial cercanía. He estado junto a vosotros desde el primer momento, desde que tuve noticia del fuerte terremoto que, en la noche del

pasado 6 de abril, provocó casi trescientas víctimas, numerosos heridos e ingentes daños materiales a vuestras casas.

He seguido con conmoción las noticias, compartiendo vuestra consternación y vuestras lágrimas por los difuntos, así como vuestras angustiosas preocupaciones por lo que habéis perdido en un instante. Ahora estoy aquí entre vosotros: quisiera abrazaros con afecto a cada uno. La Iglesia entera está aquí conmigo, junto a vuestros sufrimientos, compartiendo vuestro dolor por la pérdida de familiares y amigos, deseosa de ayudaros a recons-

truir las casas, las iglesias, los establecimientos comerciales que se desplomaron o quedaron gravemente dañados por el seísmo. He admirado el valor, la dignidad y la fe con la que habéis afrontado también esta dura prueba, manifestando una gran voluntad de no ceder ante las adversidades. De hecho, no es el primer terremoto que sufre vuestra región, y ahora, como en el pasado, no os habéis rendido, no os habéis desalentado. Hay en vosotros una fuerza de ánimo que suscita esperanza. Es muy significativo al respecto un dicho que suelen repetir vuestros ancianos: “Quedan todavía muchos días detrás del Gran Sasso”.

Al llegar aquí, a Onna, uno de los centros que ha pagado un alto precio en vidas humanas, puedo imaginar toda la tristeza y el sufrimiento que habéis soportado durante estas semanas. Si hubiera sido posible, habría deseado ir a cada pueblo y a cada barrio, a todos los campamentos y encontrarme con todos. Me doy perfecta cuenta de que, a pesar del compromiso de solidaridad manifestado desde todas partes, son muchas las molestias que comporta cada día vivir fuera de casa, en los automóviles o en las tiendas, sobre todo a causa del frío y de la lluvia. Pienso también en los numerosos jóvenes obligados bruscamente a afrontar una realidad dura, en los muchachos que han tenido que interrumpir la escuela con sus amistades, y en los ancianos que han tenido que renunciar a sus costumbres.

Se podría decir, queridos amigos, que os encontráis, en cierto modo, en el es-

tado de ánimo de los dos discípulos de Emaús, de los que habla el evangelista san Lucas. Después del trágico acontecimiento de la cruz, volvían a casa decepcionados y amargados, por la muerte de Jesús. Parecía que ya no había esperanza, que Dios se había escondido y ya no estaba presente en el mundo. Pero, a lo largo del camino, él se les acercó y se puso a conversar con ellos. Aunque no lo reconocieron con los ojos, algo se despertó en su corazón: las palabras de aquel “Desconocido” volvieron a encender en ellos el ardor y la confianza que la experiencia del Calvario había apagado.

Queridos amigos, mi pobre presencia entre vosotros quiere ser un signo tangible del hecho de que el Señor crucificado vive, que está con nosotros, que realmente ha resucitado y no nos olvida; no os abandona; escuchará vuestros interrogantes sobre el futuro; no está sordo al grito preocupado de tantas familias que lo han perdido todo: casas, ahorros, trabajo y a veces también vidas humanas. Ciertamente, su respuesta concreta pasa a través de nuestra solidaridad, que no puede limitarse a la emergencia inicial, sino que debe convertirse en un proyecto estable y concreto en el tiempo. Animo a todos, instituciones y empresas, para que esta ciudad y esta tierra vuelvan a levantarse.

El Papa está aquí, hoy, entre vosotros para deciros también una palabra de consuelo sobre vuestros muertos: están vivos en Dios y esperan de vosotros un

testimonio de valor y de esperanza. Esperan ver renacer esta tierra suya, que debe volver a adornarse de casas y de iglesias, bellas y sólidas. Y precisamente en nombre de estos hermanos y hermanas es preciso comprometerse nuevamente a vivir recurriendo a lo que no muere y que el terremoto no ha destruido y no puede destruir: el amor. El amor permanece también más allá del confín de esta precaria existencia terrena nuestra, porque el Amor verdadero es Dios. Quien ama vence, en Dios, a la muerte y sabe que no pierde a aquellos a los que ha amado.

Quiero concluir estas palabras dirigiendo al Señor una oración particular por las víctimas del terremoto.

Te encomendamos
nuestros seres queridos a ti, Señor,
sabiendo que a tus fieles
tú no les quitas la vida
sino que la transformas,
y en el mismo momento
en que se destruye
la morada de este exilio nuestro
en la tierra,
te preocupas de preparar
una eterna e inmortal en el paraíso.

Padre Santo,
Señor del cielo y de la tierra,
escucha el grito de dolor
y de esperanza,
que eleva a ti esta comunidad
duramente probada por el terremoto.

Es el grito silencioso
de la sangre de madres,

de padres, de jóvenes
y también de niños inocentes
que se alza de esta tierra.

Han sido arrancados
del afecto de sus seres queridos:
acógelos a todos en tu paz,
Señor, que eres el Dios-con-nosotros,
el Amor capaz de dar la vida sin fin.

Tenemos necesidad de ti
y de tu fuerza,
porque nos sentimos pequeños
y frágiles ante la muerte.

Te rogamos, ayúdanos,
porque solamente con tu apoyo
podremos volver a levantarnos
y a reanudar juntos
el camino de la vida,
cogiéndonos de la mano
unos a otros con confianza.

Te lo pedimos por Jesucristo,
nuestro Salvador,
en el que brilla la esperanza
de la feliz resurrección.
Amén.

Oremos ahora con la plegaria que el
Señor nos enseñó: "Padre nuestro..."

*Seguidamente el Papa impartió la
bendición y añadió:*

Mi oración está con vosotros.
Estemos unidos y el Señor nos
ayudará. Gracias por vuestra va-
lentía, vuestra fe y vuestra espe-
ranza.

***Palabras del Papa, Benedicto XVI,
a la población de L'Aquila en la
Plaza de Coppito***

Martes, 29 de abril de 2009

Queridos hermanos y hermanas:

Gracias por vuestra acogida, que me conmueve profundamente. Os abrazo a todos con afecto en nombre de Cristo, nuestra firme esperanza. Saludo a vuestro arzobispo, el querido monseñor Giuseppe Molinari, que como pastor ha compartido y está compartiendo con vosotros esta dura prueba. Le agradezco las cordiales palabras, llenas de fe y confianza evangélica, con que se ha hecho intérprete de vuestros sentimientos.

Saludo al alcalde de L'Aquila, honorable Massimo Cialente, que con gran empeño está impulsando el renacimiento de esta ciudad; así como al presidente de la Región, honorable Gianni Chiodi. A ambos les agradezco sus profundas palabras. Saludo a la *Guardia de Finanza*, que nos acoge en este lugar. Saludo a los párrocos, a los demás sacerdotes y a las religiosas. Saludo a los alcaldes de las poblaciones afectadas por esta catástrofe, así como a todas las autoridades civiles y militares: a la Protección civil, a los bomberos, a la Cruz Roja, a los equipos de socorro y a los numerosos voluntarios de muchas y diversas asociaciones. Sería difícil nombrarlos a todos; sin embargo, a cada uno quisiera dirigir una palabra de aprecio especial.

Gracias por lo que habéis hecho y, sobre todo por el amor con que lo habéis hecho. Gracias por el ejemplo que habéis dado. Proseguid vuestra labor unidos y bien coordinados, a fin de que se puedan aplicar cuanto antes soluciones eficaces para las personas que viven actualmente en los campamentos. Lo deseo de corazón y rezo por esta intención.

He comenzado esta visita por Onna, población fuertemente azotada por el seísmo, pensando también en las demás poblaciones damnificadas. Llevo en mi corazón a todas las víctimas de esta catástrofe: niños, jóvenes, adultos, ancianos, tanto de los Abruzos como de otras regiones de Italia, e incluso de diversas naciones.

Mi visita a la basílica de Collemaggio, para venerar las reliquias del santo Papa, Celestino V, me ha permitido palpar el corazón herido de esta ciudad. Así he querido rendir homenaje a la historia y a la fe de vuestra tierra, y a todos vosotros, que os identificáis con este santo. Sobre su urna, como ha recordado usted, señor alcalde, he dejado como signo de mi participación espiritual el palio que me impusieron en el día del inicio de mi pontificado. Además, para mí ha sido muy conmovedor orar ante la *Casa del estudiante*, donde la violencia del terremoto segó varias vidas jóvenes. Al atravesar la ciudad, he tomado mayor conciencia de las graves consecuencias del terremoto.

Me encuentro ahora en esta plaza, situada frente a la escuela de la *Guardia de Finanza*, que prácticamente desde el primer momento funciona como cuartel general de toda la labor de socorro. Este lugar, consagrado por la oración y el llanto por las víctimas, constituye en cierto modo el símbolo de vuestra tenaz voluntad de no caer en el desaliento. "*Nec recisa recedit*": el lema del cuerpo de la *Guardia de Finanza*, que podemos admirar en la fachada del edificio, parece expresar muy bien la que el alcalde ha definido firme intención de reconstruir la ciudad con la constancia que os caracteriza a vosotros, los habitantes de los Abruzos.

En esta amplia plaza, que acogió los féretros de numerosas víctimas para la celebración del funeral presidido por el cardenal Tarcisio Bertone, mi secretario de Estado, se han dado cita hoy las fuerzas comprometidas a ayudar a las poblaciones de L'Aquila y los Abruzos a volverse a levantar pronto de las ruinas del terremoto.

Como ha recordado el arzobispo, mi visita a vosotros, que desde el primer momento deseaba realizar, quiere ser signo de mi cercanía a cada uno de vosotros y de la solidaridad fraterna de toda la Iglesia. En efecto, como comunidad cristiana, formamos un solo cuerpo espiritual; y, si una parte sufre, todas las demás partes sufren con ella; y si una parte se esfuerza por levantarse, todas participan en su esfuerzo. Quiero deciros que desde todas las partes del

mundo me han llegado para vosotros manifestaciones de solidaridad. Muchas altas personalidades de las Iglesias ortodoxas me han escrito para asegurar su oración y su cercanía espiritual, enviando también ayudas económicas.

Deseo subrayar el valor y la importancia de la solidaridad que, aunque se manifieste de modo especial en momentos de crisis, es como un fuego escondido bajo la ceniza. La solidaridad es un sentimiento muy cívico y cristiano, y pone de manifiesto la madurez de una sociedad. En la práctica se expresa en la obra de socorro, pero no es sólo una maquina de organización eficiente: hay un alma, hay una pasión, que deriva precisamente de la gran historia civil y cristiana de nuestro pueblo, tanto si se realiza en las formas institucionales como a través del voluntariado. Y también quiero congratularme hoy por esto.

El trágico acontecimiento del terremoto invita a la comunidad civil y a la Iglesia a una profunda reflexión. Como cristianos debemos interrogarnos: "¿Qué quiere decirnos el Señor a través de este triste acontecimiento?". Hemos vivido la Pascua afrontando esta tragedia, interrogando la Palabra de Dios y recibiendo nueva luz de la crucifixión y la resurrección del Señor. Hemos celebrado la muerte y la resurrección de Cristo, llevando en la mente y en el corazón vuestro dolor, orando para que no fallara en las personas afectadas la confianza en Dios y la esperanza. Pero

también como comunidad civil es preciso hacer un serio examen de conciencia, para que se mantenga en todo momento el nivel de las responsabilidades. Con esta condición, L'Aquila, aunque esté herida, podrá volver a volar.

Ahora, queridos hermanos y hermanas, os invito a dirigir la mirada a la estatua de la Virgen de Roio, venerada en un santuario muy amado por vosotros, para encomendarle a ella, Nuestra Señora de la Cruz, la ciudad y todos los demás pueblos azotados por el terremoto. A ella, la Virgen de Roio, le dejo una rosa de oro, como signo de mi oración por vosotros, a la vez que encomiendo a su protección materna y celestial todas las localidades afectadas.

Y ahora oremos:

Oh María,
Madre nuestra amadísima,
tú que estás junto a nuestras cruces

como permaneciste
junto a la de Jesús,
sostén nuestra fe,
para que, aunque estemos
inmersos en el dolor,
mantengamos la mirada fija
en el rostro de Cristo,
en el que, durante
el sufrimiento extremo de la cruz,
se manifestó el amor inmenso
y puro de Dios.

Madre de nuestra esperanza,
danos tus ojos para ver,
más allá del sufrimiento
y de la muerte,
la luz de la resurrección.

Danos tu corazón
para seguir amando y sirviendo,
también en medio de la prueba.

¡Oh María, Virgen de Roio,
Nuestra Señora de la Cruz,
ruega por nosotros!

PEREGRINACIÓN DEL SANTO PADRE, BENEDICTO XVI, A TIERRA SANTA (8-15 DE MAYO DE 2009)

***Respuestas del Papa, Benedicto XVI,
a las preguntas de los periodistas
durante el vuelo hacia Tierra Santa***

Viernes 8 de mayo de 2009

El padre Federico Lombardi, s.j., di-

rector de la Sala de prensa de la Santa Sede, dirigió al Santo Padre algunas preguntas formuladas por los periodistas.

P. *Santidad, este viaje se realiza en un período muy delicado para Oriente Medio: hay fuertes tensiones; con ocasión de*

la crisis de Gaza, incluso se había pensado que usted renunciaría a realizarlo. Al mismo tiempo, pocos días después de su viaje, los principales responsables políticos de Israel y de la Autoridad palestina se encontrarán con el presidente Obama. ¿Piensa usted que podrá dar una contribución al proceso de paz que ahora parece encallado?

R. ¡Buenos días! Ante todo, quiero agradecer el trabajo que lleváis a cabo y desear a todos un buen viaje, una buena peregrinación, un buen regreso. Con respecto a la pregunta, ciertamente trato de contribuir a la paz no como individuo, sino en nombre de la Iglesia católica, de la Santa Sede. Nosotros no somos un poder político, sino una fuerza espiritual; y esta fuerza espiritual es una realidad que puede contribuir al progreso del proceso de paz. Veo tres niveles. El primero: como creyentes, estamos convencidos de que la oración es una verdadera fuerza, pues abre el mundo a Dios. Estamos convencidos de que Dios escucha y de que puede actuar en la historia. Creo que si millones de personas, de creyentes, rezan, es realmente una fuerza que influye y puede contribuir a que se restablezca la paz. El segundo nivel: tratamos de ayudar en la formación de las conciencias. La conciencia es la capacidad del hombre de percibir la verdad, pero esta capacidad a menudo está obstaculizada por intereses particulares. Y liberar de estos intereses, abrir más a la verdad, a los verdaderos valores, es una gran tarea; la Iglesia tiene el deber de ayu-

dar a conocer los verdaderos criterios, los verdaderos valores, y liberarnos de intereses particulares. Y de este modo -tercer nivel- hablamos también -es así- a la razón: precisamente porque no somos parte política, quizá podemos ver más fácilmente, también a la luz de la fe, los verdaderos criterios, ayudar a entender lo que contribuye a la paz y hablar a la razón, apoyar las posturas realmente razonables. Y esto lo hemos hecho ya y queremos hacerlo ahora y en el futuro.

P. *Usted, como teólogo, ha reflexionado en particular sobre la raíz única que une a cristianos y judíos. ¿Cómo es posible que, a pesar de los esfuerzos de diálogo, se presenten a menudo ocasiones de malentendidos? ¿Cómo ve el futuro del diálogo entre las dos comunidades?*

R. Lo importante es que, en realidad, tenemos la misma raíz, los mismos Libros del Antiguo Testamento, que tanto para los judíos como para nosotros son Libro de la Revelación. Pero naturalmente, tras dos mil años de historias distintas, más aún, separadas, no debe sorprender que existan malentendidos, porque se han formado tradiciones de interpretación, de lenguaje, de pensamiento muy diferentes; por decirlo así, un “cosmos semántico” muy diverso, de modo que las mismas palabras en ambas partes significan cosas distintas; y con este uso de palabras que, en el curso de la historia han asumido significados diversos, nacen obviamente malenten-

didados. Debemos hacer todo lo posible para aprender uno el lenguaje del otro, y me parece que estamos haciendo grandes progresos. Hoy tenemos la posibilidad de que los jóvenes, los futuros profesores de teología, estudien en Jerusalén, en la Universidad judía, y los judíos tienen contactos académicos con nosotros: así se da un encuentro de estos “cosmos semánticos” diversos. Aprendemos mutuamente y avanzamos por el camino del verdadero diálogo; aprendemos unos de otros, y estoy seguro y convencido de que estamos haciendo progresos. Y esto ayudará también a la paz, más aún, al amor recíproco.

P. *Este viaje tiene dos dimensiones esenciales de diálogo interreligioso, con el islam y con el judaísmo. ¿Son dos direcciones completamente separadas entre sí, o habrá también un mensaje común que tenga que ver con las tres religiones que hacen referencia a Abraham?*

R. Ciertamente existe también un mensaje común y habrá ocasión de destacarlo; a pesar de la diferencia de orígenes, tenemos raíces comunes porque, como ya he dicho, el cristianismo nace del Antiguo Testamento, y la Escritura del Nuevo Testamento no existiría sin el Antiguo, pues se refiere permanentemente a la “Escritura”, es decir, al Antiguo Testamento; pero también el islam nació en un ambiente donde estaban presentes tanto el judaísmo como las diversas ramas del cristianismo: cristianismo judío,

cristianismo antioqueno, cristianismo bizantino, y todas estas circunstancias se reflejan en la tradición coránica. De modo que, desde los orígenes, tenemos mucho en común, también en la fe en el único Dios. Por eso, es importante, por una parte, mantener un diálogo bilateral -con los judíos y con el islam- y luego también un diálogo trilateral. Yo mismo fui cofundador de una fundación para el diálogo entre las tres religiones, donde personalidades como el metropolitano Damaskinos y el gran rabino de Francia, René Samuel Sirat, entre otros, estaban juntos; y esta fundación publicó también una edición de los libros de las tres religiones: el Corán, el Nuevo Testamento y el Antiguo Testamento. Por tanto, el diálogo trilateral debe proseguir; es importantísimo para la paz y también -digamos- para que cada uno viva bien su propia religión.

P. *Santidad, a menudo ha aludido usted al problema de la disminución de los cristianos en Oriente Medio y también en particular en Tierra Santa. Este fenómeno se debe a diferentes razones de carácter político, económico y social. ¿Qué se puede hacer en concreto para ayudar a la presencia cristiana en la región? ¿Qué contribución espera dar con su viaje? ¿Hay esperanzas para estos cristianos en el futuro? ¿Tendrá un mensaje particular también para los cristianos de Gaza que vayan a encontrarse con usted en Belén?*

R. Ciertamente hay esperanzas, porque ahora, como usted ha dicho,

es un momento difícil, pero también un momento de esperanza de un nuevo comienzo, de un nuevo impulso en el camino hacia la paz. Queremos, sobre todo, alentar a los cristianos en Tierra Santa y en todo el Oriente Medio a quedarse, a dar su contribución en sus países de origen: son un componente importante de la cultura y de la vida de estas regiones. En concreto, la Iglesia, además de palabras de aliento, de la oración común, tiene sobre todo escuelas y hospitales. En este sentido, tenemos la presencia de realidades muy concretas. Nuestras escuelas forman a una generación que tendrá la posibilidad de estar presente en la vida de hoy, en la vida pública. Estamos creando la Universidad católica en Jordania. Me parece que esto abre grandes perspectivas, pues en esas escuelas los jóvenes -tanto musulmanes como cristianos- se encuentran, aprenden juntos, en ellas se forma una élite cristiana que está preparada precisamente para trabajar por la paz. Pero generalmente nuestras escuelas son una oportunidad muy importante para abrir un futuro a los cristianos, y los hospitales muestran nuestra presencia. Además, hay muchas asociaciones cristianas que ayudan de diversos modos a los cristianos y, con ayudas concretas, los animan a quedarse. Así espero que realmente los cristianos encuentren el valor, la humildad, la paciencia para quedarse en estos países, para dar su contribución al futuro de estos países.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
en la ceremonia de bienvenida***

*Aeropuerto internacional Reina Alia
de Ammán.*

Viernes 8 de mayo de 2009

*Majestades; excelencias; queridos her-
manos en el episcopado;*

queridos amigos:

Os saludo con alegría a todos vosotros, aquí presentes, mientras inicio mi primera visita a Oriente Medio desde mi elección a la Sede apostólica, y me alegra pisar el suelo del reino hachemita de Jordania, una tierra tan rica en historia, patria de tantas civilizaciones antiguas, y profundamente impregnada de significado religioso para judíos, cristianos y musulmanes. Agradezco a su majestad, el rey Abdalá II, sus cortesés palabras de bienvenida y lo felicito de modo especial en este año que marca el décimo aniversario de su elevación al trono.

Al saludar a su majestad, expreso de corazón mis mejores deseos a todos los miembros de la familia real, al Gobierno y a todo el pueblo del reino. Saludo a los obispos aquí presentes, especialmente a los que tienen responsabilidades pastorales en Jordania. Espero con ilusión celebrar mañana por la tarde la liturgia en la catedral de San Jorge y el domingo en el Estadio internacional junto con vosotros, queridos obispos,

y con muchos de los fieles encomendados a vuestra solicitud pastoral.

Vengo a Jordania como peregrino, para venerar los santos lugares que desempeñaron un papel tan importante en algunos de los acontecimientos clave de la historia bíblica. En el monte Nebo, Moisés llevó a su pueblo a contemplar la tierra que se convertiría en su hogar, y aquí murió y fue sepultado. En Betania, más allá del Jordán, Juan Bautista predicó y dio testimonio de Jesús, a quien bautizó en las aguas del río que da el nombre a esta tierra.

En los próximos días, visitaré ambos lugares santos y tendré la alegría de bendecir las primeras piedras de iglesias que se construirán en el lugar tradicional del bautismo del Señor. La oportunidad que tiene la comunidad católica de Jordania de edificar lugares públicos de culto es un signo del respeto de este país por la religión y, en nombre de los católicos, deseo expresar cuánto aprecio esta apertura. La libertad religiosa es, ciertamente, un derecho humano fundamental; y tengo la ferviente esperanza y elevo mi oración para que el respeto de todos los derechos inalienables y de la dignidad de todo hombre y mujer se consolide y defienda cada vez más, no sólo en Oriente Medio sino en todas las partes del mundo.

Mi visita a Jordania me brinda la grata oportunidad de expresar mi profundo respeto por la comunidad musulmana y de rendir homenaje al liderazgo que desempeña su majestad

el rey al promover un mejor entendimiento de las virtudes proclamadas por el islam. Ahora que han pasado algunos años desde la publicación del Mensaje de Ammán y del Mensaje interreligioso de Ammán, podemos decir que estas nobles iniciativas han logrado buenos resultados al favorecer una alianza de civilizaciones entre el mundo occidental y el musulmán, desmintiendo las predicciones de quienes creen inevitables la violencia y el conflicto.

De hecho, desde hace tiempo el reino de Jordania está en primera línea en las iniciativas encaminadas a promover la paz en Oriente Medio y en todo el mundo, alentando el diálogo interreligioso, apoyando los esfuerzos para encontrar una solución justa al conflicto palestino-israelí, acogiendo a los refugiados del vecino Irak, e intentando frenar el extremismo. No puedo dejar pasar esta oportunidad sin recordar los esfuerzos pioneros en favor de la paz en la región realizados por el anterior rey Hussein. Parece muy oportuno que mi encuentro de mañana con los líderes religiosos musulmanes, el Cuerpo diplomático y los rectores de universidades tenga lugar en la mezquita que lleva su nombre. Que su compromiso en favor de la solución de los conflictos de la región siga dando fruto en los esfuerzos por promover una paz duradera y una verdadera justicia para todos los habitantes de Oriente Medio.

Queridos amigos, en el seminario organizado en Roma en el otoño del

año pasado por el Foro católico-musulmán, los participantes examinaron el papel central que desempeña, en nuestras respectivas tradiciones religiosas, el mandamiento del amor. Espero vivamente que esta visita y todas las iniciativas programadas para promover buenas relaciones entre cristianos y musulmanes, ayuden a crecer en el amor al Dios todopoderoso y misericordioso, así como en el amor fraterno mutuo. Gracias por vuestra bienvenida. Gracias por vuestra atención. Que Dios conceda a sus majestades felicidad y larga vida. Que él bendiga a Jordania con prosperidad y paz.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
en su visita al centro “Regina Pacis”***

Ammán

Viernes 8 de mayo de 2009

Beatitudes; excelencias; queridos amigos:

Me siento feliz de estar aquí, con vosotros, esta tarde y de saludaros a cada uno de vosotros, así como a los miembros de vuestras familias, dondequiera que estén. Doy las gracias a Su Beatitud, el patriarca Fouad Twal, por sus amables palabras de saludo y de manera especial deseo destacar la presencia entre nosotros del obispo Selim Sayegh, cuyos proyectos y trabajos para este centro, junto a los de Su Beatitud, el

patriarca emérito Michel Sabbah, hoy son honrados con la bendición de las ampliaciones que acaban de concluir. También quiero saludar con gran afecto a los miembros del Comité central, a las religiosas Combonianas y al personal laico comprometido, incluidos aquéllos que trabajan en las diferentes áreas y unidades comunitarias del Centro. La estima por vuestra notable competencia profesional, la atención compasiva y la promoción decidida del debido puesto en la sociedad de quienes tienen necesidades especiales son bien conocidas aquí y en todo el reino. A los jóvenes presentes les doy las gracias por su entusiasta bienvenida. Para mí es una gran alegría estar aquí con vosotros.

Como sabéis, mi visita al centro Nuestra Señora de la Paz, aquí, en Ammán, es la primera etapa de mi peregrinación. Como innumerables peregrinos antes que yo, ahora me toca realizar el profundo deseo de tocar, de encontrar consuelo en los lugares en los que vivió Jesús y que fueron santificados por su presencia, y de venerarlos. Desde los tiempos apostólicos, Jerusalén ha sido el principal lugar de peregrinación para los cristianos, pero antes aún, en el antiguo Oriente Próximo, los pueblos semitas edificaron lugares sagrados para indicar y conmemorar una presencia o una acción divina. Y las personas solían acudir a estos centros llevando una parte de los frutos de su tierra y de su ganado para ofrecerlos como acto de homenaje y gratitud.

Queridos amigos, cada uno de nosotros es peregrino. Todos avanzamos decididamente por el camino de Dios. Naturalmente, después tendemos a mirar al pasado, hacia el recorrido de la vida -a veces con arrepentimientos y recriminaciones, pero a menudo con gratitud y aprecio-, y también miramos adelante, a veces con preocupación y ansiedad, pero siempre con expectativa y esperanza, sabiendo que hay otros que nos alientan en el camino. Sé que los itinerarios que habéis recorrido muchos de vosotros hacia el centro Reina de la Paz han estado marcados por sufrimientos y pruebas. Algunos de vosotros lucháis valientemente con formas de discapacidad, otros habéis soportado el rechazo, y otros habéis venido a este lugar de paz simplemente buscando aliento y apoyo. Sé bien que tiene gran importancia el notable éxito de este centro para promover el lugar que corresponde a los discapacitados en la sociedad y para asegurar que se les ofrezca un entrenamiento adecuado y oportunidades para facilitar su integración. Por esta clarividencia y determinación, todos vosotros merecéis elogio y aliento.

A veces, es difícil encontrar una razón para aquello que se nos presenta sólo como un obstáculo por superar o como una prueba -física o emotiva- por soportar. Pero la fe y la razón nos ayudan a ver un horizonte más allá de nosotros para imaginar la vida como Dios la quiere. El amor incondicional de Dios, que da la vida a cada perso-

na, tiene un significado y una finalidad para cada vida humana. Su amor salva (cf. *Jn* 12, 32). Como profesamos los cristianos, por la cruz, Jesús nos introduce en la vida eterna y así nos indica el camino hacia el futuro, el camino de la esperanza que guía cada paso que damos a lo largo del camino, de manera que también nosotros nos convertimos en portadores de esta esperanza y caridad para los demás.

Amigos, a diferencia de los peregrinos de otras épocas, yo no traigo regalos u ofertas. Vengo sencillamente con una intención y una esperanza: orar por el precioso don de la unidad y la paz, de modo especial para Oriente Medio. Paz para las personas, para los padres y los hijos, para las comunidades; paz para Jerusalén, para Tierra Santa, para la región, para toda la familia humana; la paz duradera que nace de la justicia, la integridad y la compasión; la paz que brota de la humildad, del perdón y del deseo profundo de vivir en armonía como una realidad única.

La oración es esperanza en acción. Y, de hecho, la verdadera razón queda contenida en la oración: entramos en contacto amoroso con el único Dios, el Creador universal, y así nos damos cuenta de la futilidad de las divisiones y los prejuicios humanos, y percibimos las maravillosas posibilidades que se abren ante nosotros cuando nuestro corazón se convierte a la verdad de Dios, a su plan para cada uno de nosotros y para nuestro mundo.

Queridos jóvenes amigos, deseo decirlos a vosotros, en particular, que al estar entre vosotros siento la fuerza que viene de Dios. Vuestra experiencia del dolor, vuestro testimonio de compasión, vuestra determinación para superar los obstáculos que encontráis me impulsan a creer que el sufrimiento puede determinar un cambio para el bien. En nuestras pruebas y estando al lado de otros que sufren, captamos la esencia de nuestra humanidad; por decirlo así, nos hacemos más humanos. Y empezamos a aprender que, en otro nivel, también los corazones endurecidos por el cinismo, la injusticia o la renuencia a perdonar nunca están fuera del alcance del radio de acción de Dios y pueden abrirse siempre a un nuevo modo de ser, a una visión de paz.

Os exhorto a todos a rezar cada día por nuestro mundo. Y hoy quiero pedirlos que asumáis una tarea específica: por favor, rezad por mí cada día de mi peregrinación; por mi renovación espiritual en el Señor, y por la conversión de los corazones al perdón y a la solidaridad propios de Dios, de manera que mi esperanza, nuestra esperanza, de unidad y de paz en el mundo dé abundantes frutos.

Que Dios os bendiga a cada uno de vosotros y a vuestras familias, a los profesores, a los enfermeros, a los administradores y a los bienhechores de este Centro. Que Nuestra Señora, Reina de la Paz, os proteja y guíe a lo largo de la peregrinación de su Hijo, el buen Pastor.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
en su visita a la antigua basílica del
Memorial de Moisés***

Monte Nebo.

Sábado, 9 de mayo de 2009

Padre ministro general;

padre custodio; queridos amigos:

En este santo lugar, consagrado por la memoria de Moisés, os saludo a todos con afecto en nuestro Señor Jesucristo. Agradezco al padre José Rodríguez Carballo sus cordiales palabras de bienvenida. Asimismo, aprovecho la ocasión para renovar mi gratitud, y la de toda la Iglesia, a los Frailes Menores de la Custodia por su presencia secular en estas tierras, por su gozosa fidelidad al carisma de san Francisco, así como por su generosa solicitud por el bienestar espiritual y material de las comunidades cristianas locales y de los innumerables peregrinos que visitan cada año Tierra Santa.

Aquí deseo recordar también, con particular gratitud, al padre Michele Piccirillo, que en paz descansa, el cual dedicó su vida al estudio de las antigüedades cristianas y se encuentra sepultado en este santuario, que amó tan intensamente.

Es apropiado que mi peregrinación comience en este monte, donde Moisés contempló desde lejos la Tierra

prometida. El magnífico escenario que se abre desde la explanada de este santuario nos invita a considerar cómo la visión profética abarcaba misteriosamente el gran plan de la salvación que Dios había preparado para su pueblo. Por eso, en el valle del Jordán, que se extiende bajo nosotros, en la plenitud de los tiempos, Juan Bautista vino a preparar el camino del Señor. En las aguas del río Jordán Jesús, después de ser bautizado por Juan, fue revelado como Hijo predilecto del Padre y, ungido por el Espíritu Santo, inauguró su ministerio público. También desde el Jordán, se difundió el Evangelio, primero mediante la predicación y los milagros de Cristo, y luego, después de su resurrección y de la venida del Espíritu en Pentecostés, fue llevado por sus discípulos hasta los confines de la tierra.

Aquí, en las alturas del monte Nebo, la memoria de Moisés nos invita a “elevar los ojos” para abrazar con gratitud no sólo las grandes hazañas realizadas por Dios en el pasado, sino también para mirar con fe y esperanza al futuro que él nos tiene reservado a nosotros y al mundo entero. Como Moisés, también nosotros hemos sido llamados por nuestro nombre, invitados a emprender un éxodo diario desde el pecado y la esclavitud hacia la vida y la libertad, y se nos da una promesa inquebrantable para orientar nuestro camino.

En las aguas del Bautismo, hemos pasado de la esclavitud del pecado a una nueva vida y a una nueva esperan-

za. En la comunión de la Iglesia, Cuerpo de Cristo, gozamos anticipadamente de la visión de la ciudad celestial, la nueva Jerusalén, en la que Dios será todo en todos. Desde este santo monte, Moisés orienta nuestra mirada hacia lo alto, hacia el cumplimiento de todas las promesas de Dios en Cristo.

Moisés contempló desde lejos la Tierra prometida, al final de su peregrinación terrena. Su ejemplo nos recuerda que también nosotros formamos parte de la peregrinación sin tiempo del pueblo de Dios a lo largo de la historia. Siguiendo las huellas de los profetas, de los Apóstoles y de los santos, estamos llamados a caminar con el Señor, a proseguir su misión, a dar testimonio del Evangelio del amor y de la misericordia universales de Dios.

Estamos llamados a acoger la venida del reino de Cristo mediante nuestra caridad, nuestro servicio a los pobres y nuestros esfuerzos por ser levadura de reconciliación, de perdón y de paz en el mundo que nos rodea. Sabemos que, como Moisés, en el arco de nuestra vida no veremos el pleno cumplimiento del plan de Dios; y, sin embargo, confiamos en que, haciendo lo poco que está de nuestra parte, con la fidelidad a la vocación que cada uno ha recibido, contribuiremos a preparar los caminos del Señor y acoger el alba de su Reino. Sabemos que el Dios que reveló su nombre a Moisés como prenda de que estaría siempre con nosotros (cf. *Ex* 3, 14) nos dará la fuerza para perseverar

en gozosa esperanza incluso entre sufrimientos, pruebas y tribulaciones.

Ya desde los primeros tiempos, los cristianos han venido en peregrinación a los lugares vinculados a la historia del pueblo elegido, a los acontecimientos de la vida de Cristo y de la Iglesia naciente. Esta gran tradición, que mi peregrinación quiere continuar y confirmar, se basa en el deseo de ver, tocar y gustar en oración y en contemplación los lugares bendecidos por la presencia física de nuestro Salvador, de su Madre bendita, de los Apóstoles y de los primeros discípulos, que lo vieron resucitado de entre los muertos.

Aquí, siguiendo las huellas de los innumerables peregrinos que nos han precedido a lo largo de los siglos, nos sentimos impulsados a apreciar más plenamente el don de nuestra fe y a crecer en la comunión que trasciende todo límite de lengua, raza y cultura.

La antigua tradición de la peregrinación a los santos lugares nos recuerda, además, el vínculo inseparable que une a la Iglesia con el pueblo judío. Ya desde los inicios, la Iglesia, en estas tierras, ha conmemorado en su liturgia las grandes figuras de los patriarcas y los profetas, como signo de su profundo aprecio por la unidad de los dos Testamentos. Ojalá que nuestro encuentro de hoy inspire en nosotros un renovado amor al canon de la Sagrada Escritura y el deseo de superar cualquier obstáculo que se interponga a la recon-

ciliación entre cristianos y judíos, en el respeto recíproco y en la cooperación al servicio de la paz a la que nos llama la Palabra de Dios.

Queridos amigos, reunidos en este santo lugar, elevemos los ojos y el corazón al Padre. Mientras nos disponemos a rezar la oración que Jesús nos enseñó, invoquémoslo para que apresure la llegada de su reino, de forma que podamos ver el cumplimiento de su plan de salvación y experimentar, con san Francisco y todos los peregrinos que nos han precedido en el signo de la fe, el don de la paz inefable *-pax et bonum-* que nos espera en la Jerusalén celestial.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, durante la bendición de la primera piedra de la Universidad de Madaba del Patriarcado Latino

Madaba

Sábado, 9 de mayo de 2009

Queridos hermanos en el episcopado; queridos amigos:

Para mí, es una gran alegría bendecir la primera piedra de la Universidad de Madaba. Agradezco a Su Beatitud, el arzobispo Fouad Twal, patriarca latino de Jerusalén, sus amables palabras de bienvenida. Deseo extender un saludo especial de aprecio a Su Beatitud,

Michel Sabbah, patriarca emérito, a cuya iniciativa y esfuerzos, juntamente con los del obispo Salim Sayegh, debe tanto esta nueva institución. Saludo también a las autoridades civiles, a los obispos, a los sacerdotes, a los religiosos y a los fieles, así como a todos los que nos acompañan en esta importante ceremonia.

El reino de Jordania con razón ha dado prioridad a la tarea de extender y mejorar la educación. Sé que, en esta noble misión, su majestad la reina Rania es particularmente activa y su dedicación es motivo de inspiración para muchos. A la vez que aplaudo los esfuerzos de tantas personas de buena voluntad comprometidas en la educación, constato con satisfacción la participación competente y cualificada de las instituciones cristianas, especialmente católicas y ortodoxas, en este esfuerzo global.

Desde esta perspectiva, la Iglesia católica, con el apoyo de las autoridades jordanas, ha buscado promover la educación universitaria en este país y en otras partes. Además, esta iniciativa responde a la demanda de muchas familias que, contentas con la formación recibida en las escuelas gestionadas por autoridades religiosas, desean contar con una opción análoga a nivel universitario.

Felicito a los promotores de esta nueva institución por confiar con valentía en la buena educación como primer

paso para el desarrollo personal y para la paz y el progreso en la región. En este contexto, la Universidad de Madaba seguramente tendrá presentes tres objetivos importantes. Al desarrollar los talentos y las nobles aptitudes de las sucesivas generaciones de alumnos, los preparará para servir a la comunidad más amplia y elevar su nivel de vida. Transmitiendo el conocimiento e infundiendo en los alumnos el amor a la verdad, promoverá en gran medida su adhesión a los valores sólidos y su libertad personal. Por último, esta misma formación intelectual afinará su espíritu crítico, disipará su ignorancia y sus prejuicios, y les ayudará a romper los hechizos creados por ideologías antiguas y nuevas.

Este proceso tendrá como resultado una universidad que no sólo sea tribuna para consolidar la adhesión a la verdad y a los valores de una cultura determinada, sino también un lugar de entendimiento y de diálogo. Mientras asimilan su herencia cultural, los jóvenes de Jordania y los demás estudiantes de la región podrán adquirir un conocimiento más profundo de las conquistas culturales de la humanidad, se enriquecerán con otros puntos de vista y se formarán en la comprensión, la tolerancia y la paz.

Este tipo de educación “más amplia” es lo que se espera de las instituciones de educación superior y de su contexto cultural, tanto secular como religioso. En realidad, la fe en Dios no suprime

la búsqueda de la verdad; al contrario, la estimula. San Pablo exhortaba a los primeros cristianos a abrir su mente a “todo cuanto hay de verdadero, de noble, de justo, de puro, de amable, de honorable, todo cuanto sea virtud y cosa digna de elogio” (*Flp* 4, 8).

Desde luego, la religión, como la ciencia y la tecnología, la filosofía y cualquier otra expresión de nuestra búsqueda de la verdad, puede corromperse. La religión se desfigura cuando se la obliga a ponerse al servicio de la ignorancia o del prejuicio, del desprecio, la violencia y el abuso. En este caso, no sólo se da una perversión de la religión, sino también una corrupción de la libertad humana, un estrechamiento y oscurecimiento de la mente.

Evidentemente, ese desenlace no es inevitable. No cabe duda de que, cuando promovemos la educación, proclamamos nuestra confianza en el don de la libertad. El corazón humano se puede endurecer por los límites de su ambiente, por intereses y pasiones. Pero toda persona también está llamada a la sabiduría y a la integridad, a la elección más importante y fundamental de todas: la del bien sobre el mal, de la verdad sobre la injusticia, y se la puede ayudar en esa tarea.

La persona genuinamente religiosa percibe la llamada a la integridad moral, dado que al Dios de la verdad, del amor y de la belleza no se le puede servir de ninguna otra manera. La fe

madura en Dios sirve en gran medida para guiar la adquisición y la correcta aplicación del conocimiento. La ciencia y la tecnología brindan beneficios extraordinarios a la sociedad y han mejorado mucho la calidad de vida de muchos seres humanos. No cabe duda de que esta es una de las esperanzas de cuantos promueven esta Universidad, cuyo lema es *Sapientia et Scientia*.

Al mismo tiempo, la ciencia tiene sus límites. No puede dar respuesta a todos los interrogantes que atañen al hombre y su existencia. En realidad, la persona humana, su lugar y su finalidad en el universo, no puede contenerse dentro de los confines de la ciencia. «La naturaleza intelectual de la persona humana se perfecciona y debe perfeccionarse por medio de la sabiduría, que atrae con suavidad la mente del hombre a la búsqueda y al amor de la verdad y el bien» (*Gaudium et spes*, 15).

El uso del conocimiento científico necesita la luz orientadora de la sabiduría ética. Ésa es la sabiduría que ha inspirado el juramento de Hipócrates, la Declaración universal de derechos humanos de 1948, la Convención de Ginebra y otros laudables códigos internacionales de conducta. Por tanto, la sabiduría religiosa y ética, al responder a los interrogantes sobre el sentido y el valor, desempeñan un papel central en la formación profesional. En consecuencia, las universidades donde la búsqueda de la verdad va unida a la búsqueda de lo que hay de bueno y no-

ble prestan un servicio indispensable a la sociedad.

Con estos pensamientos en la mente, animo de modo especial a los estudiantes cristianos de Jordania y de las regiones vecinas a dedicarse con responsabilidad a una adecuada formación profesional y moral. Estáis llamados a ser constructores de una sociedad justa y pacífica, compuesta de personas de diversas tradiciones religiosas y étnicas. Esas realidades -deseo subrayarlo una vez más- no deben llevar a la división, sino a un enriquecimiento mutuo. La misión y la vocación de la Universidad de Madaba es precisamente ayudaros a participar más plenamente en esta noble tarea.

Queridos amigos, quiero renovar mi congratulación al Patriarcado latino de Jerusalén y mi aliento a todos los que han apoyado este proyecto, así como a cuantos ya están comprometidos en el apostolado de la educación en esta nación. Que el Señor os bendiga y sostenga. Oro para que vuestros sueños se hagan pronto realidad, a fin de que podáis ver a generaciones de hombres y mujeres cualificados, tanto cristianos como musulmanes o de otras religiones, ocupar su puesto en la sociedad, dotados de pericia profesional, bien preparados en su campo y educados en los valores de la sabiduría, la integridad, la tolerancia y la paz.

Sobre vosotros, sobre todos vuestros futuros estudiantes, sobre el personal de esta universidad y sobre sus familias

invoco las abundantes bendiciones de Dios todopoderoso.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
en el encuentro con los Líderes
Religiosos Musulmanes, con el
Cuerpo Diplomático y con los
rectores de las Universidades
Jordanas***

*Mezquita Al-Hussein bin-Talal –
Ammán. Sábado, 9 de mayo de 2009*

Alteza real; excelencias; ilustres señoras y señores:

Para mí es motivo de gran alegría encontrarme con vosotros esta mañana, en este espléndido marco. Deseo dar las gracias al príncipe Ghazi Bin Muhammed bin Talal por sus amables palabras de bienvenida. Las numerosas iniciativas de su alteza real para promover el diálogo y el intercambio interreligioso e intercultural son apreciadas por los ciudadanos del reino hashemita y ampliamente respetadas por la comunidad internacional. Sé que estos esfuerzos reciben el apoyo activo de otros miembros de la familia real, así como del Gobierno de la nación, y encuentran amplia resonancia en las muchas iniciativas de colaboración entre los jordanos. Por todo esto, deseo manifestar mi sincera admiración.

Lugares de culto, como esta estu-
penda mezquita de Al-Hussein bin Ta-

lal, dedicada al venerado rey difunto, destacan como joyas sobre la superficie de la tierra. Todas, tanto las antiguas como las modernas, tanto las espléndidas como las humildes, hacen referencia a lo divino, al Único Trascendente, al Omnipotente. Y, a través de los siglos, estos santuarios han atraído a hombres y mujeres dentro de su espacio sagrado para hacer una pausa, para rezar, para ponerse en la presencia del Omnipotente, así como para reconocer que todos somos criaturas suyas.

Por este motivo, no podemos menos de preocuparnos por el hecho de que hoy, cada vez con mayor insistencia, algunos creen que la religión ha fracasado en su aspiración a ser, por su misma naturaleza, constructora de unidad y de armonía, expresión de comunión entre personas y con Dios. De hecho, algunos afirman que la religión es necesariamente una causa de división en el mundo; y por eso, afirman que cuanto menor atención se preste a la religión en la esfera pública, tanto mejor. Por desgracia, no se puede negar la contradicción de las tensiones y divisiones entre seguidores de diferentes tradiciones religiosas. Sin embargo, ¿no sucede con frecuencia que la manipulación ideológica de la religión, en ocasiones con fines políticos, es el auténtico catalizador de las tensiones y divisiones y con frecuencia también de la violencia en la sociedad?

Ante esta situación, en la que los opositores de la religión no sólo tratan

de acallar su voz sino de sustituirla con la suya, se experimenta de una manera más aguda la necesidad de que los creyentes sean fieles a sus principios y creencias. Musulmanes y cristianos, precisamente a causa del peso de nuestra historia común a menudo marcada por incomprendiones, tienen que esforzarse hoy por ser conocidos y reconocidos como adoradores de Dios, fieles a la oración, deseosos de comportarse y vivir según las disposiciones del Omnipotente, misericordiosos y compasivos, coherentes para dar testimonio de todo lo que es verdadero y bueno, recordando siempre el origen común y la dignidad de toda persona humana, que constituye la cumbre del designio creador de Dios para el mundo y para la historia.

La decisión de los educadores jordanos, así como de los líderes religiosos y civiles, de hacer que el rostro público de la religión refleje su auténtica naturaleza es digna de aplauso. El ejemplo de personas y comunidades, junto con la provisión de cursos y programas, manifiesta la contribución constructiva de la religión en los sectores educativo, cultural y social, así como en otros sectores caritativos de vuestra sociedad civil. También yo he tenido la posibilidad de constatar personalmente algo de este espíritu. Ayer tomé contacto con la reconocida obra educativa y de rehabilitación realizada en el Centro Nuestra Señora de la Paz, en el que cristianos y musulmanes están transformando la vida de familias enteras, asistiéndolas

para que sus hijos discapacitados puedan ocupar en la sociedad el puesto que les corresponde.

Esta mañana, bendije la primera piedra de la Universidad de Madaba, donde jóvenes musulmanes y cristianos, juntos, recibirán los beneficios de una educación superior, que les preparará para contribuir al desarrollo económico y social de su nación. También tienen gran mérito las numerosas iniciativas de diálogo interreligioso sostenidas por la familia real y por la comunidad diplomática, en ocasiones emprendidas en colaboración con el Consejo pontificio para el diálogo interreligioso. Estas iniciativas implican un trabajo continuo de los Institutos reales para estudios interreligiosos y el pensamiento islámico, el *Mensaje de Ammán*, de 2004, el *Mensaje interreligioso de Ammán* de 2005, y la reciente carta “Una palabra común”, que se hacía eco de un tema similar al que afronté en mi primera encíclica: el vínculo inquebrantable entre el amor a Dios y el amor al prójimo, así como la contradicción fundamental de recurrir a la violencia o a la exclusión en nombre de Dios (cf. *Deus caritas est*, 16).

Estas iniciativas llevan claramente a un mayor conocimiento recíproco y promueven un respeto cada vez mayor tanto por lo que tenemos en común como por lo que comprendemos de manera diferente. Por tanto, deberían llevar a cristianos y musulmanes a sondear aún más profundamente la rela-

ción esencial entre Dios y su mundo, de manera que juntos podamos movilizarlos para que la sociedad esté en armonía con el orden divino. En este sentido, la colaboración que tiene lugar aquí, en Jordania, constituye un ejemplo alentador y convincente para la región, más aún, para el mundo, de la contribución positiva y creativa que la religión puede y debe dar a la sociedad civil.

Distinguidos amigos, hoy deseo mencionar una tarea que he presentado en varias ocasiones y que creo firmemente que los cristianos y los musulmanes pueden asumir, en particular a través de su contribución a la enseñanza y la investigación científica, así como al servicio de la sociedad. Esta tarea es el desafío de cultivar para el bien, en el contexto de la fe y de la verdad, el gran potencial de la razón humana. De hecho, los cristianos describen a Dios, entre otras maneras, como Razón creativa, que ordena y guía al mundo. Y Dios nos da la capacidad de participar en esta Razón y así actuar según el bien. Los musulmanes adoran a Dios, Creador del cielo y de la tierra, que ha hablado a la humanidad. Y como creyentes en el único Dios, sabemos que la razón humana es en sí misma don de Dios, y se eleva al nivel más elevado cuando es iluminada por la luz de la verdad de Dios.

En realidad, cuando la razón humana permite humildemente ser purificada por la fe, no se debilita; al contrario,

se refuerza al resistir a la presunción de ir más allá de sus propios límites. De esta manera, la razón humana se refuerza en el empeño de perseguir su noble objetivo de servir a la humanidad, manifestando nuestras aspiraciones comunes más íntimas, ampliando el debate público, en vez de manipularlo o restringirlo. Por tanto, la adhesión genuina a la religión, en vez de restringir nuestra mente, amplía el horizonte de la comprensión humana. Protege a la sociedad civil de los excesos de un ego incontrolable, que tiende a hacer absoluto lo finito y a eclipsar lo infinito; asegura que la libertad se ejerza en consonancia con la verdad; y enriquece la cultura con el conocimiento de lo que concierne a todo lo que es verdadero, bueno y bello.

Esta comprensión de la razón, que lleva continuamente a la mente humana más allá de sí misma en la búsqueda de lo Absoluto, plantea un desafío: implica un sentido tanto de esperanza como de prudencia. Cristianos y musulmanes, juntos, están llamados a buscar todo lo que es justo y recto. Estamos comprometidos a superar nuestros intereses particulares y alentar a los demás, en particular a los administradores y líderes sociales, a hacer lo mismo para experimentar la profunda satisfacción de servir al bien común, incluso en detrimento del bien personal. Se nos recuerda que precisamente porque nuestra dignidad humana constituye el origen de los derechos humanos universales, éstos valen para

todo hombre y mujer, sin distinción de grupos religiosos, sociales o étnicos. A este respecto, debemos subrayar que el derecho a la libertad religiosa va más allá de la cuestión del culto e incluye el derecho, especialmente de las minorías, a un justo acceso al mercado del empleo y a las demás esferas de la vida civil.

Esta mañana, antes de despedirme de vosotros, quiero señalar en especial la presencia entre nosotros de Su Beatitud, Emmanuel III Delly, patriarca de Bagdad, a quien saludo de corazón. Su presencia recuerda a los ciudadanos del vecino Irak, muchos de los cuales han encontrado una cordial acogida aquí, en Jordania. Los esfuerzos de la comunidad internacional para promover la paz y la reconciliación, junto con los de los líderes locales, tienen que seguir para que den fruto en la vida de los iraquíes. Expreso mi aprecio por todos aquellos que apoyan los esfuerzos orientados a profundizar la confianza y a reconstruir las instituciones y las infraestructuras esenciales para el bienestar de esa sociedad. Una vez más pido con insistencia a los diplomáticos y a la comunidad internacional que representan, así como a los líderes políticos y religiosos locales, que hagan todo lo posible para asegurar a la antigua comunidad cristiana de esa noble tierra el derecho fundamental a la pacífica convivencia con sus propios compatriotas.

Distinguidos amigos, confío en que los sentimientos que he expresado hoy

nos dejen con una renovada esperanza en el futuro. El amor y el deber ante el Omnipotente no se manifiestan sólo en el culto, sino también en el amor y en la preocupación por los niños y los jóvenes -vuestras familias- y por todos los ciudadanos de Jordania. Por ellos trabajáis y por ellos ponéis en el centro de las instituciones, de las leyes y de las funciones de la sociedad el bien de toda persona humana. Que la razón, ennoblecida y hecha humilde por la grandeza de la verdad de Dios, siga plasmando la vida y las instituciones de esta nación, a fin de que las familias florezcan y que todos vivan en paz, contribuyendo y al mismo tiempo recurriendo a la cultura que unifica a este gran reino. ¡Muchas gracias!

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
en la celebración de las Vísperas con
los sacerdotes, religiosos, religiosas,
seminaristas y movimientos
eclesiales***

*Catedral greco-melquita de San Jorge
- Ammán. Sábado, 9 de mayo de 2009*

Queridos hermanos y hermanas:

Para mí es una gran alegría celebrar las Vísperas con vosotros esta tarde en la catedral greco-melquita de San Jorge. Saludo cordialmente a Su Beatitud, Gregorios III Laham, patriarca greco-melquita, que se ha unido a nosotros desde Damasco; al arzobispo emérito

Georges El-Murr; y a su excelencia Yasser Ayyach, arzobispo de Petra y Filadelfia, a quien agradezco sus amables palabras de bienvenida, a las que con gusto correspondo con sentimientos de respeto.

Saludo también a los jefes de las demás Iglesias católicas presentes en Oriente: maronita, siria, armenia, caldea y latina. A todos vosotros, así como a los sacerdotes, a las religiosas y a los religiosos, a los seminaristas y a los fieles laicos aquí reunidos esta tarde les expreso mi sincero agradecimiento por haberme brindado esta oportunidad de rezar con vosotros y de experimentar algo de la riqueza de nuestras tradiciones litúrgicas.

La Iglesia misma es un pueblo peregrino y como tal, a través de los siglos, ha estado marcado por acontecimientos históricos determinantes y por vicisitudes culturales decisivas. Por desgracia, algunas de ellas han incluido períodos de disputas teológicas o de represión. Sin embargo, ha habido momentos de reconciliación, que han fortificado admirablemente la comunión de la Iglesia, y tiempos de fecundo renacimiento cultural, al que han contribuido en gran medida los cristianos orientales. Las Iglesias particulares dentro de la Iglesia universal testimonian el dinamismo de su camino terreno y manifiestan a todos los fieles el tesoro de tradiciones espirituales, litúrgicas y eclesiásticas que indican la bondad universal de Dios y su voluntad, manifestada a lo largo de

la historia, de atraer a todos hacia su vida divina.

El tesoro vivo de las antiguas tradiciones de las Iglesias orientales enriquece a la Iglesia universal y nunca se han de entender simplemente como objetos que hay que conservar pasivamente. Todos los cristianos están llamados a responder activamente al mandato del Señor -como lo hizo dramáticamente san Jorge, según la narración popular- de llevar a los demás a conocerlo y amarlo. En realidad, las vicisitudes de la historia han fortalecido a los miembros de las Iglesias particulares para afrontar esta tarea con energía y comprometerse decididamente en las realidades pastorales actuales.

La mayor parte de vosotros tiene vínculos antiguos con el Patriarcado de Antioquía, y de este modo vuestras comunidades están arraigadas aquí, en Oriente Próximo. Y, así como hace dos mil años en Antioquía los discípulos fueron llamados por primera vez cristianos, del mismo modo también hoy, como pequeñas minorías en comunidades esparcidas por estas tierras, también vosotros sois reconocidos como seguidores del Señor. Ciertamente, la manifestación pública de vuestra fe cristiana no se reduce a la solicitud espiritual que tenéis los unos por los otros y por vuestra gente, por más esencial que sea. Por el contrario, vuestras numerosas obras de caridad universal se extienden a todos los jordanos -musulmanes y de otras religiones- y también

al gran número de refugiados que este reino acoge tan generosamente.

Queridos hermanos y hermanas, el primer Salmo (*Sal* 103) que hemos rezado esta tarde nos presenta imágenes gloriosas de Dios, Creador generoso, activamente presente en su creación, que sostiene la vida con gran bondad y orden sabio, siempre dispuesto a renovar la faz de la tierra. Sin embargo, el pasaje de la epístola que acabamos de escuchar presenta un panorama diferente. Nos recuerda, no de manera amenazadora sino realista, la necesidad de vigilar, conscientes de las fuerzas del mal que actúan para crear oscuridad en nuestro mundo (cf. *Ef* 6, 10-20). Algunos quizá sentirán la tentación de pensar que se da una contradicción; pero, reflexionando sobre nuestra experiencia humana ordinaria, reconocemos la lucha espiritual, advertimos la necesidad diaria de entrar en la luz de Cristo, de escoger la vida, de buscar la verdad.

De hecho, este ritmo -alejarnos del mal y ceñirnos con la fuerza del Señor- es lo que celebramos en cada bautismo: la entrada en la vida cristiana, el primer paso en la senda de los discípulos del Señor. Al recordar el bautismo que Cristo recibió de Juan en las aguas del Jordán, la comunidad reza para que quien va a ser bautizado sea rescatado del reino de la oscuridad y llevado al esplendor del reino de luz de Dios, y, de este modo, reciba el don de una vida nueva.

Este movimiento dinámico de la muerte a una vida nueva, de las tinieblas a la luz, de la desesperación a la esperanza, que experimentamos de manera tan dramática durante el Triduo sacro, y que se celebra con gran alegría en el tiempo de Pascua, nos asegura que la Iglesia misma sigue siendo joven. Está viva porque Cristo está vivo, porque de verdad ha resucitado. Vivificada por la presencia del Espíritu, avanza cada día llevando a los hombres y las mujeres al Señor de la vida.

Queridos obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas, queridos fieles laicos, nuestros respectivos papeles de servicio y misión dentro de la Iglesia son la respuesta incansable de un pueblo peregrino. Vuestras liturgias, vuestra disciplina eclesial y vuestro patrimonio espiritual son un testimonio vivo de vuestra tradición que se desarrolla. Amplificáis el eco de la primera proclamación del Evangelio, reaviváis los antiguos recuerdos de las obras de Dios, hacéis presentes sus gracias de salvación y difundís de nuevo los primeros resplandores de la luz pascual y las llamas crepitantes de Pentecostés.

De este modo, imitando a Cristo y a los patriarcas y profetas del Antiguo Testamento, partimos para conducir al pueblo desde el desierto hacia el lugar de la vida, hacia el Señor que nos da la vida en abundancia. Esto caracteriza a todas vuestras obras apostólicas, cuya variedad y calidad son muy apreciadas. Desde los jardines de infancia hasta los

centros de educación superior, desde los orfanatos hasta las casas de ancianos, desde el trabajo con los refugiados hasta la academia de música, las clínicas y los hospitales, el diálogo interreligioso y las iniciativas culturales, vuestra presencia en esta sociedad es un signo maravilloso de la esperanza que nos califica como cristianos.

Esta esperanza rebasa ampliamente los confines de nuestras comunidades cristianas. Con frecuencia, descubriste que las familias de otras religiones, con las que trabajáis y a las que prestáis vuestro servicio de caridad universal, tienen preocupaciones y dificultades que superan los confines culturales y religiosos. Esto se nota especialmente en lo que se refiere a las esperanzas y aspiraciones de los padres para sus niños. ¿Qué padre o persona de buena voluntad no se sentiría turbado ante los influjos negativos tan penetrantes de nuestro mundo globalizado, incluidos los elementos destructivos de la industria de la diversión que con tanta insensibilidad, explotan la inocencia y la fragilidad de las personas vulnerables y de los jóvenes? Sin embargo, con vuestros ojos fijos firmemente en Cristo, la luz que disipa todo mal, devuelve la inocencia perdida, y humilla el orgullo terreno, ofreceréis una magnífica visión de esperanza a todos los que encontréis y sirváis.

Deseo concluir con una palabra especial de aliento a los presentes que se están formando para el sacerdocio y la

vida religiosa. Guiados por la luz del Señor resucitado, inflamados con su esperanza y revestidos de su verdad y amor, vuestro testimonio traerá abundantes bendiciones a quienes encontréis en vuestro camino. Esto mismo se aplica a todos los jóvenes cristianos jordanos: no tengáis miedo de dar vuestra contribución sabia, medida y respetuosa a la vida pública del reino. La auténtica voz de la fe siempre traerá integridad, justicia, compasión y paz.

Queridos amigos, con sentimientos de gran respeto por todos vosotros aquí reunidos conmigo en esta tarde en oración, os doy de nuevo las gracias por vuestras oraciones por mi ministerio de Sucesor de Pedro y os aseguro a vosotros y a cuantos están encomendados a vuestra solicitud pastoral un recuerdo en mi oración diaria.

Muchas gracias.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
en la Santa Misa en el Estadio
Internacional de Ammán***

*Estadio internacional de Ammán.
Domingo, 10 de mayo de 2009*

*Queridos hermanos y hermanas en
Cristo:*

Me alegra poder celebrar esta Eucaristía junto con vosotros al inicio de mi peregrinación a Tierra Santa. Ayer,

desde las alturas del monte Nebo, me detuve a contemplar esta gran tierra, la tierra de Moisés, Elías y Juan Bautista, la tierra en la que las antiguas promesas de Dios se cumplieron con la llegada del Mesías, Jesús nuestro Señor. Esta tierra es testigo de su predicación y sus milagros, de su muerte y resurrección, y de la efusión del Espíritu Santo sobre la Iglesia, el sacramento de una humanidad reconciliada y renovada. Meditando en el misterio de la fidelidad de Dios, oré para que la Iglesia en estas tierras sea confirmada en la esperanza y fortalecida en su testimonio de Cristo Resucitado, el Salvador de la humanidad. Verdaderamente, como san Pedro nos dice hoy en la primera lectura, “no hay, bajo el cielo, otro nombre dado a los hombres, por el que nosotros debamos salvarnos” (*Hch 4, 12*).

La alegre celebración del sacrificio eucarístico de hoy expresa la rica diversidad de la Iglesia católica en Tierra Santa. Os saludo a todos con afecto en el Señor. Agradezco a Su Beatitud Fouad Twal, patriarca latino de Jerusalén, sus amables palabras de bienvenida. Mi saludo se dirige también a los numerosos jóvenes de las escuelas católicas que hoy traen su entusiasmo a esta celebración eucarística.

En el pasaje evangélico que acabamos de escuchar, Jesús proclama: “Yo soy el buen pastor..., que da su vida por las ovejas” (*Jn 10, 11*). Como Sucesor de san Pedro, al que el Señor confió el cuidado de su rebaño (cf. *Jn 21, 15-*

17), esperaba desde hace mucho tiempo esta oportunidad de estar ante vosotros como testigo del Salvador resucitado y animaros a perseverar en la fe, la esperanza y la caridad, en fidelidad a las antiguas tradiciones y a la singular historia de testimonio cristiano que os une con la época de los Apóstoles. La comunidad católica aquí está profundamente afectada por las dificultades e incertidumbres que viven todos los habitantes de Oriente Medio. No olvidéis nunca la gran dignidad que deriva de vuestra herencia cristiana; y no dejéis de sentir la amorosa solidaridad de todos vuestros hermanos y hermanas en la Iglesia en todo el mundo.

“Yo soy el buen Pastor”, nos dice el Señor, “conozco mis ovejas y las mías me conocen a mí” (*Jn 10, 14*). Hoy en Jordania celebramos la Jornada mundial de oración por las vocaciones. Al meditar en el Evangelio del buen Pastor, pidamos al Señor que abra cada vez más nuestro corazón y nuestra mente para escuchar su llamada. En verdad, Jesús “nos conoce” más profundamente de lo que nos conocemos a nosotros mismos, y tiene un plan para cada uno de nosotros. También sabemos que donde él nos llama encontraremos felicidad y realización personal, pues nos encontraremos a nosotros mismos (cf. *Mt 10, 39*). Hoy invito a los numerosos jóvenes aquí presentes a considerar cómo el Señor los está llamando a seguirlo para construir su Iglesia. Sea en el ministerio sacerdotal, en la vida consagrada o en el sacramento del ma-

trimonio, Jesús tiene necesidad de vosotros para hacer que se escuche su voz y para trabajar por el crecimiento de su reino.

En la segunda lectura de hoy, san Juan nos invita a “pensar en el gran amor con el cual el Padre nos ha amado” (cf. *1 Jn 3, 1*), haciéndonos sus hijos adoptivos en Cristo. Al escuchar estas palabras, debemos agradecer la experiencia del amor del Padre que hemos tenido en nuestras familias, desde el amor de nuestros padres y madres, abuelos, hermanos y hermanas. Durante la celebración de este Año de la familia, la Iglesia en toda Tierra Santa ha reflexionado sobre la familia como misterio de amor que da la vida, misterio incluido en el plan de Dios con una vocación y misión propia: irradiar el Amor divino que es el manantial y el cumplimiento último de todos los demás amores de nuestra vida.

Que cada familia cristiana crezca en la fidelidad a esta noble vocación de ser una verdadera escuela de oración, en la que los niños aprendan el amor sincero de Dios, maduren en la autodisciplina y en la atención a las necesidades de los demás, y en la que, modelados por la sabiduría que proviene de la fe, contribuyan a construir una sociedad cada vez más justa y fraterna. Las sólidas familias cristianas de estas tierras son una gran herencia recibida de las generaciones precedentes. Que las familias de hoy sean fieles a esta gran herencia y que nunca falte el apoyo material y

moral que necesitan para desempeñar su papel insustituible al servicio de la sociedad.

Un aspecto importante de vuestra reflexión en este Año de la familia ha sido la particular dignidad, vocación y misión de las mujeres en el plan de Dios. ¡Cuánto debe la Iglesia en estas tierras al paciente testimonio de fe y amor de innumerables madres cristianas, religiosas, maestras, doctoras y enfermeras! ¡Cuánto debe vuestra sociedad a todas las mujeres que de diferentes maneras, a veces valientes, han dedicado su vida a construir la paz y a promover el amor! Desde las primeras páginas de la Biblia, vemos cómo el hombre y la mujer, creados a imagen de Dios, están llamados a complementarse mutuamente como administradores de los dones de Dios y colaboradores suyos en comunicar su don de la vida, tanto física como espiritual, a nuestro mundo. Por desgracia, esta dignidad y misión dadas por Dios a las mujeres no siempre han sido suficientemente comprendidas y estimadas.

La Iglesia y la sociedad entera han caído en la cuenta de la urgencia con la que necesitamos lo que mi predecesor el Papa, Juan Pablo II, llamaba “el carisma profético” de las mujeres (cf. *Mulieris dignitatem*, 29) como portadoras de amor, maestras de misericordia y constructoras de paz, que comunican calor y humanidad a un mundo que con frecuencia juzga el valor de la persona con criterios fríos de explotación

y provecho. Con su testimonio público de respeto por las mujeres, y su defensa de la dignidad innata de toda persona humana, la Iglesia en Tierra Santa puede dar una importante contribución al desarrollo de una cultura de verdadera humanidad y a la construcción de la civilización del amor.

Queridos amigos, volvamos a las palabras de Jesús en el Evangelio de hoy. Creo que contienen un mensaje especial para vosotros, su rebaño fiel, en estas tierras donde vivió. “El buen Pastor”, nos dice, “da la vida por sus ovejas”. Al inicio de la misa, hemos pedido al Padre que nos “dé la fuerza para tener el valor de Cristo nuestro Pastor”, el cual permaneció siempre fiel a la voluntad del Padre (cf. *Colecta de la misa del cuarto domingo de Pascua*). Que el valor de Cristo, nuestro pastor, os impulse y sostenga diariamente en vuestros esfuerzos por dar testimonio de la fe cristiana y por mantener la presencia de la Iglesia al cambiar el entramado social de estas antiguas tierras.

La fidelidad a vuestras raíces cristianas, la fidelidad a la misión de la Iglesia en Tierra Santa, exigen a cada uno de vosotros una valentía particular: la valentía de la convicción que nace de una fe personal, y no simplemente de una convención social o de una tradición familiar; la valentía de comprometerse en el diálogo y trabajar juntamente con los demás cristianos al servicio del Evangelio y en solidaridad con los pobres, los desplazados y las víctimas

de profundas tragedias humanas; la valentía de construir nuevos puentes para hacer posible un fructuoso encuentro de personas de diferentes religiones y culturas y así enriquecer el entramado de la sociedad. Esto significa también dar testimonio del amor que nos impulsa a “dar” nuestra vida al servicio de los demás y así contrastar maneras de pensar que justifican la “supresión” de vidas inocentes.

“Yo soy el buen pastor; conozco mis ovejas y las mías me conocen a mí” (Jn 10, 14). Alegraos porque el Señor os ha hecho miembros de su rebaño y os conoce a cada uno por vuestro nombre. Seguidlo con alegría y dejaos guiar por él en todos vuestros caminos. Jesús sabe cuántos desafíos debéis afrontar, cuáles pruebas debéis soportar, y conoce el bien que hacéis en su nombre. Confíad en él, en su amor constante a todos los miembros de su rebaño, y perseverad en vuestro testimonio del triunfo de su amor. Que san Juan Bautista, patrono de Jordania, y María, Virgen y Madre, os sostengan con su ejemplo y su oración, y os conduzcan a la plenitud de la alegría en los eternos pastos, donde gozaremos para siempre de la presencia del buen Pastor y conoceremos para siempre la profundidad de su amor. Amén.

REGINA CÆLI

*Estadio Internacional – Ammán.
V Domingo de Pascua, 10 de mayo de
2009*

Queridos amigos:

Durante la misa hablé del carisma profético de las mujeres, como portadoras de amor, maestras de misericordia y constructoras de paz. El modelo supremo de las virtudes femeninas es la santísima Virgen María, Madre de misericordia y Reina de la paz. Al dirigirnos a ella ahora, invoquemos su intercesión materna sobre todas las familias de estas tierras, para que sean escuelas de oración y escuelas de amor.

Pidamos a la Madre de la Iglesia que dirija su mirada misericordiosa sobre todos los cristianos de estas tierras; que con la ayuda de su oración sean verdaderamente una sola cosa en la fe que profesan y en el testimonio que ofrecen. A ella, que respondió generosamente al anuncio del ángel y aceptó la llamada a convertirse en la Madre de Dios, pidámosle que dé valentía y fortaleza a todos los jóvenes que están discerniendo su vocación, a fin de que también ellos se entreguen generosamente a cumplir la voluntad del Señor.

En este tiempo pascual, nos dirigimos a la santísima Virgen con el título de *Regina caeli*. Como fruto de la Redención conquistada por la muerte y resurrección de su Hijo, también ella fue elevada a la gloria eterna y coronada como Reina de los cielos. Con gran confianza en el poder de su intercesión, con alegría en nuestro corazón y con amor a nuestra gloriosa Madre, siempre Virgen, volvemos nuestra mirada a ella e invocamos sus oraciones.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, durante la bendición de las primeras piedras de las iglesias de los Latinos y de los Greco-Melquitas

Betania al otro lado del Jordán. Domingo, 10 de mayo de 2009

Alteza real; queridos hermanos en el episcopado; queridos amigos:

Con gran alegría espiritual vengo a bendecir las primeras piedras de las dos iglesias católicas que se construirán al lado del río Jordán, un lugar marcado por muchos acontecimientos memorables en la historia bíblica. El profeta Elías, tesbita, procedía de esta región, que no está lejos del norte de Galaad. Aquí cerca, frente a Jericó, las aguas del Jordán se abrieron ante Elías, a quien el Señor se llevó en un carro de fuego (cf. *2 R 2*, 9-12). Aquí el Espíritu del Señor llamó a Juan, hijo de Zacarías, a predicar la conversión de los corazones. Juan Evangelista enmarcó también en esta zona el encuentro entre el Bautista y Jesús, que en su bautismo fue “ungido” por el Espíritu de Dios, el cual bajó en forma de paloma, y fue proclamado Hijo predilecto del Padre (cf. *Jn 1*, 28; *Mc 1*, 9-11).

He tenido el honor de ser recibido en este importante lugar por sus majestades el rey, Abdalá II y la reina Rania. Quiero expresar una vez más mi sincera gratitud por la cordial hospitalidad que me han brindado durante mi visita al reino hachemita de Jordania.

Saludo con alegría a Su Beatitud Gregorio III Laham, patriarca de Antioquía para la Iglesia greco-melquita. También saludo con afecto a Su Beatitud Fouad Twal, patriarca latino de Jerusalén. Extiendo de corazón mis mejores deseos a Su Beatitud Michel Sabbah, a los obispos auxiliares presentes, en particular al arzobispo Yasser Ayyach y al reverendo Salim Sayegh, a quien doy las gracias por sus amables palabras de bienvenida. Me alegra saludar a todos los obispos, sacerdotes, religiosos y fieles laicos que nos acompañan hoy. Alegrémonos al reconocer que estas dos iglesias, una latina y otra greco-melquita, servirán para edificar, cada una según las tradiciones de su propia comunidad, la única familia de Dios.

La primera piedra de una iglesia es símbolo de Cristo. La Iglesia se apoya en Cristo, está sostenida por él y no se puede separar de él. Él es el único cimiento de toda comunidad cristiana, la piedra viva, rechazada por los constructores pero preciosa a los ojos de Dios y elegida por él como piedra angular (cf. *1 P 2*, 4-5.7). Con él también nosotros somos piedras vivas para la construcción del edificio espiritual, morada de Dios (cf. *Ef 2*, 20-22; *1 P 2*, 5). San Agustín solía hacer referencia al misterio de la Iglesia como *Christus totus*, el Cristo total, el Cuerpo de Cristo pleno y completo, Cabeza y miembros. Ésta es la realidad de la Iglesia: es Cristo y nosotros, Cristo con nosotros. Él es con noso-

tros como la vid con sus sarmientos (cf. *Jn* 15, 1-8). La Iglesia es en Cristo una comunidad de vida nueva, una realidad dinámica de gracia que brota de él. A través de la Iglesia, Cristo purifica nuestro corazón, ilumina nuestra mente, nos une con el Padre y, en el único Espíritu, nos impulsa a la práctica diaria del amor cristiano. Confesamos esta gozosa realidad como Iglesia una, santa, católica, y apostólica.

Entramos en la Iglesia por el bautismo. La memoria del bautismo de Cristo está muy presente ante nosotros en este lugar. Jesús se puso en la fila con los pecadores y aceptó el bautismo de penitencia de Juan como un signo profético de su pasión, muerte y resurrección para el perdón de los pecados. A lo largo de los siglos, numerosos peregrinos han venido al Jordán buscando la purificación, renovar su fe y estar más cerca del Señor. Así lo hizo la peregrina Egeria, que dejó un escrito sobre su visita al final del siglo IV. El sacramento del Bautismo, que saca su poder de la muerte y resurrección de Cristo, será apreciado particularmente por las comunidades cristianas que se reunirán en las iglesias que se van a construir. Que el Jordán os recuerde siempre que habéis sido lavados en las aguas del Bautismo y que os habéis convertido en miembros de la familia de Jesús. Vuestra vida, por obediencia a su Palabra, se transforma en su imagen y semejanza. Al esforzaros por ser fieles

a vuestro compromiso bautismal de conversión, testimonio y misión, sabed que contáis con la fuerza del don del Espíritu Santo.

Queridos hermanos y hermanas, que la contemplación orante de estos misterios os llene de alegría espiritual y de valentía moral. Con el apóstol san Pablo, os exhorto a crecer en toda la gama de nobles actitudes que se conocen con el nombre bendito de *agape*, amor cristiano (cf. *1 Co* 13, 1-13). Promoved el diálogo y la comprensión en la sociedad civil, especialmente al reivindicar vuestros derechos legítimos. En Oriente Medio, marcado por el trágico sufrimiento, por años de violencia y tensiones sin resolver, los cristianos están llamados a dar, inspirándose en el ejemplo de Jesús, su contribución de reconciliación y paz con el perdón y la generosidad. Seguid dando gracias a quienes os guían y sirven fielmente como ministros de Cristo. Hacéis bien en aceptar su guía en la fe, conscientes de que al recibir la enseñanza apostólica que transmiten, acogéis a Cristo y acogéis a Aquél -el Único- que lo envió (cf. *Mt* 10, 40).

Queridos hermanos y hermanas, ahora vamos a bendecir estas dos piedras, el inicio de los dos nuevos edificios sagrados. Que el Señor sostenga, fortalezca e incremente las comunidades que en ellos le rendirán culto. Y que él os bendiga a todos con su don de paz. Amén.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
durante la ceremonia de despedida***

*Aeropuerto internacional Reina Alia
de Ammán. Lunes, 11 de mayo de 2009*

*Majestades; excelencias; queridos ami-
gos:*

Al disponerme a emprender la próxima etapa de mi peregrinación por las tierras de la Biblia, deseo agradecer a todos la cordial acogida que he recibido en Jordania en estos días. Doy las gracias a su majestad el rey, Abdalá II, por haberme invitado a visitar el reino hashemita, por su hospitalidad y por sus amables palabras. Expreso también mi aprecio por el gran esfuerzo realizado para hacer posible mi visita y asegurar el desarrollo ordenado de los diferentes encuentros y celebraciones.

Las autoridades públicas, con la colaboración de gran número de voluntarios, han trabajado sin descanso durante mucho tiempo para dirigir a las multitudes y organizar los distintos acontecimientos. La cobertura de los medios de comunicación ha permitido a innumerables personas seguir las celebraciones, aunque no hayan podido estar presentes físicamente. Al dar las gracias a quienes lo han hecho posible, deseo extender mi agradecimiento en particular a todos los que están escuchando la radio o viendo la televisión, especialmente a los enfermos y a quienes han tenido que quedarse en casa.

Me alegra en particular haber estado presente en la puesta en marcha de numerosas iniciativas importantes promovidas por la comunidad católica aquí, en Jordania. La nueva sección del Centro *Regina pacis* abrirá posibilidades concretas para dar esperanza tanto a quienes luchan con dificultades de diversos tipos como a sus familias. Las dos iglesias que se construirán en Betania permitirán a las respectivas comunidades acoger a los peregrinos y promover el crecimiento espiritual de quienes rezarán en ese lugar santo. La Universidad de Madaba dará una contribución particularmente importante a la comunidad más amplia, formando a jóvenes de diversas tradiciones a fin de que se capaciten para forjar el futuro de la sociedad civil. A todos los que están implicados en estos proyectos les expreso mis mejores deseos y les prometo mis oraciones.

Uno de los momentos más destacados de estos días ha sido mi visita a la mezquita al-Hussein bin Talal, donde he tenido el placer de encontrarme con los líderes religiosos musulmanes junto con los miembros del Cuerpo diplomático y los rectores de universidades. Deseo alentar a todos los jordanos, tanto cristianos como musulmanes, a edificar sobre los sólidos cimientos de la tolerancia religiosa, que permite a los miembros de las diferentes comunidades convivir en paz y respeto mutuo. Su majestad el rey ha promovido muy activamente el diálogo interreligioso y deseo destacar lo mucho que es apreciado su compromiso en este sentido.

Constato con gratitud la particular consideración que muestra hacia la comunidad cristiana de Jordania. Este espíritu de apertura no sólo ayuda a los miembros de las diferentes comunidades étnicas de este país a convivir en paz y concordia, sino que además ha contribuido a las iniciativas políticas de amplias miras promovidas por Jordania para construir la paz en todo Oriente Medio.

Queridos amigos, como sabéis, he venido a Jordania sobre todo como peregrino y pastor. Por tanto, las experiencias de estos días que quedarán más firmemente grabadas en mi memoria son mis visitas a los santos lugares y los momentos de oración que hemos celebrado juntos. Una vez más deseo expresar el aprecio de toda la Iglesia por quienes custodian los lugares de peregrinación en esta tierra; y también quiero dar las gracias a las numerosas personas que han contribuido a la preparación de las Vísperas del sábado en la catedral de San Jorge y de la misa de ayer en el Estadio internacional. Para mí ha sido verdaderamente una alegría vivir estas celebraciones pascuales con los fieles católicos de diferentes tradiciones, unidos en la comunión de la Iglesia y en su testimonio de Cristo. Los aliento a todos a permanecer fieles a su compromiso bautismal, recordando que Cristo mismo recibió el bautismo de Juan en las aguas del río Jordán.

Al despedirme de vosotros, deseo que sepáis que llevo en mi corazón al

reino hachemita y a todos los habitantes de esta región. Rezo para que gocéis de paz y prosperidad, ahora y para las generaciones futuras. Una vez más, muchas gracias. Y que Dios os bendiga a todos.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, durante la ceremonia de bienvenida en el Aeropuerto Ben Gurión de Tel Aviv

Aeropuerto internacional Ben Gurión - Tel Aviv. Lunes, 11 de mayo de 2009

Señor presidente; señor primer ministro; excelencias; señoras y señores:

Gracias por vuestra cordial bienvenida al Estado de Israel, tierra considerada santa por millones de creyentes de todo el mundo. Agradezco al presidente, señor Shimon Peres, sus amables palabras y aprecio la oportunidad que se me ofrece de realizar esta peregrinación a una tierra santificada por las huellas de patriarcas y profetas, una tierra que los cristianos veneran de modo especial como lugar de los acontecimientos de la vida, la muerte y la resurrección de Jesucristo. Me inserto en una larga fila de peregrinos cristianos a estos lugares, una fila que se remonta hasta los primeros siglos de la historia cristiana y que, estoy seguro, proseguirá en el futuro. Como muchos otros antes que yo, vengo para orar en los santos lugares, a orar en especial por la paz, paz

aquí en Tierra Santa y paz en todo el mundo.

Señor presidente, la Santa Sede y el Estado de Israel comparten muchos valores, ante todo el compromiso de dar a la religión su legítimo lugar en la vida de la sociedad. El justo orden de las relaciones sociales presupone y exige el respeto de la libertad y la dignidad de todo ser humano, que tanto cristianos como musulmanes y judíos creen creado por un Dios amoroso, y destinado a la vida eterna. Cuando se niega o margina la dimensión religiosa de la persona humana, se pone en peligro el fundamento mismo de una correcta comprensión de los derechos humanos inalienables.

Trágicamente, el pueblo judío ha experimentado las terribles consecuencias de ideologías que niegan la dignidad de toda persona humana. Es justo y conveniente que, durante mi permanencia en Israel, yo tenga la oportunidad de honrar la memoria de los seis millones de judíos víctimas del Holocausto, y de orar para que nunca más la humanidad sea testigo de un crimen de tal magnitud. Por desgracia, el antisemitismo sigue levantando su repugnante cabeza en muchas partes del mundo. Esto es totalmente inaceptable. Es preciso hacer todo lo posible para combatir el antisemitismo donde se encuentre, y para promover el respeto y la estima hacia los miembros de todo pueblo, raza, lengua y nación en todo el mundo.

Durante mi permanencia en Jerusalén, tendré también el placer de encontrarme con muchos líderes religiosos distinguidos de este país. Algo que las tres grandes religiones mono-teístas tienen en común es una veneración especial por esta ciudad santa. Albergó la ferviente esperanza de que todos los peregrinos que vienen a los santos lugares puedan acceder a ellos libremente y sin restricciones, participar en ceremonias religiosas y promover el mantenimiento digno de los lugares de culto situados en los espacios sagrados. Que se cumplan las palabras de la profecía de Isaías, según el cual muchas naciones afluirán al monte de la casa del Señor, para que él les enseñe sus caminos y estas puedan caminar por sus senderos, senderos de paz y de justicia, senderos que llevan a la reconciliación y a la armonía (cf. *Is 2, 2-5*).

Aunque el nombre de Jerusalén significa “ciudad de la paz”, es del todo evidente que durante décadas la paz ha eludido trágicamente a los habitantes de esta tierra santa. Los ojos del mundo se vuelven hacia los pueblos de esta región, mientras éstos luchan por llegar a una solución justa y duradera de los conflictos que han causado tanto sufrimiento. Las esperanzas de innumerables hombres, mujeres y niños de un futuro más seguro y estable dependen del éxito de las negociaciones de paz entre israelíes y palestinos. En unión con todos los hombres de buena voluntad, suplico a todos los responsables que exploren todos los caminos

posibles para buscar una solución justa a las enormes dificultades, a fin de que ambos pueblos puedan vivir en paz en una patria que sea suya, dentro de fronteras seguras e internacionalmente reconocidas. Al respecto, espero y rezo para que pronto se cree un clima de mayor confianza, que permita a las partes realizar progresos reales en el camino hacia la paz y la estabilidad.

A los obispos y a los fieles católicos aquí presentes, les dirijo unas palabras especiales de saludo. Llego a esta tierra, donde Pedro recibió la tarea de apacentar a las ovejas del Señor, como Sucesor de Pedro para realizar mi ministerio entre vosotros. Sentiré una alegría especial al unirme a vosotros para concluir las celebraciones del Año de la familia, que tendrán lugar en Nazaret, hogar de la Sagrada Familia de Jesús, María y José. Como dije en mi mensaje para la Jornada mundial de la paz de este año, la familia es “la primera e indispensable maestra de paz” (n. 3), y por tanto, está llamada a desempeñar un papel vital para sanar las divisiones presentes en la sociedad humana en todos los niveles. A las comunidades cristianas de Tierra Santa digo: con vuestro testimonio fiel de Aquél que predicó el perdón y la reconciliación, con vuestro compromiso de defender el carácter sagrado de toda vida humana, podéis dar una contribución particular para que acaben las hostilidades que durante tanto tiempo han afligido a esta tierra. Rezo para que vuestra presencia continua en Israel y en los Te-

rritorios Palestinos produzca mucho fruto al promover la paz y el respeto recíproco entre todos los pueblos que viven en las tierras de la Biblia.

Señor presidente; señoras y señores, una vez más os agradezco vuestra acogida y os aseguro mis sentimientos de buena voluntad. Que Dios dé fuerza a su pueblo. Que Dios bendiga a su pueblo con la paz.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, durante la visita de cortesía al Presidente del Estado de Israel

Palacio Presidencial – Jerusalén. Lunes, 11 de mayo de 2009

Señor presidente; excelencias; señoras y señores:

Como cordial gesto de hospitalidad, el presidente Peres nos ha acogido aquí, en su residencia, ofreciéndome la posibilidad de saludaros a todos y de compartir, al mismo tiempo, con vosotros algunas reflexiones. Señor presidente, le agradezco esta amable acogida y sus cordiales palabras de saludo, a las que de corazón correspondo. También expreso mi agradecimiento a los cantantes y músicos que nos han entretenido con su fina ejecución.

Señor presidente, en el mensaje de felicitación que le envié con motivo de su toma de posesión, recordé con pla-

cer su ilustre testimonio de servicio público marcado por un fuerte compromiso en favor de la promoción de la justicia y la paz. Hoy deseo asegurarle a usted y al nuevo Gobierno, así como a todos los habitantes del Estado de Israel, que mi peregrinación a los santos lugares tiene como finalidad implorar el precioso don de la unidad y de la paz para Oriente Medio y para toda la humanidad. En efecto, cada día rezo para que la paz que nace de la justicia vuelva a Tierra Santa y a toda la región, trayendo seguridad y nueva esperanza para todos.

La paz, es ante todo, un don divino, pues es la promesa del Omnipotente a todo el género humano y defiende la unidad. En el libro del profeta Jeremías leemos: “Bien me sé los pensamientos que pienso sobre vosotros -oráculo del Señor-, pensamientos de paz y no de desgracia, de daros un porvenir de esperanza” (*Jr* 29, 11). El profeta nos recuerda la promesa del Omnipotente de que “se dejará encontrar”, “escuchará” y “nos reunirá”. Pero hay también una condición: debemos “buscarlo” y “buscarlo con todo el corazón” (cf. *Jr* 29, 12-14).

A los líderes religiosos hoy presentes quiero decirles que la contribución particular de las religiones a la búsqueda de la paz se apoya fundamentalmente en la búsqueda apasionada y concorde de Dios. Nuestra tarea consiste en proclamar y testimoniar que el Omnipotente está presente y se puede conocer

aun cuando parezca oculto a nuestra vista; que actúa en nuestro mundo para nuestro bien; y que el futuro de la sociedad está marcado por la esperanza cuando vibra en armonía con el orden divino. La presencia dinámica de Dios es lo que une los corazones y asegura la unidad. De hecho, el fundamento último de la unidad entre las personas es la perfecta unicidad y universalidad de Dios, que creó al hombre y a la mujer a su imagen y semejanza para introducirnos en su vida divina, de modo que todos seamos uno.

Por tanto, los líderes religiosos deben ser conscientes de que toda división o tensión, toda tendencia a la introversión o a la sospecha entre los creyentes o entre nuestras comunidades puede conducir fácilmente a una contradicción que oscurece la unicidad del Omnipotente, traiciona nuestra unidad y contradice al Único, que se revela a sí mismo como “rico en amor y fidelidad” (*Ex* 34,6; *Sal* 138,2; *Sal* 85, 11).

Queridos amigos, Jerusalén, que desde hace largo tiempo ha sido una encrucijada de pueblos de orígenes diversos, es una ciudad que permite a judíos, cristianos y musulmanes asumir su deber, gozar del privilegio de dar juntos testimonio de la convivencia pacífica deseada durante largo tiempo por los adoradores del único Dios, revelar el plan del Omnipotente de la unidad de la familia humana, anunciado a Abraham, y proclamar la verdadera naturaleza del hombre como buscador

de Dios. Así pues, esforcémonos por asegurar que, mediante la enseñanza y la guía de nuestras respectivas comunidades, las ayudemos a ser fieles a lo que en verdad son como creyentes, siempre conscientes de la bondad infinita de Dios, de la dignidad inviolable de todo ser humano y de la unidad de toda la familia humana.

La Sagrada Escritura nos ofrece también su comprensión de la seguridad. En hebreo, seguridad *-batah-* deriva de confianza, y no sólo se refiere a la falta de amenazas, sino también al sentimiento de calma y confianza. En el libro del profeta Isaías leemos sobre un tiempo de bendición divina: “Al fin, desde lo alto, se derramará sobre nosotros un espíritu. (...) Reposará en la estepa la equidad, y la justicia morará en el vergel; el producto de la justicia será la paz, el fruto de la equidad, una seguridad perpetua” (*Is* 32, 15-17). En el plan de Dios para el mundo, seguridad, equidad, justicia y paz son inseparables. Lejos de ser simplemente producto del esfuerzo humano, son valores que proceden de la relación fundamental de Dios con el hombre, y residen como patrimonio común en el corazón de toda persona.

Sólo hay un modo de proteger y promover estos valores: practicarlos, vivirlos. Ninguna persona, ninguna familia, ninguna comunidad o nación está exenta del deber de vivir en la justicia y de trabajar por la paz. Naturalmente, se espera que los líderes civiles y políticos

aseguren una justa y adecuada seguridad al pueblo para cuyo servicio han sido elegidos. Este objetivo forma una parte de la justa promoción de los valores comunes a la humanidad y, por tanto, no puede estar en conflicto con la unidad de la familia humana. Los valores y los fines auténticos de una sociedad, que siempre tutelan la dignidad humana, son indivisibles, universales e interdependientes (cf. *Discurso a las Naciones Unidas*, 18 de abril de 2008). Por consiguiente, no se pueden realizar cuando son presa de intereses particulares o de políticas fragmentarias. El verdadero interés de una nación siempre se persigue promoviendo la justicia para todos.

Distinguidos señoras y señores, una seguridad duradera es cuestión de confianza, alimentada en la justicia y en la equidad, fraguada por la conversión de los corazones que nos obliga a mirar al otro a los ojos y a reconocer al “tú” como alguien igual a mí, mi hermano, mi hermana. De esta forma, ¿no se convertiría la sociedad misma en “un vergel” (*Is* 32, 15), no caracterizado por bloqueos u obstrucciones sino por la cohesión y la armonía? ¿No se convertiría en una comunidad de nobles aspiraciones, donde con agrado se concede a todos acceso a la educación, a la vivienda familiar, a la oportunidad de empleo, una sociedad dispuesta a edificar sobre los fundamentos duraderos de la esperanza?

Para concluir, deseo dirigirme a las familias de esta ciudad, de este país. ¿Qué padres querrían la violencia, la

inseguridad o la división para sus hijos? ¿Qué objetivo político humano puede conseguirse a través de conflictos y violencias? Oigo el grito de cuantos viven en este país y piden justicia, paz, respeto de su dignidad, seguridad estable, una vida cotidiana libre del miedo de amenazas externas y de violencia insensata. Sé que un número considerable de hombres, mujeres y jóvenes están trabajando por la paz y la solidaridad a través de programas culturales e iniciativas de apoyo práctico y compasivo; suficientemente humildes para perdonar, tienen la valentía de aferrarse al sueño que es su derecho.

Señor presidente, le agradezco la cortesía que me ha demostrado y le aseguro una vez más mis oraciones por el Gobierno y por todos los ciudadanos de este Estado. Que la auténtica conversión del corazón de todos lleve a un compromiso más decidido por la paz y la seguridad a través de la justicia para todos.

¡Shalom!

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
durante la visita al Memorial de
Yad Vashem***

Jerusalén. Lunes, 11 de mayo de 2009

«Yo he de darles en mi casa y en mis muros un memorial y un nombre... Les daré un nombre indeleble» (*Is 56, 5*).

Este pasaje del libro del profeta Isaías presenta dos frases sencillas que expresan de manera solemne el significado profundo de este lugar venerado: *yad*, “memorial”; *shem*, “nombre”. He venido aquí para detenerme en silencio ante este monumento, erigido para honrar la memoria de los millones de judíos asesinados en la horrenda tragedia del Holocausto. Perdieron la vida, pero no perderán nunca sus nombres: están indeleblemente grabados en el corazón de sus seres queridos, de sus compañeros de prisión que sobrevivieron, y de quienes están decididos a no permitir nunca que un horror semejante vuelva a deshorrar a la humanidad. Sus nombres están grabados para siempre, sobre todo, en la memoria de Dios omnipotente.

Se puede despojar al vecino de sus posesiones, sus oportunidades o su libertad; se puede tejer una insidiosa red de mentiras para convencer a otros de que ciertos grupos no merecen respeto; y, sin embargo, por más que se esfuerce, nunca se puede borrar el *nombre* de otro ser humano.

La Sagrada Escritura nos enseña la importancia del nombre cuando se le confía a una persona una misión única o un don especial. A Abram Dios lo llamó “Abraham”, porque debía convertirse en “el padre de muchos pueblos” (*Gn 17, 5*). Jacob fue llamado “Israel”, porque había “luchado contra Dios y contra los hombres y había vencido” (cf. *Gn 32, 29*). Los nombres

conservados en este venerado monumento tendrán para siempre un lugar sagrado entre los innumerables descendientes de Abraham. Como le sucedió a él, también la fe de ellos fue probada. Como sucedió a Jacob, también ellos quedaron involucrados en la lucha por discernir los designios del Omnipotente. Que los nombres de estas víctimas no se borren nunca. Que nunca se niegue, disminuya u olvide sus sufrimientos. Y que toda persona de buena voluntad vigile para desarraigar del corazón del hombre todo lo que pueda llevar a tragedias semejantes.

La Iglesia católica, comprometida en las enseñanzas de Jesús y decidida a imitar su amor a toda persona, siente profunda compasión por las víctimas aquí recordadas. Del mismo modo, está cerca de quienes hoy sufren persecución a causa de la raza, el color, la condición de vida o la religión. Siente como propios sus sufrimientos y hace suyo su anhelo de justicia. Como Obispo de Roma y Sucesor del apóstol Pedro reafirmo, como mis predecesores, el compromiso de la Iglesia de orar y actuar sin descanso para asegurar que nunca vuelva a reinar el odio en el corazón de los hombres. El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob es el Dios de la paz (cf. *Sal* 85, 9).

Las Escrituras enseñan que tenemos el deber de recordar al mundo que este Dios vive, aunque en ocasiones nos resulte difícil comprender sus caminos misteriosos e inescrutables. Él se reve-

ló a sí mismo y sigue actuando en la historia humana. Sólo él gobierna el mundo con justicia y juzga las naciones con rectitud (cf. *Sal* 9, 9).

Al contemplar los rostros reflejados en el estanque silencioso de este memorial, no podemos menos de recordar que cada uno de ellos tiene un nombre. Sólo puedo imaginar la alegre expectativa de sus padres, mientras esperaban con ansia el nacimiento de sus hijos. ¿Qué nombre le pondremos a este hijo? ¿Qué será de él o de ella? ¿Quién hubiera podido imaginar que serían condenados a un destino tan deplorable?

Mientras estamos aquí, en silencio, su grito sigue resonando en nuestro corazón. Es un grito que se eleva contra todo acto de injusticia y de violencia. Es una condena perenne de todo derramamiento de sangre inocente. Es el grito de Abel, que se eleva desde la tierra hacia el Omnipotente. Al profesar nuestra inquebrantable confianza en Dios, damos voz a ese grito con las palabras del libro de las Lamentaciones, lleno de significado tanto para judíos como para cristianos.

«El amor del Señor no se ha acabado, ni se ha agotado su ternura; cada mañana se renuevan: grande es tu lealtad. Mi porción es el Señor, dice mi alma, por eso en él espero. Bueno es el Señor con el que en él espera, con el alma que le busca. Bueno es esperar en silencio la salvación del Señor» (*Lm* 3, 22-26).

Queridos amigos, estoy profundamente agradecido tanto a Dios como a vosotros por la oportunidad de estar aquí, en silencio: un silencio para recordar, un silencio para orar, un silencio para esperar.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
en el encuentro con las
Organizaciones para el diálogo
Interreligioso***

Auditorio del Notre Dame of Jerusalem Center – Jerusalén. Lunes, 11 de mayo de 2009

Queridos hermanos en el episcopado; distinguidos líderes religiosos; queridos amigos:

Para mí es motivo de gran alegría encontrarme con vosotros esta tarde. Deseo agradecer a Su Beatitud, el patriarca Fouad Twal, las amables palabras de bienvenida que me ha dirigido en nombre de todos los presentes. Correspondo a los afectuosos sentimientos expresados y os saludo cordialmente a todos vosotros y a los miembros de los grupos y organización que representáis.

“El Señor dijo a Abram: “Sal de tu tierra, de tu patria y de la casa de tu padre, y ve a la tierra que yo te mostraré”. Marchó, pues, Abram (...), tomando a Sara, su mujer” (cf. *Gn* 12, 1-5). La irrupción de la llamada de Dios, que

marca el inicio de la historia de nuestras tradiciones religiosas, se escuchó en medio de la vida ordinaria de un hombre. Y la historia que de ahí derivó no se plasmó en el aislamiento, sino a través del encuentro con las culturas egipcia, hitita, sumeria, babilónica, persa y griega.

La fe siempre se vive dentro de una cultura. La historia de la religión nos muestra que una comunidad de creyentes avanza por grados de fidelidad a Dios, tomando de la cultura que encuentra y plasmándola. Esta misma dinámica se realiza en cada uno de los creyentes de las tres grandes tradiciones monoteístas: en sintonía con la voz de Dios, como Abraham, respondemos a su llamada y partimos buscando el cumplimiento de sus promesas, esforzándonos por obedecer su voluntad, trazando un sendero en nuestra cultura particular.

Hoy, alrededor de cuatro mil años después de Abraham, el encuentro de religiones con la cultura no se realiza meramente en un plano geográfico. Algunos aspectos de la globalización, y en particular el mundo de internet, han creado una amplia cultura virtual, cuyo valor es tan variado como sus innumerables manifestaciones. No cabe duda de que es mucho lo que se ha logrado para crear un sentido de cercanía y de unidad dentro de la familia humana universal. Sin embargo, al mismo tiempo, la cantidad ilimitada de portales a través de los cuales las personas

tienen fácil acceso a fuentes indiscriminadas de información puede convertirse fácilmente en instrumento de creciente fragmentación: la unidad del conocimiento se fragmenta y a veces no se aplican o se descuidan las complejas habilidades de crítica, discernimiento y discriminación aprendidas de las tradiciones académicas y éticas.

La pregunta que surge entonces espontáneamente es: ¿qué contribución da la religión a las culturas del mundo para contrarrestar los efectos negativos de una globalización tan rápida? Mientras muchos se dedican a señalar las diferencias notorias que existen entre las religiones, nosotros, como creyentes o personas religiosas, tenemos el desafío de proclamar con claridad lo que tenemos en común.

El primer paso de Abraham en la fe, y nuestros pasos hacia -o desde- la sinagoga, la iglesia, la mezquita o el templo, recorren el sendero de nuestra historia humana avanzando -podríamos decir- hacia la Jerusalén eterna (cf. *Ap* 21, 23). Asimismo, cada cultura, con su capacidad propia de dar y recibir, da expresión a la única naturaleza humana. Sin embargo, lo que es propio del individuo nunca se expresa plenamente a través de su cultura, sino que lo trasciende en la búsqueda constante de algo que está más allá.

Desde esta perspectiva, queridos amigos, vemos la posibilidad de una unidad que no depende de la unifor-

midad. Aunque las diferencias que analizamos en el diálogo interreligioso a veces pueden parecer barreras, no deben oscurecer el sentido común de temor reverencial y de respeto por lo universal, por lo absoluto y por la verdad, que impulsa a las personas religiosas ante todo a entablar relaciones unas con otras. En efecto, es común la convicción de que estas realidades trascendentes tienen su fuente -y llevan sus huellas- en el Omnipotente, que los creyentes ponen ante los demás, ante nuestras organizaciones, nuestra sociedad y nuestro mundo. De este modo, no sólo enriquecemos la cultura, sino también la modelamos: las vidas de fidelidad religiosa reflejan la irruptora presencia de Dios y así forman una cultura no definida por límites del tiempo o de lugar, sino fundamentalmente plasmada por los principios y las acciones que provienen de la fe.

La fe religiosa presupone la verdad. El que cree busca la verdad y vive según ella. Aunque el medio por el cual comprendemos el descubrimiento y la comunicación de la verdad en parte es diferente de religión a religión, no debemos desalentarnos en nuestros esfuerzos por dar testimonio de la fuerza de la verdad. Juntos podemos proclamar que Dios existe y puede ser conocido, que la tierra es creación suya, que nosotros somos sus criaturas, y que él llama a cada hombre y a cada mujer a un estilo de vida que respete su plan para el mundo.

Amigos, si creemos tener un criterio de juicio y de discernimiento divino en su origen y destinado a toda la humanidad, entonces no podemos cansarnos de procurar que ese conocimiento influya en la vida civil. La verdad debe ser ofrecida a todos; está destinada a todos los miembros de la sociedad. Arroja luz sobre los fundamentos de la moralidad y de la ética, e infunde en la razón la fuerza para superar sus propios límites a fin de dar expresión a nuestras aspiraciones comunes más profundas. Lejos de amenazar la tolerancia de las diferencias o la pluralidad cultural, la verdad posibilita el consenso, hace que el debate público se mantenga razonable, honrado y justificable, y abre el camino a la paz. Promoviendo el deseo de obedecer a la verdad, de hecho ensancha nuestro concepto de razón y su ámbito de aplicación, y hace posible el diálogo genuino de las culturas y las religiones, tan urgentemente necesario hoy.

Cada uno de los que estamos aquí presentes sabe también que hoy la voz de Dios se escucha menos claramente, y que la razón misma se ha hecho sorda a lo divino en numerosas situaciones. Con todo, ese “vacío” no es un vacío de silencio; es el ruido de pretensiones egoístas, de promesas vacías y de falsas esperanzas, que con tanta frecuencia invaden el espacio mismo en el que Dios nos busca. Entonces ¿podemos crear espacios, oasis de paz y de reflexión profunda, en los que se pueda volver a escuchar la voz de Dios, en los que su verdad se pueda descubrir den-

tro de la universalidad de la razón, en los que cada individuo, independientemente del lugar donde habita, de su grupo étnico, de su afiliación política o de su fe religiosa, pueda ser respetado como persona, como ser humano, como un semejante?

En una época de acceso inmediato a la información y de tendencias sociales que generan una especie de cultura uniforme, una reflexión profunda que contraste el alejamiento de la presencia de Dios fortalecerá la razón, estimulará el genio creativo, facilitará la valoración crítica de las costumbres culturales y sostendrá el valor universal de la fe religiosa.

Estimados amigos, las instituciones y grupos que representáis están comprometidos en el diálogo interreligioso y en la promoción de iniciativas culturales en una vasta gama de niveles. Desde instituciones académicas -y aquí quiero mencionar en particular las excepcionales conquistas de la Universidad de Belén- hasta grupos de padres con dificultades, desde iniciativas de música y artes hasta el ejemplo valiente de madres y padres ordinarios, desde grupos de diálogo formal hasta organizaciones caritativas, demostráis diariamente vuestra convicción de que nuestro deber ante Dios no sólo se expresa en el culto, sino también en el amor y en la solidaridad por la sociedad, por la cultura, por nuestro mundo y por todos los que viven en esta tierra.

Algunos quisieran hacernos creer que nuestras diferencias son necesariamente causa de división y que, por tanto, al máximo habría que tolerarlas. Otros, incluso, sostienen que nuestras voces simplemente deben silenciarse. Pero nosotros sabemos que nuestras diferencias nunca deben presentarse indebidamente como una fuente inevitable de fricción o de tensión sea entre nosotros sea, en un ámbito más amplio, en la sociedad.

Por el contrario, ofrecen a personas de diversas religiones una espléndida oportunidad para convivir en profundo respeto, estima y aprecio, animándose unos a otros por los caminos de Dios. Ojalá que, impulsados por el Omnipotente e iluminados por su verdad, sigáis caminando con valentía, respetando todo lo que nos diferencia y promoviendo todo lo que nos une como criaturas bendecidas con el deseo de llevar esperanza a nuestras comunidades y al mundo.

Que Dios nos guíe por este camino.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
durante la visita de cortesía al Gran
Muftí***

Explanada de las mezquitas – Jerusalén. Martes, 12 de mayo de 2009

Queridos amigos musulmanes:

As-salámu ‘aláikum! ¡Paz a vosotros!

Agradezco cordialmente al gran muftí, Mohammed Ahmad Hussein, así como al director del Waqf islámico de Jerusalén, el jeque Mohammed Az-zam al-Khatib al-Tamimi, y al jefe del Awquaf Council, el jeque Abdel Azim Salhab, las palabras de bienvenida que me han dirigido en vuestro nombre. Me siento profundamente agradecido por la invitación a visitar este lugar sagrado y de buen grado presento mis respetos a vosotros y a los líderes de la comunidad islámica de Jerusalén.

La Cúpula de la Roca lleva nuestro corazón y nuestra mente a reflexionar sobre el misterio de la creación y la fe de Abraham. Aquí se cruzan los caminos de las tres grandes religiones monoteístas del mundo, recordándonos lo que tienen en común. Cada una de ellas cree en un solo Dios, creador y señor de todo; cada una reconoce a Abraham como su primer padre, un hombre de fe, a quien Dios bendijo de modo especial; cada una ha tenido numerosos seguidores a lo largo de los siglos y ha inspirado un rico patrimonio espiritual, intelectual y cultural. En un mundo tristemente desgarrado por divisiones, este lugar sagrado sirve como estímulo y también desafía a hombres y mujeres de buena voluntad a trabajar para superar los malentendidos y los conflictos del pasado y emprender la senda de un diálogo sincero encaminado a construir un mundo de justicia y paz para las futuras generaciones.

Dado que las enseñanzas de las tradiciones religiosas afectan, en última

instancia, a la realidad de Dios, al sentido de la vida y al destino común de la humanidad, es decir, a todo lo más sagrado y querido para nosotros, puede asaltarnos la tentación de participar en este diálogo con reticencia o escepticismo sobre sus posibilidades de éxito. Sin embargo, podemos comenzar con la convicción de que el único Dios es la fuente infinita de la justicia y de la misericordia, ya que en él las dos existen en perfecta unidad. Los que confiesan su nombre tienen la tarea de luchar sin descanso por la justicia mientras imitan su perdón, pues ambos están intrínsecamente orientados a la convivencia pacífica y armoniosa de la familia humana.

Por esta razón, es fundamental que los que adoran al único Dios muestren que están arraigados y buscan la unidad de toda la familia humana. En otras palabras, la fidelidad al único Dios, el Creador, el Altísimo, lleva a reconocer que los seres humanos están fundamentalmente interrelacionados, ya que todos deben su existencia a una única fuente y están ordenados hacia un objetivo común. Impresos con la indeleble imagen de lo divino, están llamados a desempeñar un papel activo en la reparación de las divisiones y en la promoción de la solidaridad humana.

Esto supone una gran responsabilidad para nosotros. Los que veneramos al único Dios creemos que él pedirá cuentas a los seres humanos por sus acciones. Los cristianos afirmamos que

los dones divinos de la razón y la libertad se encuentran en la base de esa responsabilidad. La razón abre la mente para entender la naturaleza y el destino común de la familia humana, mientras que la libertad lleva al corazón a aceptar al otro y a servirle con caridad. Así, el amor indiviso al único Dios y la caridad hacia el prójimo se convierten en el eje alrededor del cual gira todo lo demás. Por esta razón, trabajamos incansablemente para proteger los corazones humanos del odio, la ira o la venganza.

Queridos amigos, he venido a Jerusalén en una peregrinación de fe. Agradezco a Dios esta ocasión de encontrarme con vosotros como Obispo de Roma y Sucesor del apóstol san Pedro, pero también como hijo de Abraham, en quien “son bendecidas todas las familias de la tierra” (*Gn* 12, 3; cf. *Rm* 4, 16-17). Os aseguro que la Iglesia tiene el ardiente deseo de cooperar para el bienestar de la familia humana. Cree firmemente que el cumplimiento de la promesa hecha a Abraham es universal, pues abarca a todos los hombres y mujeres, independientemente de su procedencia o condición social.

Mientras musulmanes y cristianos promueven el diálogo respetuoso que ya han comenzado, rezo para que examinen cómo la unicidad de Dios está indisolublemente vinculada a la unidad de la familia humana. Realizando su plan de amor para la creación, estudiando la ley inscrita en el cosmos y en

el corazón humano y reflexionando en el misterioso don de la auto-revelación de Dios, todos sus seguidores podrán seguir manteniendo su mirada fija en su bondad absoluta, sin perder nunca de vista la forma en que se refleja en los rostros de los demás.

Con estos pensamientos, pido humildemente al Todopoderoso que os conceda la paz y bendiga a toda la amada población de esta región. Esforcémonos por vivir en espíritu de armonía y cooperación, dando testimonio del único Dios mediante el servicio generoso de unos a otros. ¡Gracias!

Oración del Papa, Benedicto XVI, en el muro occidental de Jerusalén

Martes, 12 de mayo de 2009

Dios de todos los tiempos,
en mi visita a Jerusalén,
la “ciudad de la paz”,
casa espiritual para judíos,
cristianos y musulmanes,
te presento las alegrías,
las esperanzas y las aspiraciones,
las pruebas, los sufrimientos
y las penas de tu pueblo
esparcido por el mundo.

Dios de Abraham,
de Isaac y de Jacob,
escucha el grito de los afligidos,
los atemorizados
y los despojados;

derrama tu paz
sobre esta Tierra Santa,
sobre Oriente Medio,
sobre toda la familia humana;
despierta el corazón
de todos los que invocan
tu nombre,
para caminar humildemente
por la senda de la justicia
y la compasión.

“Bueno es el Señor
con el que en él espera,
con el alma que lo busca”
(*Lam 3, 25*).

Discurso del Papa, Benedicto XVI, durante la visita de cortesía a los grandes Rabinos de Jerusalén

*Centro Hechal Shlomo – Jerusalén.
Martes, 12 de mayo de 2009*

Distinguidos rabinos; queridos amigos:

Agradezco la invitación a visitar Hechal Shlomo y encontrarme con vosotros durante mi viaje a Tierra Santa como Obispo de Roma. Doy las gracias al rabino sefardí Shlomo Amar y al rabino askenazí Yona Metzger por sus cordiales palabras de bienvenida y por el deseo que han expresado de seguir fortaleciendo los vínculos de amistad que la Iglesia católica y el Gran Rabinado se han esforzado diligentemente por forjar en las últimas décadas. Vues-

tras visitas al Vaticano en 2003 y 2005 son un signo de la buena voluntad que caracteriza el desarrollo de nuestras relaciones.

Distinguidos rabinos, correspondo expresando mi respeto y estima por vosotros y por vuestras comunidades. Os garantizo mi deseo de profundizar el entendimiento mutuo y la cooperación entre la Santa Sede, el Gran Rabinado de Israel y el pueblo judío en todo el mundo.

Desde el inicio de mi pontificado, ha sido para mí un gran motivo de satisfacción el fruto producido por el diálogo que tiene lugar entre la delegación de la comisión de la Santa Sede para las relaciones religiosas con los judíos y la delegación del Gran Rabinado de Israel para las relaciones con la Iglesia católica. Deseo agradecer a los miembros de ambas delegaciones su dedicación y su duro trabajo para realizar esta iniciativa, tan ardientemente deseada por mi venerado predecesor el Papa, Juan Pablo II, como él mismo afirmó durante el gran jubileo del año 2000.

Nuestro encuentro de hoy es una ocasión muy apropiada para agradecer al Omnipotente las numerosas bendiciones que han acompañado el diálogo mantenido por la comisión bilateral, y para mirar con esperanza a sus futuras sesiones. La buena voluntad de los delegados para discutir abierta y pacientemente no sólo los puntos de acuerdo, sino también los

puntos de divergencia, ha allanado el camino para lograr una colaboración más efectiva en la vida pública. Tanto los judíos como los cristianos están interesados en garantizar el respeto del carácter sagrado de la vida humana, el lugar central de la familia, la buena educación de los jóvenes y la libertad de religión y de conciencia para una sociedad sana. Estos temas de diálogo no representan más que la fase inicial de lo que esperamos sea un firme y progresivo camino hacia un mejor entendimiento recíproco.

Nuestra preocupación común frente al relativismo moral y a las ofensas que produce contra la dignidad de la persona humana ya constituye una indicación clara de las posibilidades de esta serie de encuentros. Al afrontar las cuestiones éticas más urgentes de nuestro tiempo, nuestras dos comunidades se encuentran ante el desafío de comprometer a las personas de buena voluntad en el nivel de la razón, presentando al mismo tiempo los fundamentos religiosos que sostienen de la mejor manera los valores morales perennes. Es de desear que el diálogo iniciado siga generando ideas sobre cómo cristianos y judíos pueden colaborar para elevar el aprecio de la sociedad por la contribución característica de nuestras tradiciones religiosas y éticas. Aquí, en Israel, los cristianos, al constituir solamente una pequeña parte de la población total, valoran de modo particular las oportunidades de diálogo con sus vecinos judíos.

La confianza es, sin duda, un elemento esencial de un diálogo efectivo. Hoy tengo la oportunidad de repetir que la Iglesia católica está irrevocablemente comprometida en el camino escogido durante el concilio Vaticano II con vistas a una auténtica y duradera reconciliación entre cristianos y judíos. Como aclaró la declaración *Nostra aetate*, la Iglesia sigue valorando el patrimonio espiritual común de cristianos y judíos, y desea un entendimiento mutuo cada vez más profundo y un respeto a través de los estudios bíblicos y teológicos, así como a través de diálogos fraternos. Que los siete encuentros de la comisión bilateral que ya han tenido lugar entre la Santa Sede y el Gran Rabinado sean una prueba de ello. Expreso mi agradecimiento por vuestra afirmación recíproca de que la relación entre la Iglesia católica y el Gran Rabinado seguirá creciendo en el respeto y el entendimiento en el futuro.

Amigos míos, expreso una vez más mi profundo aprecio por la bienvenida que me habéis brindado hoy. Confío en que nuestra amistad siga sirviendo de ejemplo de confianza en el diálogo para los judíos y cristianos de todo el mundo. Viendo los resultados alcanzados hasta ahora e inspirándonos en las Sagradas Escrituras, podemos esperar con confianza en una cooperación cada vez más intensa entre nuestras comunidades, junto con todas las personas de buena voluntad, para condenar el odio y la opresión en todo el mundo. Pido a Dios, que escruta nuestros corazones y

conoce nuestros pensamientos (cf. *Sal* 139, 23), que siga iluminándonos con su sabiduría, a fin de que cumplamos sus mandamientos de amarlo a él con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas (cf. *Dt* 6, 5) y de amar al prójimo como a nosotros mismos (cf. *Lv* 19, 18). Muchas gracias.

Palabras del Papa, Benedicto XVI, en el Cenáculo, durante la oración del Regina Caeli con los Ordinarios de Tierra Santa

Jerusalén. Martes, 12 de mayo de 2009

Queridos hermanos en el episcopado; querido padre custodio:

Con gran alegría os saludo, Ordinarios de Tierra Santa, en este Cenáculo donde, según la tradición, el Señor abrió su corazón a los discípulos que había elegido y celebró el Misterio pascual, y donde el Espíritu Santo el día de Pentecostés impulsó a los primeros discípulos a ir y predicar la buena nueva. Doy las gracias al padre Pizzaballa por las cordiales palabras de bienvenida que me ha dirigido en vuestro nombre. Vosotros representáis a las comunidades católicas de Tierra Santa que, en su fe y devoción, son como las lámparas encendidas que iluminan los santos lugares que recibieron la gracia de la presencia de Jesús, nuestro Señor vivo.

Este privilegio único os da a vosotros y a vuestro pueblo un lugar especial de afecto en mi corazón como Sucesor de Pedro.

“Sabido Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo” (*Jn* 13, 1). El Cenáculo recuerda la última Cena de nuestro Señor con Pedro y los demás Apóstoles e invita a la Iglesia a una contemplación orante. Con estos sentimientos, nos encontramos juntos, el Sucesor de Pedro con los sucesores de los Apóstoles, en el mismo lugar donde Jesús con la ofrenda de su cuerpo y de su sangre reveló las nuevas profundidades de la alianza de amor establecida entre Dios y su pueblo.

En el Cenáculo, el misterio de gracia y salvación, del que somos destinatarios y también heraldos y ministros, sólo se puede expresar en términos de amor. Dado que él nos ha amado primero y sigue amándonos, podemos responder con amor (cf. *Deus caritas est*, 2). Nuestra vida cristiana no es simplemente un esfuerzo humano por vivir las exigencias del Evangelio que se nos imponen como deberes. La Eucaristía nos introduce en el misterio del amor divino. Nuestra vida se convierte en una aceptación agradecida, dócil y activa de la fuerza de un amor que se nos ha dado. Este amor transformador, que es gracia y verdad (cf. *Jn* 1, 17), nos invita a superar, individualmente

y como comunidad, la tentación de replegarnos sobre nosotros mismos en el egoísmo, la indolencia, el aislamiento, el prejuicio o el miedo, y a entregarnos generosamente al Señor y a los demás. Nos lleva como comunidad cristiana a ser fieles a nuestra misión con franqueza y valentía (cf. *Hch* 4, 13). En el buen Pastor, que da su vida por su rebaño, en el Maestro que lava los pies a sus discípulos, mis queridos hermanos, encontráis el modelo de vuestro ministerio al servicio de nuestro Dios que promueve el amor y la comunión.

La llamada a la comunión de mente y corazón, tan íntimamente unida al mandamiento del amor y al papel central unificador de la Eucaristía en nuestra vida, tiene especial importancia en Tierra Santa. Las diferentes Iglesias cristianas presentes aquí representan un rico y variado patrimonio espiritual y son signo de las múltiples formas de interacción entre el Evangelio y las diversas culturas. También nos recuerdan que la misión de la Iglesia consiste en predicar el amor universal de Dios y en reunir a todos los que él llama, de lejos y de cerca, de manera que, con sus tradiciones y sus talentos, formen una única familia de Dios.

Nuestro tiempo, especialmente desde el concilio Vaticano II, se ha caracterizado por un nuevo impulso espiritual hacia la comunión en la diversidad dentro de la Iglesia católica y por una nueva conciencia ecuménica. El Espíritu mueve suavemente nuestro cora-

zón hacia la humildad y la paz, hacia la aceptación recíproca, la comprensión y la cooperación. Esta disposición interior a la unidad bajo el impulso del Espíritu Santo es decisiva para que los cristianos realicen su misión en el mundo (cf. *Jn* 17, 21).

La presencia cristiana en Tierra Santa y en las regiones vecinas será viva en la medida en que el don del amor se acepta y crece en la Iglesia. Esta presencia es de suma importancia para el bien de toda la sociedad. Las palabras claras de Jesús sobre la íntima unión entre el amor a Dios y el amor al prójimo, sobre la misericordia y la compasión, sobre la mansedumbre, la paz y el perdón son una levadura capaz de transformar los corazones y plasmar las acciones. Los cristianos en Oriente Medio, juntamente con las demás personas de buena voluntad, están contribuyendo, como ciudadanos leales y responsables, a pesar de las dificultades y las restricciones, a la promoción y la consolidación de un clima de paz en la diversidad. Quiero repetir lo que dije en mi Mensaje de Navidad del año 2006 a los católicos en Oriente Medio: “Os manifiesto con afecto mi cercanía personal en la situación de inseguridad humana, de sufrimiento diario, de temor y de esperanza que estáis viviendo. A vuestras comunidades repito, ante todo, las palabras del Redentor: “No temas, pequeño rebaño, porque a vuestro Padre le ha parecido bien daros a vosotros el Reino” (*Lc* 12, 32)” (*L’Osservatore Romano*, edición en lengua española, 5 de enero de 2007, p. 7).

Queridos hermanos en el episcopado, contad con mi apoyo y mi aliento mientras hacéis todo lo posible para ayudar a nuestros hermanos y hermanas cristianos a permanecer y prosperar aquí, en la tierra de sus antepasados, y a ser mensajeros y promotores de paz. Aprecio vuestros esfuerzos por ofrecerles, como a ciudadanos maduros y responsables, asistencia espiritual, valores y principios que les ayuden a desempeñar su papel en la sociedad. Mediante la enseñanza, la preparación profesional y otras iniciativas sociales y económicas, se podrá sostener y mejorar su situación. Por mi parte, renuevo mi llamamiento a los hermanos y hermanas de todo el mundo a apoyar y recordar en sus oraciones a las comunidades cristianas de Tierra Santa y Oriente Medio.

En este contexto, deseo expresar mi aprecio por el servicio prestado a los numerosos peregrinos y visitantes que vienen a Tierra Santa buscando inspiración y renovación tras las huellas de Jesús. La historia del Evangelio, cuando se contempla en su ambiente histórico y geográfico, cobra vida y color, y permite comprender más claramente el significado de las palabras y los hechos del Señor. Muchas experiencias memorables de peregrinos de Tierra Santa han sido posibles también gracias a la hospitalidad y guía fraterna brindada por vosotros, especialmente por los frailes franciscanos de la Custodia. Por este servicio quiero aseguraros el aprecio y la gratitud de la Iglesia universal

y expreso el deseo de que, en el futuro, venga aquí de visita un número de peregrinos aún mayor.

Queridos hermanos, al dirigir juntos nuestra gozosa oración a María, Reina del cielo, pongamos con confianza en sus manos el bienestar y la renovación espiritual de todos los cristianos que viven en Tierra Santa, de manera que, bajo la guía de sus pastores, crezcan en la fe, en la esperanza y en la caridad, y perseveren en su misión de promotores de comunión y de paz.

***Palabras del Papa, Benedicto XVI,
durante la breve visita a la
Concatedral Latina***

Jerusalén. Martes, 12 de mayo de 2009

Beatitud, le agradezco sus palabras de bienvenida. También doy las gracias al patriarca emérito y les expreso a ambos mis mejores deseos fraternos y les aseguro mis oraciones.

Queridos hermanos y hermanas en Cristo, con alegría me encuentro con vosotros en esta concatedral, donde la comunidad cristiana de Jerusalén sigue reuniéndose como lo ha hecho durante siglos, desde los primeros días de la Iglesia. Aquí, en esta ciudad, Pedro fue el primero en predicar la buena nueva de Jesucristo el día de Pentecostés, cuando cerca de tres mil

personas se unieron al número de los discípulos. También aquí los primeros cristianos “acudían asiduamente a la enseñanza de los Apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones” (*Hch* 2, 42). Desde Jerusalén el Evangelio se difundió “por toda la tierra... hasta los confines del mundo” (cf. *Sal* 19, 4), y en todo tiempo el compromiso misionero de la Iglesia ha sido sostenido por las oraciones de los fieles, reunidos en torno al altar del Señor, para invocar la poderosa fuerza del Espíritu Santo sobre la obra de la predicación.

Lo que sostiene la obra de evangelización son sobre todo las oraciones de quienes, como decía santa Teresa de Lisieux, tienen la vocación de ser “el amor profundo en el corazón de la Iglesia” (*Carta a la hermana María del Sagrado Corazón*). Deseo expresar mi particular aprecio por el apostolado oculto de las personas de vida contemplativa que están aquí presentes y agradecerles su generosa entrega a una vida de oración y abnegación. Agradezco en particular las oraciones que ofrecéis por mi ministerio universal y os pido que sigáis encomendando al Señor mi servicio al pueblo de Dios en todo el mundo. Con palabras del salmista, también os pido: “Orad por la paz de Jerusalén” (*Sal* 122, 6), orad continuamente por el fin del conflicto que ha causado tanto sufrimiento a los pueblos de esta tierra. Y ahora os imparto mi bendición.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
durante la Santa Misa***

*Valle de Josafat - Jerusalén. Martes,
12 de mayo de 2009*

*Queridos hermanos y hermanas en el
Señor:*

“¡Cristo ha resucitado, aleluya!”. Con estas palabras os saludo con gran afecto. Agradezco al patriarca Fouad Twal las palabras de bienvenida que me ha dirigido en vuestro nombre, y ante todo expreso mi alegría por poder celebrar esta Eucaristía con vosotros, Iglesia en Jerusalén. Nos hemos reunido aquí, bajo el monte de los Olivos, donde nuestro Señor oró y sufrió, donde lloró por amor a esta ciudad y por el deseo de que conociera “el camino de la paz” (cf. *Lc 19, 42*), y donde regresó al Padre, dando su última bendición en la tierra a sus discípulos y a nosotros. Acojamos hoy esta bendición. Os la imparte de manera especial a vosotros, queridos hermanos y hermanas, que estáis vinculados, en una línea ininterrumpida, con los primeros discípulos que se encontraron con el Señor resucitado al partir el pan, con los que experimentaron la efusión del Espíritu Santo en el Cenáculo y con los que se convirtieron por la predicación de san Pedro y de los demás Apóstoles. Saludo también a todos los presentes y, en particular, a los fieles de Tierra Santa que por varias razones no han podido estar hoy aquí con nosotros.

Como Sucesor de san Pedro, he seguido sus huellas para proclamar al Señor resucitado entre vosotros, confirmaros en la fe de vuestros padres e invocar sobre vosotros el consuelo que es don del Paráclito. Al estar ante vosotros hoy, deseo reconocer las dificultades, la frustración, el dolor y el sufrimiento que tantos de vosotros han soportado como consecuencia de los conflictos que han afligido a estas tierras, así como las amargas experiencias de desplazamiento que muchas de vuestras familias han conocido y -Dios no lo permita- pueden conocer aún.

Espero que mi presencia aquí sea un signo de que no os olvidamos, de que vuestra perseverante presencia y testimonio son preciosos a los ojos de Dios y constituyen un elemento para el futuro de estas tierras. Precisamente a causa de vuestras profundas raíces en estos lugares, de vuestra antigua y fuerte cultura cristiana y de vuestra inquebrantable confianza en las promesas de Dios, vosotros, los cristianos de Tierra Santa, no sólo estáis llamados a ser un faro de fe para la Iglesia universal, sino también levadura de armonía, sabiduría y equilibrio en la vida de una sociedad que tradicionalmente ha sido, y sigue siendo, pluralista, multiétnica y multirreligiosa.

En la segunda lectura de hoy, el apóstol san Pablo dice a los Colosenses: “Buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios” (*Col 3, 1*). Estas palabras resuenan con

particular fuerza aquí, bajo el huerto de Getsemaní, donde Jesús aceptó el cáliz del sufrimiento en total obediencia a la voluntad del Padre, y donde, según la tradición, ascendió a la derecha del Padre para interceder continuamente por nosotros, miembros de su Cuerpo. San Pablo, el gran heraldo de la esperanza cristiana, experimentó el precio de esta esperanza, su costo en sufrimiento y persecución por el Evangelio, y nunca vaciló en su convicción de que la resurrección de Cristo era el inicio de una nueva creación. Como él nos dice: “Cuando aparezca Cristo, vida vuestra, entonces también vosotros apareceréis gloriosos con él” (Col 3, 4).

La exhortación de san Pablo de “buscar las cosas de arriba” debe resonar constantemente en nuestro corazón. Sus palabras nos indican el cumplimiento de la visión de fe en esa Jerusalén celeste donde, de acuerdo con las antiguas profecías, Dios enjugará las lágrimas de todos los rostros y preparará un banquete de salvación para todos los pueblos (cf. Is 25, 6-8; Ap 21, 2-4).

Ésta es la esperanza, esta es la visión que nos lleva a todos los que amamos esta Jerusalén terrestre a verla como una profecía y una promesa de la reconciliación y la paz universal que Dios desea para toda la familia humana. Tristemente, el hecho de estar bajo los muros de esta ciudad nos lleva a considerar cuán lejos está nuestro mundo del pleno cumplimiento de aquella profecía y promesa. En esta

ciudad santa, donde la vida venció a la muerte, donde el Espíritu se derramó como primer fruto de la nueva creación, la esperanza sigue luchando contra la desesperación, la frustración y el cinismo, mientras la paz, que es don y llamamiento de Dios, sigue amenazada por el egoísmo, el conflicto, la división y el peso de las ofensas del pasado.

Por esta razón, la comunidad cristiana en esta ciudad que fue testigo de la resurrección de Cristo y de la efusión del Espíritu debe hacer todo lo posible por conservar la esperanza donada por el Evangelio, teniendo en gran aprecio la prenda de la victoria definitiva de Cristo sobre el pecado y sobre la muerte, testimoniando la fuerza del perdón y manifestando la naturaleza más profunda de la Iglesia como signo y sacramento de una humanidad reconciliada, renovada y unificada en Cristo, el nuevo Adán.

Reunidos bajo los muros de esta ciudad sagrada para los seguidores de tres grandes religiones, ¿cómo no dirigir nuestro pensamiento a la vocación universal de Jerusalén? Esta vocación, anunciada por los profetas, también aparece como un hecho indiscutible, una realidad irrevocable, fundada en la historia compleja de esta ciudad y de su pueblo. Judíos, musulmanes y cristianos consideran esta ciudad como su casa espiritual. ¿Cuánto hay que hacer todavía para convertirla verdaderamente en una “ciudad de paz” para todos los pueblos, donde todos puedan venir

en peregrinación buscando a Dios y escuchar su voz, “una voz que habla de paz”! (cf. *Sal* 85, 8).

De hecho, Jerusalén ha sido siempre una ciudad en cuyas calles se hablan diversos idiomas, cuyas piedras son pisadas por gente de toda raza y lengua, cuyos muros son símbolo del cuidado providente de Dios para toda la familia humana. Como un microcosmos de nuestro mundo globalizado, esta ciudad, para vivir su vocación universal, debe ser un lugar que enseñe universalidad, respeto a los demás, diálogo y comprensión mutua; un lugar donde el prejuicio, la ignorancia y el miedo que los alimenta, sean superados por la honradez, la integridad y la búsqueda de la paz. Entre estos muros, no debería haber lugar para la mezquindad, la discriminación, la violencia y la injusticia. Los creyentes en un Dios de misericordia -sea que se declaren judíos, cristianos o musulmanes- deben ser los primeros en promover esta cultura de reconciliación y paz, por más lento que sea el proceso y por más agobiante que sea el peso de los recuerdos del pasado.

Aquí quiero referirme directamente a la trágica realidad -que nunca puede dejar de ser fuente de preocupación para todos aquellos que aman esta ciudad y esta tierra- de la partida de numerosos miembros de la comunidad cristiana en los últimos años. Aunque hay razones comprensibles que llevan a muchos, especialmente jóvenes, a emigrar, esta decisión trae consigo como

consecuencia un gran empobrecimiento cultural y espiritual de la ciudad. Deseo repetir hoy lo que he dicho en otras ocasiones: en Tierra Santa hay lugar para todos. Mientras exhorto a las autoridades a respetar, sostener y valorar la presencia cristiana aquí, al mismo tiempo quiero asegurarnos la solidaridad, el amor y el apoyo de toda la Iglesia y de la Santa Sede.

Queridos amigos, el Evangelio que acabamos de escuchar nos dice que san Pedro y san Juan corrieron a la tumba vacía, y que san Juan “vio y creyó” (*Jn* 20, 8). Aquí, en Tierra Santa, con los ojos de la fe, vosotros, junto con los peregrinos de todo el mundo que llenan sus iglesias y santuarios, gozáis de la bendición de “ver” los lugares santificados por la presencia de Cristo, por su ministerio terreno, por su pasión, muerte y resurrección, y por el don de su Espíritu Santo. Aquí, como el apóstol santo Tomás, tenéis la oportunidad de “tocar” las realidades históricas que se encuentran en el fundamento de nuestra confesión de fe en el Hijo de Dios. La intención de mi oración por vosotros hoy es que sigáis, día a día, “viendo y creyendo” en los signos de la providencia de Dios y en su infinita misericordia, “escuchando” con renovada fe y esperanza las consoladoras palabras de la predicación apostólica, “tocando” los manantiales de la gracia en los sacramentos, y encarnando para los demás la prenda de nuevos inicios, la libertad nacida del perdón, la luz interior y la paz que pueden traer salva-

ción y esperanza incluso en las realidades humanas más oscuras.

En la iglesia del Santo Sepulcro, los peregrinos de todos los siglos han venerado la piedra que, según la tradición, estaba ante la entrada de la tumba en la mañana de la resurrección de Cristo. Volvamos frecuentemente a esa tumba vacía. Reafirmemos allí nuestra fe en la victoria de la vida, y oremos para que toda “piedra pesada”, colocada en la puerta de nuestro corazón, bloqueando así nuestra completa sumisión al Señor en la fe, la esperanza y el amor, quede desplazada por la fuerza de la luz y de la vida que en aquella mañana de Pascua resplandeció desde Jerusalén para todo el mundo. ¡Cristo ha resucitado, aleluya! ¡Ha resucitado verdaderamente, aleluya!

Discurso del Papa, Benedicto XVI, durante la ceremonia de bienvenida en los territorios palestinos

Plaza del Palacio Presidencial – Belén. Miércoles, 13 de mayo de 2009

Señor presidente; queridos amigos:

Os saludo a todos de corazón y agradezco vivamente al señor presidente, Mahmoud Abbas, sus palabras de bienvenida. Mi peregrinación a la tierra de la Biblia no sería completa sin una visita a Belén, la ciudad de David y lugar del nacimiento de Jesucristo. No

podría haber venido a Tierra Santa sin aceptar la cordial invitación del presidente Abbas a visitar estos Territorios y saludar al pueblo palestino. Conozco lo mucho que habéis sufrido y seguís sufriendo a causa de las agitaciones que han afligido a esta tierra durante décadas.

Mi corazón está con las familias que se han quedado sin hogar. Esta tarde, visitaré el campo de refugiados de Aida, para expresar mi solidaridad con la gente que ha perdido tanto. A aquéllos de vosotros que lloráis la pérdida de familiares y seres queridos en las hostilidades, particularmente en el reciente conflicto de Gaza, os aseguro mi más profunda compasión y mi recuerdo frecuente en la oración. De hecho, os tengo presentes a todos en mis oraciones diarias y pido ardientemente al Todopoderoso por la paz, una paz justa y duradera, en los Territorios palestinos y en toda la región.

Señor presidente, la Santa Sede apoya el derecho de su pueblo a una patria palestina soberana en la tierra de vuestros antepasados, segura y en paz con sus vecinos, dentro de unas fronteras reconocidas internacionalmente. Aunque en la actualidad ese objetivo parece lejos de realizarse, le insto a usted y a todo su pueblo a mantener viva la llama de la esperanza, esperanza en que pueda descubrirse un camino de encuentro entre las legítimas aspiraciones, tanto de los israelíes como de los palestinos, a la paz y la estabilidad.

Como dijo el Papa, Juan Pablo II, no puede haber “paz sin justicia ni justicia sin perdón” (*Mensaje para la Jornada mundial de la paz de 2002*). Imploro a todas las partes implicadas en este largo conflicto que aparten todo rencor y división que puedan quedar todavía en el camino de la reconciliación, para llegar a todos por igual con generosidad y compasión, y sin discriminación.

Una convivencia justa y pacífica entre las poblaciones de Oriente Medio sólo puede lograrse con espíritu de cooperación y respeto mutuo, en el que se reconozcan y respeten los derechos y la dignidad de todos. Os pido a todos vosotros y pido a vuestros líderes que asuman un compromiso renovado de trabajar por estos objetivos. En particular, pido a la comunidad internacional que utilice su influencia a favor de una solución. Creo y confío en que, a través de un diálogo honrado y perseverante, respetando plenamente las exigencias de la justicia, se podrá conseguir de verdad una paz duradera en estas tierras.

Espero ardientemente que los graves problemas que afectan a la seguridad en Israel y en los Territorios palestinos se suavicen pronto lo suficiente como para permitir una mayor libertad de movimiento, especialmente por lo que se refiere a los contactos entre familiares y al acceso a los santos lugares. Los palestinos, como cualquier otro pueblo, tienen un derecho natural a casarse, a formar una familia y a acceder al

trabajo, a la educación y a la asistencia médica. Rezo también para que, con la ayuda de la comunidad internacional, el trabajo de reconstrucción pueda realizarse rápidamente donde casas, escuelas u hospitales han quedado dañados o destruidos, especialmente durante el reciente conflicto de Gaza. Esto es esencial para que la población de esta tierra pueda vivir en condiciones que favorezcan la paz duradera y la prosperidad. Una infraestructura estable ofrecerá a vuestros jóvenes mejores oportunidades para adquirir valiosas especializaciones y obtener empleos remunerados, capacitándolos para dar su aportación en la construcción de la vida de vuestras comunidades.

A los numerosos jóvenes presentes hoy en los Territorios palestinos, hago este llamamiento: no permitáis que la pérdida de vidas humanas y la destrucción de las que habéis sido testigos despierten resentimiento o amargura en vuestro corazón. Tened la valentía de resistir a cualquier tentación que sintáis de recurrir a actos de violencia o terrorismo. Por el contrario, que lo que habéis experimentado renueve vuestra determinación de construir la paz. Llenaos del profundo deseo de dar una contribución duradera al futuro de Palestina, para que pueda ocupar el lugar que le corresponde en el escenario mundial. Que os impulsen los sentimientos de compasión hacia todos los que sufren, el celo por la reconciliación, y una firme confianza en la posibilidad de un futuro más luminoso.

Señor presidente; queridos amigos reunidos aquí en Belén, invoco sobre todo el pueblo palestino la bendición y la protección de nuestro Padre celestial, y rezo fervientemente para que se haga realidad el canto que los ángeles cantaron en este lugar: “Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad”.

Muchas gracias. Y que Dios esté con vosotros.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
durante la Santa Misa***

*Plaza del Pesebre – Belén. Miércoles,
13 de mayo de 2009*

*Queridos hermanos y hermanas en
Cristo:*

Doy gracias a Dios omnipotente por haberme concedido la gracia de venir a Belén, no sólo para venerar el lugar donde nació Cristo, sino también para estar con vosotros, hermanos y hermanas en la fe, en estos Territorios palestinos. Agradezco al patriarca Fouad Twal los sentimientos que ha expresado en vuestro nombre, y saludo con afecto a los hermanos obispos y a todos los sacerdotes, religiosos y fieles laicos que se esfuerzan cada día por confirmar a esta Iglesia local en la fe, en la esperanza y en el amor. Saludo con afecto en especial a los peregrinos provenientes de la martirizada Gaza: os pido que llevéis a vuestras familias y comunidades

mi afectuoso abrazo, mis condolencias por las pérdidas, las adversidades y los sufrimientos que han tenido que soportar. Os aseguro mi solidaridad en la inmensa obra de reconstrucción que ahora tenéis que afrontar, y mis oraciones para que se levante pronto el embargo.

“No temáis, pues os anuncio una gran alegría. (...) Os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un salvador” (*Lc* 2, 10-11). El mensaje de la venida de Cristo, que llegó del cielo mediante el anuncio de los ángeles, sigue resonando en esta ciudad, así como en las familias, en los hogares y en las comunidades de todo el mundo. Es una “gran alegría”, dijeron los ángeles, “para todo el pueblo”. Este mensaje proclama que el Mesías, el Hijo de Dios e hijo de David nació “por vosotros”: por ti y por mí, y por todos los hombres y mujeres de todo tiempo y lugar. En el plan de Dios, Belén, “el menor entre los clanes de Judá” (*Mi* 5, 1) se convirtió en un lugar de gloria imperecedera: el lugar donde, en la plenitud de los tiempos, Dios eligió hacerse hombre, para acabar con el largo reinado del pecado y de la muerte, y para traer vida nueva y abundante a un mundo ya viejo, cansado y oprimido por la desesperación.

Para los hombres y mujeres de todo lugar, Belén está asociada a este alegre mensaje de renacimiento, renovación, luz y libertad. Y, sin embargo, aquí, en medio de nosotros, ¡qué lejos de hacerse realidad parece esa magnífica pro-

mesa! ¡Qué distante parece el Reino de amplio dominio y paz, de seguridad, justicia e integridad, que el profeta Isaías anunció, como hemos escuchado en la primera lectura (cf. *Is* 9, 7) y que proclamamos como definitivamente establecido con la venida de Jesucristo, Mesías y Rey!

Desde el día de su nacimiento, Jesús fue “un signo de contradicción” (*Lc* 2, 34) y lo sigue siendo también hoy. El Señor de los ejércitos, cuyos “orígenes son antiguos, desde tiempos remotos” (*Mi* 5, 1), quiso inaugurar su Reino naciendo en esta pequeña ciudad, entrando a nuestro mundo en el silencio y la humildad de una cueva, y yaciendo en un pesebre, como un niño necesitado de todo. Aquí en Belén, en medio de todo tipo de contradicciones, las piedras siguen gritando esta “buena nueva”, el mensaje de redención que esta ciudad, por encima de todas las demás, está llamada a proclamar al mundo. Porque aquí, de una manera que supera todas las esperanzas y expectativas humanas, Dios se mostró fiel a sus promesas. En el nacimiento de su Hijo, reveló la venida de un Reino de amor: un amor divino que se abaja para sanarnos y levantarnos; un amor que se revela en la humillación y la debilidad de la cruz, pero que triunfa en la gloriosa resurrección a una nueva vida. Cristo trajo un Reino que no es de este mundo, pero que es capaz de cambiar este mundo, pues tiene el poder de cambiar los corazones, de iluminar las mentes y de fortalecer las voluntades. Al tomar

nuestra carne, con todas sus debilidades, y al transfigurarla con el poder de su Espíritu, Jesús nos llamó a ser testigos de su victoria sobre el pecado y la muerte. El mensaje de Belén nos llama a ser testigos del triunfo del amor de Dios sobre el odio, el egoísmo, el miedo y el rencor que paralizan las relaciones humanas y crean divisiones donde los hermanos deberían convivir en unidad, destrucción donde los hombres deberían construir, desesperación donde la esperanza debería florecer.

“En la esperanza hemos sido salvados”, dice el apóstol san Pablo (*Rm* 8, 24). Sin embargo, afirma con gran realismo que la creación sigue gimiendo con dolores de parto, aunque nosotros, que hemos recibido las primicias del Espíritu, esperamos pacientemente el cumplimiento de nuestra redención (cf. *Rm* 8, 22-24). En la segunda lectura de hoy, san Pablo saca una lección de la Encarnación que es particularmente aplicable a los sufrimientos que vosotros, a quienes Dios escogió para vivir en Belén, estáis experimentando: “Se ha manifestado la gracia de Dios”, nos dice, “que nos enseña a que, renunciando a la impiedad y a las pasiones mundanas, vivamos con sensatez, justicia y piedad en el tiempo presente”, mientras aguardamos nuestra bendita esperanza, el Salvador Jesucristo (*Tt* 2, 11-13).

¿No son estas las virtudes que se exigen a hombres y mujeres que viven en la esperanza? En primer lugar, la conver-

sión constante a Cristo, que no sólo se refleja en nuestras acciones sino también en nuestro modo de razonar: la valentía para abandonar maneras de pensamiento, de acción y de reacción, infructuosas y estériles. Luego, el cultivo de una mentalidad de paz basada en la justicia, en el respeto de los derechos y los deberes de todos, y el compromiso de colaborar para el bien común. Y también la perseverancia, perseverancia en el bien y en el rechazo del mal. Aquí en Belén, a los discípulos de Cristo se les pide una perseverancia especial: perseverancia para testimoniar fielmente la gloria de Dios revelada aquí al nacer su Hijo, la buena nueva de su paz que descendió desde el cielo para morar en la tierra.

“No temáis”. Éste es el mensaje que el Sucesor de san Pedro quiere dejaros hoy, haciéndose eco del mensaje de los ángeles y de la consigna que el amado Papa Juan Pablo II os dejó el año del gran jubileo del nacimiento de Cristo. Contad con las oraciones y la solidaridad de vuestros hermanos y hermanas de la Iglesia universal, y trabajad con iniciativas concretas para consolidar vuestra presencia y ofrecer nuevas posibilidades a cuantos tienen la tentación de marcharse. Sed un puente de diálogo y colaboración constructiva en la edificación de una cultura de paz que supere la actual situación estancada de miedo, agresión y frustración. Edificad vuestras Iglesias locales haciendo de ellas laboratorios de diálogo, tolerancia y esperanza, así como de solidaridad y de caridad práctica.

Ante todo, sed testigos del poder de la vida, la vida nueva que nos ha dado Cristo resucitado, la vida que puede iluminar y transformar incluso las situaciones humanas más oscuras y desesperadas. Vuestra tierra no sólo necesita nuevas estructuras económicas y comunitarias; lo más importante, podríamos decir, es una nueva infraestructura “espiritual”, capaz de galvanizar las energías de todos los hombres y mujeres de buena voluntad al servicio de la educación, del desarrollo y de la promoción del bien común. Vosotros tenéis los recursos humanos para construir la cultura de la paz y del respeto recíproco que garantizarán un futuro mejor para vuestros hijos. Ésta es la noble empresa que os espera. ¡No tengáis miedo!

La antigua basílica de la Natividad, que ha experimentado los vientos de la historia y el peso de los siglos, se alza ante nosotros como testigo de la fe que permanece y triunfa sobre el mundo (cf. *1 Jn 5, 4*). Ningún visitante de Belén puede dejar de notar que en el curso de los siglos la gran puerta que introduce en la casa de Dios se ha hecho cada vez más pequeña. Recemos hoy para que, por la gracia de Dios y nuestro compromiso, la puerta que introduce en el misterio del Dios que habita entre los hombres, el templo de nuestra comunión en su amor, y la anticipación de un mundo de paz y alegría perennes, se abra cada vez más ampliamente para acoger a todo corazón humano, renovarlo y transformarlo. De este modo,

en Belén seguirá resonando el mensaje confiado a los pastores, a nosotros y a toda la humanidad: “¡Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres que ama el Señor!”. Amén.

***Palabras del Papa, Benedicto XVI,
durante la visita al Cáritas Baby
Hospital***

Belén. Miércoles, 13 de mayo de 2009

Queridos amigos:

Os saludo afectuosamente en nombre de nuestro Señor Jesucristo, “que murió, más aún, resucitó, está a la derecha de Dios e intercede por nosotros” (cf. *Rm* 8, 34). Que vuestra fe en su resurrección y en su promesa de vida nueva mediante el Bautismo colme vuestro corazón de alegría en este tiempo pascual.

Agradezco las cordiales palabras de saludo que me han dirigido en vuestro nombre el padre Michael Schweiger, presidente de la Asociación Kinderhilfe; el señor Ernesto Langensand, que está concluyendo su período de jefe de administración del Hospital infantil de Cáritas; y la madre Erika Nobs, superiora de esta comunidad local de las religiosas Franciscanas Isabelinas de Padua.

También saludo cordialmente al arzobispo Robert Zollitsch y al obispo

Kurt Koch, representantes respectivamente de las Conferencias episcopales de Alemania y Suiza, que han hecho progresar la misión del Hospital infantil de Cáritas con su generoso apoyo económico.

Dios me ha concedido esta oportunidad de expresar a los administradores, médicos, enfermeros y personal del Hospital infantil de Cáritas mi aprecio por el inestimable servicio que han prestado, y siguen prestando, desde hace más de cincuenta años a los niños de la región de Belén y de toda Palestina. El padre Ernst Schnydrig fundó este hospital con la convicción de que los niños inocentes merecen un lugar seguro donde estén protegidos de todo lo que puede hacerles daño en tiempos y lugares de conflicto. Gracias a la entrega del Children’s Relief Bethlehem, esta institución ha sido un oasis tranquilo para los más vulnerables, y ha brillado como un faro de esperanza de que el amor prevalezca sobre el odio, y la paz sobre la violencia.

A los jóvenes pacientes y a los miembros de sus familias que se benefician de vuestra asistencia deseo decirles simplemente: “El Papa está con vosotros”. Hoy está con vosotros en persona, pero todos los días os acompaña espiritualmente a cada uno en sus pensamientos y en sus oraciones, pidiendo al Todopoderoso que vele sobre vosotros con su amorosa solicitud.

El padre Schnydrig describió este lugar como “uno de los pequeños puentes

construidos para la paz”. Ahora que las camas han aumentado de catorce hasta ochenta, atendiendo a las necesidades de miles de niños cada año, ya no es un pequeño puente. Acoge a la vez a personas de diferentes orígenes, lenguas y religiones, en el nombre del reino de Dios, el reino de la paz (cf. *Rm* 14, 17). De corazón os animo a perseverar en vuestra misión de manifestar caridad a todos los enfermos, a los pobres y a los débiles.

En esta fiesta de Nuestra Señora de Fátima, quiero concluir invocando la intercesión de María, mientras imparto la bendición apostólica a los niños y a todos vosotros. Oremos:

*María, Salud de los enfermos, Refugio de los pecadores, Madre del Redentor, nos unimos a las numerosas generaciones que te han llamado “Bendita”. Escucha a tus hijos mientras invocamos tu nombre. Tú prometiste a los tres niños de Fátima: “Al final, mi Corazón inmaculado triunfará”. Que así suceda. Que el amor triunfe sobre el odio, la solidaridad sobre la división, y la paz sobre toda forma de violencia. Que el amor que tuviste a tu Hijo nos enseñe a amar a Dios con todo nuestro corazón, con todas nuestras fuerzas y con toda nuestra alma. Que el Todopoderoso nos muestre su misericordia, nos fortalezca con su poder, y nos colme de todo bien (cf. *Lc* 1, 46-56). Pedimos a tu Hijo Jesús que bendiga a estos niños y a todos los niños que sufren en el mundo. Que reciban la salud del cuerpo, la fuerza de la mente y la paz del alma. Pero,*

*sobre todo, que sepan que son amados con un amor que no conoce confines ni límites: el amor de Cristo, que supera todo conocimiento (cf. *Ef* 3, 19). Amén.*

Discurso del Papa, Benedicto XVI, durante la visita al campo de refugiados Aida

Belén. Miércoles, 13 de mayo de 2009

Señor presidente; queridos amigos:

Mi visita de esta tarde al campo de refugiados de Aida me brinda la grata oportunidad de expresar mi solidaridad a todos los palestinos que no tienen vivienda, y anhelan poder volver a sus lugares de origen o vivir permanentemente en una patria propia. Gracias, señor presidente, por su amable saludo. También le doy las gracias a usted, señora Abu Zayd, y a los demás portavoces. A todos los oficiales de la Agencia de las Naciones Unidas para la asistencia y el apoyo, que cuidan de los refugiados, les manifiesto el aprecio que sienten innumerables hombres y mujeres de todo el mundo por la labor que se realiza aquí y en otros campos de la región.

Extiendo mi saludo en particular a los niños y a los profesores de la escuela. Con vuestro compromiso en la educación expresáis esperanza en el futuro. A todos los jóvenes aquí presentes les

digo: renovad vuestros esfuerzos a fin de prepararos para el tiempo en que seáis responsables de los asuntos del pueblo palestino en los próximos años. Los padres de familia desempeñan aquí un papel muy importante. A todas las familias presentes en este campo les digo: no dejéis de sostener a vuestros hijos en sus estudios y en el cultivo de sus dones, de forma que no haya escasez de personal bien formado para ocupar en el futuro puestos de responsabilidad en la comunidad palestina.

Sé que muchas de vuestras familias están divididas -a causa del encarcelamiento de miembros de la familia o de restricciones a la libertad de movimiento- y que muchos de vosotros habéis experimentado pérdidas durante las hostilidades. Mi corazón acompaña a todos los que sufren por esa razón. Tened la seguridad de que recuerdo constantemente en mis oraciones a todos los prófugos palestinos en el mundo, especialmente a los que han perdido su casa o a personas queridas durante el reciente conflicto de Gaza.

Me complace constatar el excelente trabajo que han realizado muchas agencias de la Iglesia al cuidar de los refugiados aquí y en otras partes de los Territorios palestinos. La Misión pontificia para Palestina, fundada hace aproximadamente sesenta años para coordinar la asistencia humanitaria católica a los refugiados, prosigue su obra tan necesaria en colaboración con otras organizaciones similares. En este cam-

po la presencia de las religiosas Franciscanas Misioneras del Corazón Inmaculado de María recuerda la figura carismática de san Francisco, el gran apóstol de paz y de reconciliación. A este respecto, quiero expresar mi aprecio en particular por la inmensa contribución que han dado diversos miembros de la familia franciscana cuidando de la gente de estas tierras, convirtiéndose en “instrumentos de paz”, según la conocida expresión atribuida al santo de Asís.

Instrumentos de paz. ¡Cuánto anhelan la paz las personas de este campo, de estos Territorios y de toda la región! En estos días ese deseo asume una intensidad particular al recordar los sucesos de mayo de 1948 y los años de conflicto, aún sin resolver, que siguieron a esos acontecimientos. Vosotros ahora vivís en condiciones precarias y difíciles, con escasas oportunidades de empleo. Es comprensible que a menudo sintáis frustración. Vuestras legítimas aspiraciones a una patria permanente, a un Estado palestino independiente, siguen sin hacerse realidad. Y vosotros, al contrario, os sentís atrapados, como muchos en esta región y en el mundo, en una espiral de violencia, de ataques y contraataques, de represalias y de destrucción continua. Todo el mundo desea fuertemente que se rompa esa espiral, anhela que la paz ponga fin a las hostilidades perennes. Mientras nos encontramos aquí reunidos esta tarde, se yergue sobre nosotros un duro testimonio del punto muerto en el que

parecen hallarse los contactos entre israelíes y palestinos: el muro.

En un mundo en que se van abriendo cada vez más las fronteras -para el comercio, para viajar, para la movilidad de la gente, para intercambios culturales- es trágico ver que todavía se siguen construyendo muros. ¡Cuánto aspiramos a ver los frutos de la tarea, mucho más difícil, de edificar la paz! ¡Cuán ardientemente oramos para que cesen las hostilidades que han causado la erección de este muro!

A los dos lados del muro se necesita una gran valentía para superar el miedo y la desconfianza, para superar el deseo de venganza por pérdidas o heridas. Hace falta magnanimidad para buscar la reconciliación después de años de enfrentamientos armados. Y, sin embargo, la historia nos enseña que la paz llega solamente cuando las partes en conflicto están dispuestas a ir más allá de las recriminaciones y a colaborar para fines comunes, tomando en serio los intereses y las preocupaciones de los demás y tratando de crear un clima de confianza. Debe haber voluntad de poner en marcha iniciativas fuertes y creativas para la reconciliación: si cada uno insiste en concesiones preliminares por parte del otro, el resultado será sólo el estancamiento de las negociaciones.

La ayuda humanitaria, como la que se presta en este campo, desempeña un papel esencial, pero la solución a largo plazo a un conflicto como este sólo

puede ser política. Nadie espera que los pueblos palestino e israelí lleguen a ella por sí solos. Es vital el apoyo de la comunidad internacional. Por eso, renuevo mi llamamiento a todas las partes implicadas para que ejerzan su influencia en favor de una solución justa y duradera, respetando las legítimas exigencias de todas las partes y reconociendo su derecho a vivir en paz y con dignidad, según el derecho internacional.

Con todo, al mismo tiempo, los esfuerzos diplomáticos sólo podrán tener éxito si los mismos palestinos e israelíes están dispuestos a romper con el ciclo de las agresiones. Me vienen a la mente estas otras espléndidas palabras atribuidas a san Francisco: “Que donde hay odio, ponga yo amor; que donde hay ofensa, ponga yo perdón...; que donde hay tinieblas, ponga vuestra luz; que donde hay tristeza, ponga yo alegría”.

A cada uno de vosotros renuevo la invitación a un profundo compromiso de cultivar la paz y la no violencia, siguiendo el ejemplo de san Francisco y de otros grandes constructores de paz. La paz debe comenzar en el propio hogar, en la propia familia, en el propio corazón. Sigo rezando para que todas las partes en conflicto en esta tierra tengan la valentía y la imaginación de avanzar por el camino exigente pero indispensable de la reconciliación. Que la paz florezca una vez más en estas tierras. Que Dios bendiga a su pueblo con la paz.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
durante la ceremonia de despedida
de los territorios palestinos***

*Patio del Palacio Presidencial – Belén
Miércoles, 13 de mayo de 2009*

Señor presidente; queridos amigos:

Os agradezco la gran cordialidad que me habéis mostrado en este día que he pasado en vuestra compañía aquí en los Territorios palestinos. Doy las gracias al presidente, señor Mahmoud Abbas, por su hospitalidad y sus amables palabras. Me conmovió profundamente escuchar los testimonios de los residentes que nos han hablado de las condiciones de vida aquí en la zona oeste y en Gaza. Os aseguro a todos que os llevo en mi corazón y anhelo ver la paz y la reconciliación en estas tierras atormentadas.

Ha sido realmente un día muy memorable. Desde que llegué a Belén esta mañana, tuve la alegría de celebrar la misa con una gran multitud de fieles en el lugar donde nació Jesucristo, luz de las naciones y esperanza del mundo. Constaté la solicitud con que se atiende a los niños de hoy en el Hospital infantil de Cáritas. Con angustia vi la situación de los refugiados que, como la Sagrada Familia, se han visto obligados a abandonar sus hogares. Y vi el muro que, bordeando el campo y ocultando gran parte de Belén, se introduce en vuestros territorios, separando a los vecinos y dividiendo a las familias.

Los muros se pueden construir fácilmente; pero todos sabemos que no duran para siempre. Pueden ser derribados. Sin embargo, ante todo es necesario remover los muros que construimos en torno a nuestro corazón, las barreras que levantamos contra nuestro prójimo. Precisamente por eso, en mis palabras conclusivas, quiero hacer un nuevo llamamiento a la apertura y a la generosidad de espíritu, para que se ponga fin a la intolerancia y a la exclusión. Por más intratable y profundamente arraigado que pueda parecer un conflicto, siempre hay motivos para esperar que pueda resolverse, que al final den fruto los esfuerzos pacientes y perseverantes de los que trabajan por la paz y la reconciliación. Mi vivo deseo para vosotros, pueblo de Palestina, es que eso suceda pronto, y que finalmente podáis gozar de la paz, la libertad y la estabilidad que os ha faltado durante tanto tiempo.

Os aseguro que seguiré aprovechando toda oportunidad para exhortar a los que están implicados en las negociaciones de paz a buscar una solución justa que respete las legítimas aspiraciones de israelíes y palestinos. Como paso importante en esta dirección, la Santa Sede desea establecer pronto, en unión con la Autoridad palestina, la Comisión bilateral de trabajo permanente, que se programó en el Acuerdo de base, firmado en el Vaticano el 15 de febrero de 2000 (cf. *Acuerdo de base entre la Santa Sede y la Organización para la liberación de Palestina*, art. 9).

Señor presidente; queridos amigos, una vez más os doy las gracias y os encomiendo a todos a la protección del Todopoderoso. Que Dios ponga su mirada de amor sobre cada uno de vosotros, sobre vuestras familias y sobre todos vuestros seres queridos; y que bendiga al pueblo palestino con la paz.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
durante la Santa Misa***

Monte del Precipicio – Nazaret. Jueves, 14 de mayo de 2009

Queridos hermanos y hermanas:

“Que la paz de Cristo resucitado reine en vuestro corazón, pues a ella habéis sido llamados como miembros de un solo Cuerpo” (Col 3, 15). Con estas palabras del apóstol san Pablo, os saludo a todos con afecto en el Señor. Me alegro de haber venido a Nazaret, lugar bendecido por el misterio de la Anunciación, el lugar que fue testigo de los años ocultos del crecimiento de Cristo en sabiduría, edad y gracia (cf. Lc 2, 52). Agradezco al arzobispo Elias Chacour sus amables palabras de bienvenida, y abrazo con el signo de la paz a mis hermanos obispos, a los sacerdotes, a los religiosos y a todos los fieles de Galilea, que en la diversidad de sus ritos y tradiciones, expresan la universalidad de la Iglesia de Cristo. Deseo dar las gracias en especial a cuantos han

hecho posible esta celebración, particularmente a quienes han participado en la planificación y construcción de este nuevo escenario con su espléndido panorama de la ciudad.

Aquí en la ciudad donde vivieron Jesús, María y José, nos hemos reunido para la conclusión del Año de la familia celebrado por la Iglesia en Tierra Santa. Como signo de esperanza para el futuro, bendeciré la primera piedra de un Centro internacional para la familia, que se construirá en Nazaret. Oremos para que este Centro promueva una sólida vida familiar en esta región, ofrezca apoyo y asistencia a las familias en cualquier lugar, y las anime en su insustituible misión en la sociedad.

Espero que esta etapa de mi peregrinación atraiga la atención de toda la Iglesia hacia esta ciudad de Nazaret. Como dijo aquí el Papa Pablo VI, todos necesitamos volver a Nazaret para contemplar de nuevo el silencio y el amor de la Sagrada Familia, modelo de toda vida familiar cristiana. Aquí, a ejemplo de María, José y Jesús, podemos apreciar aún más plenamente el carácter sagrado de la familia que, en el plan de Dios, se basa en la fidelidad de un hombre y una mujer, para toda la vida, consagrada por la alianza conyugal y abierta al don divino de nuevas vidas. ¡Cuánta necesidad tienen los hombres y mujeres de nuestro tiempo de volver a apropiarse de esta verdad fundamental, que constituye la base de la sociedad! y ¡cuán importante es

el testimonio de los matrimonios para la formación de conciencias maduras y la construcción de la civilización del amor!

En la primera lectura de hoy, tomada del libro del Sirácida (*Si 3, 3-7.14-17*), la Palabra de Dios presenta a la familia como la primera escuela de sabiduría, una escuela que educa a sus miembros en la práctica de las virtudes que llevan a una felicidad auténtica y duradera. En el plan de Dios para la familia, el amor de los cónyuges produce el fruto de nuevas vidas, y se manifiesta cada día en los esfuerzos amorosos de los padres para impartir a sus hijos una formación integral, humana y espiritual. En la familia, a cada persona -tanto al niño más pequeño como al familiar más anciano- se la valora por sí misma, y no se la ve meramente como un medio para otros fines. Aquí empezamos a vislumbrar algo del papel esencial de la familia como primera piedra de la construcción de una sociedad bien ordenada y acogedora. Además logramos apreciar, dentro de la sociedad en general, el deber del Estado de apoyar a las familias en su misión educadora, de proteger la institución de la familia y sus derechos naturales, y de asegurar que todas las familias puedan vivir y florecer en condiciones de dignidad.

El apóstol san Pablo, escribiendo a los Colosenses, habla instintivamente de la familia cuando quiere ilustrar las virtudes que edifican “el único cuerpo”, que es la Iglesia. Como “elegidos

de Dios, santos y amados”, estamos llamados a vivir en armonía y en paz los unos con los otros, mostrando sobre todo magnanimidad y perdón, con el amor como el vínculo mayor de perfección (cf. *Col 3, 12-14*). Como en la alianza conyugal el amor del hombre y de la mujer es elevado por la gracia hasta convertirse en participación y expresión del amor de Cristo y de la Iglesia (cf. *Ef 5, 32*), así también la familia, fundada en el amor, está llamada a ser una “iglesia doméstica”, un lugar de fe, de oración y de solicitud amorosa por el bien verdadero y duradero de cada uno de sus miembros.

Al reflexionar sobre estas realidades aquí, en la ciudad de la Anunciación, nuestro pensamiento se dirige naturalmente a María, “llena de gracia”, la Madre de la Sagrada Familia y nuestra Madre. Nazaret nos recuerda el deber de reconocer y respetar la dignidad y la misión otorgadas por Dios a las mujeres, como también sus carismas y talentos particulares. Sea como madres de familia, como presencia vital en las fuerzas laborales y en las instituciones de la sociedad, o en la vocación especial a seguir al Señor mediante los consejos evangélicos de castidad, pobreza y obediencia, las mujeres desempeñan un papel indispensable en la creación de la “ecología humana” (cf. *Centesimus annus*, 39) de la que nuestro mundo y también esta tierra tienen necesidad urgente: un ambiente en el que los niños aprendan a amar y querer a los demás, a ser honrados y respetuosos con todos, a practicar las virtudes de la misericordia y el perdón.

Aquí pensamos también en san José, el hombre justo que Dios quiso poner al frente de su casa. Del ejemplo fuerte y paterno de san José, Jesús aprendió las virtudes de la piedad varonil, la fidelidad a la palabra dada, la integridad y el trabajo duro. En el carpintero de Nazaret, vio cómo la autoridad puesta al servicio del amor es infinitamente más fecunda que el poder que busca dominar. ¡Cuánta necesidad tiene nuestro mundo del ejemplo, de la guía y de la fuerza serena de hombres como san José!

Por último, al contemplar a la Sagrada Familia de Nazaret, dirigimos ahora la mirada al niño Jesús, que en el hogar de María y de José creció en sabiduría y conocimiento, hasta el día en que comenzó su ministerio público. Aquí quiero compartir un pensamiento particular con los jóvenes presentes. El concilio Vaticano II enseña que los niños desempeñan un papel especial para hacer crecer a sus padres en la santidad (cf. *Gaudium et spes*, 48). Os pido que reflexionéis en esto y dejéis que el ejemplo de Jesús os guíe, no sólo para respetar a vuestros padres, sino también para ayudarles a descubrir más plenamente el amor, que da a nuestra vida su sentido más profundo. En la Sagrada Familia de Nazaret, Jesús enseñó a María y a José algo de la grandeza del amor de Dios, su Padre celestial, fuente última de todo amor, el Padre de quien toma su nombre toda familia en el cielo y en la tierra (cf. *Ef* 3, 14-15).

Queridos amigos, en la oración Colecta de la misa de hoy hemos pedido al Padre que “nos ayude a vivir como la Sagrada Familia, unidos en el respeto y en el amor”. Renovemos aquí nuestro compromiso de ser levadura de respeto y de amor en el mundo que nos rodea. Este Monte del Precipicio nos recuerda, como lo ha hecho a generaciones de peregrinos, que el mensaje del Señor fue en ocasiones fuente de contradicción y de conflicto con los mismos que lo escuchaban. Por desgracia, como sabe el mundo, Nazaret en los últimos años ha experimentado tensiones que han dañado las relaciones entre las comunidades cristiana y musulmana. Invito a las personas de buena voluntad de ambas comunidades a reparar el daño causado, y en fidelidad a nuestra fe común en un único Dios, Padre de la familia humana, a trabajar para construir puentes y encontrar formas de convivencia pacífica. Que cada uno rechace el poder destructor del odio y del prejuicio, que mata las almas antes que los cuerpos.

Permitidme concluir con unas palabras de gratitud y alabanza a cuantos se esfuerzan por llevar el amor de Dios a los niños de esta ciudad y por educar a las nuevas generaciones en los caminos de la paz. Pienso de manera especial en los esfuerzos de las Iglesias locales, particularmente en sus escuelas y sus instituciones caritativas, para derribar los muros y para ser terreno fértil de encuentro, diálogo, reconciliación y solidaridad. Aliento a los sacerdotes, a

los religiosos, a los catequistas y a los profesores a que se comprometan, junto con los padres y cuantos se interesan por el bien de los niños, a perseverar dando testimonio del Evangelio, a tener confianza en el triunfo del bien y de la verdad, y a confiar en que Dios hará crecer toda iniciativa destinada a difundir su reino de santidad, solidaridad, justicia y paz. Al mismo tiempo reconozco con gratitud la solidaridad que muchos hermanos y hermanas nuestros en todo el mundo muestran a los fieles de Tierra Santa apoyando los loables programas y actividades de la *Catholic Near East Welfare Association*.

“Hágase en mí según tu palabra” (*Lc* 1, 38). Que la Virgen de la Anunciación, que con valentía abrió su corazón al plan misterioso de Dios, y se convirtió en Madre de todos los creyentes, nos guíe y sostenga con sus oraciones. Que ella obtenga para nosotros y nuestras familias la gracia de abrir los oídos a la Palabra del Señor, que tiene el poder de construirnos (cf. *Hch* 20, 32), que nos inspire decisiones valientes, y que guíe nuestros pasos por el camino de la paz.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
como saludo a los Líderes Religiosos
de Galilea***

Auditorio del Santuario de la Anunciación – Nazaret. Jueves, 14 de mayo de 2009

Queridos amigos:

A la vez que agradezco las palabras de bienvenida del obispo Giacinto-Boulos Marcuzzo y su afectuosa acogida, saludo cordialmente a los líderes de las diversas comunidades presentes: cristianos, musulmanes, judíos, drusos y otras comunidades religiosas.

Considero una particular bendición el poder visitar esta ciudad, venerada por los cristianos como el lugar donde el ángel anunció a la Virgen María que concebiría por obra del Espíritu Santo. Aquí también José, su prometido, vio ensueños al ángel, el cual le indicó que pusiera al niño por nombre “Jesús”. Después de los maravillosos acontecimientos que rodearon su nacimiento, el niño fue traído a esta ciudad por José y María, y aquí “creció y se fortaleció, llenándose de sabiduría; y la gracia de Dios estaba en él” (*Lc* 2, 40).

La convicción de que el mundo es un don de Dios y que Dios ha entrado en las vicisitudes y en los acontecimientos de la historia humana, es la perspectiva desde la cual los cristianos ven que la creación tiene una razón y un fin. Lejos de ser el resultado de una ciega casualidad, el mundo ha sido querido por Dios, y revela su glorioso esplendor.

En el corazón de toda tradición religiosa se encuentra la convicción de que la paz misma es un don de Dios, aunque no se pueda alcanzar sin esfuerzo humano. Una paz duradera proviene

del reconocimiento de que el mundo, en definitiva, no es propiedad nuestra, sino más bien el horizonte en el cual hemos sido invitados a participar del amor de Dios y a cooperar para guiar el mundo y la historia bajo su inspiración. No podemos hacer con el mundo lo que nos place; por el contrario, estamos llamados a conformar nuestras decisiones con las sutiles pero perceptibles leyes escritas por el Creador en el universo, y a modelar nuestras acciones según la bondad divina que penetra el reino de lo creado.

En Galilea, tierra conocida por su heterogeneidad étnica y religiosa, habita un pueblo que conoce bien los esfuerzos necesarios para vivir en convivencia armónica. Nuestras diferentes tradiciones religiosas encierran un potencial notable para promover una cultura de paz, especialmente a través de la enseñanza y la predicación de los valores espirituales más profundos de nuestra humanidad común. Moldeando los corazones de los jóvenes, forjamos el futuro de la humanidad. De buen grado los cristianos se unen a los judíos, a los musulmanes, a los drusos y a las personas de otras religiones con el deseo de salvaguardar a los niños del fanatismo y de la violencia, preparándolos a ser los constructores de un mundo mejor.

Queridos amigos míos, sé que acogéis con alegría y con el saludo de la paz a los numerosos peregrinos que llegan a Galilea. Os invito a seguir practi-

cando el respeto recíproco, mientras os esforzáis por aliviar las tensiones concernientes a los lugares de culto, garantizando así un ambiente sereno para la oración y la meditación, aquí y en toda Galilea. Al representar a diferentes tradiciones religiosas, compartís el deseo de contribuir a mejorar la sociedad y a testimoniar así los valores religiosos y espirituales que ayuden a sustentar la vida pública. Os aseguro que la Iglesia católica también está comprometida en esta noble empresa. Cooperando con hombres y mujeres de buena voluntad, buscará asegurar que la luz de la verdad, la paz y la bondad siga resplandeciendo desde Galilea, y guíe a las personas del mundo entero a buscar todo lo que promueva la unidad de la familia humana. Que Dios os bendiga a todos.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
durante la celebración de las
Vísperas con los Obispos, sacerdotes,
religiosos, religiosas, movimientos
eclesiales y agentes de pastoral de
Galilea***

*Basilica superior de la Anunciación –
Nazaret. Jueves, 14 de mayo de 2009*

*Hermanos obispos; padre custodio;
queridos hermanos y hermanas en Cristo:*

Para mí es fuente de profunda conmoción estar presente con vosotros hoy

en el lugar donde la Palabra de Dios se hizo carne y vino a habitar entre nosotros. ¡Qué oportuno es encontrarnos aquí reunidos para cantar la oración de las Vísperas de la Iglesia, alabando y dando gracias a Dios por las maravillas que ha hecho por nosotros! Agradezco al arzobispo Sayah sus palabras de bienvenida, y a través de él, saludo a todos los miembros de la comunidad maronita que vive aquí en Tierra Santa. Saludo a los sacerdotes, a los religiosos, a los miembros de los movimientos eclesiales y a los agentes de pastoral que han venido de toda Galilea.

Una vez más alabo la solicitud demostrada por los frailes de la Custodia, en el curso de los siglos, para mantener los lugares santos como este. Saludo al patriarca latino emérito, Su Beatitud Michel Sabbah, que durante más de veinte años veló por su rebaño en estas tierras. Saludo a los fieles del Patriarcado latino y al actual patriarca, Su Beatitud Fouad Twal, así como a los miembros de la comunidad greco-melquita, representada aquí por el arzobispo Elias Chacour. Y en este lugar, donde Jesús creció hasta la madurez y aprendió la lengua hebrea, saludo a los cristianos de habla hebrea, que son para nosotros un recuerdo de las raíces judías de nuestra fe.

Lo que sucedió aquí en Nazaret, lejos de la mirada del mundo, fue un acto singular de Dios, una poderosa intervención en la historia, a través de la cual un niño fue concebido para traer

la salvación al mundo entero. El prodigio de la Encarnación continúa desafiándonos a abrir nuestra inteligencia a las ilimitadas posibilidades del poder transformador de Dios, de su amor a nosotros, de su deseo de estar unido a nosotros. Aquí el Hijo eterno de Dios se hizo hombre, permitiéndonos a nosotros, sus hermanos y hermanas, compartir su filiación divina. Ese movimiento de abajamiento de un amor que se vació a sí mismo, hizo posible el movimiento inverso de exaltación, en el cual también nosotros fuimos elevados para compartir la misma vida de Dios (cf. *Flp* 2, 6-11).

El Espíritu que “vino sobre María” (cf. *Lc* 1, 35) es el mismo Espíritu que aleteó sobre las aguas en los albores de la creación (cf. *Gn* 1, 2). Esto nos recuerda que la Encarnación fue un nuevo acto creador. Cuando nuestro Señor Jesucristo fue concebido por obra del Espíritu Santo en el seno virginal de María, Dios se unió con nuestra humanidad creada, entrando en una nueva relación permanente con nosotros e inaugurando la nueva creación. El relato de la Anunciación ilustra la extraordinaria cortesía de Dios (cf. Madre Juliana de Norwich, *Revelaciones* 77-79). Él no impone su voluntad, no predetermina sencillamente el papel que María desempeñará en su plan para nuestra salvación: él busca primero su consentimiento. Obviamente, en la creación original Dios no podía pedir el consentimiento de sus criaturas, pero en esta nueva creación lo pide. María repre-

senta a toda la humanidad. Ella habla por todos nosotros cuando responde a la invitación del ángel.

San Bernardo describe cómo toda la corte celestial estuvo esperando con ansiosa impaciencia su palabra de consentimiento gracias a la cual se consumó la unión nupcial entre Dios y la humanidad. La atención de todos los coros de los ángeles se redobló en ese momento, en el que tuvo lugar un diálogo que daría inicio a un nuevo y definitivo capítulo de la historia del mundo. María dijo: “Hágase en mí según tu palabra”. Y la Palabra de Dios se hizo carne.

Reflexionar sobre este misterio gozoso nos da esperanza, la esperanza segura de que Dios continuará penetrando en nuestra historia, actuando con poder creativo para realizar objetivos que serían imposibles para el cálculo humano. Esto nos impulsa a abrirnos a la acción transformadora del Espíritu Creador que nos renueva, que nos hace uno con él y nos llena de su vida. Nos invita, con exquisita cortesía, a consentir que él habite en nosotros, a acoger la Palabra de Dios en nuestro corazón, capacitándonos para responderle con amor y para amarnos los unos a los otros.

En el Estado de Israel y en los Territorios palestinos, los cristianos son una minoría de la población. Quizá a veces os parezca que vuestra voz cuenta poco. Muchos de vuestros hermanos cristianos han emigrado, con la esperanza de

encontrar en otros lugares mayor seguridad y mejores perspectivas. Vuestra situación nos recuerda la de la joven virgen María, que llevó una vida oculta en Nazaret, con poca riqueza e influencia mundana. Para citar las palabras de María en su gran himno de alabanza, el Magníficat, Dios miró la humillación de su esclava, y a los hambrientos los colmó de bienes.

Saquemos fuerza del cántico de María, que dentro de poco cantaremos en unión con la Iglesia de todo el mundo. Tened el valor de ser fieles a Cristo y permaneced aquí en la tierra que él santificó con su presencia. Como María, tenéis un papel que desempeñar en el plan divino de la salvación, llevando a Cristo al mundo, dando testimonio de él y difundiendo su mensaje de paz y unidad. Por eso, es esencial que estéis unidos entre vosotros, de modo que a la Iglesia en Tierra Santa se la pueda reconocer claramente como “signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano” (*Lumen gentium*, 1). Vuestra unidad en la fe, en la esperanza y en el amor es un fruto del Espíritu Santo que habita en vosotros y os capacita para ser instrumentos eficaces de la paz de Dios, ayudándoos a construir una genuina reconciliación entre los diversos pueblos que reconocen a Abraham como su padre en la fe. Porque, como María proclamó gozosamente en su Magníficat, Dios siempre “se acuerda de su misericordia -como lo había prometido a nuestros padres- en favor de

Abraham y su descendencia por siempre” (Lc 1, 54-55).

Queridos amigos en Cristo, podéis estar seguros de que os recuerdo constantemente en mi oración, y os pido que hagáis lo mismo por mí. Dirijámonos ahora a nuestro Padre celestial, que en este lugar miró la humildad de su esclava, y cantemos sus alabanzas en unión con la santísima Virgen María, con todos los coros de los ángeles y los santos, y con la Iglesia en el mundo entero.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, durante el Encuentro Ecuménico

Sala del Trono de la Sede del Patriarcado Greco-Ortodoxo, Jerusalén. Viernes, 15 de mayo de 2009

Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

Con profunda gratitud y alegría realizo esta visita al Patriarcado greco-ortodoxo de Jerusalén, un momento que anhelaba desde hace mucho tiempo. Agradezco a Su Beatitud el Patriarca Teófilo III sus amables palabras de saludo fraterno, a las que correspondo con afecto. Os expreso a todos mi viva gratitud por haberme brindado esta oportunidad de encontrarme una vez más con los numerosos líderes de Iglesias y comunidades eclesiales presentes.

Esta mañana, mi pensamiento va a los históricos encuentros que tuvieron lugar aquí, en Jerusalén, entre mi predecesor el Papa Pablo VI y el Patriarca ecuménico Atenágoras I, y entre el Papa Juan Pablo II y Su Beatitud el Patriarca Diodoros. Estos encuentros, incluyendo esta visita mía, son de gran significado simbólico. Recuerdan que la luz de Oriente (cf. *Is* 60, 1; *Ap* 21, 10) ha iluminado el mundo entero desde el momento mismo en que un “sol que surge” vino a visitarnos (Lc 1, 78) y nos recuerdan también que desde aquí el Evangelio se predicó a todas las naciones.

Estando en este santo lugar, al lado de la Iglesia del Santo Sepulcro, que es el sitio donde nuestro Señor crucificado resucitó de entre los muertos por la humanidad entera, y cerca del Cenáculo, donde el día de Pentecostés “se encontraban todos juntos en el mismo lugar” (*Hch* 2, 1), ¿cómo no sentirnos impulsados a poner toda nuestra buena voluntad, nuestra sana doctrina y nuestro deseo espiritual en nuestro compromiso ecuménico? Elevo mi oración para que este encuentro dé nuevo impulso a los trabajos de la Comisión mixta internacional para el diálogo teológico entre la Iglesia católica y las Iglesias ortodoxas, añadiéndose a los recientes frutos de documentos de estudio y otras iniciativas conjuntas.

Una alegría particular para nuestras Iglesias fue la participación del Patriarca ecuménico de Constanti-

nopla, Su Santidad Bartolomé I, en el reciente Sínodo de los obispos en Roma dedicado al tema: “La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia”. La cordial acogida que recibió y su conmovedora intervención fueron expresiones sinceras de la profunda alegría espiritual que brota de la constatación de la amplitud con que la comunión está ya presente entre nuestras Iglesias. Esa experiencia ecuménica testimonia claramente el vínculo entre la unidad de la Iglesia y su misión.

Al extender sus brazos en la cruz, Jesús reveló la plenitud de su deseo de atraer a todos a sí, reuniéndolos en uno (cf. *Jn* 12, 32). Derramando su Espíritu sobre nosotros, reveló su poder de capacitarnos para participar en su misión de reconciliación (cf. *Jn* 19, 30; 20, 22-23). En ese soplo, mediante la redención que une, está nuestra misión. Por eso, no debe sorprender que sea precisamente en nuestro ardiente deseo de llevar a Cristo a los demás, de dar a conocer su mensaje de reconciliación (cf. *2 Co* 5, 19), como experimentamos la vergüenza de nuestra división. Sin embargo, enviados al mundo (cf. *Jn* 20, 21), robustecidos con la fuerza unificadora del Espíritu Santo (cf. *Jn* 20, 22), anunciando la reconciliación que lleva a todos a creer que Jesús es el Hijo de Dios (cf. *Jn* 20, 31), debemos encontrar la fuerza para redoblar nuestros esfuerzos a fin de perfeccionar nuestra comunión, hacerla completa, y dar un testimonio común del amor del

Padre, que envía a su Hijo para que el mundo conozca el amor que nos tiene (cf. *Jn* 17, 23).

Hace cerca de dos mil años, por estos mismos caminos, un grupo de griegos pidió a Felipe: “Señor, queremos ver a Jesús” (*Jn* 12, 21). Es una petición que se nos hace a nosotros hoy de nuevo, aquí en Jerusalén, en Tierra Santa, en esta región y en todo el mundo. ¿Cómo debemos responder? ¿Nuestra respuesta es escuchada? San Pablo nos advierte de la importancia de nuestra respuesta, de nuestra misión de enseñar y predicar. Dice: “La fe viene de la predicación, y la predicación, por la Palabra de Cristo” (*Rm* 10, 17). Por eso, es urgente que los líderes cristianos y sus comunidades den un fuerte testimonio de lo que proclama nuestra fe: la Palabra eterna, que entró en el espacio y en el tiempo en esta tierra, Jesús de Nazaret, que caminó por estos caminos, llama mediante sus palabras y sus actos a personas de toda edad a su vida de verdad y de amor.

Queridos amigos, a la vez que os aliento a proclamar con alegría al Señor resucitado, deseo reconocer la labor que han realizado con este fin los líderes de las comunidades cristianas, que se reúnen regularmente en esta ciudad. Me parece que el mayor servicio que pueden prestar los cristianos de Jerusalén a sus propios ciudadanos es criar y educar a una nueva generación de cristianos bien formados y compro-

metidos, que tengan un deseo ardiente de contribuir generosamente a la vida religiosa y civil de esta ciudad única y santa.

La prioridad fundamental de todo líder cristiano es alimentar la fe de las personas y de las familias encomendadas a su solicitud pastoral. Esta preocupación pastoral común hará que vuestros encuentros regulares estén marcados por la sabiduría y la caridad fraterna necesarias para sosteneros mutuamente y para afrontar tanto las alegrías como las dificultades particulares que marcan la vida de vuestro pueblo.

Pido a Dios que se comprenda que las aspiraciones de los cristianos de Jerusalén están en sintonía con las aspiraciones de todos sus habitantes, cualquiera que sea su religión: una vida de libertad religiosa y convivencia pacífica y -en particular para las generaciones jóvenes- libre acceso a la educación y al empleo, la perspectiva de una vivienda conveniente y de una residencia familiar, y la posibilidad de beneficiarse de una situación de estabilidad económica y de contribuir a ella.

Beatitud, le agradezco una vez más su amabilidad al haberme invitado aquí, juntamente con los demás huéspedes. Sobre cada uno de vosotros y sobre las comunidades que representáis, invoco la abundancia de las bendiciones divinas de fortaleza y sabiduría. Que a todos os conforte la esperanza de Cristo, que no defrauda.

Palabras del Papa, Benedicto XVI, durante la visita al Santo Sepulcro

Jerusalén. Viernes, 15 de mayo de 2009

Queridos amigos en Cristo:

El himno de alabanza que acabamos de cantar nos une a los ejércitos de los ángeles y a la Iglesia de todo tiempo y lugar -"el glorioso coro de los apóstoles, la multitud admirable de los profetas y el blanco ejército de los mártires"- mientras damos gloria a Dios por la obra de nuestra redención, realizada en la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo. Ante este Santo Sepulcro, donde el Señor "venció el aguijón de la muerte, abriendo a los creyentes el reino de los cielos", os saludo a todos en el gozo del tiempo pascual. Agradezco al patriarca Fouad Twal y al custodio, padre Pierbattista Pizzaballa, sus amables palabras de bienvenida. Asimismo, deseo expresar mi aprecio por la acogida que me han dispensado los jerarcas de la Iglesia ortodoxa griega y de la Iglesia armenia apostólica. Agradezco la presencia de representantes de las otras comunidades cristianas de Tierra Santa. Saludo al cardenal John Foley, gran maestro de la Orden ecuestre del Santo Sepulcro de Jerusalén y también a los caballeros y las damas de la Orden aquí presentes, agradeciendo su constante compromiso de sostener la misión de la Iglesia en estas tierras santificadas por la presencia terrena del Señor.

El evangelio de san Juan nos ha presentado una sugerente narración de la visita de Pedro y del discípulo amado a la tumba vacía la mañana de Pascua. Hoy, a distancia de casi veinte siglos, el Sucesor de Pedro, el Obispo de Roma, se encuentra frente a la misma tumba vacía y contempla el misterio de la Resurrección. Siguiendo las huellas del Apóstol, deseo proclamar una vez más, ante los hombres y mujeres de nuestro tiempo, la firme fe de la Iglesia en que Jesucristo “fue crucificado, murió y fue sepultado”, y en que “al tercer día resucitó de entre los muertos”. Exaltado a la derecha del Padre, nos envió su Espíritu para el perdón de los pecados. Fuera de él, a quien Dios constituyó Señor y Cristo, “no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debamos salvarnos” (*Hch* 4, 12).

Al encontrarnos en este santo lugar y considerando ese asombroso acontecimiento, no podemos menos de sentirnos con el “corazón conmovido” (*Hch* 2, 37) como los primeros que escucharon la predicación de Pedro en el día de Pentecostés. Aquí Cristo murió y resucitó, para no morir nunca más. Aquí la historia de la humanidad cambió definitivamente. El largo dominio del pecado y de la muerte fue destruido por el triunfo de la obediencia y de la vida; el madero de la cruz revela la verdad sobre el bien y el mal; el juicio de Dios sobre este mundo se pronunció y la gracia del Espíritu Santo se derramó sobre toda la humanidad. Aquí Cristo, el nuevo Adán, nos enseñó que el mal nunca tie-

ne la última palabra, que el amor es más fuerte que la muerte, que nuestro futuro, y el futuro de la humanidad, está en las manos de un Dios providente y fiel.

La tumba vacía nos habla de esperanza, una esperanza que no defrauda porque es don del Espíritu que da vida (cf. *Rm* 5, 5). Éste es el mensaje que hoy deseo dejaros, al concluir mi peregrinación a Tierra Santa. Que la esperanza resurja nuevamente, por la gracia de Dios, en el corazón de cada persona que vive en estas tierras. Que arraigue en vuestro corazón, permanezca en vuestras familias y comunidades, e inspire a cada uno de vosotros un testimonio cada vez más fiel del Príncipe de la paz.

La Iglesia en Tierra Santa, que con tanta frecuencia ha experimentado el oscuro misterio del Gólgota, nunca debe dejar de ser un heraldo intrépido del luminoso mensaje de esperanza que proclama esta tumba vacía. El Evangelio nos asegura que Dios puede hacer nuevas todas las cosas, que la historia no se repite necesariamente, que se puede purificar la memoria, que se pueden superar los frutos amargos de la recriminación y la hostilidad, y que un futuro de justicia, paz, prosperidad y colaboración puede surgir para cada hombre y mujer, para toda la familia humana, y de manera especial para el pueblo que vive en esta tierra, tan amada por el corazón del Salvador.

Este antiguo Memorial de la Anástasis es un testigo mudo tanto del peso de

nuestro pasado, con sus fallos, incomprendiones y conflictos, como de la promesa gloriosa que sigue irradiando desde la tumba vacía de Cristo. Este lugar santo, donde el poder de Dios se reveló en la debilidad, y los sufrimientos humanos fueron transfigurados por la gloria divina, nos invita a mirar una vez más con los ojos de la fe el rostro del Señor crucificado y resucitado. Al contemplar su carne glorificada, completamente transfigurada por el Espíritu, llegamos a comprender más plenamente que también ahora, mediante el Bautismo, llevamos “siempre en nuestro cuerpo por todas partes la muerte de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo” (2 Co 4, 10-11).

También ahora la gracia de la Resurrección está actuando en nosotros. Que la contemplación de este misterio estimule nuestros esfuerzos, como individuos y como miembros de la comunidad eclesial, por crecer en la vida del Espíritu mediante la conversión, la penitencia y la oración. Que nos ayude a superar, con la fuerza de ese mismo Espíritu, todo conflicto y tensión nacidos de la carne, y a remover todo obstáculo, por dentro y por fuera, que impida nuestro testimonio común de Cristo y la fuerza reconciliadora de su amor.

Con estas palabras de aliento, queridos amigos, concluyo mi peregrinación a los santos lugares de nuestra redención y renacimiento en Cristo. Rezo para que la Iglesia en Tierra Santa obtenga siempre nueva fuerza de la contempla-

ción de la tumba vacía del Redentor. En esta tumba está llamada a sepultar todas sus ansiedades y temores, para resurgir nuevamente cada día y proseguir su viaje por los caminos de Jerusalén, de Galilea y más allá, proclamando el triunfo del perdón de Cristo y la promesa de vida nueva. Como cristianos, sabemos que la paz que anhela esta tierra lacerada por los conflictos tiene un nombre: Jesucristo. “Él es nuestra paz”, que nos ha reconciliado con Dios en un solo cuerpo mediante la cruz, poniendo fin a la enemistad (cf. Ef 2, 14). Así pues, pongamos en sus manos toda nuestra esperanza en el futuro, como él en la hora de las tinieblas puso su espíritu en las manos del Padre.

Permitidme concluir con unas palabras de aliento fraterno en particular a mis hermanos obispos y sacerdotes, así como a los religiosos y a las religiosas que están al servicio de la amada Iglesia en Tierra Santa. Aquí, ante la tumba vacía, en el corazón mismo de la Iglesia, os invito a renovar el entusiasmo de vuestra consagración a Cristo y vuestro compromiso en el amoroso servicio a su Cuerpo místico. Tenéis el inmenso privilegio de dar testimonio de Cristo en esta tierra, que él ha santificado con su presencia terrena y su ministerio. Con caridad pastoral ayudáis a vuestros hermanos y hermanas, y a todos los habitantes de esta tierra, a sentir la presencia del Resucitado que sana y su amor que reconcilia.

Jesús nos pide a cada uno que seamos testigos de unidad y paz para to-

dos aquéllos que viven en esta ciudad de la paz. Como nuevo Adán, Cristo es la fuente de la unidad a la que está llamada toda la familia humana, la unidad de la que la Iglesia es signo y sacramento. Como Cordero de Dios, él es la fuente de la reconciliación, que es al mismo tiempo don de Dios y deber sagrado que se nos ha confiado. Como Príncipe de la paz, él es el manantial de esa paz que supera todo entendimiento, la paz de la nueva Jerusalén. Que él os sostenga en vuestras pruebas, os consuele en vuestras aflicciones y os confirme en vuestros esfuerzos por anunciar y extender su reino.

A todos vosotros y a las personas a cuyo servicio estáis, imparto cordialmente mi bendición apostólica, como prenda del gozo y de la paz de la Pascua.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
durante la visita a la iglesia
patriarcal armenio-apostólica de
Santiago***

*Jerusalén. Viernes, 15 de mayo de
2009*

Beatitud:

Lo saludo con afecto fraterno en el Señor, y le aseguro mis mejores deseos, y mi oración, por su salud y por su ministerio. Me alegra tener la oportunidad de visitar esta iglesia catedral de Santiago en el corazón del antiguo

barrio armenio de Jerusalén, y de encontrarme con el distinguido clero del Patriarcado, así como con los miembros de la comunidad armenia de la ciudad santa.

Nuestro encuentro de hoy, caracterizado por un clima de cordialidad y amistad, es un paso más en el camino hacia la unidad que el Señor desea para todos sus discípulos. En los últimos decenios hemos experimentado, por gracia de Dios, un progreso significativo en las relaciones entre la Iglesia católica y la Iglesia apostólica armenia. Considero una gran bendición haberme encontrado el año pasado con el Patriarca supremo y Catholicós de todos los armenios, Karekin II, y con el Catholicós de Cilicia Aram I. La visita de ambos a la Santa Sede, y los momentos de oración que compartimos, nos fortalecieron en la amistad y confirmaron nuestro compromiso por la santa causa de la promoción de la unidad de los cristianos.

Con espíritu de gratitud al Señor, también deseo expresar mi aprecio por el decidido compromiso de la Iglesia apostólica armenia de proseguir el diálogo teológico entre la Iglesia católica y las Iglesias ortodoxas orientales. Este diálogo, sostenido por la oración, ha hecho progresos al superar el peso de malentendidos pasados, y ofrece muchas promesas con vistas al futuro.

Un signo particular de esperanza es el documento reciente sobre la natura-

leza y la misión de la Iglesia, preparado por la Comisión mixta y presentado a las Iglesias para que lo estudien y valoren. Encomendemos juntos una vez más el trabajo de la Comisión mixta al Espíritu de sabiduría y verdad, para que dé frutos abundantes con vistas al crecimiento de la unidad de los cristianos y para que avance la difusión del Evangelio entre los hombres y mujeres de nuestro tiempo.

Ya desde los primeros siglos cristianos, la comunidad armenia de Jerusalén ha tenido una ilustre historia, marcada entre otras cosas por un florecimiento extraordinario de vida y cultura monástica unida a los santos lugares y a las tradiciones litúrgicas que se desarrollaron en torno a ellos. Esta venerable iglesia catedral, juntamente con el patriarcado y las diversas instituciones educativas y culturales vinculadas a él, testimonia esa larga y distinguida historia.

Rezo para que vuestra comunidad saque constantemente nueva vida de estas ricas tradiciones y se confirme en su testimonio fiel de Jesucristo y en el poder de su resurrección (cf. *Flp* 3, 10) en esta ciudad santa. Asimismo, aseguro a las familias presentes, y en particular a los niños y a los jóvenes, un recuerdo especial en mis oraciones.

Queridos amigos, por mi parte, os pido que oréis conmigo para que todos los cristianos de Tierra Santa colaboren con generosidad y celo en el anuncio

del Evangelio de nuestra reconciliación en Cristo, y la llegada de su reino de santidad, justicia y paz.

Beatitud, le agradezco una vez más su amable bienvenida e invoco cordialmente abundantes bendiciones de Dios sobre usted y sobre todos los sacerdotes y los fieles de la Iglesia apostólica armenia en Tierra Santa. Que la alegría y la paz de Cristo resucitado estén siempre con vosotros.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, durante la ceremonia de despedida

Aeropuerto Internacional Ben Gurión de Tel Aviv. Viernes, 15 de mayo de 2009

Señor presidente; señor primer ministro; excelencias; señoras y señores:

Al disponerme a regresar a Roma, quiero compartir con vosotros algunas de las fuertes impresiones que me ha dejado mi peregrinación a Tierra Santa. He mantenido fecundas conversaciones con las autoridades civiles tanto en Israel como en los Territorios palestinos, y he sido testigo de los grandes esfuerzos que ambos gobiernos están haciendo para asegurar el bienestar de las personas. He mantenido encuentros con los líderes de la Iglesia católica en Tierra Santa, y me alegra ver la manera en que están colaborando en su solicitud por el rebaño del Señor. Además,

he tenido la oportunidad de encontrarme con los líderes de varias Iglesias cristianas y comunidades eclesiales, así como con los líderes de otras religiones en Tierra Santa. Esta tierra es realmente un terreno fértil para el ecumenismo y el diálogo interreligioso, y rezo para que la gran variedad de testigos religiosos en la región traiga como fruto un creciente entendimiento y respeto mutuo.

Señor presidente, usted y yo plantamos un olivo en su residencia el día que llegué a Israel. El olivo, como usted sabe, es una imagen que utiliza san Pablo para describir las relaciones muy estrechas entre los cristianos y los judíos. En su carta a los Romanos, san Pablo describe cómo la Iglesia de los gentiles es como un brote de olivo silvestre, injertado en el olivo cultivado, que es el pueblo de la Alianza (cf. *Rm* 11, 17-24). Nos alimentan las mismas raíces espirituales. Nos encontramos como hermanos, hermanos que en algunos momentos de nuestra historia han tenido relaciones tensas, pero que ahora están firmemente comprometidos en la construcción de puentes de amistad duradera.

A la ceremonia en el palacio presidencial, le siguió uno de los momentos más solemnes de mi estancia en Israel: mi visita al Memorial de Yad Vashem, para rendir homenaje a las víctimas del Holocausto. Allí también me encontré con algunos de los supervivientes. Esos encuentros, profundamente conmove-

dores, me recordaron mi visita de hace tres años al campo de exterminio de Auschwitz, donde muchos judíos -madres y padres, esposos y esposas, hijos e hijas, hermanos y hermanas, amigos- fueron brutalmente exterminados bajo un régimen sin Dios que propagaba una ideología de antisemitismo y odio. Nunca se debe olvidar o negar ese espantoso capítulo de la historia. Por el contrario, aquellos oscuros recuerdos deberían reforzar nuestra determinación de acercarnos aún más los unos a los otros, como ramas del mismo olivo, alimentados por las mismas raíces y unidos por el amor fraterno.

Señor presidente, le doy las gracias por su cordial hospitalidad, que aprecio mucho, y deseo que quede constancia de que vine a visitar este país como amigo de los israelíes, así como soy amigo del pueblo palestino. A los amigos les gusta pasar tiempo en compañía recíproca y se afligen profundamente al ver que el otro sufre. Ningún amigo de los israelíes y de los palestinos puede dejar de entristecerse por la tensión continua entre vuestros dos pueblos. Ningún amigo puede dejar de llorar por el sufrimiento y la pérdida de vidas humanas que ambos pueblos han sufrido en las últimas seis décadas.

Permítame hacer este llamamiento a todas las personas de estas tierras: ¡Nunca más derramamiento de sangre! ¡Nunca más enfrentamientos! ¡Nunca más terrorismo! ¡Nunca más guerra! Por el contrario, rompamos el círculo

vicioso de la violencia. Que se establezca una paz duradera basada en la justicia; que haya una verdadera reconciliación y curación. Que se reconozca universalmente que el Estado de Israel tiene derecho a existir y a gozar de paz y seguridad en el interior de sus fronteras internacionalmente admitidas. Que se reconozca también que el pueblo palestino tiene derecho a una patria independiente y soberana, a vivir con dignidad y viajar libremente. Que la solución de dos Estados se convierta en realidad y no se quede en un sueño. Y que la paz se difunda desde estas tierras; que sean “luz para las naciones” (Is 42, 6), llevando esperanza a muchas otras regiones afectadas por conflictos.

Una de las imágenes más tristes que he visto durante mi visita a estas tierras ha sido el muro. Al pasar a su lado, recé por un futuro en el que los pueblos de Tierra Santa puedan convivir en paz y armonía, sin necesidad de esos instrumentos de seguridad y de separación,

sino más bien respetándose y confiando mutuamente, y renunciando a toda forma de violencia y agresión.

Señor presidente, sé lo difícil que será alcanzar ese objetivo. Sé lo difícil que es su tarea, y la de la Autoridad palestina. Pero le aseguro que mis oraciones y las oraciones de los católicos de todo el mundo le acompañan siempre, mientras continúa sus esfuerzos por edificar una paz justa y duradera en esta región.

Sólo me queda dar gracias de todo corazón a todos los que han colaborado de tantas maneras en mi visita. Me siento profundamente agradecido al Gobierno, a los organizadores, a los voluntarios, a los medios de comunicación y a todos los que me han brindado hospitalidad a mí y a los que me han acompañado. Podéis estar seguros de que os recordaré con afecto en mis oraciones. A todos os digo: ¡Gracias y que Dios esté con vosotros! ¡Shalom!

SANTA SEDE

Carta del cardenal Prefecto de la Congregación del Clero - Año Sacerdotal Ante el Año Sacerdotal 19 de junio de 2009 a 19 de junio de 2010

EL AÑO SACERDOTAL

Queridos Sacerdotes:

El Año Sacerdotal, promulgado por nuestro amado Papa, Benedicto XVI, para celebrar el 150 aniversario de la muerte de San Juan María Bautista Vianney, el Santo Cura de Ars, está a punto de comenzar. Lo abrirá el Santo Padre el día 19 del próximo mes de junio, fiesta del Sagrado Corazón de Jesús y de la Jornada Mundial de Oración para la santificación de los Sacerdotes.

El anuncio de este año especial ha tenido una repercusión mundial eminentemente positiva, en especial entre los mismos Sacerdotes. Todos queremos empeñarnos, con determinación, profundidad y fervor, a fin de que sea un año ampliamente celebrado en todo el mundo, en las diócesis, en las parroquias y en las comunidades locales con toda su grandeza y con la calurosa participación de nuestro pueblo católico, que sin duda ama a sus Sacerdotes y los quiere ver felices, santos y llenos de alegría en su diario quehacer apostólico.

Deberá ser un año positivo y propositivo en el que la Iglesia quiere decir, sobre todo a los Sacerdotes, pero también a todos los cristianos, a la sociedad mundial, mediante los mass media globales, que está

orgullosa de sus Sacerdotes, que los ama y que los venera, que los admira y que reconoce con gratitud su trabajo pastoral y su testimonio de vida. Verdaderamente los Sacerdotes son importantes no sólo por cuanto hacen sino, sobre todo, por aquello que son. Al mismo tiempo, es verdad que a algunos se les ha visto implicados en graves problemas y situaciones delicativas. Obviamente es necesario continuar la investigación, juzgarles debidamente e infligirles la pena merecida. Sin embargo, estos casos son un porcentaje muy pequeño en comparación con el número total del clero. La inmensa mayoría de Sacerdotes son personas dignísimas, dedicadas al ministerio, hombres de oración y de caridad pastoral, que consuman su total existencia en actuar la propia vocación y misión y, en tantas ocasiones, con grandes sacrificios personales, pero siempre con un amor auténtico a Jesucristo, a la Iglesia y al pueblo; solidarios con los pobres y con quienes sufren. Es por eso que la Iglesia se muestra orgullosa de sus sacerdotes esparcidos por el mundo.

Este Año debe ser una ocasión para un periodo de intensa profundización de la identidad sacerdotal, de la teología sobre el sacerdocio católico y del sentido extraordinario de la vocación y de la misión de los Sacerdotes en la Iglesia y en la sociedad. Para todo eso será necesario organizar encuentros de estudio, jornadas de reflexión,

ejercicios espirituales específicos, conferencias y semanas teológicas en nuestras facultades eclesíásticas, además de estudios científicos y sus respectivas publicaciones.

El Santo Padre, en su discurso de promulgación durante la Asamblea Plenaria de la Congregación para el Clero, el 16 de marzo pasado, dijo que con este año especial se quiere “favorecer esta tensión de los Sacerdotes hacia la perfección espiritual de la cual depende, sobre todo, la eficacia del ministerio”. Especialmente por eso, debe ser un año de oración de los Sacerdotes, con los Sacerdotes y por los Sacerdotes; un año de renovación de la espiritualidad del presbiterio y de cada uno de los presbíteros. En el referido contexto, la Eucaristía se presenta como el centro de la espiritualidad sacerdotal. La adoración eucarística para la santificación de los Sacerdotes y la maternidad espiritual de las religiosas, de las mujeres consagradas y de las mujeres laicas hacia cada uno de los presbíteros, como propuesto ya desde hace algún tiempo por la Congregación para el Clero, podría desarrollarse con mejores frutos de santificación.

Sea también un año en el que se examinen las condiciones concretas y el sustento material en el que viven nuestros Sacerdotes, en algunos casos obligados a subsistir en situaciones de dura pobreza.

Sea, al mismo tiempo, un año de celebraciones religiosas y públicas que conduzcan al pueblo, a las comunidades católicas locales, a rezar, a meditar, a festejar y a presentar el justo homenaje a sus

Sacerdotes. La fiesta de la comunidad eclesial es una expresión muy cordial, que exprime y alimenta la alegría cristiana, que brota de la certeza de que Dios nos ama y que hace fiesta con nosotros. Será una oportunidad para acentuar la comunión y la amistad de los Sacerdotes con las comunidades a su cargo.

Otros muchos aspectos e iniciativas podrían enumerarse con el fin de enriquecer el Año Sacerdotal. Al respecto, deberá intervenir la justa creatividad de las Iglesias locales. Es por eso que en cada Conferencia Episcopal, en cada Diócesis o parroquia o en cada comunidad eclesial se establezca lo más pronto posible un verdadero y propio programa para este año especial. Obviamente será muy importante comenzar este año con una celebración significativa. En el mismo día de apertura del Año Sacerdotal, el día 19 de junio, con el Santo Padre en Roma, se invita a las Iglesias locales a participar, en el modo más conveniente, a dicha inauguración con un acto litúrgico específico y festivo. Serán bien recibidos todos aquellos que, en ocasión de la apertura, podrán estar presentes, con el fin de manifestar la propia participación a esta feliz iniciativa del Papa. Sin duda, Dios bendecirá este esfuerzo con grande amor. y la Virgen María, Reina del Clero, intercederá por todos vosotros, queridos Sacerdotes.

Cardenal Claudio Hummes, Arzobispo Emérito de San Pablo. Prefecto de la Congregación para el Clero



CRÓNICA DIOCESANA

CRÓNICA DIOCESANAMAYO

Durante el mes de mayo el Sr. Obispo ha realizado al Visita Pastoral a las siguientes parroquias del Arciprestazgo Ourense-Este: el día 1 en San José da Carballeira y Santa María de Melias; los días 9 y 10 en Cristo Rey; los días 16 y 17 en Santa Eufemia la Real del Norte (Santo Domingo) y el día 24 en Santa Cristina de Vilaríño.

- Día 1: Visita de la Bendita Imagen de la Virgen de los Milagros a la Ciudad de Ourense. Santo Rosario, Procesión y Celebración Eucarística.
- Día 3: Fiesta Santo Cristo de Ourense en la S. I. Catedral de San Martín de Ourense; y fiesta de la Santa Cruz en San Munio de Veiga, Mosteiro de Ramirás y Santa María de O Val.
- Día 6: Fiesta de San Juan de Ávila en la Capilla del Seminario Mayor. Celebración de las bodas de oro y plata sacerdotales. Conferencia de Mons. Ricardo Blázquez, Obispo de Bilbao, sobre el reciente Sínodo de la Palabra celebrado en Roma.
- Día 8: Fiesta de la Virgen de la Salud en el Convento de las Religiosas Siervas de María, Ministras de los enfermos.
- Día 9: Asamblea Regional de la Renovación Carismática Católica de Galicia, en la V Asamblea Diocesana de Ourense.
- Día 12: Ofrenda floral de las madres a la Virgen de Fátima en el Santuario de la ciudad.
- Día 13: Procesión de antorchas en la fiesta de la Virgen de Fátima y Celebración Eucarística en la S. I. Catedral, presidida por el Sr. Obispo.
- Día 15: Clausura de los Encuentros Interparroquiales de la ciudad en la Casa de Ejercicios.
- Día 16: Jornada del Curso de Doctrina Social de la Iglesia, DSI, en el Salón Mundo Novo, del Obispado de Ourense, con el siguiente tema de estudio *El pensamiento ecológico en la DSI*.
- Día 18: El P. Juan Javier Martín Hernández O.Cist., es elegido Abad del Monasterio Cisterciense de Santa María la Real de Oseira.
- Día 19: Reunión del Consejo Episcopal.
- Día 20: Reunión de preparación para la Programación del Año Santo Compostelano en la Casa de Ejercicios.
- Día 23: II Festival Mariano en la Parroquia de la Santísima Trinidad de Ourense.

Día 26: Clausura de le escuela diocesana de Liturgia.

Día 27: Encuentro de convivencia y estudio de los grupos bíblicos diocesanos en el Santuario de los Milagros.

Día 28: Despedida de D. Manuel Álvarez Vázquez, Manolo, que después de 27 años de servicio a la diócesis desde su puesto de portero en el Obispado, alcanza la merecida jubilación.



Beati misericordes